

**ARNALDUR
INDRIDASON**

La mujer de verde

UN CASO DE ERLENDUR SVEINSSON



Lectulandia

El hallazgo de un esqueleto humano enterrado en una colina en las afueras de Reikiavik pone en una situación difícil al detective Erlendur y sus ayudantes: no sólo necesitan recurrir a un equipo de arqueólogos que empleará varios días para recuperarlo en buenas condiciones, sino que además éstos les advierten desde las primeras paladas de que no se trata de un cadáver reciente, y que probablemente puede corresponder a un enterramiento de unos sesenta años atrás. Desde que conocen este dato, y sin saber a ciencia cierta la identidad del enterrado, los investigadores se ven inmersos en la compleja reconstrucción de unos hechos ocurridos durante la Segunda Guerra Mundial, cuando las tropas aliadas estaban acantonadas en esos montes, entonces alejados de la capital y habitados sólo a medias, y que les sumerge poco a poco en la dramática historia privada de algunas familias de la época, recordada por los ecos de los pocos habitantes de aquella zona que aún quedan con vida.

Un rompecabezas complicado para un atribulado Erlendur, que tiene que enfrentarse a sus propios fantasmas familiares cuando recibe una fugaz llamada de su problemática hija Eva Lind, a la que hace mucho que no ve y para la que nunca ha sido precisamente un modelo de padre, y que sólo tiene tiempo de pedirle auxilio antes de que se corte la comunicación.

Lectulandia

Arnaldur Indridason

La mujer de verde

Inspector Erlendur Sveinsson - 04

ePub r1.2

Titivillus 03.02.15

Título original: *Grafarþögn*
Arnaldur Indridason, 2001
Traducción: Enrique Bernárdez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

Vio que se trataba de un hueso humano en cuanto se lo quitó a la niña, que estaba sentada en el suelo jugueteando con él.

El cumpleaños acababa de alcanzar su clímax con un estrépito horroroso. El de la pizzería había llegado y se había marchado, y los chicos ya habían devorado las porciones de pizza y se habían bebido los refrescos, sin parar de gritarse unos a otros ni un momento. Luego se largaron pitando de la mesa, como si hubieran dado una señal para salir, unos armados de ametralladoras y escopetas y otros, los más pequeños, con cochecitos o dinosaurios de goma. No comprendía de qué iba el juego. Para él, todo aquello no era sino un estruendo atronador.

La madre del cumpleaños se había puesto a hacer palomitas en el microondas. Le dijo que iba a calmar a los niños encendiendo el televisor y poniendo un vídeo. Si aquello no servía, los haría salir afuera. Era ya la tercera vez que celebraba el octavo cumpleaños de su hijo, y sus nervios no aguantaban más. ¡La tercera fiesta de cumpleaños, una tras otra! Primero salieron a comer fuera, toda la familia, a una hamburguesería carísima donde sonaba una enervante música de rock. Luego habían celebrado una fiesta de cumpleaños con parientes y amigos, que era como si estuvieran celebrando una confirmación. Hoy, el chico había invitado a sus compañeros de colegio y a sus amigos del barrio.

Abrió el microondas, sacó la bolsa hinchada de palomitas, metió otra y pensó que la próxima vez no haría más que una fiesta como esta. Solamente una fiesta de cumpleaños, y vale. Como cuando ella era pequeña.

Tampoco mejoraba mucho las cosas que el joven que estaba allí sentado en el sofá permaneciera silencioso como una tumba. Había intentado charlar con él pero lo dejó por imposible, y le resultaba estresante tenerlo allí delante en el sofá. No había posibilidad alguna de ponerse a charlar; el ruido y el alboroto de los niños la superaban. Y él no se había ofrecido a ayudarla. Se limitaba a estar allí sentado en silencio. «La timidez lo está matando», pensó.

No lo había visto nunca. Aquel chico tendría unos veinticinco años y era hermano de un amigo de su hijo, que había acudido a la fiesta. Debía de haber veinte años de diferencia entre los dos. Era muy delgado y cuando le dio la mano en la puerta, ella notó que tenía los dedos largos y la palma fría y húmeda, y que era muy tímido. Venía a recoger a su hermano, pero el pequeño se negó tajantemente a marcharse, ya que la fiesta estaba en su apogeo. Decidieron que se quedara un ratito. «Terminan enseguida», dijo ella. Él le explicó que sus padres, que vivían en un edificio de apartamentos más abajo, en la misma calle, estaban en el extranjero y entretanto él se encargaba de su hermano pequeño; habitualmente vivía en el centro de la ciudad. Se movía inquieto en la puerta delantera. El hermano pequeño había vuelto a meterse en el jaleo.

Se sentó en el sofá mirando a la hermana del cumpleaños, una niña de un año

que gateaba hacia una de las habitaciones de los niños. Llevaba un vestidito blanco de blonda y una cinta en el pelo y hacía gorgoritos. Pero él maldijo a su propio hermano en silencio. Le resultaba de lo más incómodo estar allí sentado en una casa desconocida. Estuvo pensando si sería conveniente ofrecerse a ayudar. La mujer le había dicho que el padre trabajaba hasta tarde. Él asintió con la cabeza e intentó sonreír. Rechazó una Coca-Cola y pizza.

Se dio cuenta de que la niña tenía en la mano una especie de juguete que se puso a chupar y mordisquear con gran dedicación dejándose caer sobre el trasero. Era como si le dolieran las encías, y el joven pensó que le estarían saliendo los dientes.

La niña se acercó con su juguete en la mano y él intentó averiguar qué podía ser aquello. La niña se detuvo, se dejó caer sobre el trasero y se quedó sentada en el suelo con la boca abierta, mirándolo. Un hilillo de saliva le bajaba por el pecho. Levantó el juguete y lo mordió y luego volvió a gatear hacia él con el objeto en la boca. Se estiró, hizo una mueca y el juguete se le cayó de la boca. Volvió a encontrarlo con ciertas dificultades y lo cogió con la mano y se agarró al brazo del sofá hasta que consiguió ponerse en pie al lado del joven, insegura pero orgullosa.

Él le cogió el objeto y lo observó. La niña le miró como si no pudiera dar crédito a sus ojos y al cabo se puso a berrear como si le fuera la vida en ello. El joven no tardó mucho en darse cuenta de que lo que tenía en la mano era un hueso humano, el extremo de una costilla, de unos diez centímetros de largo. Era de color amarillento, sometida a tantos años de erosión que los bordes ya no eran afilados, y en el corte había unas manchitas como de tierra.

Pensó que debía de tratarse de la parte delantera de la costilla, y que era muy antigua.

La madre oyó a la niña llorar a gritos, y cuando miró hacia la sala la vio de pie junto al sofá, al lado del desconocido. Dejó el cuenco de palomitas y fue hacia su hija, la cogió en brazos y luego lo miró a él, que parecía no darse ni cuenta de la presencia de madre e hija.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la madre en voz alta intentando hacerse oír por encima del ruido que hacían los chicos, preocupada, intentando consolar a su hija.

Él levantó la cabeza, se puso de pie lentamente y acercó el hueso a la madre.

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó.

—¿El qué? —respondió la madre.

—El hueso —dijo él—. ¿De dónde ha sacado este hueso?

—¿Qué hueso? —preguntó la madre.

La niña dejó de llorar al volver a ver el hueso y se esforzó por cogerlo, sacándose de la boca el pulgar lleno de babas. Lo agarró, se lo apropió y miró a su alrededor.

—Creo que es un hueso —dijo el chico.

La niña se lo introdujo en la boca y se calmó.

—¿Qué dices de un hueso? —preguntó la madre.

—Eso que está mordiendo —dijo él—. Creo que es un hueso humano.

La madre miró a su hija, que mordisqueaba el hueso.

—Nunca lo había visto. ¿Qué quieres decir? ¿Un hueso humano?

—Yo diría que es parte de una costilla humana —precisó—. Estudio medicina —añadió para justificar sus palabras—, estoy en quinto.

—¿Una costilla? ¿Qué tontería es esta? ¿La trajiste tú?

—¿Yo? No. ¿No sabes de dónde ha salido? —preguntó.

La madre miró a la niña y de pronto reaccionó y le quitó el hueso de la boca y lo tiró al suelo. La niña se echó a llorar otra vez. El chico cogió el hueso y lo examinó más detenidamente.

—A lo mejor su hermano lo sabe...

Miró a la madre, que le devolvió la mirada con un gesto de desconfianza. Ella miró a su hija, que lloraba a voz en cuello, luego el hueso, luego por la ventana de la sala que daba a un solar en construcción, otra vez al hueso y al desconocido y finalmente a su hijo, que apareció corriendo desde uno de los cuartos de los niños.

—¡Tóti! —lo llamó, pero el chico no hizo ningún caso.

La madre se metió entre el gentío infantil y sacó de allí a su Tóti, no sin ciertas dificultades, y lo llevó frente al estudiante de medicina.

—¿Es tuyo esto? —preguntó al muchacho, mostrándole el hueso.

—Me lo encontré —dijo Tóti, que no quería perderse ni un minuto de la fiesta de cumpleaños.

—¿Dónde? —preguntó su madre.

Dejó en el suelo a la niña, que se quedó mirándola fijamente sin saber si volver a empezar sus gritos.

—Fuera —dijo el chaval—. Es una piedra chulísima. La lavé.

Jadeaba. Una gota de sudor le bajó por la mejilla.

—¿Dónde es fuera? —preguntó su madre—. ¿Cuándo? ¿Qué estabas haciendo?

El niño miró a su madre. No sabía si había hecho algo malo, pero a juzgar por el gesto de ella parecía que sí, de modo que se puso a pensar en cuál podía haber sido su maldad.

—Creo que ayer —dijo—. En la pared del extremo del hoyo. ¿Pasa algo malo?

Su madre y el desconocido se miraron a los ojos.

—¿Puedes indicarme dónde encontraste esto, exactamente? —preguntó ella.

—Ay, ¡que es mi cumple! —protestó el niño.

—Vamos —dijo su madre—. Enséñanoslo.

Levantó a la niña del suelo y, empujando al chaval por delante, salieron de la sala en dirección a la puerta de la calle. El chico los siguió de cerca. El silencio se había adueñado del montón de niños en cuanto el cumpleaños se quedó callado; todos observaban cómo la madre de Tóti lo hacía salir de casa a empujones, con gesto muy serio y la hermana pequeña en brazos. Se miraron unos a otros y salieron detrás.

Estaban en el barrio nuevo junto a la carretera que subía al lago Reynisvatn. El barrio del Milenario. Se construía en una ladera de la colina de Grafarholt, en cuya

cima se erguían los depósitos de agua para calefacción de Energía de Reikiavik, unos colosos pintados de marrón que se encumbraban como castillos sobre el barrio nuevo. Las calles se habían abierto en ambas laderas ante la presencia de los depósitos, de modo que cada casa se levantaba a los pies de otra, alguna con un jardín alrededor, tierra nueva y arbolitos que aún tenían que crecer para proporcionar abrigo a sus dueños.

La tropa siguió al cumpleaños con pasos raudos hacia el este de la casa más alta, que estaba al lado de los depósitos. Allí, casas adosadas, recién construidas, se extendían hacia el prado y a lo lejos, hacia el norte y el este, empezaban las viejas residencias de veraneo de los ciudadanos de Reikiavik. Igual que en todos los barrios nuevos, los chicos invadían las casas a medio construir, trepaban por los andamios y jugaban al escondite a la sombra de los muros, o se ocultaban en las excavaciones recién abiertas y chapoteaban en el agua que se iba acumulando allí.

Fue a uno de esos solares adonde Tóti condujo al desconocido y a su madre, y a toda la tropa de la fiesta, y allí señaló el lugar donde había encontrado aquella extraña piedra blanca que pesaba tan poco, tan poco, que se la metió en el bolsillo y decidió quedársela. Recordaba exactamente dónde la había encontrado, y delante de ellos se metió en el foso de un salto y se dirigió sin dudarle al lugar donde la había visto, en la tierra seca. Su madre ordenó al muchacho que no se moviera y descendió al hoyo con ayuda del joven. Cuando llegó, Tóti le quitó el hueso y lo situó en el suelo.

—La piedra estaba así —dijo, hablando del hueso como si no fuera más que una piedra rara.

Era ya viernes por la tarde y no quedaba nadie trabajando en el hoyo. Habían alzado las bases de los cimientos de la casa por dos lados, pero se distinguían los estratos en los lugares donde aún no se habían construido las paredes. El joven se acercó al talud y observó el lugar donde el chico decía que había encontrado el hueso. Arañó la tierra con la uña y con gran sorpresa encontró algo que no podía ser sino un húmero profundamente hundido en el paredón.

La madre observó al joven, abstraído en el talud, y siguió su mirada hasta que descubrió el hueso. Se acercó y creyó distinguir un maxilar y un par de dientes.

Dio un respingo, volvió a mirar al joven y luego a su hija, y se puso a limpiarle la boca de un modo inconsciente.

No se dio cuenta de lo que había pasado hasta que sintió el dolor en la sien. Le había golpeado con el puño cerrado en la cabeza sin previo aviso, de una forma tan repentina que ni vio llegar el golpe. O quizás es que no podía creer que le hubiera pegado. Era el primer golpe, y en los años siguientes pensaría si su vida habría sido distinta de haber roto con él de inmediato.

Si él se lo hubiera permitido.

No conseguía explicarse por qué le había dado de repente, y se quedó mirándolo

un buen rato como tocada por un rayo. Nunca la habían tratado así. Aquello sucedía tres meses después de la boda.

—¿Me has pegado? —dijo llevándose la mano a la sien.

—¿Crees que no he visto cómo lo mirabas? —gruñó él, con aspereza.

—¿A quién? ¿Qué...? ¿Te refieres a Snorri? ¿Que miraba a Snorri?

—¿Crees que no lo vi? ¿Que no vi la lujuria en tus ojos?

Nunca había conocido aquel aspecto de su personalidad. Nunca lo había oído utilizar esa palabra. Lujuria. ¿De qué estaba hablando? Había cruzado unas palabras con Snorri un momento en la puerta del sótano, dándole las gracias por llevarle algo que se había olvidado al dejar el trabajo; no quiso invitarlo a entrar porque su marido llevaba todo el día de morros y no le apetecía hablar. Snorri dijo algo divertido sobre el comerciante en cuya casa había estado sirviendo, y los dos rieron y luego se despidieron.

—Era Snorri —dijo ella—; no seas así. ¿Por qué has estado de tan mal humor todo el día?

—¿Dudas de lo que estoy diciendo? —preguntó él acercándose a ella de nuevo—. Lo vi por la ventana. Vi cómo bailoteabas a su alrededor. ¡Como una zorra!

—No, no puedes...

Le golpeó de nuevo en el rostro con el puño cerrado, y la empujó contra el armarito de la cocina. Sucedió de una forma tan repentina que no tuvo tiempo ni de protegerse con la mano por delante.

—¡No se te ocurra mentirme! —gritó él—. Vi cómo lo mirabas. ¡Y vi cómo te le insinuabas! ¡Lo vi con mis propios ojos! ¡Pedazo de puta!

Aquella palabra también la oía por primera vez.

—Dios mío —suspiró. Le había roto el labio superior y la sangre se le metía en la boca, y el sabor de la sangre se mezcló con el sabor salado de las lágrimas que le corrían por el rostro—. ¿Por qué me haces esto? ¿Qué he hecho yo?

Estaba encima de ella como si fuera a darle una paliza. Un gesto de furia llameaba desde el rostro enrojecido. Rechinó los dientes y golpeó el suelo con un pie, dio media vuelta y salió del sótano con pasos rápidos. Ella se quedó atrás sin acabar de comprender realmente lo que había sucedido.

Muchas veces le habían venido a la memoria esos momentos, y qué habría pasado de haber reaccionado inmediatamente ante tal violencia, si hubiera intentado dejarlo, si se hubiera marchado para no volver nunca, en vez de buscar razones para culparse a sí misma. Algo debía de haber hecho para que se comportara así. Algo que ella misma no acabó de entender en la conversación que mantuvieron a su vuelta, prometiendo corregirse y que todo volvería a ser como antes.

Nunca lo había visto comportarse así, ni con ella ni con nadie. Era un hombre tranquilo y un tanto serio. Conocía esa faceta de su personalidad desde sus tiempos de novios. Incluso quizá demasiado reservado. Trabajaba como bracero al norte de la ciudad, con un hermano del comerciante para el que trabajaba ella, e iba de vez en

cuando a su casa a llevar mercancías. Así se conocieron, año y medio atrás. Eran de edad parecida y él hablaba de dejar aquel empleo y embarcarse. Eso sí que daba dinero. Y luego quería ser dueño de su propia casa. Ser su propio jefe. El trabajo de bracero rebajaba a la gente, era anticuado y no daba nada bueno.

Ella le dijo que estaba harta de servir en casa del comerciante. Era un avaro que fastidiaba constantemente a las sirvientas, y su mujer era una bruja que empleaba mano dura. No había hecho aún planes de a qué se iba a dedicar. Nunca había pensado en el futuro. No conocía otra cosa que el duro bregar desde la niñez. Para ella, la vida no era mucho más.

Él solía ir a casa del comerciante y era un huésped frecuente en la cocina. Una cosa condujo a la otra y ella le habló de su hija. Él respondió que ya lo sabía, que se había informado acerca de ella. Fue la primera vez que constató que estaba interesado en conocerla mejor. Le comentó que pronto iba a cumplir los tres años y fue a buscar a la niña, que jugaba con los hijos del comerciante en la parte de atrás.

Cuando hubo vuelto con ella, él le preguntó si había sido fruto de un desliz y sonrió circunspecto. Más tarde utilizaría contra ella, para aniquilarla, lo que él llamaba, sin compasión, su ligereza de cascos. A la niña nunca la llamó por su nombre, siempre utilizaba apodos; la llamaba «hijaputilla» y «gusarapo».

Pero la niña no era fruto de un «desliz». El padre de la niña era un marinero que se había ahogado en Kollafiördur. Sólo tenía veintidós años de edad cuando su barco se vio envuelto en un temporal y murieron él y tres tripulantes más. Ella tuvo noticia de su muerte al mismo tiempo que del embarazo. No llegaron a casarse, de modo que no podía considerarse exactamente una viuda. Tenían planeada la boda pero él murió antes y la dejó sola con una hija natural.

El joven estaba sentado en la cocina, escuchando su historia, y la niña se apretaba contra ella. No era tímida, por regla general, pero se agarraba con fuerza a la falda de su madre y no se atrevió a soltarse cuando él le dijo que se acercara. Sacó un caramelito del bolsillo y extendió la mano hacia ella, pero la niña se enzarzó aún más en la falda y empezó a llorar: quería volver con los demás. Pero sí le encantaban los caramelos.

Dos meses más tarde, le propuso matrimonio. La proposición no tuvo nada de romántica, no se parecía a las que ella conocía por los libros. Habían salido varias tardes, habían asistido a fiestas, habían paseado por la ciudad e iban al cine a ver películas de Charlot. Ella se reía de buena gana con el pequeño vagabundo y miraba al joven, que no dejaba escapar ni una sonrisa. Una tarde, al salir del cine, cuando estaban esperando el autobús que iba al centro, él le preguntó si no deberían casarse. La atrajo hacia sí.

—Quiero que nos casemos —dijo.

Ella se quedó de lo más confusa, aunque no sucedía sino lo que ya estaba esperando, según reconoció mucho más tarde, pero aquello no era una proposición de matrimonio y en ningún momento le preguntó si ella lo deseaba también.

«Quiero que nos casemos».

Ella ya había considerado la posibilidad de que le propusiera matrimonio. En realidad, su relación no había llegado aún tan lejos, pero la niña necesitaba un hogar. También ella quería ocuparse de un hogar que fuera suyo. Tener más hijos. No habían sido muchos los que se habían interesado por ella. Quizá por culpa de la niña. Quizá, pensaba, no tenía suficientes atractivos femeninos, pues era de baja estatura y un tanto regordeta, el rostro de rasgos grandes, los dientes un poquitín salidos hacia delante, las manos pequeñas y marcadas por el trabajo, y que nunca parecían estar quietas. Quizá no recibiría nunca una proposición mejor.

—¿Qué me contestas? —preguntó él.

Ella asintió con la cabeza. Él le dio un beso y se abrazaron. Poco más tarde se celebró la boda en la iglesia de Mosfell. Asistió poca gente: ellos dos, los amigos de la granja donde trabajaba él y dos amigas de ella de Reikiavik. El sacerdote los invitó a merendar después de la ceremonia. Ella le había preguntado por su familia, pero él no contó casi nada. Según dijo no tenía hermanos, su padre había muerto al poco de nacer él y su madre no tenía medios para mantenerlo, así que lo envió con una familia adoptiva. Vivió en diversas granjas hasta que empezó a trabajar en la de Kjós. Él no mostró interés alguno por saber algo de la familia de ella. No parecía tener curiosidad por el pasado. Ella le dijo que los dos andaban por un igual, pues no sabía quiénes eran sus padres. Fue niña de acogida y creció mal que bien en un hogar tras otro de Reikiavik, hasta que acabó sirviendo en casa del comerciante. Él asintió con la cabeza.

—Empezaremos de nuevo —dijo—. Olvidemos el pasado.

Alquilaron una pequeña vivienda en un sótano en la calle Lindargata, que consistía en la sala y una cocina. El excusado estaba fuera, en el patio. Ella dejó el trabajo en casa del comerciante. Él buscó un trabajo en el puerto, para empezar, hasta conseguir plaza en un barco. Soñaba con embarcarse.

Estaba junto a la mesa de la cocina sujetándose el vientre con las manos. Lo esperaba de todo corazón. No se lo había dicho a él pero estaba segura de estar embarazada. Habían hablado de tener hijos, pero no estaba segura de los deseos de su esposo, tan poco comunicativo era. Ya tenía decidido cómo se llamaría el niño si era un varón. Quería un varón. Se llamaría Símon.

Había oído hablar de hombres que pegaban a sus mujeres. Había oído de mujeres que vivían sometidas a la violencia de sus esposos. Había oído historias. No creía que él pudiera ser uno de esos, que pudiera hacer aquello. Aquello tenía que ser algo casual, se dijo a sí misma. Le vino el pronto de que ella estaba tonteando con Snorri, pensó: «Tengo que andarme con cuidado para que no se repita».

Se limpió la cara y se sonó la nariz. Qué furia la del marido. Había salido como una tromba, pero volvería enseguida y le pediría perdón. No podía comportarse con

ella de aquella forma. No podía ser. No debía hacerlo. Entró furiosa en el dormitorio para atender a su hija Mikkelína, Había despertado con fiebre por la mañana, pero había dormido casi todo el día y aún seguía haciéndolo. La cogió en brazos y notó que estaba ardiendo de fiebre. Se sentó con ella en el regazo y empezó a canturrear en voz baja, aún aturdida y ensimismada tras la agresión.

Al pasar la barca,
me dijo el barquero:
las niñas bonitas
no pagan dinero.

La niña respiraba muy deprisa. La pequeña caja torácica subía y bajaba y emitía un silbido por la nariz. Tenía el rostro rojo. Intentó despertar a Mikkelína pero esta no reaccionó.

Dejó escapar un gemido.
La niña estaba muy enferma.

2

Fue Elinborg quien recibió la notificación del hallazgo de unos huesos en el barrio del Milenario. Era la única que quedaba en la oficina, y estaba a punto de marcharse cuando sonó el teléfono. Vaciló un instante, miró al reloj, luego otra vez al teléfono. Tenía invitados a cenar esa noche, había tenido todo el día un pollo macerándose en *tandoori*. Dejó escapar un profundo suspiro y cogió el teléfono.

Elinborg tenía una edad indefinible, en algún lugar entre los cuarenta y los cincuenta, entrada en carnes aunque sin ser gruesa, y era muy glotona. Estaba divorciada y tenía cuatro hijos, entre ellos uno adoptivo que ya no vivía en casa. Se había vuelto a casar con un mecánico de automóviles que compartía con ella el amor por la comida, y vivía con él y sus tres hijos en un adosado en Grafarvogur. Tenía un viejo título de licenciada en Geología pero nunca se había dedicado a esa profesión. Empezó a trabajar en la policía de Reikiavik durante los veranos como sustituta, y acabó por quedarse allí. Era una de las pocas mujeres de la brigada de investigación.

Sigurður Óli estaba en medio de una desenfrenada relación sexual con su compañera, Bergthóra, cuando empezó a sonar su busca. Lo llevaba sujeto al cinturón de sus pantalones, y los pantalones estaban en el suelo de la cocina, de donde surgía el insoportable pitido. Seguro que no se detendría hasta que se levantara de la cama. Había salido pronto del trabajo. Bergthóra había llegado a casa antes que él y lo había recibido con un profundo y apasionado beso. Una cosa llevó a la otra y dejó los pantalones en la cocina, desconectó el teléfono y apagó el móvil. Se olvidó del busca.

Sigurður Óli suspiró pesadamente y miró a Bergthóra, que estaba sentada a caballo encima de él, sudorosa y con el rostro enrojecido. Vio por la expresión de su rostro que no pensaba detenerse en ese momento. Cerró los ojos, se tumbó encima de él y dejó que sus muslos trabajaran lenta y rítmicamente hasta que llegó al orgasmo y relajó todos los músculos de su cuerpo.

Pero Sigurður Óli tendría que esperar un momento mejor. En su vida, el busca llevaba siempre la iniciativa.

Se escurrió por debajo de Bergthóra, que se quedó sobre la almohada como inconsciente.

Erlendur estaba en el restaurante Skúlakaffi ante un plato de carne salada. Comía allí de vez en cuando porque el Skúlakaffi era el único sitio de Reikiavik que ofrecía comida casera islandesa como la prepararía el mismo Erlendur si tuviera ganas de cocinar. La decoración también le agradaba, todo era de sórdido plástico marrón, viejas sillas de cocina, algunas con la gomaespuma saliendo por el revestimiento de plástico rajado, y el suelo de linóleo desgastado por las pisadas de cajoneros, taxistas

y gruístas, de jornaleros y obreros. Se sentaba solo a una mesa, en una esquina, enfrascado en degustar la grasienta carne salada acompañada de patatas cocidas, guisantes y zanahorias, todo ello cubierto por una espesa y dulzona salsa blanca.

La animación de la hora del almuerzo había terminado ya hacía tiempo, pero consiguió que el cocinero le preparase la carne salada. Cortaba un gran trozo de carne, lo cargaba de patata y zanahoria, lo cubría todo generosamente de salsa con ayuda del cuchillo y se lo llevaba a la boca.

Había acabado de colocar otro bocado igual sobre el tenedor y ya tenía la boca abierta para darle la bienvenida, cuando empezó a sonar el teléfono móvil, que había dejado sobre la mesa al lado del plato. Detuvo el tenedor en el aire y miró por un instante el teléfono, el tenedor bien cargado y otra vez el teléfono, y finalmente dejó el primero con mucho pesar.

—¿Por qué no pueden dejarme en paz? —dijo antes de que Sigurdur Óli pudiera articular una palabra.

—Han encontrado unos huesos en el barrio del Milenario —dijo Sigurdur Óli—. Elinborg y yo vamos de camino para allá.

—¿Cómo que han encontrado unos huesos?

—No sé. Llamó Elinborg y yo voy para allá. Ya he avisado a la brigada científica.

—Estoy comiendo —dijo Erlendur lentamente.

Sigurdur Óli estuvo a punto de explicarle lo que estaba haciendo él, pero se contuvo a tiempo.

—Entonces nos vemos allí arriba —dijo—. Es en la carretera de Reynisvatn, debajo del lado norte de los depósitos de agua. No lejos de la carretera de Vesturland.

—¿Qué es un milenario? —preguntó Erlendur.

—¿Cómo? —dijo Sigurdur Óli, aún molesto por haberse visto interrumpido en sus retozos con Bergthóra.

—¿Son mil siglos o un siglo de mil años? ¿Qué clase de siglo es ese? ¿Los siglos no tienen sólo cien años? ¿A qué se refiere esa palabra? ¿Qué es eso?

—Dios mío —suspiró Sigurdur Óli, y colgó el teléfono.

Tres cuartos de hora más tarde, Erlendur entraba en la calle conduciendo su baqueteado utilitario japonés de doce años de antigüedad y se detenía en el solar de Grafarholt. La policía ya estaba allí y había delimitado el área con una cinta amarilla; Erlendur se escurrió por debajo. Elinborg y Sigurdur Óli habían bajado al hoyo y se encontraban junto al talud. El joven estudiante de medicina, que había dado el aviso del hallazgo de los huesos, seguía con ellos. La madre del cumpleaños había reunido a los niños y los había vuelto a meter en casa. El médico de distrito de Reikiavik, un hombre gordo de cincuenta y tantos años de edad, bajaba con grandes dificultades los tres escalones que habían dispuesto para acceder allí. Erlendur fue tras él.

Los medios de comunicación mostraron especial interés por aquel hallazgo de

huesos. Periodistas de prensa y televisión se habían congregado en torno al hoyo, donde estaban apiñados los vecinos. Algunos ya vivían en el barrio, pero otros, que seguían trabajando en sus casas, que aún carecían de tejado, estaban allí con martillos y palancas en las manos admirando el revuelo. Estaban a finales de abril y reinaba un tiempo primaveral, hermoso y suave.

Los especialistas de la policía de investigación estaban atareados quitando con mucho cuidado la tierra de la pared. La retiraban con palas pequeñas y la metían en bolsas de plástico. La parte superior del esqueleto quedaba al descubierto dentro de la pared, dejando ver un brazo, parte de la caja torácica y la zona inferior de la mandíbula.

—¿Es este el Hombre del Milenario? —preguntó Erlendur, acercándose a la pared de tierra.

Elinborg miró con ojos interrogantes a Sigurdur Óli, que estaba detrás de Erlendur y que se señaló la cabeza con el dedo índice y lo hizo girar.

—He llamado al Museo Nacional —dijo Sigurdur Óli, que se puso a rascarse la cabeza cuando Erlendur se volvió hacia él de pronto y lo miró—. Un arqueólogo viene de camino. Quizás él pueda decirnos qué es esto.

—¿No necesitaremos también un geólogo? —preguntó Elinborg—. Para que nos explique cual es el estado de los huesos, la edad de los estratos.

—¿Y no puedes ayudarnos tú? —preguntó Sigurdur Óli—. ¿No estudiaste tú eso?

—No me acuerdo de nada —dijo Elinborg—. Sé que esa cosa marrón es tierra.

—No está ni a seis pies de profundidad —apreció Erlendur—. Como mucho hay un metro o metro y medio. Lo sepultaron a toda prisa. Y estoy seguro de que son restos mortales recientes. No llevan ahí demasiado tiempo. No es un esqueleto de tiempos de la colonización. No es ningún Ingólfur.

—¿Ingólfur? —preguntó Sigurdur Óli.

—Ingólfur Arnarson —explicó Elinborg—. El primero que llegó a Islandia.

—¿Por qué crees que se trata de él? —preguntó el médico de distrito.

—No, lo que creo es que no se trata de él —dijo Erlendur.

—Lo que quiero decir —repuso el médico— es que podría tratarse de una mujer. ¿Por qué estás tan seguro de que es un varón?

—O una mujer, da igual —dijo Erlendur—. Me da lo mismo. —Se encogió de hombros—. ¿Puedes decirnos algo sobre esos huesos?

—Apenas se ve nada —objetó el médico—. Lo mejor es no decir demasiado hasta que lo hayáis sacado de la pared.

—¿Hombre o mujer? ¿Edad?

—Imposible decirlo.

Un hombre vestido con jersey de lana y pantalones vaqueros, estatura elevada, barba redonda y boca grande con dos colmillos amarillentos que asomaban bajo el bigote entrecano, se acercó hacia ellos y dijo ser arqueólogo. Miró las maniobras de los especialistas y les pidió con las palabras más complicadas posibles que se dejaran

de aquellas tonterías. Los hombres de las palas vacilaron. Iban vestidos con batas blancas y llevaban guantes de goma y gafas protectoras. Erlendur pensó que así vestían los que trabajaban en una central nuclear. Ellos le miraron esperando instrucciones.

—Tenemos que excavar desde arriba, por Dios —protestó Colmillos Salientes, alzando las manos al cielo—. ¿Pensáis sacarlo con esas palitas? Pero ¿quién está a cargo de esto?

Erlendur se presentó.

—Esto no es un hallazgo arqueológico —continuó Colmillos Salientes dándole la mano—. Soy Skarphédinn, encantado; pero lo mejor es tratarlo como si lo fuera. ¿Comprendes?

—No sé de qué me estás hablando —dijo Erlendur.

—Los huesos no llevan demasiado tiempo en la tierra. Unos sesenta o setenta años, diría yo. Incluso menos. Aún tienen restos de ropa.

—¿De ropa?

—Sí, eso de ahí —dijo Skarphédinn señalando con un dedo grueso—. Y sin duda habrá más.

—Yo pensaba que era carne —espetó Erlendur avergonzado.

—Lo más prudente que puedes hacer, dada la situación, aparte de no estropear las pruebas, sería dejar que mi equipo haga la excavación con nuestros propios métodos. Vuestros especialistas pueden ayudarnos. Tenemos que vallar el lugar por arriba e ir bajando hasta el esqueleto, y dejar aquí toda la tierra. No tenemos costumbre de perder pruebas. La forma en que está colocado el esqueleto revela muchísimas cosas. Lo que encontremos a su alrededor puede proporcionar muchos datos.

—¿Qué crees que puede haber pasado? —preguntó Erlendur.

—No lo sé —contestó Skarphédinn—. Demasiado pronto para aventurarse a decir nada. Tenemos que excavar y entonces es de esperar que se aclare algo.

—¿Puede ser alguien que haya muerto al perderse en campo abierto? ¿Que se congelara y se quedara enterrado?

—Nadie se hunde tan profundamente en tierra —dijo Skarphédinn.

—De modo que es una tumba.

—Eso diría —continuó Skarphédinn con solemnidad. Todo parece indicarlo. ¿Qué tal si echamos un vistazo?

Erlendur asintió.

Skarphédinn se dirigió a zancadas hacia la escalera y salió ágilmente del foso. Erlendur lo siguió inmediatamente detrás. Estaban por encima del esqueleto y el arqueólogo explicó cómo sería mejor organizar la excavación. A Erlendur le cayó bien aquel hombre y aceptó su propuesta, y al poco este llamaba por teléfono a su gente. Había participado en algunas de las excavaciones más importantes de los últimos decenios y conocía bien su oficio. Erlendur depositó su confianza en él.

El responsable del equipo científico era de distinta opinión. Rechazó tajantemente

la idea de que la excavación quedara en manos de arqueólogos que no tenían ni la menor idea de investigación criminal. Había que separar el esqueleto de la pared lo antes posible y al hacerlo podrían ir examinando la posición y las posibles pistas, si las había, sobre el homicidio. Erlendur estuvo escuchando un rato aquella perorata pero luego tomó la decisión de que Skarphédinn y su gente empezaran a excavar el esqueleto desde arriba aunque, seguramente, llevara más tiempo.

—Esos huesos llevan ahí medio siglo, unos días más o menos no importan mucho —dijo; y así quedó resuelto el tema.

Erlendur contempló aquel barrio nuevo que estaba levantándose a su alrededor. Observó los depósitos de agua de calefacción, pintados de marrón, y miró en dirección al lago Reynisvatn. Luego se dio la vuelta y miró hacia el este, sobre los prados que empezaban donde terminaban las nuevas edificaciones.

Le llamaron la atención cuatro arbolitos que destacaban entre los achaparrados matorrales, a unos treinta metros de distancia. Se dirigió hacia ellos; parecían groselleros. Estaban uno junto al otro en línea recta hacia el este, y mientras acariciaba las ramas desnudas y retorcidas de los arbustos, se puso a pensar en quién pudo haberlos plantado en aquella tierra de nadie.

3

Hacia la hora de la cena, los arqueólogos aparecieron ataviados con forros polares y anoraks, con sus cucharas y sus palas, vallaron un área grande por encima del esqueleto y se pusieron a arrancar con mucho cuidado la vegetación. Aún había tanta luz como en pleno día, el sol no quería ponerse antes de las diez. Eran cuatro hombres y dos mujeres y trabajaban con tranquilidad y profesionalidad, examinando cuidadosamente cada paletada extraída. Se podían apreciar alteraciones en la tierra de la zona en cuanto la sacaban del suelo. El tiempo y los trabajos que se estaban llevando a cabo se habían encargado de ello.

Elinborg localizó a un geólogo de la facultad de Geología de la universidad, que se mostró más que dispuesto a ayudar a la policía, dejó todo lo que estaba haciendo y apareció en el solar justo media hora después de que Elinborg cortara la comunicación telefónica con él. Andaba por los cuarenta, era moreno de pelo, delgado y de voz inusualmente grave, doctor por una universidad parisina. Elinborg lo condujo hasta el talud. La policía lo había cubierto con un toldo para que no siguiera cubriendo de polvo a visitantes y viandantes, e hizo pasar al geólogo por debajo.

Un gran fluorescente iluminaba y arrojaba sombras lúgubres sobre el lugar de reposo del esqueleto. El geólogo no se dio ninguna prisa. Observó la pared, cogió un puñado de tierra y lo desmenuzó con la mano. Comparó el estrato de tierra que rodeaba al esqueleto por arriba y por abajo y examinó la compactación de la tierra que contenía los huesos. Explicó que ya lo habían llamado una vez por un homicidio, pidiéndole que analizara un pedazo de tierra que se hallaba en la escena del crimen, y había sido todo un éxito. A continuación se dedicó a contarle a Elinborg que había publicaciones científicas sobre criminología y geología, una especie de geología forense, si entendía lo que quería decir.

Ella escuchó aquel torrente de palabras hasta que perdió la paciencia.

—¿Cuánto tiempo lleva enterrado? —preguntó.

—No es fácil decirlo —respondió el geólogo con voz grave, y adoptó pose de científico—. No demasiado.

—¿Qué quiere decir «no demasiado» tiempo en geología? —preguntó Elinborg—. ¿Mil años? ¿Diez?

El geólogo la miró.

—No es fácil decirlo —repitió.

—¿Qué puedes decir con seguridad? —preguntó Elinborg—. Calculado en años.

—No es fácil decirlo.

—¿Así que no es fácil decir nada?

El geólogo miró a Elinborg y sonrió.

—Perdona, estaba pensando. ¿Qué quieres saber?

—¿Cuánto tiempo?

—¿Cómo?

—Cuánto lleva eso aquí —suspiró Elinborg.

—Yo adelantaría que entre cincuenta y setenta años. Tendré que hacer exámenes más precisos, pero eso es lo que me parece más probable. La compactación de la tierra... Queda completamente descartado que sea un hombre de la colonización, que esto sea un túmulo pagano.

—Ya lo sabemos —dijo Elinborg—; hay restos de ropa...

—Esta línea verde de aquí —explicó el geólogo señalando una capa de tierra de color verdoso en la parte inferior de la pared— es lodo de la edad de hielo. Estas líneas que aparecen a intervalos regulares —continuó señalando más arriba en la pared— son estratos de ceniza volcánica. El de más arriba es de finales del siglo quince. Es la capa más espesa de ceniza volcánica que hay en la región de Reikiavik desde la colonización. Y luego hay capas más antiguas, de los volcanes Hekla y Katla. Con eso nos remontamos muchos miles de años en el tiempo. Hay poco hasta la roca, como puedes ver aquí —dijo, indicando una gran piedra en el foso—. Eso es dolerita de Reikiavik, un tipo de roca que aparece por toda la región que se extiende alrededor de la ciudad.

Miró a Elinborg.

—En comparación con toda esta historia, ha pasado una millonésima de segundo desde que cavaron esa tumba.

Los arqueólogos dejaron de trabajar hacia las nueve y media y Skarphédinn informó a Erlendur de que volverían al día siguiente por la mañana, temprano. No habían encontrado nada especial en la tierra y sólo habían comenzado a retirar la capa de vegetación de encima. Erlendur preguntó si no podrían acelerar un poco los trabajos pero Skarphédinn lo miró con desprecio y preguntó a su vez si quería destruir las pruebas. Siguieron de acuerdo en que no había urgencia vital en llegar hasta los huesos.

Erlendur habló con la madre de Tóti, y con el mismo Tóti, sobre los huesos que había encontrado. El muchacho estaba orgulloso de la atención que le prestaban. Siempre igual, suspiró su madre. Que su hijo tuviera que encontrar el esqueleto de un hombre en pleno campo...

—Este ha sido mi mejor cumpleaños —le dijo Tóti a Erlendur—. *Ever*.

Erlendur y Sigurdur Óli le hicieron al estudiante de medicina un par de preguntas sobre los huesos. Él les explicó que había estado mirando a la niña pero que tardó un rato en darse cuenta de que lo que estaba mordisqueando era un hueso. Cuando lo miró más detenidamente comprobó que se trataba de una costilla rota.

—¿Cómo supiste tan pronto que era un hueso humano? —preguntó Erlendur—. Podía haber sido de oveja, por ejemplo.

—Sí, ¿no habría sido más probable que perteneciera a una oveja? —terció Sigurdur Óli, un urbanita que no tenía la menor idea de los animales domésticos islandeses.

—No había duda posible —dijo el estudiante de medicina—. He intervenido en autopsias y no había forma de equivocarse.

—¿Puedes decirnos cuánto tiempo estuvieron los huesos en la tierra? —preguntó Erlendur.

Tenía que esperar a los resultados del geólogo al que había llamado Elinborg, y también los del arqueólogo y el forense, pero le pareció que no se perdía nada por oír la opinión del estudiante.

—Examiné la tierra y a la vista del grado de putrefacción quizás estemos hablando de setenta años. No mucho más. Pero claro, yo no soy ningún experto.

—No, claro —dijo Erlendur—. El arqueólogo pensaba lo mismo y él tampoco es un experto. —Se volvió hacia Sigurdur Óli—. Tenemos que examinar las desapariciones de personas en esa época, quizás en torno a mil novecientos treinta o cuarenta. Incluso antes. A ver lo que encontramos.

Apagaron el fluorescente del entoldado. Los periodistas se habían marchado. El hallazgo de huesos fue la noticia principal en los informativos vespertinos. La televisión mostró imágenes de Erlendur y su gente en el fondo del foso y una cadena mostró el momento en que su reportero intentó que Erlendur dijera algo pero él le hizo señales de que se fuera y aquel tuvo que marcharse.

La calma había vuelto a instalarse en el barrio. Los martillazos se acallaron. Los que estaban trabajando en las casas a medio construir se habían ido. Quienes ya vivían allí estaban metiéndose en la cama. Ya no se oían gritos de niños. El joven estudiante de medicina también había regresado a casa con su hermanito. Dos policías, en un coche, estaban encargados de vigilar el terreno durante la noche. Elinborg y Sigurdur Óli se habían vuelto a sus casas. Los especialistas de la policía científica habían estado colaborando con los arqueólogos pero ya se habían marchado.

Erlendur, de pie junto al hoyo bañado en el sol del atardecer, miró hacia el norte, a Mosfellsdalur, Kollafiördur y el monte Esja, las casas de Kjalarnes. Vio los coches por la carretera de Vesturland, bajo el monte Úlfarsfell, avanzando en dirección al centro de Reikiavik. Oyó un coche que subía hasta el hoyo; de él se apeó un hombre de edad semejante a la suya, en torno a la cincuentena, grueso, vestido con cazadora azul y gorra de visera. Cerró de golpe la puerta del coche y miró a Erlendur y el coche de policía, el desorden que reinaba en la excavación y la lona que ocultaba el esqueleto.

—¿Eres de Hacienda? —preguntó con brusquedad, caminando hacia Erlendur.

—¿De Hacienda? —repitió Erlendur.

—No dejáis a nadie en paz —dijo el hombre—. ¿Llevas un mandamiento, o...?

—¿Es tuya esta parcela? —preguntó Erlendur.

—¿Tú quién eres? ¿Y ese toldo? ¿Qué pasa aquí?

Erlendur le explicó lo sucedido. Aquel hombre, que dijo llamarse Jón, era contratista de obras y propietario de la parcela, pero estaba en bancarrota y acosado

por los inspectores de Hacienda. Llevaban un tiempo sin trabajar en el solar, pero él iba allí con regularidad a comprobar si la obra había sufrido algún daño; los niños de los barrios nuevos eran unos bichos que echaban a correr hacia sus casas y desaparecían a toda velocidad como sabandijas. No había oído ni leído nada sobre el hallazgo de huesos y estaba mirando la excavación, desesperado, mientras Erlendur le explicaba los métodos de la policía y los arqueólogos.

—Yo no sé nada de eso, y los albañiles no vieron los huesos. ¿Es una tumba de esas antiguas? —preguntó Jón.

—Aún no lo sabemos —contestó Erlendur, no demasiado dispuesto a darle más detalles—. ¿Sabes algo de ese terreno que hay al este de aquí? —preguntó, señalando con el dedo en dirección a los grosellers.

—Sólo sé que es buen terreno agrícola —respondió Jón—. No creo que me apeteciera ver a Reikiavik extendiéndose hasta ahí arriba.

—A lo mejor es vegetación silvestre —especuló Erlendur—. ¿Tienes idea de si los grosellers crecen silvestres en Islandia?

—¿Los grosellers? Ni idea. Nunca he oído tal cosa.

Charlaron un rato hasta que Jón se despidió y se marchó. Por lo que le había contado, Erlendur coligió que estaba perdiendo sus tierras a manos de los acreedores. Albergaba alguna esperanza si conseguía librarse de otro préstamo más.

Erlendur decidió marcharse a casa él también. El sol del atardecer teñía el horizonte del oeste de un bello color rojo que se extendía desde el mar y llegaba hasta la costa. Había empezado a refrescar.

Entró en la zona de la excavación y examinó la oscura turba. Restregó la tierra con un pie y paseó despacio por la zona, nada seguro de si estaría alterándola. Nadie lo aguardaba en casa, pensó dando una patada en la tierra. No tenía familia que lo esperase, ni esposa que le dijera cómo había pasado el día. Ni hijos que le contaran cómo habían ido los estudios. Solamente un televisor, un sillón, una alfombra medio rota, envoltorios de comida rápida en la cocina y las paredes llenas de libros que leía en soledad. Muchos de ellos trataban de personas desaparecidas en Islandia, de viajeros perdidos en los páramos y muertos en las montañas.

De pronto encontró resistencia en la tierra. Era como una piedrecilla que sobresalía del suelo. Le dio unos golpecitos con el pie, pero seguía firme. Se inclinó y se puso a escarbar con la mano la tierra que la cubría, aunque Skarphédinn le había dicho que no tocara nada mientras los arqueólogos estaban fuera. Erlendur tiró con desgana de la piedra pero no consiguió sacarla.

Cavó más hondo, y tenía las manos completamente embarradas cuando encontró otra punta de piedra del mismo tipo y finalmente una tercera, una cuarta y una quinta. Erlendur se arrodilló y esparció la tierra en todas direcciones. El objeto se veía con mayor claridad, y al cabo fijó la mirada en lo que según todo su saber y entender era una mano. Los huesos de cinco dedos y de la palma de la mano, que sobresalían de la tierra. Se puso en pie lentamente.

Los cinco dedos señalaban hacia arriba, separados unos de otros como si el que yacía allí abajo hubiera levantado el brazo para coger algo o para defenderse, quizá pidiendo clemencia. Erlendur estaba medio aturdido. Los huesos se extendían hacia él desde la tierra como pidiendo compasión, y en el frescor del anochecer le recorrió un escalofrío.

Vivo, pensó Erlendur. Dirigió sus ojos hacia los groselleros.

—¿Estabas vivo? —preguntó con fuerte voz.

Su teléfono móvil sonó en ese mismo instante. Necesitó un tiempo para darse cuenta de que el timbre rompía la quietud del anochecer, tan profundamente estaba enfrascado en sus pensamientos; pero sacó el teléfono del bolsillo del abrigo y lo abrió. Al principio no oyó más que un ronquido sordo.

—Ayúdame —dijo una voz que reconoció enseguida—. *Please*.

Y la comunicación se cortó.

Su teléfono mostraba los números, pero este no pudo verlo. En la pantallita ponía «Privado». Era Eva Lind. Su hija. Se quedó mirando el teléfono con gesto dolorido como si fuera una astilla que se le hubiera clavado en la mano, pero no respondió a la llamada. Eva Lind tenía su número, pero la última vez que hablaron le llamó para decirle que no quería volver a verlo nunca más. Se quedó sin saber qué hacer y sin moverse del sitio, esperando otra llamada que nunca llegó.

Y entonces echó a correr.

Hacía ya dos meses que no tenía contacto alguno con Eva Lind. En realidad, aquello no era nada fuera de lo común. Su hija vivía su vida sin que él pudiera intervenir mucho en ella. Andaba por los treinta. Era drogadicta. Habían tenido una enésima discusión muy violenta la última vez que sus caminos se cruzaron. Fue en casa de él, en el apartamento del bloque en que vivía, y ella salió en estampida gritándole que era un asqueroso.

Erlendur tenía también un hijo, Sindri Snaer, que tenía escasa relación con su padre. Eva Lind y él eran pequeños cuando Erlendur abandonó el hogar dejándolos con su madre. La esposa nunca perdonó a Erlendur y no le permitió que tuviera trato alguno con sus hijos. Él se resignó, aunque se arrepintió cada vez más de aquella decisión. Los dos lo buscaron cuando tuvieron edad para ello.

El frío anochecer de primavera se posaba sobre Reikiavik cuando Erlendur salió en su coche, a toda velocidad, del barrio del Milenario, entró en la carretera de Vesturland y llegó a la ciudad. Tuvo la precaución de llevar encendido el móvil y de ponerlo en el asiento delantero. Erlendur no sabía muchos detalles sobre la vida de su hija y no tenía ni idea de por dónde empezar a buscarla, hasta que recordó el sótano de Vogar donde Eva Lind había vivido un año antes.

Primero comprobó si había ido a su casa, pero no vio a Eva Lind por ningún sitio cerca del bloque de apartamentos donde él vivía. Dio una vuelta alrededor del bloque y luego entró en el portal. Eva tenía llave de su apartamento. Subió al piso y la llamó, pero no estaba. Pensó en llamar a su madre, pero no se decidió. Prácticamente no habían hablado en veinte años. Levantó el auricular y llamó a su hijo, pues sabía que él y su hermana mantenían relación, aunque fuera esporádica. Consiguió el número de Sindri en Información. Resultó que Sindri estaba trabajando en otra parte del país y no tenía ni idea del paradero de su hermana.

Erlendur vaciló.

—Maldita sea —suspiró.

Volvió a llamar a Información para pedir el número de su exmujer.

—Soy Erlendur —dijo cuando ella respondió—. Creo que Eva Lind se ha metido en algún problema. ¿Sabes dónde puede estar?

Se produjo un silencio en el teléfono.

—Me llamó pidiéndome ayuda, pero se cortó la conexión y no sé dónde está.

Creo que le pasa algo serio.

La mujer no respondió.

—¿Halldóra?

—¿Me llamas después de veinte años?

Sintió un frío odio en su voz tras todos aquellos años, y supo que había cometido un error.

—Eva Lind necesita ayuda y no sé dónde está —dijo.

—¿Que necesita ayuda?

—Creo que le pasa algo serio.

—¿Y es culpa mía?

—¿Culpa tuya? No. No es...

—¿Crees que yo no he necesitado ayuda? Sola con dos niños. A mí nunca me ayudaste.

—Hall...

—Y ahora tus hijos se han ido al demonio. ¡Los dos! ¿Empiezas a comprender ya lo que hiciste? ¿Lo que nos hiciste? ¿Lo que nos hiciste a mí y a tus hijos?

—Te negaste a permitirme el contac...

—¿Crees que no he tenido que salvarla yo un millón de veces? ¿Crees que no he tenido que dar la cara por ella? ¿Dónde estabas tú entonces?

—Halldóra, yo...

—¡Cabrón! —vociferó la mujer.

Le colgó. Erlendur se maldijo a sí mismo por llamarla. Se metió en el coche, fue al barrio de Vogar y se detuvo delante de un destartado edificio de apartamentos con varias plantas bajas, medio enterradas en la tierra. Llamó al timbre que colgaba del marco de la puerta de uno de ellos, pero no oyó sonido alguno en el interior y golpeó la puerta con la mano. Esperó impaciente a que se oyera algún ruido y se abriera la puerta, pero no sucedió nada. Agarró el pomo. La llave no estaba echada y Erlendur dio un paso al interior, con prudencia. Entró primero a un pequeño vestíbulo y oyó un débil llanto de niño procedente de alguna otra habitación de la casa. Un fuerte olor a orina y excrementos le golpeó al acercarse al salón.

Había una niña que no tendría más de un año sentada en el suelo del salón, aletargada de tanto llorar. Se agitaba en profundos sollozos, con el trasero desnudo y una camiseta asquerosa como único atuendo. El suelo estaba cubierto de latas de cerveza vacías y botellas de vodka igualmente vacías, y de envoltorios de comida rápida y productos lácteos echados a perder, cuyo violento olor acre se mezclaba con los aromas de la orina y los excrementos de la niña. En la sala había pocas cosas más, aparte de un sofá rajado sobre el que yacía una mujer desnuda de espaldas a Erlendur. La niña no le prestó atención alguna cuando se acercó al sofá. Él cogió la muñeca de la mujer y encontró el pulso. En el brazo tenía cicatrices de pinchazos.

La cocina estaba anexa al salón y a su lado había una pequeña habitación donde Erlendur encontró una manta, que echó encima de la mujer del sofá. En el interior del

dormitorio había un pequeño cuarto de baño con ducha. Levantó a la niña del suelo y la llevó al baño, donde la lavó de pies a cabeza con agua caliente y la envolvió en una toalla. La criatura dejó de llorar. Tenía el interior de los muslos completamente irritado por la orina. Supuso que estaría muerta de hambre pero no encontró nada comestible, excepto un trozo de chocolate que llevaba en el bolsillo del abrigo. Cortó un pedazo y se lo dio a la niña mientras le hablaba con calma. Se dio cuenta de que tenía llagas en los brazos y la espalda, e hizo una mueca.

Encontró una cuna de barrotes, sacó de ella una lata de cerveza y envoltorios de hamburguesas y metió cuidadosamente a la niña. La furia le bullía por dentro cuando volvió al salón. No sabía si aquel bulto informe del sofá era la madre de la niña pero le daba igual. La levantó y la llevó en volandas al baño, la sentó en el suelo de la ducha y le dejó caer encima el agua helada. La mujer estaba como muerta pero despertó a la vida en cuanto notó el contacto del agua, dio un respingo, boqueó jadeante, gritó e intentó defenderse.

La dejó en el agua un rato y al cabo cerró el grifo, le dio la manta, la condujo de nuevo al salón y la hizo sentarse en el sofá. Estaba despierta pero desorientada y miró a Erlendur con ojos indolentes. Luego miró a su alrededor como si le faltara algo. De pronto, recordó quién era.

—¿Dónde está Perla? —preguntó, tiritando.

—¿Perla? —dijo Erlendur irritado—. ¿La criatura?

—¿Dónde está mi niña? —repitió la mujer.

Debía de tener unos treinta años, llevaba el pelo muy corto y la boca pintada, aunque la pintura se le había corrido por todo el rostro. El labio superior estaba hinchado y tenía un gran chichón en la frente y el ojo derecho rodeado por un círculo azulado, señal de un golpe.

—No tienes ningún derecho a preguntar por ella —le espetó Erlendur.

—¿Qué?

—¡Apagas cigarrillos en la piel de tu hija!

—¿Cómo? ¡No! ¿Quién...? ¿Quién eres tú?

—¿Es el imbécil que te pega a ti también?

—¿Que me pega? ¿Cómo? ¿Quién eres tú?

—Voy a quitarte a Perla —dijo Erlendur—. Y voy a meter entre rejas al hombre que le hace eso. Así que tienes que decirme dos cosas.

—¿Quitármela?

—Hace cierto tiempo vivía aquí una chica, hace un año quizá, ¿sabes algo de ella? Se llama Eva Lind. Delgada, morena...

—Perla es un demonio. Todo el rato berreando. Sin parar.

—Vaya, pobrecita de ti...

—Eso le vuelve loco.

—Empecemos por Eva Lind. ¿La conoces?

—No me la quites. Please.

—¿Sabes quién es Eva Lind?

—Eva se mudó hace muchos meses.

—¿Sabes adónde?

—No. Estaba con Baddi.

—¿Con Baddi?

—Es portero. Iré a los periódicos si te la llevas. ¿Eh? Iré a los periódicos.

—¿Dónde trabaja de portero?

Al fin se lo dijo. Erlendur se puso en pie y llamó primero una ambulancia y luego al servicio de guardia de Asistencia a la Infancia de Reikiavik y explicó brevemente la situación.

—Y ahora a por lo otro —dijo Erlendur mientras esperaba la ambulancia—. ¿Quién es ese animal que te pega?

—Déjalo en paz —dijo ella.

—¿Por qué? ¿Para que siga haciéndote lo mismo? ¿Eso es lo que quieres?

—No.

—Pues quién es.

—Es que...

—Bueno. ¿Qué? ¿Quién es?

—Si piensas ir a por él...

—Sí.

—Si piensas ir a por él, tendrás que matarlo; si no te matará él a ti —dijo dirigiendo a Erlendur una sonrisa fría.

Baddi trabajaba de portero en un local de striptease llamado Conde Rosso, situado en el centro de Reikiavik. No estaba en la puerta cuando llegó Erlendur; en su lugar había una montaña de músculos, de constitución corporal extraordinaria, que le indicó dónde encontrarlo.

—Está vigilando el show —dijo el portero.

Erlendur puso cara de no entender. Se quedó mirando al hombre.

—El show privado —dijo el portero—. El baile privado —añadió, y puso cara de desesperación.

Erlendur entró en el local, que estaba iluminado con bombillas rojas de luz mortecina. En el salón había una barra, mesas y sillas y unos cuantos hombres que miraban a una chica joven que se frotaba contra una barra de hierro en una pista de baile elevada, al ritmo de una monótona melodía pop. La joven miró a Erlendur y se puso a bailar delante de él como si se tratase de un cliente en potencia, y se soltó el diminuto sujetador. Erlendur la miró con una compasión tan profunda que la muchacha se quedó confusa, dio un paso en falso, recuperó el equilibrio y se fue alejando de él hasta que dejó caer el sujetador al suelo aparentando desenvoltura, en un intento por mantener la dignidad.

Intentó adivinar dónde podían tener lugar los shows privados; vislumbró un oscuro pasillo enfrente de la pista de baile, y fue hacia allá. El pasillo estaba pintado de negro y al final había una escalera que descendía al sótano. No se veía apenas, pero bajó dificultosamente la escalera y entró en otro pasillo pintado de negro. Una solitaria bombilla roja colgaba del techo, y al final del pasillo se alzaba una montaña de músculos coronada por una cabeza extraordinariamente pequeña, con los fuertes brazos cruzados sobre el pecho, mirando a Erlendur fijamente. En el pasillo que se extendía entre ambos había seis habitaciones, tres a cada lado. Oyó el sonido de un violín en alguno de los cuartos, una melodía nostálgica.

La montaña de músculos avanzó hacia Erlendur.

—¿Eres Baddi? —preguntó este.

—¿Dónde está tu chica? —preguntó la montaña de cabeza pequeña, que se erguía como una verruga sobre el grueso cuello.

—Eso iba a preguntarte yo —dijo Erlendur, extrañado.

—¿A mí? No, yo no organizo lo de las chicas. Tienes que subir a por ellas y luego vuelves a bajar.

—Ah, de modo que es eso —dijo Erlendur cuando se percató de la confusión—. Estoy buscando a Eva Lind.

—¿A Eva? Lo dejó hace tiempo. ¿Estuviste con ella?

Erlendur se quedó mirando fijamente al hombre.

—¿Que lo dejó? ¿A qué te refieres?

—Venía aquí a veces. ¿De qué la conoces?

Se abrió una puerta del pasillo y asomó un hombre joven subiéndose la cremallera de los pantalones. Erlendur vio a una chica desnuda inclinarse para recoger su ropa del suelo de la habitación. El hombre se escurrió entre ellos dos, le dio un golpecito a Baddi en el hombro y desapareció escaleras arriba.

—¿Quieres decir aquí abajo? —dijo Erlendur anonadado—. ¿Eva Lind venía aquí abajo?

—Hace mucho. En esta habitación hay una que se le parece mucho —dijo Baddi servicial como un vendedor de coches, señalando una puerta—. Es una estudiante de medicina, de Lituania. La chica del violín. ¿La oyes? Está en alguna escuela famosa de Polonia. Vienen aquí a sacar dinero y luego se vuelven a seguir estudiando.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a Eva Lind?

—Nunca decimos dónde viven las chicas —dijo Baddi, poniendo un curioso gesto de santurrón.

—Yo no quiero saber dónde viven las chicas —dijo Erlendur con cansancio. No podía permitirse el lujo de perder el control de la situación, sabía que tendría que andar con cuidado, que tenía que buscar la información con prudencia aunque nada deseaba más que arrancarle aquella verruga del cuello—. Creo que Eva Lind tiene problemas y me pidió que la ayudara —dijo con toda la tranquilidad de que fue capaz.

—Y tú quién eres, ¿su papaíto? —dijo Baddi burlón, soltando un bufido.

Erlendur lo miró pensando si sería posible agarrar una cabeza tan pequeña. La sonrisa burlona se congeló en el rostro de Baddi al percatarse de que había dado en el blanco. Sin pretenderlo, como de costumbre. Dio un paso atrás.

—¿Eres el poli? —preguntó.

Erlendur asintió con la cabeza.

—Este es un local totalmente legal.

—Eso a mí no me atañe. ¿Sabes algo de Eva Lind?

—¿Ha desaparecido?

—No lo sé —dijo Erlendur—. Ha desaparecido de mí. Habló conmigo hace un rato y me pidió que la ayudara, pero no sé dónde está. Me han dicho que tú la conocías.

—Estuve con ella una temporada, ¿te lo dijo ella?

Erlendur sacudió la cabeza.

—No hay forma de estar con ella por mucho tiempo. Está chiflada.

—¿Puedes decirme dónde está?

—Hace mucho que no la veo. Te odia. ¿Lo sabías?

—Cuando estabas con ella, ¿quién le proporcionaba la droga?

—¿Quieres decir quién era su camello?

—El camello, sí.

—¿Vas a encerrarlo?

—No, no voy a encerrar a nadie. Tengo que encontrar a Eva Lind. ¿Puedes ayudarme, o no?

Baddi reflexionó un momento. No había motivo alguno para ayudar a aquel hombre, ni tampoco a Eva Lind. Si por él fuera, podía irse al demonio. Pero el poli tenía un gesto que le advertía de que más valía tenerlo de su lado que en su contra.

—No sé nada de Eva —dijo—. Había con Alli.

—¿Alli?

—No le digas que te envió yo.

Erlendur se dirigió en su coche a la parte más antigua de la ciudad, al lado del puerto, pensando en Eva Lind y en Reikiavik. Él era forastero y se seguía considerando forastero aunque hubiese vivido allí la mayor parte de su vida y hubiera visto la ciudad extenderse por la bahía y por las colinas conforme aumentaba la población del país. La ciudad contemporánea, rebosante de gente que ya no quería vivir en el campo o en las aldeas de la costa, o que ya no podía seguir viviendo allí y emigraba a la ciudad para empezar una nueva vida, pero que perdía sus raíces y se quedaba sin pasado y con un futuro incierto. Nunca le había gustado aquella ciudad.

Se sentía extranjero.

Alli tenía veintitantos años, era esquelético, pelirrojo y pecoso, le faltaban los dientes de delante, tenía el rostro demacrado y lánguido, y una tos muy fea. Estaba donde Baddi pensaba que estaría, en el Kaffi Austurstraeti, sentado sin compañía alguna a una mesa, con un vaso de cerveza vacío delante. Parecía dormido, la cabeza colgando y las manos cruzadas sobre el pecho. Llevaba puesta una parka verde, sucísima, con cuello de piel. Baddi había hecho una buena descripción. Erlendur se sentó a la mesa.

—¿Tú eres Alli? —preguntó sin obtener respuesta.

Miró a su alrededor. El bar estaba en penumbra y apenas había unas pocas personas sentadas en mesas desperdigadas por el local. Desde un altavoz situado encima de ellos sonaba un melancólico cantante country entonando una triste melodía sobre amores perdidos. Había un camarero de mediana edad sentado en un taburete alto junto a la barra del bar, leyendo una novelita de quiosco.

Repitió la pregunta y finalmente le dio un golpecito en el hombro al joven, que despertó y miró a Erlendur con los ojos pesados de sueño.

—¿Otra cerveza? —preguntó Erlendur, esforzándose al máximo por sonreír. Una mueca se formó en su rostro.

—¿Tú quién eres? —preguntó Alli con ojos estúpidos.

No hizo ningún intento de ocultar su gesto de estulticia.

—Estoy buscando a Eva Lind. Soy su padre y tengo prisa. Me llamó pidiendo ayuda.

—¿Tú eres el poli? —preguntó Alli.

—Sí, yo soy el poli —dijo Erlendur.

Alli se incorporó en su silla y lanzó una mirada furtiva a su alrededor.

—¿Y por qué me preguntas a mí?

—Sé que conoces a Eva Lind.

—¿Cómo?

—¿Sabes dónde está?

—¿Me invitas a una cerveza?

Erlendur le miró y reflexionó un instante si estaba utilizando el procedimiento

correcto, y decidió que sí, porque el tiempo le apremiaba demasiado. Se puso en pie y se acercó a la barra con paso rápido. El camarero levantó los ojos cansinamente de su novela, la dejó a un lado con pena y se levantó del taburete. Erlendur le pidió una cerveza. Estaba sacando la billetera cuando se dio cuenta de que Alli había desaparecido. Echó un rápido vistazo a su alrededor y vio que la puerta exterior se cerraba. Dejó al camarero con el vaso lleno, echó a correr y vio a Alli corriendo como un desesperado en dirección al Grjótathorp.

Alli no corría muy deprisa y tampoco sería capaz de resistir mucho tiempo corriendo. Miró hacia atrás, vio a Erlendur persiguiéndolo e intentó acelerar la marcha, pero no tenía fuerzas. Erlendur lo alcanzó enseguida y le dio tal empellón que el joven cayó al suelo con un gemido. Dos frascos de pastillas se escaparon de sus bolsillos y Erlendur los recogió. Parecían pastillas de éxtasis. Le arrancó la parka a Alli y oyó el tintineo de más frascos. Tras vaciarle los bolsillos de la parka, se encontró con una cantidad considerable de droga en las manos.

—Ellos... me... matarán —dijo Alli jadeando, y se levantó de la acera.

No había casi nadie. Un matrimonio de mediana edad al otro lado de la calle se había detenido a ver lo que sucedía, pero se apresuraron a marcharse en cuanto vieron a Erlendur sacar un frasco de pastillas tras otro.

—Me da igual —dijo Erlendur.

—No me lo quites. Tú no sabes cómo son...

—¿Quiénes?

Alli se apoyó contra la pared de una casa y empezó a retorcerse.

—Es mi última oportunidad —dijo, con el moco cayéndole de la nariz.

—Me importa un carajo cuántas oportunidades te quedan. ¿Cuándo fue la última vez que viste a Eva Lind?

Alli sorbió por la nariz y miró de pronto a Erlendur, con decisión, como si hubiera encontrado una escapatoria.

—Okay.

—¿Qué?

—Si te hablo de Eva ¿me devuelves todo eso?

Erlendur reflexionó un momento.

—Si sabes algo de Eva te lo devolveré. Si me mientes, volveré otra vez y te utilizaré de trampolín.

—Okay, okay. Eva vino hoy a verme. Si la encuentras, me echará la culpa a mí. Se acabo. Me negué a darle más. No hago tratos con chicas embarazadas.

—Claro —dijo Erlendur—. Eres un hombre de principios.

—Apareció con el bombo en todo lo alto y me lloriqueó y se puso bastante furiosa cuando me negué a darle nada, y luego se marchó.

—¿Sabes adónde?

—Ni idea.

—¿Dónde vive?

—La tipa no tiene ni un céntimo. Necesito pasta, ¿comprendes? Si no, me matan.

—¿Sabes dónde vive?

—¿Dónde vive? En ningún sitio. Va de un lado para otro. Vagabundea por ahí y gorronea lo que puede. Se piensa que puede conseguir esto gratis, así, sin más —gruñó Alli, lleno de desprecio—. Como si uno pudiera regalarlo. Como si esto fuera para regalar.

Emitía un blando siseo al hablar por la parte de la boca que había perdido los dientes, y de pronto se convirtió en un niño grande con una parka asquerosa que intentaba comportarse como un hombre.

Los mocos le habían vuelto a caer.

—¿Adónde puede haber ido? —pregunto Erlendur.

Alli le miró y sorbió por la nariz.

—¿Me lo devuelves?

—¿Dónde está?

—¿Me lo das si te lo digo todo?

—¿Sobre qué?

—Sobre Eva Lind.

—Si no me mientes. ¿Dónde está?

—Había una chica con ella.

—¿Quién?

—Sé dónde vive.

Erlendur se acercó a él.

—Te lo devolveré todo. ¿Qué chica era esa?

—Se llama Ragga. Vive aquí al lado. En Tryggvagata. Arriba, en la casa grande, enfrente del puente. —Alli extendió la mano temblorosa—. ¿Okay? Me lo prometiste. Devuélvemelo. Lo prometiste.

—No te hagas la menor ilusión de que te lo deje otra vez, estúpido —dijo Erlendur—. Ninguna. Y si tuviera tiempo te llevaría a Hverfisgata y te metería en un calabozo. De modo que pese a todo, algo sí que sacas en limpio con esto.

—¡No, me matarán! ¡No! Dámelo, *please*. ¡Dámelo!

Erlendur no lo escuchó, se marchó y dejó a Alli dándose cabezazos contra la pared, maldiciéndose a sí mismo con una furia desesperada. Erlendur oyó las maldiciones durante un buen rato, pero con asombro se dio cuenta de que no iban dirigidas a él, sino a sí mismo.

—Imbécil, eres un imbécil, imbécil, imbécil, imbécil, maldito imbécil...

Miró atrás y vio a Alli darse una bofetada.

Un muchachito, quizá de cuatro años, de torso desnudo y con pantalones de pijama, descalzo y con el pelo sucio, abrió la puerta y levantó la cabeza mirando a Erlendur. Este se inclinó hacia él y cuando alargó la mano para acariciarle la mejilla, el

muchachito apartó bruscamente la cabeza. Erlendur preguntó si estaba su mamá en casa, pero el niño lo miró con ojos interrogantes y no le respondió.

—¿Está aquí Eva Lind, amigo? —preguntó al chico.

Erlendur tuvo la sensación de que el tiempo se le escapaba entre los dedos. Habían pasado dos horas desde la llamada de Eva Lind. Intentó apartar de su mente el pensamiento de que llegaría demasiado tarde para ayudarla. Intentó imaginar en qué clase de desgracia estaría metida pero enseguida dejó de torturarse y se concentró en la búsqueda.

El muchacho no le respondió. Echó a correr hacia el interior del apartamento y desapareció. Erlendur lo siguió pero no vio adónde iba. En el apartamento reinaba una oscuridad total y Erlendur buscó con la mano los interruptores de luz de las paredes. Encontró varios que no funcionaban, hasta que llegó al interior de una habitación pequeña. Allí se encendió la luz de una bombilla solitaria que colgaba del techo. No había moqueta, tan sólo el frío cemento. Unos colchones sucios estaban repartidos por el suelo del apartamento y en uno de ellos había una chica tumbada, algo más joven que Eva Lind, con unos vaqueros harapientos y una camiseta roja sin mangas. Tenía una cajita metálica con dos agujas hipodérmicas abierta al lado. Un estrecho tubo de goma se retorcía por el suelo. Había dos hombres durmiendo en sendos colchones, uno a cada lado de ella.

Erlendur se puso en cuclillas al lado de la chica y le dio unos golpecitos, aunque no obtuvo ninguna reacción. Le levantó la cabeza poniéndole una mano debajo, la incorporó un poco y le dio unas palmaditas en la mejilla. Emitió un leve murmullo. Él se incorporó, la hizo levantarse e intentó hacerla caminar, y la mujer pareció volver en sí. Abrió los ojos. Erlendur vio una silla de cocina en la penumbra y la hizo sentarse. Ella lo miró y la cabeza se le dobló sobre el cuello. Él le dio unos golpecitos en el rostro y ella volvió a recuperar el sentido.

—¿Dónde está Eva Lind? —preguntó Erlendur.

—Eva —murmuró la muchacha.

—Estuviste hoy con ella. ¿Adónde fue?

—Eva...

La cabeza le volvió a caer. Erlendur vio al niño de pie en la puerta del dormitorio. En una mano sostenía una muñeca y en la otra un biberón vacío que enseñó en alto. Luego se lo metió en la boca y se le oyó chupar aire. Erlendur lo miró, rechinó los dientes, descolgó el teléfono y llamó para pedir ayuda.

Llegó un médico con una ambulancia, como había pedido Erlendur.

—Tengo que pedirte que le inyectes —dijo Erlendur.

—¿Que le inyecte? —dijo el médico.

—Creo que es heroína. ¿Llevas naloxon o narcantil?

—Sí, pero...

—Tengo que hablar con ella. Deprisa. Mi hija está en peligro. Ella sabe dónde está.

El médico miró a la muchacha. Y luego volvió la mirada a Erlendur. Asintió con la cabeza.

Erlendur había vuelto a acostar a la muchacha en el colchón y pasó cierto tiempo hasta que esta volvió en sí. Los camilleros estaban a su lado, cargando la camilla entre los dos. El niño estaba escondido en el cuarto. Los dos hombres yacían como inconscientes en sus colchones.

Erlendur se puso en cuclillas al lado de la muchacha, que iba despertando poco a poco hasta llegar a la consciencia. Miró a Erlendur y al médico y a los hombres con las camillas.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja como si hablara para sí misma.

—¿Sabes algo de Eva Lind? —preguntó Erlendur.

—¿Eva?

—Estaba contigo esta tarde. Creo que puede estar en peligro. ¿Sabes adónde fue?

—¿Le pasa algo a Eva? —preguntó ella, y luego miró a su alrededor—. ¿Dónde está Kiddi?

—Hay un niño en el dormitorio de ahí —dijo Erlendur—. Te está esperando. Dime dónde puedo encontrar a Eva Lind.

—¿Quién eres tú?

—Su padre.

—¿El poli?

—Sí.

—No te aguanta.

—Lo sé. ¿Sabes dónde está?

—Tenía dolores. Le dije que subiera al hospital. Pensaba ir para allá.

—¿Dolores?

—Tenía unos dolores terribles en la tripa.

—¿Desde dónde pensaba ir? ¿Desde aquí?

—Estábamos en Hlemmur.

—¿En Hlemmur?

—Pensaba ir al Hospital Nacional. ¿No está allí?

Erlendur se incorporó y pidió al médico el número del Hospital Nacional. Llamó y le informaron de que en las últimas horas ninguna Eva Lind había ingresado en el hospital. No había pasado por allí ninguna mujer de su edad. Se puso en contacto con la maternidad e intentó describir a su hija lo mejor que pudo, pero la comadrona de guardia no la reconoció.

Salió a toda prisa del apartamento y en un momento estaba en Hlemmur. Por allí no se veía a nadie. La estación de autobuses cierra a medianoche. Aparcó el coche y fue caminando rápidamente Snorrabraut abajo, corrió calle adelante por el barrio de Nordurmýri y se asomó a los jardines en busca de su hija. Empezó a llamarla a gritos

al acercarse a los edificios del Hospital Nacional, pero no obtuvo respuesta.

Finalmente la encontró en el suelo, en medio de un charco de sangre, sobre un trozo de hierba dura entre los árboles, a cincuenta metros de la antigua maternidad. Empleó un largo rato intentando despertarla. Pero había llegado demasiado tarde. La hierba que había bajo ella estaba llena de sangre y tenía los pantalones ensangrentados.

Erlendur se agachó al lado de su hija y miró hacia la maternidad y se vio a sí mismo entrando a toda prisa por aquella puerta con Halldóra un día lluvioso, tantos años atrás, cuando Eva Lind llegó al mundo. ¿Iba a morir acaso en aquel mismo lugar?

Acarició la frente de Eva, sin saber si debía tocarla o no.

Estaba como de unos siete meses.

Había intentado huir, pero ya hacía mucho que había renunciado.

Lo dejó dos veces. En ambas ocasiones mientras aún vivían en el apartamento del sótano de Lindargata. Transcurrió un año entero desde que le pegó por primera vez hasta que volvió a perder el control, como lo llamó él mismo entonces, cuando todavía hablaba de la violencia con que la trataba. Ella nunca tuvo la sensación de que él perdiera el control. Para ella, él nunca tenía mayor control sobre sí mismo que cuando intentaba arrancarle la vida a golpes y la cubría de improperios. Aunque aparentara estar fuera de sí, era frío y calculador y estaba seguro de lo que hacía. Siempre.

Con el tiempo, ella se dio plena cuenta de que ella también tendría que ser así si pretendía derrotarlo.

Por eso, el primer intento de huida estaba condenado al fracaso. No se preparó, no sabía qué salidas tenía, no tenía ni idea de adónde dirigirse y de pronto se encontró en medio del frío de la noche, en pleno febrero, con dos niños, Símon cogido de la mano, y Mikkelína, a quien llevaba a la espalda, pero sin saber adónde ir. Lo único que sabía es que tenía que alejarse de aquel sótano.

Había hablado con su párroco, que le dijo que una buena mujer no se separaba de su esposo. El matrimonio era sagrado a los ojos de Dios y ciertamente había que soportar muchas cosas a fin de no romperlo.

—Piensa en los niños —dijo el sacerdote.

—Pienso en los niños, precisamente —dijo ella, y el párroco sonrió amable.

No intentó ir a la policía. En dos ocasiones, alertados por los vecinos, los agentes habían ido al sótano a detener la trifulca familiar y luego se habían vuelto a marchar. La primera vez ella tenía un ojo hinchado y el labio roto, y les dijeron a ambos que se comportaran con tranquilidad. Para ellos no había paz. La última vez, dos años más tarde, los policías hablaron exclusivamente con él. Salieron afuera. Entonces, ella les gritó que le había golpeado con la intención de matarla, y que no era la primera vez.

Ellos le preguntaron si había estado bebiendo. No comprendió la pregunta. Que si has bebido, insistieron. Ella respondió que no. Que no bebía. Luego le dijeron algo a él allí fuera, delante de la puerta. Y se despidieron con un apretón de manos.

Cuando se hubieron ido, él le rajó la mejilla con su navaja de afeitar.

Y esa noche, mientras él dormía profundamente, la mujer se echó a Mikkelína a la espalda y empujó a Símon silenciosamente por delante hasta salir del piso y subir las escaleras. Había construido un carrito para Mikkelína, aprovechando el viejo armazón de un enorme cochecito de niño que encontró en la basura, pero él lo destrozó en un ataque de furia aquella misma tarde, como si supiera que pensaba marcharse y así pudiera impedirselo.

No había preparado la fuga ni lo más mínimo. Al final acudió al Ejército de Salvación y allí los alojaron por esa noche. No tenía parientes, ni en Reikiavik ni en ningún otro sitio, y en cuanto él despertó a la mañana siguiente y vio que se habían ido, se lanzó en su búsqueda. Recorrió como loco las calles de la ciudad en mangas de camisa pese al frío, y los vio salir del Ejército de Salvación. Ella no se dio cuenta de su presencia hasta que le arrancó de la mano al muchacho y cogió a la niña en brazos y se marchó silencioso, sin decir una sola palabra, en dirección a su casa. No volvió la cabeza para mirar atrás. Los niños estaban demasiado asustados para oponerle resistencia alguna, aunque Mikkelína extendía los brazos hacia ella y rompió en un llanto silencioso.

¿En qué estaba pensando?

Así que los siguió a casa.

Tras el último intento, él amenazó con matar a los niños, y desde entonces, ella no volvió a probarlo. Esa vez se había preparado mejor. Imaginaba que podría empezar una nueva vida. Huir a una aldea marinera del norte con los niños. Alquilar una habitación o un pequeño apartamento, trabajar en la industria del pescado y esforzarse por que no carecieran de nada. Esta vez dedicó bastante tiempo a los preparativos. Decidió escapar a Siglufjörður. Allí había trabajo de sobra; después de los años más difíciles de la depresión, muchos forasteros iban allá, y tampoco a ella y a los niños les resultaría demasiado difícil. Podía quedarse en una cabaña de pescadores al principio, hasta que encontrara una habitación.

El billete de autocar para ella y los niños costaba bastante, y el marido se guardaba hasta la última corona que ganaba con su trabajo en el puerto. A lo largo de mucho tiempo consiguió reunir unas cuantas coronas, hasta que calculó que tenía ya suficiente para los billetes. Se llevó consigo la ropa de los niños, que cabía en una maleta pequeña, unos pocos recuerdos personales y el carrito, que había reparado y aún podía soportar el peso de Mikkelína. Se marchó con pasos apresurados hacia la estación de autobuses sin dejar de mirar temerosa a su alrededor, como si esperase encontrárselo en la siguiente esquina.

Él llegó a casa a mediodía, como siempre, y enseguida supo que lo había abandonado. Ella tenía que haber preparado la comida para cuando él llegara a casa,

nunca dejaba de hacerlo. Vio que el carrito había desaparecido. El ropero estaba abierto. Faltaba la maleta. Se lanzó como una fiera hacia el albergue del Ejército de Salvación, recordando el anterior intento de fuga, y se puso muy agresivo cuando le dijeron que no había ido allí. No les creyó y recorrió el edificio metiéndose en las habitaciones, bajó hasta el sótano y al no encontrarlos la tomó contra el supervisor del albergue, un capitán, lo arrojó al suelo y amenazó con matarlo si no le decía dónde estaban.

Finalmente comprendió que no había ido al Ejército de Salvación y recorrió toda la ciudad en su búsqueda, pero no consiguió hallarla. Se introdujo como una furia en tiendas y bares pero no la vio en ningún sitio y su furia y su desesperación crecieron según fue pasando el día y volvió al apartamento del sótano loco de maldad. Lo puso todo patas arriba en busca de algo que le indicara adónde podía haberse marchado y después corrió a las casas de dos amigas suyas de cuando trabajaba como sirvienta, se metió a la fuerza y llamó a gritos a su mujer y a los niños; volvió a salir corriendo sin pedir disculpas por su conducta, y desapareció.

La mujer llegó a Siglufjördur a las dos de la madrugada después de haber viajado durante todo el día sin interrupción. El autobús de línea paraba tres veces, para que los pasajeros tuvieran oportunidad de estirar las piernas y comer alguna cosa o comprar algo en las tiendecitas. Ella había preparado un tentempié, pan y una botella de leche, pero les entró hambre cuando el autobús llegó a Haganesvík, en Fljót, donde un barco esperaba a los pasajeros para conducirlos hasta Siglufjördur. De esta forma se encontró con los dos niños en la explanada del embarcadero en mitad de la fría noche. Preguntó en las cabañas de pescadores y el capataz de la factoría le indicó un pequeño almacén que tenía una cama individual, le prestó un colchón para poner en el suelo, y dos mantas, y allí durmieron esa primera noche de libertad. Los niños se durmieron en cuanto los tumbó en el colchón, pero ella se quedó despierta en la cama mirando a la oscuridad sin poder contener el temblor que le recorría todo el cuerpo, hasta que se derrumbó y se echó a llorar.

La encontró varios días más tarde. La única posibilidad que se le ocurrió fue que se hubiera ido de la ciudad, seguramente en autobús de línea, de modo que se dirigió a la estación de autobuses y se dedicó a preguntar hasta que consiguió averiguar que su mujer y sus hijos habían tomado el autobús del norte, con destino a Siglufjördur. Habló con un conductor, que recordaba bien a la mujer y los niños, especialmente a la niña inválida. Compró un billete para el primer autobús hacia el norte y llegó a Siglufjördur poco después de medianoche. Obtuvo la información del capataz, a quien sacó de la cama, explicándole detalladamente el asunto: ella había ido por delante con el resto de la familia, y seguramente no se quedarían mucho tiempo.

La encontró, por fin, dormida en el almacén. Una luz mortecina penetraba desde la calle por una ventanuca; pasó sobre los niños, que estaban en el colchón, se inclinó sobre ella hasta que sus rostros casi se tocaron, y le dio un golpecito. Ella dormía profundamente y él volvió a golpearle, ahora más fuerte, hasta que ella abrió los ojos

y él sonrió al ver el espanto reflejado en su mirada. La mujer estuvo a punto de gritar para pedir ayuda, pero él le tapó la boca.

—¿De verdad crees que vas a conseguirlo? —le susurró amenazante.

Ella levantó los ojos y los clavó en los de él.

—¿De verdad creías que sería así de fácil?

Ella sacudió la cabeza despacio.

—¿Sabes qué es lo que más me apetece hacer ahora? —masculló apretando los dientes—. Me apetece llevarme a tu niña a la montaña y matarla y enterrarla donde nadie pueda encontrarla y decir que debe de haberse caído al mar, la pobrecita. ¿Y sabes qué? Voy a hacerlo. Voy a hacerlo ahora mismo. Si haces el más mínimo ruido, mato también al chico. Y digo que se cayó al mar detrás de ella.

La mujer dejó escapar un débil gemido y miró a los niños, con los ojos fuera de las órbitas, y él sonrió. Le quitó la mano de la boca.

—Eso es lo que quieres —dijo—. Eso es lo que quieres. Pues así será, entonces.

Hizo amago de coger a Mikkelína, que dormía al lado de Símon, pero ella lo sujetó, loca de miedo.

—No volveré a hacerlo —susurró ella—. Lo prometo. Nunca. Nunca volveré a hacerlo. Jamás. Perdóname. Perdóname. No sé en qué estaba pensando. Perdóname. Estoy loca. Lo sé. Estoy loca. No hagas que la paguen los niños. Pégame. Pégame. Tan fuerte como puedas. Pégame tan fuerte como puedas. Podemos irnos si quieres.

Su desesperación lo llenó de asco.

—Mira —dijo empezando a golpearse a sí misma en el rostro—. Mira. —Se tiró de los pelos—. Mira.

Se incorporó y se dejó caer sobre la cabecera de la cama, que era de hierro y, fuera queriendo o sin intención, el golpe la dejó inconsciente; se derrumbó, desmayada.

Ella había trabajado varios días en el saladero de arenques y él la acompañó a buscar su salario. Trabajaba en la explanada de la saladería, de modo que podía ver a sus hijos jugar por allí, o si estaban en el almacén. Explicó al capataz que tenía que volver a Reikiavik. Les habían llegado noticias que les obligaban a cambiar sus planes, y pedía su salario. El capataz escribió algo en un papel y les indicó el camino a la oficina. La miró mientras le entregaba el papel. Era como si ella quisiera decir algo. Malinterpretó su miedo como timidez.

—¿Algún problema? —preguntó el capataz.

—Está perfectamente —dijo el marido, y se la llevó a toda prisa.

El autobús partió hacia el sur a la mañana siguiente. Cuando llegaron al piso del sótano de Reikiavik, no la tocó. Ella permaneció en la sala, vestida con un abrigo miserable, con la pequeña maleta en la mano, dispuesta a recibir una paliza mayor que ninguna, pero no sucedió nada. El golpe en la cabeza que se había propinado ella misma le había hecho perder la consciencia. Su marido no quiso buscar ayuda, intentó encargarse él mismo de que se recuperase y desplegó una atención que nunca

le había mostrado desde que se casaron. Cuando volvió en sí del desmayo, le dijo que tenía que comprender que nunca podría abandonarlo. Antes la mataría a ella y a los niños. Ella era su mujer y seguiría siéndolo para siempre.

Siempre.

Después de aquello, nunca intentó escapar.

Pasaron los años. Sus planes de hacerse marino se fueron a pique tras sólo tres temporadas. Sufría terribles mareos y el malestar no le abandonaba nunca. Pero lo peor era el miedo al mar, del que tampoco conseguía librarse. Tenía miedo de que se hundiera el barcucho. Tenía miedo de caerse por la borda. Miedo a las tormentas. En la última marea tuvieron una tormenta que le hizo creer que el barco iba a volcar, y se quedó sentado en el comedor, llorando, porque creía llegada su última hora. Después de aquello, nunca volvió al mar.

Parecía incapaz de mostrarle dulzura. En el mejor de los casos le mostraba una total indiferencia. Durante los dos primeros años de matrimonio era como si se arrepintiera cada vez que le golpeaba o la insultaba hasta que le hacía saltar las lágrimas. Pero con el paso del tiempo, dejó de mostrar cualquier señal de remordimiento, como si lo que hacía no fuera antinatural ni un atentado contra su convivencia, sino justo y necesario. A veces, la mujer llegaba a pensar, y él debía de saberlo, que la violencia a que la sometía demostraba, más que cualquier otra cosa, la debilidad del marido. Cuanto más le pegaba, más miserable era él mismo. Le echaba la culpa a ella. Le vociferaba que era culpa de ella que la tratara como lo hacía. Era ella quien le obligaba a hacerlo, porque era incapaz de hacer lo que él le mandaba.

No tenían muchos amigos, y ninguno común, y ella se aisló desde los primeros tiempos de su convivencia. Las raras veces en que veía a las amigas de sus años de sirvienta nunca hablaba de la violencia a que la sometía su propio esposo, y con el tiempo perdió contacto con ellas. Se sentía avergonzada. Se avergonzaba de ser maltratada y golpeada a la menor ocasión. Se avergonzaba de los ojos amoratados y de los labios rotos y de los moretones por todo el cuerpo. Se avergonzaba de la vida que vivía y que había de resultar incomprensible, horrible y desagradable a todo el mundo. Quería ocultarla. Quería ocultarse a sí misma en la prisión en que se la obligaba a vivir. Quería encerrarse a sí misma allí dentro y tirar la llave, con la esperanza de que nadie la encontrara. Tenía que aceptar que la maltratase. De una u otra forma, aquel era su destino, inevitable e inmutable.

Los niños lo eran todo para ella. Se convirtieron en sus amigos y confidentes en aquel tormento en que vivía, sobre todo Mikkelína, pero también Simón cuando creció, y asimismo el benjamín, que había sido bautizado con el nombre de Tomás. Ella misma había elegido los nombres de sus hijos. No se separaba de ellos excepto cuando él arremetía contra ella. No hacían más que comer. El ruido que metían por la noche. Los niños padecían un auténtico suplicio al ver la violencia con que su padre

la trataba, y ellos eran el mayor consuelo de su madre cuando lo necesitaba.

A base de golpes, le arrebató la poca autoestima que tenía. Ella era tímida y reservada por naturaleza, incluso servil, dispuesta siempre a hacerlo todo por los demás, a ayudar. Sonreía con esfuerzo cuando le dirigían la palabra, y tenía que hacer acopio de valor para no parecer demasiado tímida. Él lo entendía como cobardía y de allí sacaba su fuerza y se aprovechaba hasta que a ella no le quedó ya nada de sí misma. Toda su existencia dependía por completo de él. De sus caprichos. De sus deseos. Dejó de cuidarse como antes. De arreglarse decentemente. De pensar en su aspecto. Le salieron bolsas debajo de los ojos, se le aflojó la piel del rostro, y la tez se le volvió grisácea, tenía los hombros caídos y la cabeza inclinada como si temiera mirar como una persona normal. Su hermoso y abundante cabello perdió vida y color, y se le pegaba a la cabeza en grasientos mechones. Se lo cortaba ella misma con unas tijeras de cocina cuando le parecía que estaba ya demasiado largo.

O cuando a él le parecía que estaba demasiado largo.

Puerca.

6

Los arqueólogos prosiguieron con la excavación por la mañana temprano, el día después del hallazgo de los huesos. Los policías que habían estado montando guardia en el terreno durante la noche les mostraron el lugar donde Erlendur había encontrado la mano y Skarphédinn puso mala cara al ver que se había removido la tierra. «Malditos aficionados», estuvo farfullando por lo bajo hasta mucho después del mediodía. Según su modo de pensar, una excavación era una especie de rito sagrado en el que cada una de las capas era apartada cuidadosamente del talud hasta sacar a la luz la historia de todo lo que yacía debajo, con lo cual los secretos quedaban desvelados. Todo detalle, por pequeño que fuera, debía tenerse en cuenta, cualquier pella de tierra ocultaba un dato importante, y los aficionados podían destruir objetos valiosos.

Todo esto se lo había explicado enfadado a Elinborg y a Sigurdur Óli, que no tenían culpa alguna de nada, mientras daba órdenes a su gente. El trabajo avanzaba muy despacio debido a la minuciosidad de los métodos arqueológicos. Sobre el terreno se cruzaban unas cuerdas que delimitaban cuadrados de un tamaño determinado. Era en extremo importante no alterar la posición del esqueleto durante la excavación, y pusieron especial cuidado en que la mano no se moviera aunque cavaran a su alrededor, además de examinar cuidadosamente cada grano de tierra.

—¿Por qué sobresale esa mano de la tierra? —preguntó Elinborg deteniendo a Skarphédinn cuando este pasaba como una flecha delante de ella, atareadísimo.

—Es imposible decirlo —contestó él—. En el peor de los casos puede ser que quien yace ahí estuviera aún con vida cuando lo cubrieron de tierra, e intentara presentar alguna clase de resistencia. Que intentara desenterrarse.

—¡Vivo! —exclamó Elinborg—. ¿Que intentara desenterrarse?

—No tiene por qué ser necesariamente así. No puede excluirse que las manos quedaran en esa posición al introducir el cuerpo en la tierra. Es demasiado pronto para decir nada al respecto. Y ahora déjame trabajar.

Sigurdur Óli y Elinborg se asombraron de que Erlendur no apareciese por la excavación. Cierto que era estrafalario y un sabelotodo, pero también era cierto que su mayor interés era la desaparición de personas tanto de época antigua como moderna, y el esqueleto que había allí enterrado podría ser una espléndida clave para la desaparición de alguna persona de tiempos pretéritos, y que a Erlendur le encantaría explicar desempolvando documentos amarillentos. Cuando ya había pasado el mediodía, Elinborg se decidió a intentar llamarlo a su casa y al móvil, pero sin éxito.

Hacia las dos sonó el móvil de Elinborg.

—¿Estás allá arriba? —preguntó una voz oscura, que ella reconoció al momento.

—¿Dónde estás tú?

—Me he retrasado un poco. ¿Estás en el solar?

—Sí.

—¿Ves los arbustos? Creo que son groselleros. Están a unos treinta metros al este del solar, casi en línea recta, hacia el sur.

—¿Groselleros? —Elinborg forzó la vista buscando los árboles—. Sí —dijo—, los veo.

—Los plantaron allí hace muchísimo tiempo.

—Sí.

—Entérate de por qué. Si alguien vivió allí, si hubo antiguamente alguna casa... Pásate por Urbanismo y que te den planos de la zona, y también fotos aéreas, si las tienen. Habría que estudiar documentos desde principios del siglo hasta mil novecientos sesenta, por lo menos. Incluso más.

—¿Crees que pudo haber una casa aquí, en la colina? —dijo Elinborg mirando a su alrededor, intentando no dejar traslucir su escepticismo.

—Creo que tendríamos que comprobarlo. ¿Qué hace Sigurdur Óli?

—Está repasando las desapariciones registradas desde después de la guerra, para empezar por algún sitio. Te estuvo esperando. Dijo que a ti te divertían mucho los estudios de ese tipo.

—He hablado con Skarphédinn, y me dijo que recordaba un campamento allí enfrente, al sur, en Grafarholt, durante la guerra. Donde ahora está el campo de golf.

—¿Un campamento?

—Un campamento británico o norteamericano. Alojamientos militares. Barracones. No recordaba el nombre. Tendrías que mirar eso también. Comprueba si los ingleses denunciaron alguna desaparición en aquel campamento. O los americanos que los reemplazaron.

—¿Los ingleses? ¿Los americanos? ¿Durante la guerra? Espera un momento, ¿y dónde averiguo yo todo eso? —preguntó Elinborg confundida—. ¿Cuándo los sustituyeron los americanos?

—En 1941. Pudo tratarse de un almacén de intendencia. O eso creía Skarphédinn, por lo menos. Habría que mirar si hubo casitas de veraneo en la colina y los alrededores, y alguna desaparición relacionada con ellas, ya fuera historia o sospecha. Tenemos que hablar con la gente de los bungalows de las proximidades.

—Es un trabajo enorme sólo por unos huesos viejos —dijo Elinborg con fastidio, dando una patada en el suelo y levantando polvo—. ¿Y qué estás haciendo tú? —preguntó en tono de reproche.

—Nada divertido —dijo Erlendur, y cortó la comunicación.

Había llamado a Emergencias al ver que no lograba que Eva volviera en sí, caída en el suelo de la vieja maternidad. Encontró el pulso débil y la cubrió con su abrigo e intentó atenderla lo mejor que supo, aunque no se atrevió a moverla. Antes de que pudiera darse cuenta, allí estaba la misma ambulancia que había acudido a

Tryggvagata, y el mismo médico a bordo. Alzaron cuidadosamente a Eva Lind sobre una camilla que introdujeron en el vehículo y él recorrió en su coche a toda velocidad el breve trecho que quedaba hasta la admisión de Urgencias.

La llevaron directamente a quirófano, donde permaneció casi toda la noche. Erlendur paseó arriba y abajo por una pequeña sala de espera en la zona quirúrgica, pensando en si avisar a Halldóra. Le daba reparo telefonarla otra vez. Finalmente encontró una solución. Despertó a Sindri Snaer y le contó lo que le pasaba a su hermana y le pidió que se pusiera en contacto con Halldóra, para que fuera al hospital. No conversaron mucho. Sindri no pensaba ir a la ciudad por el momento. No creía que lo sucedido fuera causa suficiente para irse de viaje. La conversación telefónica se apagó.

Erlendur fumaba un cigarrillo tras otro debajo del cartel que informaba de que fumar estaba terminantemente prohibido, hasta que un cirujano a quien una mascarilla le cubría el rostro pasó por allí y lo regañó. Su móvil sonó cuando el médico acababa de pasar. Era Sindri, con un recado de Halldóra: no estaría mal que, por una vez, fuera Erlendur quien se encargara.

Volvió a entrar en la UCI ataviado con una fina bata de papel verde y una mascarilla en el rostro. Eva Lind estaba acostada en una cama grande, conectada a toda clase de aparatos e instrumentos de los que Erlendur no conocía ni el nombre ni la función, y la nariz y la boca cubiertas por una mascarilla de oxígeno. Permaneció a los pies de la cama mirando a su hija. Estaba en coma. Aún no había vuelto en sí. Por su semblante se extendía una serenidad que Erlendur no había visto nunca. Una quietud que no conocía. Allí tumbada, los rasgos de su rostro se dibujaban con más fuerza, los bordes eran más marcados, la mandíbula le tensaba la piel y tenía los ojos hundidos en sus órbitas.

El cirujano que había intervenido a Eva Lind fue a hablar con él aquella misma mañana. Su estado no era nada bueno. No habían conseguido salvar el feto y no era seguro que Eva pudiera sobrevivir.

—Está en muy malas condiciones —dijo el médico, un hombre alto y apuesto de unos cuarenta años.

—Ya —dijo Erlendur.

—Una prolongada desnutrición y drogadicción. Hay pocas probabilidades de que el niño hubiera llegado a nacer sano, de modo que quizás..., aunque naturalmente no sea nada bonito decirlo...

—Comprendo —dijo Erlendur.

—¿Nunca pensó en la posibilidad de un aborto? En casos como estos, es...

—Quería tener el niño —afirmó Erlendur—. Pensaba que la ayudaría y yo estuve de acuerdo. Intentó dejarlo. Por una parte Eva Lind quiere liberarse de ese infierno. Es una parte diminuta que a veces sale a la luz y quiere acabar con esto... Pero por regla general la que está al mando es otra Eva completamente distinta. Más cruel e inhumana. Una Eva a la que no consigo entender. Una Eva que busca la destrucción.

Que busca este infierno.

Erlendur se dio cuenta de que estaba hablando con un hombre al que no conocía de nada, y calló.

—Comprendo que sea difícil para unos padres tener que enfrentarse a esto —dijo el médico.

—¿Qué sucedió?

—Desprendimiento de placenta. Hemorragias internas masivas derivadas de la rotura del saco amniótico, además de los efectos tóxicos que aún tenemos que analizar. Ha perdido mucha sangre y no hemos conseguido que recobre el conocimiento. No tiene por qué significar nada especial. Está extraordinariamente débil.

Los dos callaron.

—¿Te has puesto en contacto con tu familia? —preguntó el médico—. Para que puedan acompañarte, o...

—No tengo familia —dijo Erlendur—. Su madre y yo estamos divorciados. Le he informado, así como al hermano de Eva. Trabaja en otra ciudad. No sé si su madre vendrá al hospital. Está ya más que harta. Ha tenido las cosas muy difíciles siempre.

—Comprendo.

—Lo dudo —atajó Erlendur—. Ni yo mismo lo comprendo.

Sacó del bolsillo de su abrigo varias bolsitas de plástico y cajitas de pastillas y se las mostró al médico.

—Puede ser que haya tomado algo de esto —dijo.

El médico cogió las drogas y las examinó.

—¿Éxtasis?

—Eso parece.

—Esa es una explicación, desde luego. Encontramos toda clase de sustancias en sangre.

Erlendur se rebulló inquieto. El médico y él permanecieron en silencio durante un rato.

—¿Sabes quién es el padre? —preguntó el médico.

—No.

—¿Crees que ella lo sabrá?

Erlendur miró al médico y se encogió de hombros en señal de rendición. Y volvieron a quedarse en silencio.

—¿Morirá? —preguntó finalmente Erlendur, al cabo de un rato.

—No lo sé —dijo el médico—. Esperemos que no.

Erlendur vaciló antes de plantear su pregunta. Había estado luchando con ella, pese a lo horrible que era, sin llegar a conclusión alguna. No estaba seguro de hacerla. Finalmente se lanzó.

—¿Puedo verlo? —preguntó.

—¿Verlo? ¿Te refieres a...?

—¿Puedo ver el feto? ¿Es posible ver al niño?

El médico miró a Erlendur sin un gesto de asombro, sino más bien de comprensión. Asintió con la cabeza y le pidió que lo acompañara. Entraron al corredor y luego a una salita donde no había nadie. El médico apretó un botón y unas lámparas fluorescentes destellaron en el techo hasta derramar su claridad azulada sobre la sala. Fue hacia una fría mesa metálica y levantó una pequeña sábana; apareció el niño sin vida.

Erlendur lo miró y le acarició la mejilla con un dedo.

Era una niña.

—¿Despertará mi hija del coma?, ¿puedes decírmelo?

—No lo sé —dijo el médico—. Es imposible decirlo. Tendría que desearlo ella misma. Todo depende de eso.

—Pobre niña —musitó Erlendur.

—Dicen que el tiempo cura todas las heridas —sentenció el médico creyendo que Erlendur estaba a punto de echarse a llorar—. Eso puede aplicarse tanto al cuerpo como al alma.

—El tiempo —dijo Erlendur, que volvió a cubrir a la niña con la sábana— no cura ninguna herida.

Permaneció sentado a la cabecera de su hija hasta las seis. Halldóra no apareció. Sindri Snaer mantuvo su palabra y no fue a la capital. No había nadie más. El estado de Eva Lind era el mismo. Erlendur no había dormido ni comido desde el día anterior, y se encontraba agotado. Se mantuvo en contacto telefónico con Elinborg durante todo el día, y decidió que se vería con Sigurdur Óli y con ella en la comisaría. Acarició la mejilla de su hija y la besó en la frente antes de marcharse.

No comentó lo sucedido al reunirse con Sigurdur Óli y Elinborg aquella tarde. Ellos se habían enterado por los rumores de la comisaría de lo que le había sucedido a su hija, pero no se atrevieron a preguntar cómo seguía.

—Están abriéndose paso hacia el esqueleto —dijo Elinborg—. Todo es espantosamente lento. Creo que han empezado a utilizar cepillos de dientes. La mano que encontraste ya sobresale entera de la tierra, han llegado a la muñeca. El médico de distrito la ha examinado pero dice que no puede asegurar nada, aparte de que se trata de un ser humano con unas manos pequeñas. No se saca mucho en claro. Los arqueólogos no han encontrado nada en la tierra que pueda indicar lo que pasó o quién es el enterrado. Creen que llegarán hasta el esqueleto a últimas horas de mañana por la mañana, o por la tarde, pero eso no quiere decir que vayamos a recibir una identificación aceptable. Habrá que buscar las respuestas en algún otro sitio.

—Yo he estado verificando los datos de desapariciones de personas en Reikiavik y alrededores —dijo Sigurdur Óli—. Hay unas cincuenta desde los años cuarenta y cincuenta que no se han llegado a aclarar, y podría tratarse de alguna de esas personas. He sacado los listados y los he ordenado por sexo y edad y estoy a la espera del estudio de los huesos que facilite el forense.

—¿Quieres decir que alguna persona de por aquí arriba desapareció? —preguntó Erlendur.

—De acuerdo con las direcciones reseñadas en las declaraciones, no —respondió Sigurdur Óli—, pero desde luego aún no he acabado de revisarlas todas; algunas no sé ni adónde corresponden. Cuando hayamos terminado de excavar los huesos y tengamos el informe con la información relativa a edad, estatura y sexo podremos reducir el grupo un tanto, o incluso bastante. Imagino que se tratará de alguien de Reikiavik. ¿Hay algo indebido en la manera de proceder?

—¿Dónde está el forense? —preguntó Erlendur—. El único que tenemos.

—De vacaciones —dijo Elinborg—. En España.

—¿Comprobaste si hubo alguna casa en las laderas? —preguntó Erlendur a Elinborg.

—No, aún no he llegado tan lejos. —Miró a Sigurdur Óli—. Erlendur piensa que debió de haber alguna casa en la parte norte de la colina, y que el ejército británico o el norteamericano debieron de tener un almacén de intendencia en la parte sur. Quiere que hablemos con todos los propietarios de casas de veraneo en la zona desde

Reynisvatn hasta aquí, y también con sus abuelas, y luego yo acudiré a una sesión espiritista para hablar con Churchill.

—Eso para empezar —dijo Erlendur—. ¿Qué teorías tenéis sobre los huesos?

—¿No se trata claramente de un asesinato? —apuntó Sigurdur Óli—. Cometido hace medio siglo o más. Oculto en la tierra todo este tiempo sin que se supiera nada.

—Ese hombre, o esa persona —se corrigió Elinborg—, fue enterrada ahí, obviamente, a consecuencia de un crimen. Creo que eso es evidente.

—No es exacto que nadie sepa nada —dijo Erlendur—. Siempre hay alguien que sabe algo.

—Sabemos que algunas costillas están rotas —añadió Elinborg—. Eso tiene que ser indicio de que se trata de una agresión violenta.

—¿Tiene que serlo? —dijo Sigurdur Óli.

—Claro; ¿cómo podría no serlo? —afirmó Elinborg.

—¿No puede ser consecuencia de la larga permanencia bajo tierra? —continuó Sigurdur Óli—. Del peso de la tierra. Incluso de los cambios de temperatura. Frío y calor alternativamente. Hablé con el geólogo que trajiste y mencionó esa posibilidad.

—La presencia de un cadáver suele deberse a una agresión. Es obvio, ¿o no? —Elinborg miró a Erlendur y notó que tenía la cabeza en otro sitio—. Erlendur —insistió—. ¿No es así?

—Si es un asesinato —respondió Erlendur volviendo en sí.

—¿Si es un asesinato? —repitió Sigurdur Óli.

—Eso no lo sabemos —continuó Erlendur—. Quizá se trate de una vieja tumba familiar. A lo mejor esa gente no tenía dinero para un entierro como debe ser. A lo mejor son los huesos de algún carcamal que estiró la pata de repente y lo enterraron ahí con el conocimiento de todo el mundo. Quizá sea un cuerpo que colocaron hace cien años. Quizá cincuenta. De lo que aún carecemos es de informaciones precisas. Cuando las tengamos podremos dejar de montar castillos en el aire.

—Pero ¿no es obligatorio enterrar a la gente en tierra consagrada? —preguntó Sigurdur Óli.

—Creo que puedes hacer que te entierren donde quieras —dijo Erlendur—, si es que hay alguien que quiera tenerte en el jardín de su casa.

—¿Y la mano que sobresale del suelo? —terció Elinborg—. ¿Tampoco es eso un indicio de agresión y violencia?

—Claro que sí —dijo Erlendur—, creo que ahí ha sucedido algo que ha permanecido en secreto durante todos estos años. Arrojaron a alguien a un lugar donde no se le podría encontrar nunca, pero Reikiavik se expande y nos toca a nosotros averiguar lo sucedido.

—Si este hombre, suponiendo que fuera un hombre y no una mujer —dijo Sigurdur Óli—, el Hombre del Milenario, si lo asesinaron hace todos esos años, ¿no es casi seguro que el asesino haya muerto? Y si no ha muerto será ya más viejo que Matusalén, tendrá un pie en la tumba y resulta absurdo perseguirle y acusarle. Y

probablemente habrán muerto todos los relacionados con el caso, de modo que no dispondremos de testigos si en algún momento llegamos a descubrir lo sucedido. Así que...

—¿Adónde quieres llegar?

—¿No es razón suficiente para reconsiderar si vale la pena gastar tanta energía humana en esta investigación? Quiero decir, ¿tiene algún sentido hacerla?

—¿Deberíamos olvidarnos y ya está? —preguntó Erlendur.

Sigurdur Óli se encogió de hombros como si a él, personalmente, le diera igual.

—Un crimen es un crimen —dijo Erlendur—. Da igual los años que hayan pasado. Si fue un crimen, tenemos que averiguar lo que sucedió, quién fue la víctima y quién el asesino. Creo que deberíamos afrontar este caso como cualquier otra investigación. Buscar información. Hablar con la gente. Confiar en que iremos acercándonos poco a poco a la solución.

Erlendur se puso en pie.

—Tenemos que encontrar algo —añadió—. Hablemos con los dueños de las viviendas de veraneo y con sus abuelas. —Miró a Elinborg—. Comprobemos si había una casa donde están esos groselleros. Dedicuémonos a eso.

Se despidió de ellos con la cabeza puesta en otro lugar y salió al pasillo. Elinborg y Sigurdur Óli se miraron. Este hizo un gesto con la cabeza en dirección a la puerta. Elinborg se puso en pie y salió al pasillo detrás de él.

—Erlendur —dijo haciéndole detenerse.

—Sí, ¿qué?

—¿Cómo sigue Eva Lind? —preguntó ella vacilante.

Erlendur la miró y guardó silencio.

—Nos enteramos en la comisaría del estado en que la encontraste. Sería espantoso. Y si hay algo que Sigurdur Óli o yo podamos hacer por ti, no dudes en decírnoslo.

—No se puede hacer nada —dijo Erlendur con voz cansina—. Está en coma y nadie puede hacer nada. —Vaciló—. Recorrí ese mundo buscándola. Ya lo conocía un poco porque he tenido que buscarla otras veces por esos lugares, por esas calles, en esas casas, pero no por ello me pilla menos por sorpresa comprobar la vida que lleva, y me pregunto cómo puede hacerse eso a sí misma, cómo puede dañarse a sí misma de ese modo. He visto la gente con quien se relaciona, la gente a quien recurre en busca de compasión y humanidad, la gente para la que incluso trabaja de una forma incomprensible.

Calló.

—Pero eso no es lo peor —dijo luego—. Ni la cutrez, ni los chorizos, ni los camellos. Lo que dice su madre es cierto.

Erlendur miró a Elinborg.

—Lo peor de todo soy yo —dijo—, porque fui yo quien falló.

Cuando Erlendur llegó a su apartamento se sentó en un sillón, exhausto de cansancio. Acababa de llamar al hospital para preguntar por Eva Lind y le informaron de que su estado era el mismo. Que se pondrían en contacto con él en cuanto se produjera algún cambio. Dio las gracias y colgó. Y se sentó con la mirada perdida en el infinito, profundamente pensativo. Pensó en Eva Lind en la UCI, en su exesposa y en el odio que todavía marcaba su vida, en su hijo, con quien no hablaba excepto cuando algo iba mal.

Entre medias de aquellos pensamientos sintió el profundo silencio que reinaba en su vida, la soledad a su alrededor, el peso de días sin color acumulándose en una cadena indestructible que se enroscaba en torno a él y lo oprimía y lo ahogaba.

Cuando el sueño empezó a apoderarse de él, su mente regresó a su infancia, cuando aparecía la luz tras la oscuridad de los meses invernales y la vida era inocente, sin temores ni preocupaciones. No sucedía con mucha frecuencia, pero en ocasiones se dedicaba a recordar la felicidad de aquellos tiempos, y entonces, por un instante, era como si se sintiera bien.

Pero sólo cuando podía olvidar la pérdida.

Se despertó sobresaltado de su profundo sueño cuando el teléfono llevaba sonando sin interrupción un buen rato, primero el móvil del bolsillo del abrigo, más tarde el fijo del viejo escritorio, uno de los pocos muebles de la sala.

—Tenías razón —dijo Elinborg cuando respondió por fin—. Oh, perdona, ¿te he despertado? Sólo son las diez —añadió con tono de disculpa.

—¿Qué? ¿En qué tenía razón? —dijo Erlendur, aún medio dormido.

—Había un edificio en aquel lugar. Al lado de los árboles.

—¿Los árboles?

—Los groselleros. Los arbustos. En Grafarholt. Lo construyeron en los años cuarenta y lo derribaron hacia 1980. Les pedí a los de Urbanismo que se pusieran en contacto conmigo en cuanto averiguaran algo y acabo de colgar: han estado toda la tarde trabajando y averiguaron eso.

—¿Qué clase de edificio era? —preguntó Erlendur con cansancio—. ¿Una vivienda, una caballeriza, una perrera, un bungalow, un establo, un almacén, un barracón?

—Una vivienda —dijo Elinborg—. Una especie de casita de verano, o algo parecido.

—¿Cómo?

—¡Una casa de veraneo!

—¿De cuándo?

—De poco antes de 1940.

—¿Y quién es el dueño?

—Se llamaba Benjamín Knudsen. Comerciante.

—¿Se llamaba?

—Falleció hace años.

Muchos de los propietarios de las casas del llano al norte de Grafarholt estaban enfrascados en sus tareas de primavera cuando Sigurdur Óli llegó a la colina en su coche buscando alguna entrada practicable. Le acompañaba Elinborg. Algunos arreglaban sus árboles y sus arbustos, otros extendían barnices protectores en sus residencias, otros reparaban vallas y había dos que tenían ensillados los caballos para irse a dar un paseo.

El sol estaba en su cenit y el tiempo era luminoso y sereno. Sigurdur Óli y Elinborg habían conversado con algunos propietarios sin haber sacado nada en limpio, y se dirigían a las casas más cercanas a la colina. No se daban ninguna prisa, con aquel tiempo tan bueno. Disfrutaban de estar fuera de la ciudad y pasear al sol y de charlar con los propietarios, extrañados por la visita de la policía a una hora tan temprana. Algunos conocían ya la noticia del hallazgo de huesos en la colina. Para otros era algo completamente nuevo.

—¿Sobrevivirá, o...? —preguntó Sigurdur Óli cuando volvieron a entrar en el coche para dirigirse a la siguiente vivienda.

Habían empezado a hablar de Eva Lind al salir de la ciudad, y la conversación volvía a centrarse en la chica a intervalos regulares.

—No lo sé —respondió Elinborg—. Creo que nadie lo sabe. Pobre chica —dijo con un profundo suspiro—. Y él también —añadió—. Pobre Erlendur.

—No es más que una yonqui —dijo Sigurdur Óli con cara muy seria—. Está embarazada y se dedica a divertirse como si le fuera la vida en ello, y acaba matando al niño. Yo no puedo sentir compasión por ese tipo de personas. No soy capaz de sentir ni la más mínima compasión. No lo entiendo y nunca podré entenderlo.

—Nadie te pide que sientas compasión —replicó Elinborg.

—¡Vaya! Siempre se habla de ellos como de esos pobrecitos. Los que yo he llegado a conocer... —Calló—. No puedo sentir compasión por esa gente —repitió—. Son unos miserables. Nada más. Unos miserables.

Elinborg suspiró.

—¿Cómo se lleva eso de ser tan perfecto? Siempre vestido con tanta elegancia, tan bien afeitado y tan re peinado, con ese diploma americano, las uñas perfectamente cuidadas, sin otra preocupación en este mundo que comprarse ropa de moda... ¿Nunca te cansas de eso? ¿No te cansas de ti mismo?

—No —dijo Sigurdur Óli.

—¿Qué tiene de malo mostrar a esa gente un mínimo de comprensión?

—Son unos miserables y lo sabes perfectamente. Aunque sea hija del viejo, eso no la hace mejor que los demás. Es igual que todos esos miserables que hay tumbados por la calle drogándose y que utilizan las terapias y los centros de desintoxicación como parada y fonda para volver a pincharse como locos, que es lo único que quieren, miserables. Vagabundear y meterse algo en el cuerpo.

—¿Cómo te va con Bergthóra? —preguntó Elinborg, convencido de que no conseguiría hacerle cambiar de opinión lo más mínimo.

—Estupendamente —dijo Sigurdur Óli con voz cansina, deteniéndose en otra de las casas.

Bergthóra no lo dejaba en paz ni un momento. Quería estar haciendo el amor siempre, por las noches y por las mañanas y a mediodía, en todas las posiciones imaginables y en todos los lugares del piso, en la cocina, en el salón y hasta en el pequeño lavadero, tumbados y de pie. Y aunque al principio él estaba encantado, había empezado a notar ciertas señales de cansancio y empezaron a acuciarle las sospechas sobre las pretensiones de su compañera. No es que su vida sexual hasta entonces hubiera sido aburrida, en absoluto. Pero los deseos sexuales de su amiga no habían sido nunca tan fuertes, ni su pasión tan exagerada. Nunca habían hablado de niños en serio, aunque naturalmente su intención era tenerlos. Ya llevaban juntos tiempo suficiente. Ella tomaba la píldora pero él no podía apartar de su cabeza la idea de que quisiera atarlo con un niño. Aunque no tenía necesidad alguna de atarlo: él la quería mucho y no quería estar con ninguna otra. Pero las mujeres son impredecibles, pensaba. Con ellas nunca se sabe.

—Qué extraño que el padrón municipal no tenga los nombres de los que vivieron en esa casa, si es que vivió alguien —dijo Elinborg mientras salía del coche.

—Debe de haber un buen lío en el censo de esa época. Durante los años de la guerra y después hubo muchísima gente que se desplazó a Reikiavik, y se censaban en cualquier otro sitio hasta que acababan de instalarse. Y además creo que se perdieron algunos padrones municipales. Parece que en esa oficina todos andan algo mal de la cabeza. El hombre con quien hablé dijo que no podía encontrarlo así, a todo correr.

—Quizá no vivió nadie allí.

—La gente no tiene por qué haber pasado allí mucho tiempo. Incluso podían estar empadronados en otro sitio, no cambiar la dirección. A lo mejor se quedaron unos años en la colina, a lo mejor unos meses, durante la crisis de la vivienda, y luego se instalaron en los barracones del ejército al acabar la guerra. La gente de los barracones. ¿Qué te parece mi teoría?

—A la medida de un hombre con abrigo Burberry.

El propietario de la vivienda los recibió en la puerta, un hombre de edad avanzada, flaco y de movimientos rígidos, cabello escaso y blanco, vestido con una camisa de color azul claro que dejaba ver una camiseta de manga corta por debajo, unos pantalones de pana grises y unas zapatillas de deporte bastante nuevas. Los invitó a entrar y, a la vista de todos los trastos que había allí dentro, Elinborg pensó que a lo mejor vivía allí todo el año. Se lo preguntó.

—Así puede decirse, en realidad —respondió el hombre, que se sentó en un sillón y les indicó que se acomodaran en unas sillas de comedor que había en medio de la habitación—. Empecé a vivir aquí hace cuarenta años y trasladé todas mis cosas en

mi Lada hace cinco, creo recordar. O a lo mejor hace seis. Lo confundo todo. Ya no tenía ganas de seguir viviendo en Reikiavik. Una ciudad aburridísima, y...

—¿Había una casa allí arriba en la colina, quizás una residencia de veraneo como esta, aunque no se utilizara como tal? —preguntó Sigurdur Óli, que no estaba dispuesto a escuchar conferencias—. Hace unos cuarenta años, cuando viniste a vivir aquí.

—¿Una residencia de veraneo que no se usó, qué...?

—Estaba aislada a este lado de Grafarholt —dijo Elinborg—. La construyeron después de la guerra. —Miró por la ventana de la sala—. Tienes que haberla visto desde esta sala.

—Recuerdo una casa allí, sin pintar y sin acabar. Desapareció hace tiempo. Probablemente era una casa de veraneo bastante decente, o debió de ser la intención; era más grande que la mía, aunque estaba en un estado totalmente ruinoso. Apenas se mantenía en pie. Las puertas habían desaparecido y los cristales estaban rotos. A veces subía hasta allí arriba, cuando aún me apetecía pescar en el Reynisvatn. Hace mucho que ya no me apetece.

—¿Así que en esa casa no vivía nadie? —preguntó Sigurdur Óli.

—No, por entonces no había nadie en la casa. Nadie habría podido vivir allí. Estaba en ruinas.

—De modo que, por lo que tú sabes, allí no vivía nadie —repitió Elinborg—. ¿No recuerdas a nadie de esa casa?

—¿Por qué tanto interés en esa casa?

—Hemos encontrado unos huesos humanos allí, en la ladera —dijo Sigurdur Óli—. ¿No lo has visto en los noticiarios?

—¿Huesos humanos? No. ¿Los huesos son de alguien que vivió en esa casa?

—No lo sabemos. Todavía no conocemos la historia de la casa ni quiénes vivieron en ella —dijo Elinborg—. Sabemos quién era el propietario, pero falleció hace mucho tiempo y todavía no hemos encontrado a nadie que estuviera empadronado en esa casa. ¿Recuerdas que hubiera barracones militares de tiempos de la guerra, al otro lado de la colina? En el lado sur. Unos almacenes o algo parecido.

—Había barracones por toda la región —dijo el anciano—. De británicos y de canadienses. No recuerdo ninguno en la colina, pero eso sería antes de venir yo. Bastante antes de mi época. Tendríais que hablar con Róbert.

—¿Róbert? —dijo Elinborg.

—Fue uno de los primeros que construyeron bungalows de veraneo aquí arriba, debajo de la colina. Si no ha muerto. Por lo que sé estaba en una residencia de ancianos. Róbert Sigurdsson. Si sigue con vida.

No había timbre en la gruesa puerta de roble, de modo que Erlendur la golpeó con la palma de la mano, esperando que los golpes se oyeran en el interior de la casa. Había

pertenecido a Benjamín Knudsen, comerciante de Reikiavik, muerto en la década de 1970. Sus herederos fueron su hermano y su hermana, que se mudaron a la casa cuando falleció él. Los dos eran solteros pero la hermana había tenido una hija natural, que era médico y estaba soltera, por lo que pudo averiguar Erlendur, vivía en la planta baja y tenía alquilado el piso de arriba. Erlendur había hablado con ella por teléfono. Se habían citado al mediodía.

El estado de Eva Lind seguía siendo el mismo. Se había pasado un momento a verla antes de ir a trabajar y estuvo un buen rato sentado al lado de la cama, mirando los aparatos que indicaban sus constantes vitales, los tubos que le cubrían la boca y la nariz, y los que le perforaban las venas. No podía respirar por sí sola y se oía el ruido de succión de la bomba al subir y bajar. El electrocardiograma era estable. Al salir de la UCI habló con un médico que le dijo que no se habían producido cambios en el estado de Eva Lind. Erlendur preguntó si había algo que él pudiera hacer, y el médico le dijo que, aunque su hija estuviera en coma, tenía que hablar con ella todo lo posible. Permitirle que escuchara su voz. No era en absoluto inútil hablar con un enfermo que estuviera en condiciones semejantes. Les ayudaba a superar la crisis. Eva Lind no se le había ido todavía y él tenía que tratarla teniéndolo en cuenta.

La pesada puerta de roble se movió por fin y una mujer, de más o menos sesenta años de edad, le extendió la mano y se presentó. Elsa. Era delgada, con rostro afable, poco pintada y con pelo corto teñido de oscuro que dejaba libre el rostro; llevaba pantalones vaqueros y camisa blanca, y ni anillos, ni collares ni brazaletes. Lo invitó a pasar al salón y le ofreció asiento; una mujer decidida y segura.

—¿Y qué clase de huesos creéis que son? —pregunto cuando él le expuso el asunto.

—No lo sabemos, pero una teoría es que tienen alguna relación con la residencia de verano que hubo allí cerca, una residencia de tu tío Benjamín. ¿Vivió allí mucho tiempo?

—Creo que nunca jamás estuvo en ese bungalow —dijo ella lentamente—. Fue una historia muy triste. Mamá siempre hablaba de lo guapo y lo listo que era y de cómo se enriqueció, hasta que perdió a su novia. Ella desapareció un día. Así, sin más. Estaba embarazada.

El recuerdo de su hija pobló la mente de Erlendur.

—Cayó en una depresión. Dejo de importarle la marcha de sus negocios o de sus propiedades y todo se le fue abajo, hasta que no le quedó nada más que esta casa. Murió en el momento oportuno, por así decir.

—¿Cómo desapareció su novia?

—Pensaron que se había tirado al mar —dijo Elsa—. Eso es lo que oí decir.

—¿Tenía una depresión?

—Nunca dijeron eso.

—¿Y nunca la encontraron?

—No. Ella...

Elsa calló en mitad de la frase. De pronto fue como si comprendiera adónde quería llegar el policía, y lo miró fijamente, llena de desconfianza, y finalmente herida, molesta e irritada, todo al mismo tiempo. Su rostro enrojeció.

—No te creo.

—¿Qué? —dijo Erlendur viendo cómo ella había cambiado de pronto, ante sus propios ojos, y se había vuelto tan hostil.

—Crees que se trata de ella. Que los huesos son suyos.

—Yo no creo nada. Es la primera vez que oigo hablar de esa mujer. No tenemos ni idea de quién pueda estar allá arriba. Es demasiado pronto para afirmar nada sobre quién pueda ser o quién no.

—Y entonces ¿a qué viene tanto interés por ella? ¿Qué sabes tú que yo no sepa?

—Nada —dijo Erlendur confuso—. ¿No se te ocurrió pensarlo cuando te hablé del hallazgo de huesos en ese lugar? Un tío tuyo tenía una casa allí al lado. Su amante desapareció. Encontramos unos huesos. No es difícil establecer una conexión.

—¿Estás loco! ¿Estás insinuando...?

—No estoy insinuando absolutamente nada.

—¿... que la mató él? ¿Que Benjamín asesinó a su amante y la enterró y no le dijo nada a nadie en todos estos años hasta que murió, destrozado como había estado desde aquel día?

Elsa se había puesto de pie y daba vueltas por la sala.

—Espera, yo no he dicho nada —suspiró Erlendur, pensando que habría podido mostrarse más discreto—. Absolutamente nada —insistió.

—¿Crees que se trata de ella? ¿Que son suyos los huesos que encontrasteis? ¿Que es ella?

—Seguramente no —respondió Erlendur sin fundamento alguno para tal afirmación.

Quería calmar como fuera a aquella mujer. Había demostrado poco tacto. Había dado a entender algo sin base alguna, y lo lamentaba.

—¿Sabes algo sobre la casa de veraneo? —dijo para intentar cambiar de tema—. Si vivió alguien en ella hace cincuenta o sesenta años; durante la guerra o poco después. No han encontrado el dato en una primera búsqueda en los archivos.

—Dios mío, tener que oír algo así —suspiró Elsa—. ¿Qué? ¿Qué decías?

—Podría ser que hubiera alquilado la casa —dijo Erlendur, hablando deprisa—. Tu tío. Había escasez de viviendas durante la guerra y después, los alquileres eran altos y se me ocurre que quizá se la hubiera podido ceder a alguien por una renta módica. O incluso podía haberla vendido. ¿Sabes algo al respecto?

—Sí, creo que oí decir que la había alquilado, pero no sé a quién, si es eso lo que me preguntas. Perdona mi comportamiento. Pero es que... ¿Cómo son esos huesos? ¿Es un esqueleto completo, es de hombre, mujer o niño?

Ya estaba más tranquila. Era de nuevo dueña de sí misma. Volvió a sentarse y le miró con gesto interrogante.

—Parece que se trata de un esqueleto completo pero aún no hemos accedido a él —contestó Erlendur—. ¿Tenía tu tío algún papel de sus negocios o sus propiedades? ¿Algo que no se haya tirado aún?

—El sótano de esta casa está lleno de trastos. Toda clase de papeles y cajas que nunca me he decidido a tirar pero que tampoco me ha apetecido nunca revisar. Su escritorio está abajo, y algunos armarios suyos. Dentro de poco tendré tiempo para examinar todo eso.

Lo dijo como excusándose, y Erlendur pensó para sí que quizá no estuviera satisfecha con su destino en la vida, viviendo sola en una gran casa heredada de tiempos pretéritos. Miró a su alrededor y tuvo la sensación de que toda la vida de aquella mujer era de una u otra forma herencia de tiempos pasados.

—¿Podríamos...?

—Adelante. Puedes mirarlo si quieres —respondió ella pensando en otra cosa.

—Estoy dándole vueltas todo el rato —dijo Erlendur poniéndose en pie—. ¿Sabes por qué alquilo Benjamín el bungalow? ¿Necesitaba dinero? No parecía tenerlo en mucho aprecio. Dices que se le fueron los negocios de las manos con el tiempo, pero en la guerra debió de ganar lo suficiente para mantenerse sin agobios durante toda la vida.

—No, creo que no necesitaba el dinero.

—¿Y entonces?

—Tengo entendido que se lo pidieron cuando la gente empezó a abandonar el campo y a venirse a Reikiavik por culpa de la guerra. Creo que le echó una mano a algún necesitado.

—De modo que ni siquiera es seguro que cobrara una renta.

—No tengo ni idea. No creo que estés pensando que él hubiera...

Se detuvo a mitad de la frase como si no se atreviera a decir lo que estaba pensando.

—Yo no creo nada —dijo Erlendur intentando sonreír—. Es demasiado pronto para empezar a creer algo.

—Pero es que no puedo creerlo.

—Dime otra cosa.

—Sí.

—¿Tiene parientes vivos?

—¿Quién?

—La novia de Benjamín. ¿Hay alguien con quien podamos hablar?

—¿Para qué? ¿Por qué quieres seguir con ese asunto? Él jamás habría podido hacerle nada.

—Lo comprendo. Sin embargo, tenemos esos huesos y son de alguien, y eso no tiene vuelta atrás. Tengo que examinar todas las posibilidades.

—Tenía una hermana que sigue con vida. Se llama Bára.

—¿Cuándo desapareció la muchacha?

—En 1940 —dijo Elsa—. Me contaron que era un precioso día de primavera.

Róbert Sigurdsson había vendido su casa mucho tiempo atrás y después esta se había vuelto a vender una y otra vez hasta que al final la derribaron y construyeron otra en el solar. Sigurdur Óli y Elinborg despertaron a los propietarios de la nueva vivienda poco después del mediodía y consiguieron entonces la historia, fragmentaria y poco coherente.

Pidieron a la oficina que localizara al anciano mientras bajaban de la colina. Estaba en el Hospital Nacional de Fossvogur, y acababa de cumplir los noventa.

Róbert Sigurdsson seguía vivo, aunque por los pelos, pensó Sigurdur Óli. Estaba sentado delante del anciano y al mirar el rostro descolorido pensó que no le apetecía nada llegar a los noventa. Se estremeció. Aquel hombre estaba desdentado y tenía los labios exangües, las mejillas hundidas y algunos pelos descoloridos se alzaban aún en su cabeza, pálida como la de un cadáver, apuntando en todas direcciones. Estaba conectado a una bombona de oxígeno colocada en un carrito a su lado. Cada vez que tenía que decir algo se quitaba la mascarilla de oxígeno con mano temblorosa, pronunciaba dos o tres palabras y volvía a ponérsela.

Elinborg tomó la palabra y le explicó la situación. El anciano parecía tener la mente lúcida a pesar de su lamentable estado físico, y asentía moviendo la cabeza indicando que comprendía lo que le decían y que se hacía perfecta idea de lo que querían los policías. La enfermera que los acompañó a verle, detrás de la silla de ruedas, les indicó que no podían permanecer con él demasiado rato, para no cansarlo. El anciano se quitó la mascarilla con mano temblorosa.

—Recuerdo... —dijo en voz muy baja y ronca, se puso la mascarilla y aspiró el oxígeno. Luego volvió a quitársela—... la casa pero...

Mascarilla arriba.

Sigurdur Óli miró a Elinborg y después su reloj de pulsera e intentó disimular su impaciencia.

—¿No prefieres...? —empezó ella, pero la mascarilla bajó.

—... sólo recuerdo... —pudo decir Róbert, medio asfixiado.

Mascarilla arriba.

—¿No prefieres ir a la cafetería a tomar algo? —le preguntó Elinborg a Sigurdur Óli, que volvió a mirar su reloj, luego al anciano y finalmente a Elinborg, suspiró, se levantó y abandonó la habitación.

Mascarilla abajo.

—... a una familia de las que vivieron allí.

Mascarilla arriba. Elinborg esperó un momento a ver si continuaba, pero Róbert guardó silencio y ella empezó a pensar en cómo expresar las preguntas de modo que pudiera contestar con un simple sí o no, lo que le permitiría usar la cabeza sin tener que hablar. Le explicó que iba a intentarlo de esa forma y él asintió con la cabeza. «Muy despierto», pensó Elinborg.

—¿Viviste allí durante la guerra?

Róbert asintió con la cabeza.

—¿Vivía la familia en la casa en esos años?

Róbert asintió.

—¿Recuerdas los nombres de los que vivían en la casa en esa época?

Róbert sacudió la cabeza.

—¿Era una familia grande?

Róbert volvió a sacudir la cabeza.

—¿Un matrimonio con dos, tres hijos, más?

Róbert asintió y levantó tres dedos exangües.

—Un matrimonio con tres hijos. ¿Hablaste alguna vez con esa gente? ¿Tenías trato con ellos, los conocías?

Había olvidado la regla del sí y el no, y Róbert se quitó la mascarilla.

—No los conocía —la mascarilla volvió a subir.

La enfermera había empezado a mostrarse inquieta detrás de la silla de ruedas y miró a Elinborg como diciéndole que tendría que acabar y que intervendría en cualquier momento. Róbert bajó la mascarilla.

—... mueren.

—¿Quién? ¿Esa gente? ¿Quién murió?

Elinborg se inclinó hacia él y esperó a que volviera a quitarse la mascarilla. Llevó una mano temblorosa de nuevo hasta la mascarilla de oxígeno y se la quitó.

—Un pobre...

Elinborg se dio cuenta de las enormes dificultades que tenía para hablar, y compartió su esfuerzo. Lo miró y esperó a que continuara.

Mascarilla abajo.

—... diablo.

La mascarilla se le cayó de la mano a Róbert, que cerró los ojos y hundió la cabeza lentamente sobre el pecho.

—Ya está —dijo la enfermera con brusquedad—, vas a conseguir matarlo.

Cogió la mascarilla y la presionó con innecesaria fuerza contra el rostro de Róbert, que tenía la cabeza caída sobre el pecho y los ojos cerrados como si se hubiera quedado dormido; quizás estaba muriéndose, pensó Elinborg. Se levantó mientras la enfermera empujaba la silla de Róbert hasta su cama, lo levantó de la silla como si fuera una pluma y lo tumbó.

—¿Es que quieres matar al pobre viejo con estas locuras? —dijo luego, una mole de mujer en torno a la cincuentena, con el pelo recogido en un moño, vestida con bata blanca y pantalones blancos y zuecos del mismo color. Miró con enfado a Elinborg—. No tendría que haberlo permitido —farfulló como reprochándose a sí misma—. No llegará a mañana —gruñó, esta vez directamente a Elinborg, sin variar el tono.

—Perdona —dijo esta sin darse plena cuenta del motivo—. Creemos que podría ayudarnos a descubrir algo sobre los huesos. Espero que no se encuentre muy mal.

Róbert Sigurdsson abrió los ojos de pronto desde la cama. Miró a su alrededor como intentando comprender dónde estaba y se quitó la mascarilla de oxígeno a pesar de la oposición de la enfermera.

—Venía a menudo —dijo jadeante—,... después. Mujer... verde... los arbustos...

—¿Los arbustos? —preguntó Elinborg. Reflexionó un momento—. ¿Te refieres a los groselleros?

La enfermera le había vuelto a poner la mascarilla a Róbert, pero Elinborg creyó ver que le decía sí con la cabeza.

—¿Quién? ¿Te refieres a ti mismo? ¿Recuerdas los groselleros? ¿Ibas tú allí? ¿Ibas tú adonde los árboles?

Róbert sacudió la cabeza despacio.

—Vete ya y déjalo en paz —ordenó la mujer.

Elinborg se había puesto de pie y se había inclinado sobre Róbert, aunque no tan cerca por no enfadar a la enfermera más de lo que ya lo estaba.

—¿Puedes hablarme de ello? —continuó Elinborg—. ¿Conocías a la persona que iba? ¿Quién iba tanto a los groselleros?

Róbert había vuelto a cerrar los ojos.

—¿Después? —continuó Elinborg—. ¿A qué te refieres con después?

Róbert abrió los ojos y alzó sus viejas y huesudas manos para indicar que quería un papel y un lápiz. La enfermera sacudió la cabeza y dijo que descansara, que ya era suficiente. Él le cogió la mano y la miró con gesto de súplica.

—Ni hablar —dijo la enfermera—. ¿Quieres hacer el favor de marcharte? —le espetó a Elinborg.

—¿No haríamos mejor en dejar que decida él mismo? Si muriera...

—¿Cómo que haríamos mejor? ¿Quiénes son esos «nosotros»? ¿Llevas tú acaso treinta años trabajando aquí, atendiendo a los enfermos? —Soltó un bufido—. ¿Quieres salir antes de que pida ayuda y haga que te echen?

Elinborg miró a Róbert, que había vuelto a cerrar los ojos y parecía dormido, luego a la enfermera, y empezó a caminar hacia la puerta de la habitación con toda dignidad. La enfermera la siguió y le cerró la puerta en el mismo instante en que Elinborg salía al pasillo. Esta pensó por un momento en ir a buscar a Sigurdur Óli para entrar otra vez a ver al viejo y decirle a la enfermera lo importante que sería que Róbert les dijera lo que quería decir. Lo dejó correr. Sin duda, Sigurdur Óli no haría sino enfurecer aún más a aquella mujer.

Elinborg salió al corredor y echó un vistazo en la cafetería, donde Sigurdur Óli estaba zampándose un plátano con cara de considerable malhumor. Empezó a caminar en su dirección pero vaciló. Se dio la vuelta y miró la puerta de la habitación de Róbert. Al final del pasillo había un pequeño nicho, quizás un hueco para el televisor, y fue retrocediendo hacia allí, hasta que llegó junto a un árbol que surgía de un inmenso tiesto y llegaba hasta el techo. Esperó allí, como una leona en la espesura,

vigilando la puerta.

No tuvo que esperar mucho hasta que la mujer salió, recorrió el pasillo, atravesó la cafetería y entró en otra sala. No pareció darse cuenta de la presencia de Sigurdur Óli, ni él de la suya, enfrascado como estaba con el plátano.

Elinborg salió de su escondite y regresó con prudencia, pasillo adelante, a la habitación de Róbert. Estaba dormido en la cama, con la mascarilla en la boca, exactamente igual que al despedirse. La persiana estaba baja pero la débil luz de una lamparita al lado de la cama aclaraba un poco la oscuridad. Se acercó a él, vaciló un instante, echó un rápido vistazo a su alrededor hasta armarse de valor y le dio un suave golpecito al anciano.

Róbert no se movió. Volvió a intentarlo, pero seguía dormido como un tronco; Elinborg pensó que habría entrado en un profundo sueño, si no se trataba ya del estupor de la muerte, y se mordió las uñas pensando en darle un golpe más fuerte o bien dejar las cosas como estaban y olvidarse de todo. No había dicho gran cosa. Alguien había estado rondando por los arbustos de la colina. Una mujer verde.

Ya estaba dando media vuelta cuando Róbert abrió los ojos de repente y la miró fijamente. Elinborg no sabía si la había reconocido, pero él asintió con la cabeza y a ella le pareció ver que le sonreía detrás de la mascarilla de oxígeno. Hizo la misma señal que antes pidiendo papel y lápiz, y ella buscó en su abrigo un cuaderno y una pluma. Se lo puso en las manos y él empezó a escribir con mano temblorosa en grandes letras de imprenta. Necesitó un buen rato, mientras Elinborg miraba atemorizada la puerta de la habitación, esperando que de un momento a otro entrase la enfermera y se pusiera a soltar sapos y culebras. Habría querido decirle a Róbert que se apresurara, pero no se atrevía a presionarle más.

Cuando acabó de escribir, sus manos exangües cayeron de nuevo sobre la sábana, y con ellas el cuaderno y la pluma; después volvió a cerrar lentamente los ojos. Elinborg cogió la libreta, dispuesta a leer lo que había escrito, cuando el electrocardiógrafo empezó a emitir un pitido. El ruido le hirió los oídos en la quietud del recinto, y Elinborg se sobresaltó de tal modo que dio un salto a un lado. Miró un instante a Róbert sin saber qué hacer, pero inmediatamente salió como un rayo de la habitación y cruzó el pasillo hasta la cafetería, donde Sigurdur Óli se estaba acabando el plátano. En algún sitio sonó un timbre de aviso.

—¿Le has sacado algo al viejo? —preguntó Sigurdur Óli cuando Elinborg se sentó a su lado, sin aliento—. ¿Qué pasa, algo no va bien? —añadió al verla tan jadeante.

—Nada, nada, todo va perfectamente —respondió Elinborg.

Un grupo de médicos, enfermeras y auxiliares entraron a todo correr en la cafetería, la cruzaron y se dirigieron al pasillo, en dirección a la habitación de Róbert. Poco después apareció un hombre de bata blanca empujando un aparato que Elinborg supuso era un desfibrilador, y desapareció él también en el pasillo. Sigurdur Óli siguió con la vista a la tropa que se esfumaba por la esquina.

—¿Qué demonios has hecho? —preguntó, volviéndose hacia Elinborg.

—¿Yo? —suspiró Elinborg—. Nada. ¿Qué quieres decir?

—¿Por qué estás tan sudorosa? —preguntó Sigurdur Óli.

—No estoy sudorosa.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué corren todos? Y tú estás sin respiración.

—Ni idea.

—¿Conseguiste sacarle algo? ¿Es él quien se está muriendo?

—Ay, intenta mostrar un poco de respeto —dijo Elinborg mirando nerviosamente a su alrededor.

—¿Qué le sacaste?

—Aún tengo que pensarlo —respondió Elinborg—. ¿No deberíamos irnos?

Se levantaron y salieron del hospital. Sigurdur Óli puso el coche en marcha.

—Bueno, ¿qué dijo? —preguntó Sigurdur Óli impaciente.

—Lo escribí en un papel —dijo Elinborg con un suspiro—. Pobre viejo.

—¿En un papel?

Ella sacó el cuaderno del bolsillo y pasó las páginas hasta llegar al lugar donde había escrito Róbert. La mano temblorosa del moribundo había trazado sólo una palabra, un garabato ilegible. Necesitó un tiempo hasta darse cuenta de lo que ponía, pero finalmente creyó estar segura, aunque no llegaba a comprender su significado. Miró fijamente la última palabra que escribiría Róbert en este mundo: «TORCIDA».

La casa en la que vivían era una residencia de veraneo, bastante grande, que le había alquilado a un señor de Reikiavik y que estaba a medio edificar cuando el hombre perdió el interés y estipuló una renta reducida a condición de acabarla. Al principio él había trabajado con mucha aplicación, pero luego quedó claro que al dueño no le importaba en absoluto y decidió no hacer nada. Era una casa de madera que constaba de un salón con cocina anexa y estufa de carbón, dos dormitorios con pequeñas estufas de madera y un pasillo. Había una fuente cerca de la casa e iban a por agua todas las mañanas, con dos cubos que había en la cocina.

Se mudaron allí hacía algo más de un año. Cuando llegaron los ingleses y la gente acudió a toda prisa desde el campo a Reikiavik en busca de trabajo perdieron su alojamiento del sótano. Ya no tenían dinero suficiente para pagarlo. Un alquiler costaba lo suyo, y las rentas aumentaron enormemente. Se encontró con la casa de verano de Grafarholt a medio construir y se mudó allí con su familia, empezó a buscar algo que hacer que estuviera cerca de su nuevo lugar de residencia y encontró trabajo transportando carbón a las comarcas. Bajaba al desvío de la carretera de Grafarholt todas las mañanas y subía al camión de carbón, que lo volvía a dejar allí al atardecer. A veces, ella pensaba que se habían aislado solamente para que nadie pudiera oír sus gritos pidiendo auxilio cuando él arremetía violentamente contra ella.

Una de las primeras cosas que hizo la mujer desde su traslado a la colina fue

hacerse con groselleros. El lugar le pareció demasiado pelado y plantó los arbustos al sur de la casa. Señalarían el extremo del huerto que pensaba cultivar. Quería poner más árboles, pero él lo consideró una pérdida de tiempo y le prohibió seguir con ello.

Esta noche eran las patatas. No le parecieron suficientemente cocidas. Eso es lo que pensó ella. También podrían haber estado demasiado cocidas, pasadas, crudas, sin pelar, mal peladas, peladas, no cortadas por la mitad, sin salsa, con salsa, asadas, sin asar, en puré, demasiado espeso, demasiado claro, demasiado dulce, no lo bastante dulce...

Nunca se sabía, con él.

Aquella era una de sus armas más poderosas. Los ataques llegaban siempre sin previo aviso y cuando ella menos lo esperaba, aunque todo pareciera ir sobre ruedas, o cuando su marido no estaba de buen humor. Él se proponía mantener la incertidumbre, y ella nunca estaba segura. Se encontraba siempre como pendiente de un hilo en presencia de él, dispuesta a hacer lo que fuera. La comida a su hora. La ropa preparada por las mañanas. Mantener a raya a los niños. Mikkelína lejos de él. Satisfacer cada uno de sus caprichos, aunque no sirviera de nada.

Hacía ya mucho tiempo que había dejado de esperar que su marido pudiera mejorar algún día. El hogar de él era la prisión de ella.

El marido cogió su plato al acabar la cena, taciturno como siempre, y lo puso en el fregadero. Luego se volvió hacia la mesa como si su intención fuera salir de la cocina, pero se detuvo junto al lugar que ella ocupaba aún en la mesa. Ella no se atrevió a levantar la mirada, sino que miró a sus dos hijos, que seguían sentados a la mesa, comiendo. Cada músculo del cuerpo en estado de alerta. Quizá se fuera sin llegar a tocarla. Los chicos la miraron y dejaron lentamente sus tenedores.

Un silencio de muerte reinaba en la cocina.

De repente, le agarró la cabeza y se la golpeó contra el plato, volvió a levantarla por los pelos y la echó hacia atrás, de tal modo que la silla se volcó y ella cayó al suelo. El hombre apartó los trozos de loza de la mesa y dio una patada a la silla. Ella se sintió mareada después de la caída. Era como si toda la cocina se hubiera puesto en movimiento. Intentó volver a levantarse, aunque sabía por experiencia que lo mejor era quedarse inmóvil, pero la había invadido un absurdo deseo de provocarle.

—Estate quieta, cerda —le gritó él, y cuando ella se puso de rodillas, se abalanzó sobre ella vociferando—: ¿Así que quieres ponerte de pie?

La agarró del pelo y le estampó la cara contra la pared, y luego le dio una patada en el muslo, haciéndole perder el apoyo de la pierna; cayó de nuevo al suelo con un alarido. Empezó a manarle sangre de la nariz y los oídos le pitaban tan fuerte que casi no oía sus gritos.

—Intenta levantarte ahora, puta de mierda —bramó el hombre.

Esta vez se quedó quieta, hecha un ovillo con los brazos protegiendo la cabeza a la espera de sus patadas. El hombre levantó una pierna y se la estampó en el costado. El dolor en el pecho le cortó el aliento. Se inclinó hacia ella y le agarró el pelo,

levantándole la cabeza para escupirle a la cara antes de golpearla contra el suelo.

—Puta de mierda —bufó el hombre. Luego se incorporó y observó la cocina, donde todo estaba en completo desorden después de la agresión—. Mira cómo lo tienes todo, inútil —le gritó—. ¡Pon todo esto en orden ahora mismo, o te mato!

El marido retrocedió lentamente e intentó escupir a su mujer, pero la boca se le había quedado seca.

—Imbécil —gritó—. No vales para nada. ¿Es que no sabes hacer nada bien, puta, es que no sirves para nada? ¿Serás capaz de comprenderlo algún día? ¿Vas a comprenderlo alguna vez?

No le importaba en absoluto dejar marcas. No había nadie que se preocupara lo más mínimo por ella. Era rarísimo que tuvieran visitas en la colina. Había algunas casitas de veraneo dispersas en el llano más abajo, pero pocos subían a la colina, aunque la carretera de Grafarvogur a Grafarholt estaba bastante cerca; además, en aquellas casas no había nadie que tuviera trato con la familia.

Permanecía tumbada en el suelo, quieta, esperando que él se calmara o se marchara a la ciudad a ver a sus amigos. A veces iba a Reikiavik y pasaba varias noches fuera sin dar la menor explicación. La cara le ardía de dolor y notó un dolor punzante en el pecho, igual que cuando se había roto una costilla dos años antes. No era por las patatas, ni por la mancha que encontró en la camisa recién lavada, ni por el vestido que ella se estaba cosiendo y que a él le pareció demasiado provocativo y rompió en pedazos, ni por el llanto de los niños durante la noche, del que la culpaba a ella. ¡Mala madre! ¡Que se callen o los mato! Era capaz de hacerlo. Podía llegar a eso.

Los dos muchachos salieron pitando de la cocina en cuanto lo vieron abalanzarse sobre su madre, pero Mikkelína se quedó atrás, como siempre. Se movía con dificultad sin ayuda. Estaba acostada en su camita en la cocina, donde dormía y pasaba todo el día, porque la cocina era el lugar donde mejor se la podía vigilar. Acostumbraba a no mover ni un músculo cuando él entraba y empezaba a insultar a su madre, y con la mano sana se echaba la manta sobre la cabeza como si pudiera desaparecer.

No vio lo que había sucedido. No quería verlo. Oyó los gritos de él a través de la manta y los quejidos de dolor de su madre y se encogió cuando la oyó golpearse contra la pared y caer al suelo. Se acurrucó debajo de la manta y empezó a canturrear mentalmente:

Al pasar la barca,
me dijo el barquero:
las niñas bonitas
no pagan dinero.

Cuando paró, el silencio había regresado a la cocina. Aún pasó un largo rato hasta

que se atrevió a quitarse la manta de la cabeza. Miró a hurtadillas por el borde, con mucho cuidado, pero no lo vio. Luego miró hacia el pasillo y vio que la puerta de fuera estaba abierta. Debía de haberse marchado. Se incorporó y vio a su madre tendida en el suelo. Se quitó la manta, bajó a gatas de su catre y se fue acercando por el suelo, por debajo de la mesa de la cocina, hacia su madre, que seguía hecha un ovillo sin moverse.

Mikkelína se tumbó muy pegadita a ella. Estaba flaca como un palo y tan débil que le resultaba difícil arrastrarse por el duro suelo. Si tenía que desplazarse de su sitio, su madre o sus hermanos la cogían en brazos. Nunca él, que había amenazado muchas veces con matar a la imbécil. ¡Estrangular a la desgraciada en su asqueroso camastro! ¡Inválida!

Su madre no se movió. Se dio cuenta de que Mikkelína trepaba a su espalda y le acariciaba la cabeza. El dolor de las costillas no cedía y seguía sangrando por la nariz. No sabía si se había desmayado. Creía que él estaba aún en la cocina, pero si Mikkelína se había levantado de su cama, no podía ser. Mikkelína no temía a nada en este mundo tanto como a su padrastro.

Se estiró con mucho cuidado y gimió de dolor y se palpó el costado donde le había dado una patada. Debía de haberle roto una costilla. Se volvió de espaldas y miró a Mikkelína. La niña había estado llorando y tenía aún un gesto de terror en el rostro. Se sobresaltó al ver la cara ensangrentada de su madre y rompió a llorar de nuevo.

—Todo va bien, Mikkelína —gimió su madre—. Todo va bien.

Se incorporó despacio y con grandes dificultades se puso en pie sujetándose en la mesa de la cocina.

—Sobreviviremos.

Se pasó la mano por el costado y notó que el dolor penetraba como una cimitarra.

—¿Dónde están los chicos? —preguntó mirando a Mikkelína.

Mikkelína señaló la puerta y dejó escapar un sonido que dejaba traslucir su excitación y su miedo. Su padrastro nunca la llamaba otra cosa que «idiota» y cosas mucho peores. Mikkelína había padecido una meningitis a los tres años de edad y a duras penas había conservado la vida. La niña había estado entre la vida y la muerte con las monjas del hospital de Landakot durante varios días, y su madre no fue autorizada a permanecer a su lado, pese a sus súplicas y sus lágrimas a la entrada de la sala. Cuando Mikkelína mejoró, había perdido toda la fuerza en el lado derecho, el brazo y la pierna, así como en los músculos faciales; tenía la cara torcida hacia delante, el ojo medio cerrado y la boca contraída, al punto que le resultaba difícil evitar que se le escapase la saliva.

Los niños sabían que no tenían posibilidad de defender a su madre, pues el más joven tenía siete años y el mayor, doce. Conocían la furia de su padre cuando la atacaba, las palabrotas que utilizaba cuando perdía el control, y el furor que estallaba cuando se dedicaba a lanzarle toda clase de insultos. Entonces echaban a correr,

Símon, el mayor, el primero. Agarraba a su hermano y lo arrastraba consigo, y luego lo empujaba por delante como si fuera un corderito asustado, muerto de miedo por si su padre dirigía su ira contra ellos.

Algún día podría llevarse también a Mikkelína.

Y llegaría el tiempo en que podría defender a su madre.

Los hermanos salieron corriendo de la casa muertos de miedo en dirección a los groselleros. Era otoño y los arbustos estaban en flor, color verde oscuro y llenos de follaje, con las bayas rojas repletas de zumo que les manchaba las manos al cogerlas de los arbustos y meterlas en los botes y los jarros que les daba su madre.

Se agazaparon al otro lado de los arbustos y oyeron los insultos y maldiciones de su padre y el estrépito de los platos al romperse, los gritos de auxilio de su madre.

El más pequeño se tapó los oídos pero Símon miró hacia la ventana de la cocina, iluminada por un resplandor amarillento, y se obligó a oír los gritos de su madre.

Ya no se tapaba los oídos. Era preciso escuchar para poder hacer lo que pensaba.

Lo que había dicho Elsa sobre el sótano de la casa de Benjamín no era ninguna exageración. Estaba a rebosar de trastos y, por un instante, a Erlendur se le vino el mundo encima. Pensó en llamar a Elinborg y Sigurdur Óli pero decidió que más valía esperar. El sótano tenía unos noventa metros cuadrados y estaba dividido por tabiques en varias estancias sin puertas ni ventanas en las que había cajas y más cajas, algunas rotuladas pero la mayoría sin indicación alguna. Eran cajas de cartón de las que se usan para transportar botellas de vino o cigarrillos, o cajas de madera de todos los tamaños imaginables, y las cosas que contenían eran de lo más variopinto. En el sótano había también armarios, un baúl, maletas y cosas diversas que se habían ido acumulando allí a lo largo de los años: una bicicleta oxidada, segadoras, barbacoas viejas.

—Puedes rebuscar cuanto quieras —dijo Elsa al acompañarle al sótano—. Si hay algo en lo que pueda ayudarte, no tienes más que llamarme.

Casi sentía compasión por aquel policía de espesas cejas que parecía tener la mente en otro sitio, vestido de modo desastrado, con un ajado jersey de punto debajo de una chaqueta vieja con parches en los codos. Traslucía una especie de tristeza que percibió al hablar con él y mirarlo a los ojos.

Erlendur sonrió débilmente y le dio las gracias. Dos horas más tarde empezó a encontrar los primeros documentos del comerciante Benjamín Knudsen. Era espantoso buscar algo en aquel sótano. Los objetos no tenían orden alguno. Trastos viejos y nuevos se mezclaban en grandes montones que tuvo que esforzarse en examinar y colocar luego de alguna forma que le permitiera seguir ahondando en aquel cúmulo de cosas. Pero tenía la sensación de que cuanto más avanzaba, más antiguas eran las cosas que encontraba. Le apetecía un café y tenía ganas de fumar, y estuvo decidiéndose entre molestar a Elsa o bien hacer una pausa en todo aquello e irse a buscar un bar.

Eva Lind no se le iba de la cabeza. Llevaba encima el móvil y esperaba una llamada del hospital en cualquier momento. Tenía remordimientos por no estar con ella. Tal vez debiera tomarse unos días libres y quedarse junto a su hija y hablar con ella, como le había dicho el médico. Estar a su lado en vez de dejarla sola en la UCI, inconsciente, sin familia, sin palabras de aliento, sin nada. Pero no podía quedarse sentado sin hacer otra cosa que esperar, a la cabecera de su cama: Su trabajo era una especie de terapia. Necesitaba agarrarse a él para pensar en otras cosas. Librarse de pensar demasiado en lo peor que podría suceder. En lo impensable.

Intentó concentrarse mientras iba abriéndose camino por el sótano. Abrió un viejo escritorio y encontró facturas de ventas al por mayor con el membrete de Almacenes Knudsen. Estaban manuscritas y le resultó difícil leer aquella escritura, pero parecían referirse a envíos de mercancías. Encontró más facturas parecidas en los cajoncitos del escritorio, y llegó a la conclusión de que Benjamín Knudsen se había dedicado al

comercio de ultramarinos. Café y azúcar aparecían con frecuencia, acompañados de números.

No había nada sobre el proyecto de una casa de veraneo en los terrenos elevados en los que ahora se estaba construyendo el barrio del Milenario.

Las ganas de fumar lo vencieron y encontró una puerta que daba a un jardín bien cuidado que empezaba a recuperarse del invierno, aunque él no se dio mucha cuenta, pues estaba concentrado únicamente en absorber el humo hasta lo más hondo de los pulmones y volver a soltarlo. Apuró dos cigarrillos en un momento. Sonó el teléfono en el bolsillo de su abrigo cuando estaba a punto de volver a entrar en el sótano, y respondió. Era Elinborg.

—¿Cómo sigue Eva Lind? —preguntó esta.

—Sigue en coma —dijo Erlendur, conciso. No tenía ganas de charla—. ¿Algo nuevo? —preguntó.

—Hablé con el anciano. Tenía una casa en la colina. Y no estoy del todo segura de adónde quería llegar, pero recordó a alguien que rondaba por tus arbustos.

—¿Mis arbustos?

—Los groselleros.

—¿Por los groselleros? ¿Quién era?

—Y además creo que ha muerto.

Erlendur creyó oír un gruñido de Sigurdur Óli en segundo plano.

—¿El de los arbustos?

—No, Róbert —dijo Elinborg—. De modo que de él no sacaremos más.

—¿Y quién era el de los arbustos?

—No está nada claro —dijo Elinborg—. Era alguien que iba muchas veces y también después. En realidad es lo único que saqué. Luego empezó a decir algo. Dijo «mujer verde» y se acabó.

—¿Mujer verde?

—Sí. Verde.

—«Muchas veces» y «después» y «verde» —repitió Erlendur—. ¿Después de qué? ¿A qué se refería?

—Como te estoy diciendo, no está nada claro. Creo que puede ser... Creo que ella estaba... —Elinborg titubeó.

—¿Que estaba qué? —preguntó Erlendur.

—Torcida.

—¿Torcida?

—Fue la única explicación que tenía para aquella persona. Ya no podía hablar, el pobre viejo, y escribió la palabra «torcida». Luego se durmió y creo que sucedió algo porque todo un batallón de médicos fue corriendo a su habitación y...

La voz de Elinborg se desvaneció. Erlendur pensó unos instantes en sus palabras.

—De modo que al parecer una mujer iba con frecuencia hasta los groselleros en algún momento después de...

—Podía ser después de la guerra —interrumpió Elinborg.

—¿Recordaba a los habitantes de esa casa?

—Una familia —dijo Elinborg—. Un matrimonio con tres hijos. No pude obtener nada más al respecto.

—¿De modo que había gente viviendo allí?

—Eso parece.

—Y ella estaba torcida. ¿Qué significa eso de estar torcido? ¿Qué edad tiene Róbert?

—Tiene... o tenía, no lo sé, más de noventa.

—Es imposible saber exactamente a lo que se refiere con esa palabra —dijo Erlendur como hablando para sí—. Una mujer torcida en los groselleros. ¿Vive alguien en la casa de Róbert? ¿Sigue aún en pie?

Elinborg le contó que Sigurdur Óli y ella habían hablado con los propietarios actuales el día anterior, pero que no mencionaron a la mujer. Erlendur les dijo que volvieran a hablar con aquella gente y les preguntaran explícitamente si habían notado que alguien anduviera por los arbustos y si habían visto allí a alguna mujer. También que intentaran localizar a los parientes de Róbert, si los había, y averiguaran si les había hablado alguna vez de la familia de la colina. Erlendur dijo que rebuscaría un poco más en el sótano y luego iría al hospital a ver a su hija.

Se dedicó de nuevo a estudiar los documentos de los cajones de Benjamín, y según iba mirando por el sótano, pensó que abrirse paso por aquellos trastos sería una labor de muchos días. Miró de reojo el escritorio de Benjamín y supuso que lo único que habría allí serían documentos y facturas relativos a su negocio, los Almacenes Knudsen. Erlendur no los recordaba, pero parecían haber estado ubicados en la calle Hverfisgata.

Dos horas más tarde, después de tomar un café con Elsa y fumar dos cigarrillos más en el jardín trasero, llegó hasta un baúl pintado de gris que había en el sótano. Estaba cerrado con llave, pero esta se encontraba en la cerradura. Tuvo que hacer fuerza para darle vuelta y abrir el baúl. Encima de todo había más documentos y sobres recogidos en un montón con una goma elástica, pero no había facturas. Dentro había también fotos, algunas enmarcadas y otras no. Erlendur las examinó. No tenía ni idea de quiénes eran las personas que aparecían en ellas, pero se hizo a la idea de que algunas serían del mismo Benjamín. Una era de un hombre apuesto y alto, que había empezado a engordar por la cintura y posaba delante de una tienda. La ocasión en que se había tomado la foto era evidente. Acababan de poner el rótulo sobre la puerta: Almacenes Knudsen.

Erlendur examinó unas fotos más y vio al mismo hombre en varias de ellas, y en algunas aparecía junto a una mujer joven, los dos sonrientes. Todas las fotos estaban hechas al aire libre, y en todas brillaba el sol.

Las dejó a un lado, sacó el fajo de sobres y pudo comprobar que contenían cartas de amor de Benjamín a su novia. Se llamaba Sólveig. Algunas eran mensajes breves

y declaraciones de amor, otras eran considerablemente largas e incluían acontecimientos cotidianos. Todas rebosaban amor hacia ella. Las cartas parecían estar organizadas en orden cronológico y Erlendur leyó, con cargo de conciencia, una de ellas. Tenía la sensación de estar penetrando en un sanctasanctórum y sentía vergüenza. Como si se asomara a la ventana de una casa para espiar a la gente que había dentro.

Corazón

Echo de menos terriblemente a mi amor. Llevo todo el día pensando en ti y cuento los minutos que faltan para que regreses. La vida sin ti es como un frío invierno, sin colores y tan vacío y tan muerto. Y pensar que tienes que estar lejos durante dos semanas enteras... A decir verdad, no sé cómo podré soportarlo.

Tu amor

Benjamín K.

Erlendur volvió a meter la carta en su sobre y cogió otra de más abajo del montón, que era más extensa y hablaba de los planes del futuro comerciante de abrir un almacén en Hverfisgata. Tenía grandes planes para el futuro. Había leído que en las ciudades de América había grandes almacenes que ofrecían toda clase de mercancías, tanto ropa como productos alimenticios, y que la gente cogía directamente de los estantes las mercancías que quería comprar. Las ponían en carritos e iban empujándolos.

Erlendur había telefoneado a Skarphédinn, que dijo que las excavaciones de la colina marchaban bien pero no quiso determinar cuándo llegarían al esqueleto. Todavía no habían encontrado en la pared de tierra nada que pudiera aclarar la causa de la muerte del Hombre del Milenario.

Erlendur llamó también al médico de Eva Lind que le informó de que su estado no se había alterado. Fue al hospital al atardecer, con intención de quedarse un buen rato al lado de Eva Lind. Cuando llegó a la unidad de cuidados intensivos vio una mujer vestida con un abrigo marrón sentada junto a la cama de su hija, e iba a entrar en el control de enfermería cuando se dio cuenta de quién era. Se puso rígido, se detuvo en seco y fue retrocediendo lentamente; al llegar al pasillo se paró y la miró desde lejos.

Ella estaba de espaldas, pero él sabía quién era. La mujer tenía aproximadamente la misma edad que él, estaba sentada cabizbaja, un poco gruesa bajo el chándal de color lila claro por debajo del abrigo marrón, se llevaba el pañuelo a la nariz y hablaba con Eva Lind en voz baja. No oía qué le decía. Se dio cuenta de que llevaba el pelo teñido pero debía de hacer bastante tiempo, pues había trazos blancos en la raíz del cabello, donde se abría la raya. Sin querer, calculó mentalmente la edad que tendría. Era fácil. Tres años más que él.

No la había visto tan de cerca desde hacía veinte años. Desde que él se marchó, abandonándola con dos niños. Ella no había vuelto a casarse —él tampoco—, aunque había vivido varias veces con distintos hombres, unos mejores y otros peores. Eva Lind le habló de ellos cuando se hizo mayor y empezó a visitarle. La chica se mostró desconfiada al principio, pero entre ellos se llegó a crear, pese a todo, un cierto entendimiento, y él intentaba hacer todo lo que podía por ella. Lo mismo se podía decir del chico, aunque este estuvo siempre más alejado de él. Casi no mantenía contacto con su hijo. Y en veinte años apenas había hablado con aquella mujer que ahora estaba sentada al lado de la hija común.

Erlendur miró a su exesposa y retrocedió un poco más hacia el pasillo. Se planteó la conveniencia de entrar y acercarse a ella, pero no se decidió. Seguramente habría problemas y no quería un escándalo en aquel lugar. No quería un escándalo en ningún sitio. No lo quería en su vida, si podía evitarlo. Nunca habían dado por concluida su relación de manera decente, y esa era una de las cosas que Eva Lind le recriminaba constantemente.

Cómo se había marchado.

Dio media vuelta y se encaminó hacia el pasillo, y sin querer le vinieron a la cabeza las cartas de amor del sótano de Benjamín Knudsen. Erlendur ya no lo recordaba, y la pregunta seguía sin respuesta cuando llegó a su casa y se sentó pesadamente en el sillón, dejando que el sueño la arrancara de su mente.

¿Había sido ella alguna vez su corazón?

Se había tomado la decisión de que Erlendur, Sigurdur Óli y Elinborg fueran los únicos encargados de la investigación del Caso de los Huesos, como se denominó en los medios de comunicación. El director general de policía no quería que se dedicara más personal a la investigación, pues esta no se hallaba en la lista de prioridades. La investigación de un caso de tráfico de drogas era más urgente, y en esos momentos apenas había tiempo y medios humanos, y el ministro no estaba dispuesto a dedicar más gente a investigaciones históricas, tal como lo expresó Hrólfur, el director general. Tampoco estaba del todo claro si realmente se trataba de un caso penal.

Al día siguiente por la mañana Erlendur se pasó por el hospital antes de ir al trabajo, y estuvo dos horas junto a su hija. Su estado no había cambiado. No vio por ningún lado a la madre. Estuvo largo rato sentado en silencio contemplando el rostro flaco y huesudo de su hija, y recordando. Intentaba recuperar las horas pasadas con ella cuando era pequeña. Eva Lind tenía tres años cuando Halldóra y él se separaron, y él seguía recordándola dormida entre los dos en la cama. Se negaba a dormir en la suya, aunque estuviera en el mismo dormitorio porque el apartamento era pequeño, de un solo dormitorio, salón y cocina. Trepaba a la cama y se dejaba caer en el hueco y se acurrucaba entre los dos.

Recordaba cuando apareció en la puerta de su casa, bien entrada en la adolescencia, decidida a recuperar a su padre. Halldóra le había impedido a Erlendur todo contacto con los hijos. Siempre que intentaba verlos, lo cubría de reproches, y él llegó a pensar que todo cuanto le decía era efectivamente cierto. Poco a poco dejó de ir a verlos. Cuando Eva Lind apareció en la puerta, a pesar de no haberla visto en muchos años, el rostro y el gesto le resultaron familiares. Era el gesto de la familia el que veía en su rostro.

—¿Vas a invitarme a entrar? —dijo ella después de un rato con la mirada clavada en él.

Vestía una chaqueta de cuero negra, pantalones vaqueros deshilachados y llevaba los labios pintados de negro. Las uñas, también de negro. Fumaba expulsando el humo por la nariz.

Tenía un aspecto juvenil, casi inocente.

Vaciló. No sabía qué estaba pasando. Y la invitó a entrar.

—Mamá se puso furiosa cuando le dije que iba a venir a verte —dijo ella pasando delante de él, envuelta en una nube de humo, y luego se acomodó en su butaca—. Dijo que eras un cabrón. Siempre nos lo ha dicho. A Sindri y a mí. El maldito cabrón de vuestro padre. Y luego: sois exactamente iguales que él, unos malditos cabrones del demonio.

Eva Lind rio. Buscó un cenicero para apagar el cigarrillo, pero fue él quien le quitó la colilla y la apagó.

—¿Por qué...? —empezó, pero no consiguió terminar la frase.

—Simplemente, quería verte —dijo ella—. Quería ver qué demonios de pinta tienes.

—¿Y qué pinta tengo? —preguntó.

Ella lo miró.

—De cabrón —respondió ella.

—Entonces no somos tan diferentes —dijo él.

La estuvo mirando un buen rato, y tuvo la sensación de que le sonreía.

Cuando Erlendur llegó a la oficina, Elinborg y Sigurdur Óli acudieron a su despacho y dijeron que no habían sacado nada en claro de su charla con los actuales propietarios de la casa de verano de Róbert Sigurdsson. No habían visto a ninguna vieja torcida en toda la colina. La esposa de Róbert había muerto hacía diez años. Tuvieron dos hijos. Uno de ellos, el varón, murió más o menos en la misma época, a los sesenta y el otro, una mujer de setenta años de edad, esperaba la visita de Elinborg.

—¿Y qué hay de Róbert, podemos sacarle algo más? —preguntó Erlendur.

—Róbert falleció anoche —dijo Elinborg, y su voz dejaba traslucir su remordimiento—. Con su vida cumplida. En serio. Creo que él mismo tenía la sensación de que ya había vivido suficiente. Un pobre muerto de hambre. Eso fue lo que dijo. Dios mío, no me gustaría nada agonizar así en un hospital.

—Escribió un breve mensaje en una pequeña agenda justo antes de morir —dijo Sigurdur Óli—. «Ella me mató».

—Vaya, qué gracioso —dijo Elinborg—. Me aburre.

—No tendrás que seguir viéndole más por hoy —dijo Erlendur, señalando con la cabeza a Sigurdur Óli—. Pienso mandarlo al sótano de Benjamín, el propietario de la casa de veraneo, a excavar en busca de pistas.

—¿Y qué crees que encontraremos allí? —le preguntó Sigurdur Óli.

La sonrisa burlona se le había helado en los labios.

—Tiene que haber constancia de que alquilara la casa. Es imposible que no lo hiciera. Necesitamos los nombres de quienes vivían allí. No parece probable que el padrón municipal vaya a darnoslos. Cuando obtengamos los nombres podremos compararlos con la lista de personas desaparecidas y comprobar si alguna de ellas sigue con vida. Y luego tenemos que ir haciendo exclusiones por sexo y edad en cuanto salga a la luz el esqueleto.

—Róbert habló de tres hijos —recordó Elinborg—. Alguno de ellos debe de seguir con vida.

—De manera que lo que tenemos es esto —dijo Erlendur— y no es demasiado: en una residencia de veraneo de Grafarholt vivía una familia de cinco personas, un matrimonio con tres hijos, en torno a los años de la guerra. Son las únicas personas de quienes sabemos que han vivido en la casa, aunque otros también podrían haber

estado allí. A primera vista, esa gente no parece haberse empadronado en este domicilio. Mientras no sepamos algo más, podemos imaginar que es alguno de ellos quien está allí enterrado, o bien alguien relacionado con la familia. Y alguien también relacionado con ellos, la mujer de que habló Róbert, estuvo asimismo allí...

—Muchas veces y después y estaba torcida —interrumpió Elinborg—. Lo de torcida, ¿no significará que estaba coja?

—¿No habría escrito coja, entonces? —dijo Sigurdur Óli.

—¿Qué fue de esa casa? —preguntó Elinborg—. No queda ni rastro de ella allí arriba.

—Quizá tú puedas encontrarnos esa información en el sótano, o hablando con la sobrina de Benjamín —dijo Erlendur a Sigurdur Óli—. Se me olvidó por completo preguntárselo.

—No necesitamos nada más que los nombres de esas personas para compararlos con las listas de personas desaparecidas en esa época, y ya lo tenemos. ¿No está suficientemente claro? —dijo Sigurdur Óli.

—No tiene que ser necesariamente así —dijo Erlendur.

—¿A qué te refieres?

—Sólo hablas de las personas desaparecidas que figuran en nuestras listas.

—¿De qué otras desapariciones tendría que hablar?

—De las que no figuran en ninguna lista. No podemos confiar en que todo el mundo dé aviso cuando alguien desaparece de su vida. Alguien se va a vivir al campo y no se le vuelve a ver. Alguien huye del país y con el tiempo se le olvida. Y además están los que se pierden en la montaña y desaparecen. Si tenemos una lista de las personas que se dijo que habrían desaparecido en la montaña por esa zona, tendremos que repasarla también.

—Creo que podemos estar de acuerdo en que este no es uno de esos casos —dijo Sigurdur Óli como si tuviera la última palabra; ya empezaba a poner de los nervios a Erlendur—. Queda excluido que este hombre, o quien sea que yace allí, haya muerto a la intemperie. Alguien lo enterró intencionadamente.

—Eso es exactamente a lo que me refiero —dijo Erlendur, muy leído en todo lo relacionado con historias de personas perdidas en los páramos—. Alguien va de viaje por el páramo. Es pleno invierno y han anunciado mal tiempo. Intentan hacerle desistir. No atiende a los consejos, piensa que sabrá apañárselas. Lo más asombroso de las historias sobre las personas que desaparecen en el campo es que no escucharon los consejos de nadie. Es como si algo los arrastrara a la muerte. Se dice que están destinados a morir. Como si quisieran precipitar su destino. Pero no. Esa persona cree que sabrá apañárselas. Pero cuando llega el mal tiempo, es mucho peor de lo que se había imaginado. Pierde la orientación. Se extravía. Acaba por perecer enterrado en la nieve, muere de frío. Para entonces se ha alejado muchísimo del camino que pretendía seguir. Por eso no lo encuentran nunca. Se le da por desaparecido.

Elinborg y Sigurdur Óli se miraron uno a otra, sin saber a ciencia cierta de qué

estaba hablando Erlendur.

—Lo que os estoy explicando es una desaparición islandesa típica, y nosotros podemos entenderlas, porque vivimos en este país y sabemos cómo empiezan de repente las ventiscas y la historia de ese hombre que se repite a intervalos sin que eso se ponga en duda. Así es Islandia, se piensa, y sacudes la cabeza. Naturalmente, antes sucedía mucho más, cuando la gente solía desplazarse de un lugar a otro a pie. Se han escrito montones de libros al respecto; no soy el único interesado en el tema. Las formas de viajar no cambiaron, en realidad, hasta los últimos sesenta o setenta años. La gente desaparecía, y aunque los demás no se quedarán tranquilos, nadie se ponía a pensar en cualquier otra explicación. Sólo en circunstancias excepcionales la policía o los jueces pensaban que valía la pena investigar el asunto con más detalle.

—¿Qué quieres decir? —dijo Sigurdur Óli.

—¿A qué viene esta conferencia? —dijo Elinborg.

—¿Y si alguno de esos hombres o mujeres nunca se adentró en el páramo?

—¿Y? —preguntó Elinborg.

—¿Y si su gente dice que este o aquel se adentraron en el páramo, o querían ir a otra granja o a pescar en el lago y no se volvió a saber nada de ellos? Se organiza una búsqueda pero no se les encuentra y el asunto deja de mencionarse.

—¿De forma que todos los de la casa están confabulados para matar a ese hombre? —preguntó Sigurdur Óli, sin mucha confianza en la teoría de Erlendur.

—¿Por qué no? —dijo Erlendur.

—De manera que lo acuchillan y lo apalean y le pegan un tiro y lo entierran —añadió Elinborg.

—Hasta que Reikiavik crece tanto que ya no puede seguir tranquilo en su tumba —dijo Erlendur.

Sigurdur Óli y Elinborg se miraron, y luego de nuevo a Erlendur.

—Benjamín tenía una novia que desapareció de forma misteriosa —dijo Erlendur— en la época en que estaban construyendo la casa. Se dijo que se había tirado al mar, pero el caso es que Benjamín no volvió a ser nunca el mismo después de aquello. Parece que tenía planes para renovar el comercio en Reikiavik, pero todo se vino abajo cuando la mujer desapareció, y con el tiempo se le fueron yendo de las manos sus florecientes negocios.

—De modo que ella no desapareció, de acuerdo con esta nueva teoría tuya —interrumpió Sigurdur Óli.

—Sí, sí que desapareció.

—Pero él la asesinó.

—Me resulta difícil imaginarlo —dijo Erlendur—. He leído las cartas que le escribió y tengo la sensación de que nunca habría podido hacer nada parecido.

—Entonces se trata de celos —dijo Elinborg, aficionada a las novelas rosas—. La mató por celos. Debía de amarla de verdad. La enterró allí arriba y no volvió por el lugar. Se acabó.

—A lo que yo le estoy dando vueltas es a lo siguiente —dijo Erlendur—: ¿No es una reacción excesiva para un hombre joven perder todo interés por la vida, aunque se muera su amor? Incluso si ella se hubiera suicidado. Tengo entendido que Benjamín no volvió a salir a la calle desde su desaparición. ¿Tal vez hay gato encerrado?

—¿No tendría guardado un mechón del pelo de ella? —pensó Elinborg en voz alta, y Erlendur creyó que seguía con la cabeza en sus novelitas—. Quizás en un marco de fotos, o en un guardapelo —prosiguió—. Si es que la amaba tanto.

—¿Un mechón de pelo? —preguntó Sigurdur Óli, boquiabierto.

—Siempre es igual de lento —dijo Erlendur, que imaginaba lo que estaba pensando Elinborg.

—¿Qué mechón? —dijo Sigurdur Óli.

—Eso la excluiría a ella, aunque no sirviera de más.

—¿A quién? —dijo Sigurdur Óli. Dirigió su mirada al uno y luego a la otra, ya con la boca cerrada—. ¿Estáis hablando de una prueba de ADN?

—Y luego la mujer de la colina —dijo Elinborg—. No estaría nada mal encontrarla.

—La mujer verde —exclamó Erlendur como hablándose a sí mismo.

—Erlendur... —dijo Sigurdur Óli.

—Sí.

—Naturalmente, no puede ser verde.

—Sigurdur Óli...

—Sí.

—¿Te crees que soy tonto?

En ese momento sonó el teléfono de la mesa de Erlendur. Era Skarphédinn, el arqueólogo.

—Ya estamos cerca —dijo Skarphédinn—. En cosa de dos días llegaremos al esqueleto.

—¿Dos días! —exclamó Erlendur.

—Más o menos. Todavía no hemos encontrado nada que se pueda considerar un arma. Quizá pienses que vamos con demasiadas precauciones, pero creo que es mejor hacerlo bien. ¿Quieres venir a echar un vistazo?

—Sí, ahora mismo iba a verte —dijo Erlendur.

—A lo mejor puedes comprarnos unas pastas por el camino —dijo Skarphédinn, y Erlendur vio ante sus ojos sus colmillos amarillentos.

—¿Pastas? —exclamó con aspereza.

—Unos bollitos —dijo Skarphédinn.

Erlendur colgó y le dijo a Elinborg que lo acompañara a Grafarholt, y a Sigurdur Óli que fuera a casa de Benjamín e intentara encontrar algo sobre la residencia de veraneo que construía el comerciante pero por la que pareció perder el interés una vez que su vida sucumbió a la miseria.

En el camino hacia Grafarholt, Erlendur seguía pensando en desapariciones y en personas que se extraviaban en las tormentas, y recordó los relatos de la desaparición de Jón Austmadur, que murió en el páramo, en Blöndugil, allá por 1780. Su caballo había sido degollado y no se encontró el menor rastro de él, excepto una mano en un guante de lana azul.

En todas las pesadillas de Símon, su padre era el monstruo.

Así había sido desde sus primeros recuerdos. Temía a aquel monstruo más que a cualquier otra cosa en el mundo, y cuando este le ponía la mano encima a su madre, lo único que Símon deseaba era ayudarla. Veía ante sí la batalla ineludible como en un libro de aventuras, cuando el caballero acometía al dragón que escupía fuego; pero en sus pesadillas, Símon jamás salía vencedor.

El monstruo de las pesadillas de Símon se llamaba Grímur. Nunca era su padre ni su papá, sino Grímur.

Símon estaba despierto cuando Grímur se coló como un ladrón en la cabaña de Siglufjördur y le susurró a su madre que iba a matar a Mikkelína en la montaña. Vio el terror de su madre, cuando pareció perder el control sobre sí misma y se golpeó contra la cabecera de la cama y se desmayó. Aquello contuvo a Grímur. Vio a Grímur intentando hacerla volver en sí a base de golpecitos. Olió el agrio hedor que despedía y enterró más la cabeza en la manta, tan asustado que rogó a Jesús que se lo llevara al cielo.

Ya no oyó el resto de lo que Grímur decía, sólo los lamentos de ella. Reprimidos como los de un animal herido, se mezclaban con las maldiciones de Grímur. Abrió una rendija de los párpados y vio a Mikkelína mirando fijamente la oscuridad con los ojos abiertos de par en par, con un terror insuperable.

Símon había dejado de rezar a Dios y había dejado de hablar con Jesús, su mejor hermano, aunque su madre le decía que nunca perdiera la fe. Símon había dejado de contarle esas cosas a su madre porque notó que a ella no le gustaba lo que apenas deducía. Nadie, y Dios menos que nadie, ayudaría a su madre a derrotar a Grímur. Dios era el omnisciente y omnipotente creador de cielos y tierra y había creado a Grímur igual que a todos los demás, había insuflado vida al monstruo y le permitía arrojar sobre su madre y arrastrarla por el suelo de la cocina agarrada del pelo y escupirle. Y en ocasiones, Grímur se arrojaba sobre Mikkelína, la maldita imbécil, y la golpeaba y se burlaba de ella, y otras veces se arrojaba sobre Símon y le daba patadas o le golpeaba con tanta fuerza que estaba a punto de arrancarle los dientes de arriba, y le hacía escupir sangre.

Jesús, el mejor hermano. El mejor amigo de los niños.

Grímur estaba equivocado al pensar que Mikkelína era imbécil. Símon creía que era mucho más lista que todos los demás juntos. Y no decía palabra. Él estaba seguro

de que podía hablar pero no quería. Estaba seguro de que había optado por el silencio por miedo a Grímur, un miedo igual que el suyo e incluso mayor, porque Grímur hablaba a veces de ella y decía que la iba a arrojar al vertedero con su carrito porque era una asquerosa de la peor especie y estaba ya harto de ver cómo se comía lo que él llevaba al hogar sin trabajar lo más mínimo en la casa y que no era más que una carga. Y añadía que aquella idiota convertía a la familia entera y también a él en el hazmerreír de todo el mundo.

Grímur hacía todo lo posible para que Mikkelína le oyera con toda claridad, y cuando su madre intentaba débilmente protegerla de aquellos ataques, él se reía. Mikkelína no protestaba por nada, ni siquiera cuando él la emprendía contra ella y la llamaba de todo, pues no quería que su madre tuviese que sufrir en su lugar. Símon lo veía en sus ojos, la relación entre los dos siempre había sido muy estrecha, mucho más que la existente entre Mikkelína y el pequeño Tomás, retraído y solitario.

Mikkelína no era imbécil. Su madre hacía ejercicios con ella cuando Grímur no las veía. Le daba masajes en las piernas. Levantaba su mano inútil, retorcida y doblada hacia dentro, y le untaba el costado tullido con un aceite que preparaba con hierbas de la colina. Mikkelína podría llegar a caminar algún día, y su madre la sostenía y daba pasitos con ella arriba y abajo, y le daba ánimos, y la alentaba a avanzar.

Hablaba con Mikkelína como si estuviera bien de la cabeza, y les decía a Símon y Tomás que hicieran lo mismo. La llevaba consigo y ambas hacían cosas juntas cuando Grímur salía. Mikkelína y ella se entendían muy bien. Y sus hermanos también la entendían. Cada movimiento y cada gesto. No necesitaban palabras, que Mikkelína conocía, aunque no las usara. Su madre le había enseñado a leer y lo único que le gustaba más que salir a tomar el sol era leer o que alguien lo hiciera en voz alta.

Pero un día del verano siguiente al estallido de la guerra, cuando los ingleses llegaron a la colina Mikkelína habló. Símon volvía a casa con ella en brazos, después de tomar el sol un rato. Iba a dejarla en su cama de la cocina, porque había empezado a atardecer y a refrescar en la colina y Mikkelína, que había estado desusadamente animada durante el día, mirándolo todo, sacó la lengua feliz y contenta y dejó escapar un sonido que hizo que a su madre se le cayera un plato que estaba metiendo en el armario de la cocina, y se rompió. Su madre olvidó por un instante el miedo que la habría dominado en circunstancias normales, se dio la vuelta y la miró.

—EMAAEMAAAA —repitió Mikkelína.

—¡Mikkelína! —exclamó la madre.

—EMAAEMAAAA —gritó Mikkelína, agitando la cabeza con enorme alegría por su hazaña.

La madre se acercó a ella lentamente, como si no pudiera dar crédito a sus oídos, observando tan fijamente a su hija que Símon creyó ver lágrimas en sus ojos.

—Emaaemaaaa —dijo Mikkelína.

Su madre la cogió en brazos, la dejó cuidadosamente en su camita de la cocina y le acarició la cabeza. Era la primera vez que Símon veía llorar a su madre. Daba igual lo que le hiciera Grímur, nunca lloraba. Gritaba de dolor y pedía ayuda, y le suplicaba que parase o aguantaba la violencia en silencio, pero Símon nunca la había visto llorar. Pensó que debía de sentirse triste y la abrazó, pero ella le dijo que no se preocupara. Que aquello era lo mejor que le había podido suceder en la vida. Se dio cuenta de que lloraba por lo que le había ocurrido a Mikkelína, pero también porque hablaba y aquello la había hecho más feliz de lo que se había permitido nunca a sí misma.

Pasaron dos años más y Mikkelína fue aumentando constantemente su vocabulario; se atrevía a hacer frases enteras, con el rostro enrojecido, sacando la lengua y agitando la cabeza a un lado y otro en un esfuerzo convulsivo, hasta que daba la sensación de que se le iba a desprender del cuerpo. Grímur no lo sabía. Mikkelína se negaba a hacerlo en su presencia y su madre prefería no desvelar el secreto por no despertar la atención del marido, ni siquiera ante su triunfo. Las dos aparentaban que todo seguía igual. Que nada había cambiado. Símon oyó algunas veces a su madre hablar con vacilación con Grímur sobre llevar a la niña a una terapia. Se movería mejor y sería más fuerte con la edad, seguro que aprendería. Sabía leer y le enseñarían a escribir.

—Es tonta —replicó Grímur—. Lo contrario es impensable. Y deja de hablarme de ella.

De manera que olvidó el asunto, porque ella hacía todo lo que Grímur le ordenaba, y nunca hubo terapia alguna para Mikkelína excepto la que le proporcionaban su madre y Símon y Tomás sacándola al sol y jugando con ella.

Símon no quería tener mucho trato con Grímur; evitaba a su padre todo cuanto podía, pero a veces se veía obligado a acompañarlo. Cuando Símon se fue haciendo mayor, Grímur le hacía cada vez más encargos y se lo llevaba consigo a Reikiavik de excursión para cargar con las compras colina arriba. El viaje a la ciudad les llevaba unas dos horas, bajando a Grafarvogur, cruzando el puente del Ellidaá y siguiendo la orilla de la bahía hasta Laugarnes. A veces pasaban también por la ladera de Háaleiti y bajaban por el Sogamýri. Símon se mantenía cuatro o cinco pasos detrás de Grímur, quien no le dirigía la palabra ni se preocupaba de él hasta que le hacía cargar con las compras y lo empujaba de vuelta. El viaje de vuelta duraba entre tres y cuatro horas, según el peso que Símon se viera forzado a acarrear. A veces, Grímur se quedaba en la ciudad y no aparecía por la colina durante dos días.

Entonces reinaba en casa algo parecido a la alegría.

En sus excursiones a Reikiavik, Símon descubrió algo que necesitó cierto tiempo para asimilar, y que nunca llegó a comprender plenamente. En casa, Grímur era taciturno, irritable y violento. No toleraba que se le dirigiera la palabra. Utilizaba muchos tacos al hablar y acostumbra a insultar a sus hijos y a su mujer; les hacía satisfacer cada uno de sus caprichos, y ay de ellos si no lo hacían. Pero al relacionarse

con los demás, parecía que el monstruo hubiera cambiado de piel y se hubiera convertido en otra persona. En las primeras excursiones Símon pensó que vería a Grímur tal como se comportaba en casa, dedicándose a soltarle improperios a la gente y peleándose. Pero no fue así; más bien sucedió todo lo contrario. De repente, quería agradar a todos. Hablaba encantado con el tendero y hacía reverencias y cedía el paso cuando entraba alguien en la tienda y los trataba de usted. Incluso sonreía. Saludaba con un apretón de manos. A veces se encontraba con alguien a quien conocía de tiempo atrás y reía a carcajadas, con una risa alegre en vez de aquella risa extraña, seca y ronca que emitía en ocasiones cuando ultrajaba a su madre. Los hombres señalaban a Símon, y Grímur le ponía una mano encima de la cabeza y decía que era hijo suyo, sí, y qué grande estaba ya. Símon se inclinaba al principio, como esperando un golpe, y Grímur hacía broma.

Símon necesitó tiempo para comprender la duplicidad de su padre. No conocía aquella faceta suya. No entendía cómo podía ser de una forma en casa y de otra completamente distinta en cuanto ponía un pie fuera. No comprendía cómo Grímur podía adular y mostrarse humilde, hacer reverencias y tratar de usted a los demás si él era más poderoso que los cielos y tenía una autoridad ilimitada sobre la vida y la muerte. Cuando Símon habló de estas cosas con su madre, ella sacudió cansinamente la cabeza y le dijo, como siempre, que tuviera cuidado de no hacerle enfadar. Porque no importaba que fuera Símon, Tómas o Mikkelína quien hiciera saltar la chispa: Grímur siempre la tomaría contra ella.

A veces pasaban meses entre una agresión y otra, incluso un año, pero no cesaban, y en ocasiones el intervalo era menor. Semanas. Su virulencia variaba. Era un golpe que llegaba de la nada, en ocasiones una cólera incontrolable; entonces arrojaba a la madre al suelo y la emprendía a patadas.

No era sólo la violencia física la maldición que se cernía sobre la familia y el hogar. Sus insultos podían tener el mismo efecto que un latigazo en el rostro. Despreciaba a Mikkelína, esa miserable inválida. Se burlaba de Tómas porque seguía mojando las sábanas por las noches. Y Símon era un vago de mil demonios. Todos intentaban cerrar los oídos.

A Grímur le daba igual que sus hijos lo viesan arremeter contra su madre, denigrarla con palabras que herían como navajas.

En los intervalos se preocupaba de ellos poco o nada. En general, hacía como si no existieran. En ocasiones se ponía a jugar con los chicos, e incluso dejaba ganar a Tómas. Algunas veces, los domingos, se iban todos a dar un paseo a pie hasta Reikiavik y les compraba golosinas. Unas cuantas veces, dejó incluso que los acompañara Mikkelína, y les organizaba el transporte en el camión del carbón para que no tuvieran que cargarla colina arriba. En aquellas excursiones, infrecuentes, ya que podía transcurrir un largo tiempo de una a otra, Símon veía a su padre casi como un ser humano. Casi como un padre.

En las escasas ocasiones en que Símon no veía a su padre como un déspota, le

parecía misterioso e incomprensible. Era capaz de sentarse a la mesa de la cocina y tomar café y observar a Tomás jugar en el suelo, y pasaba la palma de la mano por la superficie de la mesa y le pedía a Símon, que iba a salir de casa cruzando la cocina, que le diera más café. En una ocasión, mientras este le echaba el café en la taza, dijo:

—Me pongo tan furioso cuando lo pienso...

Símon se detuvo con la cafetera en las manos y se quedó en silencio a su lado.

—Me pongo furioso —dijo pasando la mano por la mesa.

Símon retrocedió despacio y depositó la cafetera sobre el fogón.

—Me pongo tan furioso cuando veo a Tomás jugando en el suelo —continuó—. Yo no era mucho mayor que él.

Símon nunca se había imaginado a su padre más joven que él mismo, no concebía que hubiera sido distinto. Ahora, de repente, se convertía en un niño igual que Tomás, y Símon contempló una imagen completamente diferente de su padre.

—Tomás y tú sois amigos, ¿verdad?

Símon asintió.

—¿No es verdad? —repitió.

Símon dijo que sí.

Su padre seguía pasando la mano por la superficie de la mesa.

—Nosotros también éramos amigos.

Y luego dijo:

—Era una mujer. Me enviaron para allá. A la misma edad que Tomás. Estuve allí muchos años.

Volvió a callar.

—Y su marido.

Dejó de pasar la mano por la mesa y apretó el puño.

—Malditos monstruos. Malditos monstruos del demonio.

Símon retrocedió despacio, alejándose de él. Y entonces pareció que su padre se calmaba de nuevo.

—Ni yo mismo lo entiendo —dijo—. Y es superior a mí.

Terminó el café, se puso en pie, entró en su dormitorio y cerró la puerta. Al pasar levantó a Tomás del suelo y se lo llevó consigo.

Símon percibió un cambio en su madre al pasar los años, y él mismo fue haciéndose mayor y madurando, a medida que su sentido de la responsabilidad aumentaba. Ella no cambió con la misma rapidez que Grímur cuando sufría aquella transformación repentina y parecía un ser humano; al contrario: el cambio de su madre fue extraordinariamente gradual y sutil y se produjo a lo largo de un prolongado período de tiempo que duró muchos años; y gracias a que su sensibilidad era mayor de lo habitual, Símon advirtió el significado de aquel cambio. Si persistía en cambiar, tanto o más peligroso sería para ella misma, quizá tanto como Grímur, e inevitablemente,

Símon tendría que intervenir de una forma u otra antes de que fuera demasiado tarde. Mikkelína era demasiado débil y Tómas demasiado pequeño. Sólo él podía ayudarla.

Símon no comprendía plenamente lo que anunciaba aquel cambio, pero sus presentimientos se habían hecho más fuertes desde que Mikkelína pronunció su primera palabra. El progreso de Mikkelína alegró indeciblemente a su madre; por un instante fue como si se hubiera aliviado de su pesadumbre, y sonreía y la abrazaba a ella y a los dos chicos, y enseñaba a hablar a la niña y se alegraba con sus más mínimos progresos.

Pero al cabo volvió a su estado de ánimo habitual, recobrando la pesadumbre, más angustiada aún que antes. A veces se sentaba en el borde de la cama, en el dormitorio, con la mirada perdida en el infinito, y así pasaba las horas una vez que había acabado de limpiar la casa para que no se viera ni una mota de suciedad en ninguna parte. Miraba al infinito con cierta desventura silenciosa, con los ojos medio cerrados, con un gesto de tan infinita tristeza, tan infinitamente sola en el mundo...

Una vez, un día que Grímur la había golpeado en el rostro y se había marchado como una exhalación, Símon se acercó a ella; tenía el cuchillo de trinchar en una mano, y la otra con la palma hacia arriba, y se pasaba la hoja lentamente por la muñeca. Cuando se dio cuenta de su presencia, sonrió levantando lentamente un lado de la boca y volvió a dejar el cuchillo en el cajón.

—¿Qué hacías con el cuchillo? —preguntó Símon.

—Ver si corta bien. A tu padre le gusta que los cuchillos estén bien afilados.

—Es completamente distinto en la ciudad —dijo Símon—. Allí no es malo.

—Lo sé.

—Allí está contento y sonríe.

—Sí.

—¿Por qué no es así en casa, con nosotros?

—No lo sé.

—¿Por qué es tan malo en casa?

—No lo sé. Se siente mal.

—Ojalá fuera distinto. Ojalá estuviera muerto.

Su madre lo miró.

—Eso no. No hables como él. No pienses eso. Tú no eres como él y no lo serás nunca. Ni tú ni Tómas. Nunca. ¡Entérate! Te prohíbo pensar en eso. No seas así.

Símon miró a su madre.

—Háblame del papá de Mikkelína —dijo.

Algunas veces, Símon la había oído hablar de él a Mikkelína, y se imaginaba cómo sería el mundo de su madre si aquel hombre no hubiera muerto. Se imaginaba que él mismo era hijo de aquel hombre, se imaginaba una vida de familia en la que su padre no era un monstruo sino un amigo y un compañero que trataba con cariño a sus hijos.

—Murió —dijo su madre, y en su voz se adivinaba cierto tono de reproche—. Y

ya basta del tema.

—Pero él era distinto —dijo Símon—. Tú serías distinta.

—¿Si él no se hubiera ido? ¿Si Mikkelína no hubiera enfermado? ¿Si yo no hubiera conocido a tu padre? ¿De qué sirve pensar así?

—¿Por qué es tan malo?

Se lo había preguntado ya muchas veces, y en ocasiones ella le respondía y en otras se limitaba a callar como si llevara años buscando una respuesta a esa pregunta sin conseguir atisbarla. Miraba al infinito como si Símon no estuviera a su lado, como si estuviera sola hablando consigo misma, triste, cansada, lejana, como si nada de lo que dijera pudiera tener ya la menor importancia.

—No lo sé. Sólo sé que no es culpa nuestra. No es culpa nuestra. Es algo que lleva dentro. Al principio me culpaba a mí misma. Buscaba algo que yo pudiera haber hecho mal para provocar su enfado, e intentaba corregirme. Pero nunca supe lo que era: daba igual lo que yo hiciera, no servía de nada. Hace mucho que he dejado de culparme a mí misma y no quiero que ni tú ni Tómas ni Mikkelína penséis que si él se comporta como lo hace es por culpa vuestra. Aunque os insulte y os chille toda clase de barbaridades. No es culpa vuestra. —Miró a Símon—. La poca autoridad que tiene él en este mundo la tiene sobre nosotros, y no está dispuesto a perderla. No quiere perderla nunca jamás.

Símon miró el cajón donde estaba guardado el cuchillo de trinchar.

—¿No hay nada que podamos hacer?

—No.

—¿Qué pensabas hacer con el cuchillo?

—Ya te lo he dicho. Comprobar si estaba bien afilado. A él le gusta tenerlos bien afilados.

Símon perdonó la mentira a su madre, porque sabía que, como siempre, estaba intentando protegerlo, cuidarlo, procurando que su vida se viera afectada lo menos posible por aquel espantoso mundo familiar.

Cuando Grímur llegó a casa esa tarde, sucio de carbón de arriba abajo, estaba de un buen humor que no era habitual en él y se puso a hablar con su mujer de algo que había oído en Reikiavik. Se sentó en el taburete de la cocina, exigió su café y dijo que habían estado hablando de ella mientras transportaban el carbón, y que la gente decía que ella era uno de aquellos.

Uno de aquellos niños del fin del mundo engendrados en el gasómetro.

Ella le dio la espalda a Grímur y preparó café sin decir ni una palabra. Símon estaba sentado a la mesa de la cocina. Tómas y Mikkelína se encontraban fuera.

—¡En el gasómetro!

Y Grímur rio con una risa asquerosa y ronca. De vez en cuando tosía y escupía saliva negra de carbón, y tenía los ojos rodeados de negro, y también la boca y las orejas.

—¡En la orgía del fin del mundo en el maldito gasómetro! —gritó.

—Eso no es cierto —dijo ella en voz baja.

Símon se sobresaltó porque nunca, en ninguna ocasión, estando él presente, su madre había contradicho a Grímur. La miró fijamente y sintió un escalofrío entre la piel y la carne.

—Follaron y jodieron toda la noche porque creían que el mundo se iba a acabar, y así te engendraron a ti, pobrecilla.

—Eso es mentira —dijo ella con más decisión que antes, sin levantar la mirada de la pila del fregadero.

Se dio la vuelta hacia Grímur y dobló la cabeza sobre el pecho, levantando los hombros como si quisiera ocultarse entre ellos.

Grímur había dejado de reír.

—¿Me estás llamando mentiroso?

—No —respondió ella—, pero no es verdad. Es un error.

Grímur se puso en pie.

—Así que es un error —repitió las palabras de su mujer.

—Sé cuándo se construyó el gasómetro. Yo nací antes.

—No es lo que me han dicho a mí. Me dijeron que tu madre era una puta y tu padre un borracho, y que cuando naciste te echaron en un cubo de basura.

El cajón del cuchillo estaba abierto y ella se quedó mirándolo. Símon lo observó. Ella miró a Símon y de nuevo el cuchillo. Y él tuvo por primera vez la sensación de que sería capaz de usarlo.

Skarphédinn había hecho montar un gran toldo blanco sobre la zona de excavación, y cuando Erlendur entró allí procedente del sol primaveral, vio que el trabajo avanzaba de forma increíblemente lenta. Se había excavado la parte superior de la pared de tierra en una extensión de diez metros cuadrados, y el esqueleto estaba en un lado del solar de construcción. El brazo se elevaba por encima de la cuadrícula de los huesos, igual que antes, y había dos personas de rodillas con pincelitos y cucharillas en las manos, escarbando la tierra y recogiénola con palitas.

—¿No es demasiado minucioso todo esto? —preguntó Erlendur cuando Skarphédinn se acercó y le saludó—. Así no acabaréis nunca.

—En una excavación como esta, toda precaución es poca —dijo Skarphédinn, tan solemne como siempre e igual de orgulloso de que su gente hubiera conseguido siempre buenos resultados usando sus métodos—. Y de todos, tú tendrías que entenderlo mejor que nadie —añadió.

—¿No estarás utilizando esto como un campo de prácticas?

—¿Como un campo de prácticas?

—Para arqueólogos. ¿No es esa la asignatura que enseñas en la universidad?

—Mira, escucha, Erlendur. Trabajamos con precisión. No se puede hacer de otro modo.

—Quizá no haya prisa ninguna —dijo Erlendur.

—Y todo se explicará —dijo Skarphédinn pasándose la lengua por los colmillos.

—Tengo entendido que el forense está de vacaciones en España —dijo Erlendur—. Se supone que volverá dentro de unos días. No hay más remedio que esperar, así que aún tenemos tiempo suficiente.

—¿Quién sería el enterrado? —se preguntó Elinborg.

—Aún no podemos decir si se trata de un hombre o de una mujer, de un joven o de un viejo —dijo Skarphédinn—. Y quizá no sea asunto nuestro decirlo. Pero creo que no queda duda alguna de que aquí se cometió un asesinato.

—¿Podría tratarse de una mujer joven y embarazada? —preguntó Erlendur.

—Pronto lo comprobaremos.

—¿Pronto? —dijo Erlendur—. No con estos métodos.

—La paciencia es una virtud, Erlendur —dijo Skarphédinn.

Erlendur iba a decirle dónde podía metérsela, cuando Elinborg se le adelantó.

—El crimen no tiene por qué estar relacionado con este lugar —dijo de pronto.

Estaba de acuerdo con casi todo lo expuesto por Sigurdur Óli el día anterior, cuando se puso a criticar a Erlendur porque le daba la sensación de que este se aferraba a la primera idea que se le había venido a la cabeza: que la persona allí enterrada había vivido en la colina o en alguna de las casas de veraneo de los alrededores. A juicio de Sigurdur Óli, no tenía demasiado sentido limitarse a una casa concreta, por mucho que hubiera estado allí cerca, ni a la gente que pudiera haber

vivido en ella. Erlendur se había ido al hospital cuando Sigurdur Óli expresó sus críticas, pero decidió sopesar su idea.

—Podrían haberle matado, digamos, en la zona oeste de la ciudad, y luego subirlo hasta aquí arriba —prosiguió—. No está nada claro que el crimen se haya cometido aquí mismo, en la colina. Ayer estuve hablando con Sigurdur Óli sobre el asunto.

Erlendur metió las manos hasta el fondo de los bolsillos de su abrigo, encontró el encendedor y un paquete de cigarrillos. Skarphédinn lo miró con ojos críticos.

—Dentro de la tienda no se puede fumar —dijo enfadado.

—Pues salgamos —resolvió Erlendur.

Salieron del entoldado y antes de hablar Erlendur se encendió un cigarrillo.

—Naturalmente, Sigurdur Óli y tú tenéis razón —dijo—. No podemos afirmar con certeza que el crimen, si se trata de un crimen, porque aún no lo sabemos, se cometiera en este lugar. Creo —prosiguió exhalando una espesa nubécula de humo— que tenemos tres teorías igual de válidas. En primer lugar, que se trata de la novia de Benjamín Knudsen, que desapareció estando embarazada y todos creyeron que se había tirado al mar. Por un motivo u otro, quizá por celos, como dices tú, mató a la chica y la escondió aquí, en su casa de verano, y luego se desentendió de ella por completo. Una segunda posibilidad es que se trate de alguien asesinado en Reikiavik, en Keflavik, o tal vez en Akranes, al otro lado de la bahía; en todo caso, en algún lugar cercano a la capital. Que lo trajeran aquí y se olvidaran de él. En tercer lugar, existe la posibilidad de que aquí en la colina viviera gente y que fueran ellos quienes cometieran el crimen y enterraran al muerto a las puertas de la casa, precisamente porque allí no podía entrar nadie. A lo mejor era un viajero, o un huésped, quizás uno de los ingleses que se instalaron por aquí durante la guerra y que construyeron los barracones del otro lado de la colina, o uno de los americanos que los relevaron, quizás alguien de la casa.

Erlendur dejó caer la colilla y la apagó con el pie.

—Personalmente, aunque no puedo explicarlo con un mínimo de precisión, esta me parece la teoría más probable. La teoría de la novia de Benjamín sería la más sencilla, si podemos relacionar a la muchacha con estos huesos. La segunda teoría nos plantea quizá los problemas más serios, pues entonces estaríamos hablando de una desaparición en una zona muy grande y muy poblada, y que se produjo hace un montón de años. A ese respecto, todo queda abierto.

—Si resulta que entre los huesos se encuentran los de un feto, ¿no habremos encontrado la respuesta? —dijo Elinborg.

—Sería una solución muy simple, como te digo. ¿Qué sabemos en definitiva del embarazo? —preguntó Erlendur.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabemos algo del embarazo?

—¿Quieres decir que quizá Benjamín mintió? ¿Qué la chica no estaba embarazada?

—No lo sé. Puede que se tratara efectivamente de un embarazo, pero que él no fuera el padre.

—¿Quieres decir que ella lo engañó?

—Podemos darle todas las vueltas que queramos al asunto y no acabar, hay que esperar a que los arqueólogos nos proporcionen algo palpable.

—¿Qué pudo pasarle a esa persona? —suspiró Elinborg recordando los huesos allí enterrados.

—A lo mejor se lo tenía merecido —dijo Erlendur.

—¿Cómo?

—Confiemos en que quien recibió este trato no fuera un inocente.

Su mente volvió a Eva Lind. ¿Se merecía ella estar en una cama de la UCI, más muerta que viva? ¿Quizá la culpa era de él? ¿Se podía culpar a alguien que no fuera ella misma? ¿No era por su propia culpa por lo que le había sucedido aquello? ¿No era cosa suya, no se debía todo a su maldita drogadicción? ¿O él también tenía alguna responsabilidad? Su hija estaba convencida de que así era y se lo había dicho muchas veces, cuando pensaba que no era justo con ella.

—No deberías habernos abandonado nunca —le espetó en una ocasión—. Me miras con desprecio. Tú no eres mejor. ¡Tú también eres un pobre desgraciado!

—Yo nunca te miro con desprecio —repuso él, pero sus palabras no llegaron a oídos de su hija.

—Me desprecias como si fuera una mierda —gritó ella—. Como si tú fueras más que yo. Como si fueras más listo y mejor que yo. ¡Como si fueras mejor que mamá, Sindri y yo! Nos dejas tirados, pero eres un tipo estupendo y nos desprecias. Como si fueras... como si fueras un cabrón de dios todopoderoso.

—Yo intenté...

—¡Tú no intentaste una puta mierda! ¿Qué intentaste tú? Nada. Nada de nada. Te largaste como un miserable.

—Yo nunca te he despreciado —objetó—. Estás equivocada. No comprendo por qué lo dices.

—Claro que sí. Claro que me desprecias. Por eso te fuiste. Porque no somos importantes. Tan asquerosamente poco importantes que no nos aguantabas. ¡Pregúntale a mamá! Ella lo sabe muy bien. Ella dice que todo es culpa tuya. Absolutamente todo. Culpa tuya. También que yo sea como soy. ¿Qué te parece eso, señor dios cabrón todopoderoso?

—Lo que dice tu madre no es justo. Está amargada y enfurecida y...

—¡Amargada y enfurecida! Si supieras lo espantosamente enfurecida y amargada que está y cuánto te odia, lo mismo que a sus hijos, porque tú no te largaste por su culpa, cabrona de virgen María, sino por la nuestra. De Sindri y mía. ¡Entérate, gilipollas de mierda! ¡Entérate, gilipollas de mierda...!

—Erlendur...

—¿Qué?

—¿Te pasa algo?

—No, no. Todo va bien.

—Voy a ver a la hija de Róbert —dijo Elinborg moviendo una mano delante de los ojos de Erlendur, como si lo sacara de un trance—. ¿Vas tú a la embajada británica?

—Sí.

—Le diremos al médico de distrito que venga a echar un vistazo a los huesos en cuanto salgan a la superficie. Skarphédinn no entiende ni papa. Cada vez me recuerda más a uno de esos tipos tan raros de los cuentos de los hermanos Grimm.

Antes de dirigirse a la embajada británica, Erlendur fue a Vogar y aparcó su coche cerca del sótano donde en tiempos vivió Eva Lind y donde él había empezado su búsqueda. Pensaba en la niña con quemaduras que había encontrado en el apartamento. Se la habían quitado a su madre y había quedado a cargo del servicio de Asistencia a la Infancia. El hombre con quien vivía era el padre de la criatura. Una investigación de rutina puso en claro que la madre había ingresado dos veces en Urgencias a lo largo del año anterior, en una ocasión con un brazo roto, y en la otra con diversas contusiones; según ella, un accidente.

Otra comprobación rutinaria mostró que el compañero de la mujer constaba varias veces en los archivos de la policía. Aunque nunca por actos violentos. Tenía acusaciones por robo con allanamiento y por venta de estupefacientes, y se encontraba a la espera de juicio. Había estado una vez en prisión por reincidencia en delitos menores. Uno de ellos, un robo en un quiosco.

Erlendur estuvo un buen rato en el coche observando la puerta del apartamento. Reprimió sus deseos de fumar y estaba ya marchándose cuando se abrió la puerta. Salió un hombre acompañado de la nube de humo de un cigarrillo, que tiró al patio delantero de la casa. Era de estatura mediana, complexión fuerte y cabello largo y negro, e iba vestido de negro de pies a cabeza. El aspecto concordaba con la descripción de los archivos policiales. El hombre desapareció en la esquina y Erlendur se marchó en silencio.

La hija de Róbert recibió a Elinborg en la puerta. Elinborg le había telefoneado previamente. Se llamaba Harpa y estaba postrada en una silla de ruedas; sus piernas no eran sino piel y huesos, inertes, pero tenía el tronco y los brazos fuertes. Elinborg se llevó una sorpresa cuando le abrió la puerta, pero no dijo nada y ella la invitó a entrar. Dejó abierta la puerta y Elinborg entró y cerró. El apartamento era pequeño pero práctico pues estaba adaptado para su dueña: cocina y baño con instalaciones apropiadas, así como la sala, con las estanterías de libros a apenas un metro del suelo.

—Mis condolencias por el fallecimiento de tu padre —dijo Elinborg con cara de vergüenza, entrando en la sala detrás de Harpa.

—Muchas gracias —dijo la mujer de la silla de ruedas—. Ya era muy anciano. Espero no llegar a ser tan vieja como él. Lo último que querría sería acabar enferma en una institución y pasarme años esperando la muerte. Irme pudriendo en vida.

—Estamos investigando sobre unas personas que podrían haber vivido en una casa de veraneo en lo alto de Grafarholt, en la parte norte —dijo Elinborg—. No muy lejos de vuestra residencia. Fue en algún momento en torno a los años de la guerra, o durante el transcurso de esta. Hablamos con tu padre justo antes de su muerte, y nos contó que recordaba a una familia de aquella casa, aunque desgraciadamente no nos

pudo contar mucho más.

Elinborg pensó sin querer en la mascarilla que cubría el rostro de Róbert. En sus dificultades para respirar y en sus manos exangües.

—Hablas de los huesos que han encontrado ¿verdad? —dijo Harpa arreglándose el cabello, que le había caído sobre la frente—. De los que hablaron en la televisión.

—Sí, hemos encontrado un esqueleto en ese lugar y estamos intentando averiguar de quién puede ser. ¿Tú recuerdas a la familia que mencionó tu padre?

—Yo tenía siete años cuando estalló la guerra —dijo Harpa—. Recuerdo a los soldados en Reikiavik. Vivíamos en Laugavegur, pero no recuerdo nada con claridad. Estaban también allí en la colina. En la parte sur. Levantaron barracones y un búnker. Había un tubo de cañón que sobresalía un montón. Todo de lo más espectacular. Nos tenían prohibido ir allí, a mi hermano y a mí. Recuerdo que todo estaba rodeado por una valla. Alambre de espino. No subíamos con mucha frecuencia. Pasábamos mucho tiempo en la residencia que construyó mi padre, pero solamente en verano, y naturalmente había gente en las casas de alrededor pero no nos conocíamos mucho.

—Tengo entendido, por lo que dijo tu padre, que había tres chavales en aquella casa. Podrían tener tu edad, más o menos. —Elinborg apartó los ojos de Harpa y miró la silla de ruedas—. Aunque quizá tus movimientos estuvieran limitados.

—Qué va —dijo Harpa dando un golpecito a la silla de ruedas—. Esto sucedió más tarde. Un accidente de coche. Tenía treinta años. No recuerdo ver a chicos en la colina. Recuerdo a otros chicos, pero no de allí.

—Hay unos groselleros cerca del lugar donde estuvo la residencia de veraneo donde encontramos los huesos. Tu padre habló de una mujer que iba por allí, entiendo que más tarde. Frecuentaba aquel lugar y, según dijo, iba vestida de verde y estaba torcida.

—¿Torcida?

—Eso fue lo que me dijo, o más bien lo que escribió.

Elinborg sacó el papel donde Róbert había escrito y se lo pasó a Harpa.

—Parece haber sido mientras seguíais teniendo la residencia de veraneo allí —continuó Elinborg—. Tengo entendido que la vendisteis hacia mil novecientos setenta.

—Setenta y dos —dijo Harpa.

—¿Recuerdas a esa mujer?

—No, y mi padre no me habló de ella. Siento mucho no poder servirlos de ayuda, pero nunca vi a esa mujer, ni sé nada de ella, ni recuerdo en ese lugar a la gente de quien hablas.

—¿Te imaginas lo que quería decir tu padre con la palabra «torcida»?

—Lo que significa, ni más ni menos. Él siempre decía lo que quería decir, sin error. Era un hombre muy preciso. Un buen hombre. Fue muy bueno conmigo después del accidente. Mi marido me abandonó. Aguantó tres años después del accidente, luego se largó.

Elinborg tuvo la sensación de que había sonreído, pero permanecía seria.

Un funcionario de la embajada británica recibió a Erlendur con tan exquisita amabilidad y diplomacia que casi contestó con una reverencia. Se trataba del secretario. Era de elevada estatura y delgado, vestido con un traje de chaqueta impecable y unos zapatos de charol relucientes, y hablaba un islandés desprovisto de errores, para gran alegría de Erlendur, que hablaba mal el inglés y lo comprendía peor. Respiró con alivio al saber que sería el secretario quien hablara como un niño en su conversación.

El despacho estaba tan impecable como su ocupante, lo que a Erlendur le hizo pensar en su oficina, que siempre parecía que acabara de sufrir un bombardeo. El secretario, que se llamaba Jim, le ofreció asiento.

—Me encanta lo poco formales que sois en Islandia —le dijo Jim.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí? —preguntó Erlendur, sin saber qué era lo que le hacía sentirse como una anciana que hubiera ido a tomar el té.

—Bueno, casi veinte años —dijo Jim asintiendo con la cabeza—. Gracias por la pregunta. Precisamente la Segunda Guerra Mundial es un tema que despierta mi interés. Me refiero a la Segunda Guerra Mundial aquí, en Islandia. Escribí mi tesis de máster sobre ese tema en la London School of Economics. Cuando telefoneaste para preguntar por los barracones esos, pensé que podría ayudarte.

—Dominas estupendamente el islandés.

—Muchas gracias. Mi mujer es islandesa.

—¿Y qué hay de esos barracones? —preguntó Erlendur para entrar en materia.

—Bueno, no he dispuesto de mucho tiempo, pero he encontrado en la embajada documentos sobre la construcción de barracones durante la guerra. Si hay que buscar más detalles, tú dirás. Pero había algunos barracones donde ahora está el campo de golf de Grafarholt.

Jim cogió de la mesa unos papeles y los hojeó.

—Allí construyeron también un... ¿cómo lo llamáis, un búnker? ¿O casamata de artillería? Un blocao. Un destacamento de la 16.^a División de Infantería estaba a cargo del búnker, pero aún no he podido enterarme de quiénes ocupaban los barracones. Creo que allí hubo un cuartel de intendencia. No sé por qué lo instalaron en esa colina, pero había barracones y búnkeres por todas partes, a lo largo de la carretera de Mosfellsdalur, en Kollafiördur y en Hvalfiördur.

—Estamos pensando en la posibilidad de que hubiera desaparecido alguien en la colina, como ya te comenté por teléfono. ¿Sabes si desapareció, o se dio por desaparecido, a algún militar de allí?

—¿Crees que hay algún indicio de que los huesos que habéis encontrado puedan corresponder a un soldado británico?

—Quizá no haya muchos indicios de tal cosa, pero pensamos que la persona a la

que pertenecen los huesos fue enterrada durante los años de guerra, y si había ingleses en la zona lo mejor es excluirlos lo antes posible.

—Lo comprobaré, pero no sé si ese tipo de datos se conservan durante mucho tiempo. Los americanos ocuparon el lugar, como todo lo demás, cuando nos fuimos nosotros, en 1941. La mayoría de nuestros militares salieron del país, aunque no todos.

—¿De modo que estos terrenos quedaron a cargo de los americanos?

—Lo comprobaré. He hablado con la embajada de Estados Unidos a ver qué dicen. Eso te ahorrará trámites.

—Aquí teníais policía militar.

—Sí, claro. Lo mejor será empezar por ahí. Eso llevará unos días. O semanas.

—Tenemos tiempo de sobra —dijo Erlendur pensando en Skarphédinn, que seguía trabajando en lo alto de la colina.

Sigurður Óli estaba molestísimo con la tarea que le había encomendado Erlendur. Elsa lo había recibido en la puerta, lo había acompañado al sótano y lo había dejado allí, donde llevaba cuatro horas rebuscando en armarios y cajones y cajas de toda clase, sin saber exactamente qué era lo que buscaba. La mente se le iba una y otra vez a Bergthóra, y no hacía más que preguntarse si cuando llegara a casa volvería a recibirlo con las mismas ganas de sexo de las pasadas semanas. Tenía que preguntarle directamente por qué últimamente se mostraba tan deseosa con él en todo momento, si es que se debía a sus deseos de tener un hijo. Pero entonces se encontraría ante otro problema, del que habían hablado muchas veces sin llegar a ninguna conclusión: ¿no había llegado ya el momento de casarse con toda pompa y boato?

Aquella pregunta ardía en labios de ella y en sus apasionados besos. En realidad, él no se había formado todavía opinión alguna sobre el tema, y hacía lo posible por dilatar la respuesta. Sus pensamientos iban más o menos en esta línea: su convivencia iba bien. El amor florecía. ¿Por qué estropearlo todo con el matrimonio? Todo ese jaleo. La despedida de soltero. El cortejo por la nave de la iglesia. Los invitados. Los condones hinchados en la comitiva de la novia. Ridículo sin límites. Bergthóra no quería casarse en el ayuntamiento. Hablaba de fuegos artificiales y bellos recuerdos de que disfrutar en la vejez. Sigurður Óli refunfuñó. Pensaba que era demasiado pronto para hablar de la vejez. El problema estaba aún por solucionar y le tocaba a él resolverlo, y no tenía la menor idea de lo que quería, excepto que no quería un matrimonio religioso pero tampoco herir a Bergthóra.

Leyó algunas de las cartas de amor de Benjamín K. y pudo comprobar, igual que Erlendur, su amor sincero y su enorme afecto hacia la mujer que un día desapareció de las calles de Reikiavik y según se dijo se tiró al mar. «Cariño mío. Amada mía. Cómo te echo de menos».

Cuánto amor, pensó Sigurður Óli.

¿Era suficiente para matar?

La mayoría de los papeles y facturas estaban relacionados con los Almacenes Knudsen, y las esperanzas de Sigurdur Óli de encontrar algo útil ya se habían enfriado, cuando en un viejo armarito de documentos se topó con un papel donde ponía:

Höskuldur Thórarinsson
Anticipo renta Grafarholt
8kr.
Firm. Benjamín Knudsen

Erlendur estaba saliendo de la embajada cuando sonó su móvil.

—Encontré a un inquilino —dijo Sigurdur Óli—. O eso creo.

—¿Qué? —dijo Erlendur.

—De la casa de veraneo. Estoy saliendo del sótano de Benjamín. En toda mi vida no he visto nunca un montón semejante de trastos viejos. Sólo encontré un recibo según el cual un tal Höskuldur Thórarinsson pagó una renta de alquiler por Grafarholt.

—¿Höskuldur?

—Sí. Thórarinsson.

—¿Qué fecha tiene el recibo?

—No hay fecha. Ni año. El recibo es una factura con el membrete de los Almacenes Knudsen. La nota del alquiler está escrita en la parte de atrás. Firmada por Benjamín. Y también he encontrado facturas de lo que pueden ser materiales de construcción. Todo a cargo de los almacenes, y esas facturas sí que tienen fecha: 1938. Puede ser que se empezara la casa entonces, o que en ese momento ya estuviera en construcción.

—¿Y en qué año dicen que desapareció su amante?

—Espera, lo tengo anotado.

Erlendur esperó mientras Sigurdur Óli buscaba el dato. Tenía la costumbre de apuntar todo lo que encontraban, algo que Erlendur nunca había conseguido hacer. Oyó a Sigurdur Óli pasar hojas, y luego se puso de nuevo al teléfono.

—Desapareció en el año 1940. En primavera.

—Y Benjamín está construyendo su residencia de veraneo hasta ese momento pero de pronto lo para todo y la alquila.

—Y Höskuldur es uno de los inquilinos.

—¿Encontraste algo más sobre él?

—No, todavía no. ¿No sería bueno empezar por él? —preguntó Sigurdur Óli con la esperanza de poder escapar del sótano.

—Yo lo buscaré —dijo Erlendur, y añadió, para frustración de Sigurdur Óli—:

mira a ver si encuentras entre esos trastos algo más de él u otras personas. Si hay una nota de esas podría haber otras más.

Erlendur pasó un rato considerable junto a la cama de Eva Lind cuando salió de la embajada, dándole vueltas y más vueltas a qué podía decirle. No tenía ni idea. Hizo algunos intentos, sin éxito. En muchas ocasiones, desde que el médico le había recomendado hablarle, había pensado en qué decir, pero sin llegar a ninguna conclusión.

Empezó a hablar del tiempo pero renunció. Empezó a describir a Sigurdur Óli y le contó que últimamente parecía muy cansado. Pero no había mucho más que decir de él. Intentó encontrar algo que contar sobre Elinborg pero también renunció. Le habló de la mujer de Benjamín Knudsen, que decían que se había tirado al mar, y de las cartas de amor que había encontrado en el sótano de su casa.

Dijo que había visto a su madre sentada junto a su cama.

Luego, calló.

«¿Qué os pasa a mamá y a ti? —le había preguntado Eva Lind en una ocasión— ¿Por qué no os habláis?».

Sindri Snaer había ido con ella pero se marchó enseguida, y padre e hija estaban sentados en la oscuridad. Era diciembre, en la radio sonaban canciones navideñas y Erlendur la apagó pero Eva Lind volvió a encenderla diciendo que le apetecía oírlas. Estaba ya de bastantes meses y se había desintoxicado, y, como siempre que estaba con él, empezó a hablar de lo que le había faltado la familia. Sindri Snaer no lo hacía, nunca hablaba de su madre ni de su hermana, ni de lo que le faltó. Era hombre reservado y de pocas palabras, en las contadas ocasiones en que Erlendur charlaba con él. No le interesaba su padre. Ahí radicaba la diferencia entre su hermana y él. Eva Lind sí quería conocer a su padre y no vacilaba en recordarle sus responsabilidades.

—¿Por qué no hablamos tu madre y yo? —contestó entonces Erlendur—. ¿No podemos apagar ese barullo navideño?

Intentaba ganar tiempo. Las preguntas de Eva sobre el pasado le ponían siempre en un aprieto. No sabía qué responderle sobre su breve matrimonio, sobre los hijos que tuvieron, ni por qué se marchó. No tenía respuesta para todas sus preguntas, lo que hacía que ella se enfadara. Se enfadaba enseguida, en cuanto las cuestiones familiares se convertían en tema de conversación.

—No, yo quiero oír canciones navideñas —dijo Eva Lind, y Bing Crosby siguió cantando *¡Oh, blanca Navidad!*—. Nunca, nunca la he oído hablar bien de ti, pero algo tuvo que gustarle, al principio, cuando os conocisteis, ¿no?

—¿Se lo has preguntado a ella?

—Sí.

—¿Y qué dice?

—Nada. Entonces tendría que decir algo positivo sobre ti y no está dispuesta a eso. No lo admite. ¿Qué pasó? ¿Por qué acabó?

—No lo sé —respondió Erlendur, y lo decía con total sinceridad. Intentó hablar con franqueza—. Nos conocimos en una discoteca. No lo sé. No fue nada que planeáramos. Simplemente sucedió.

—Pero habrás pensado en ello.

Erlendur no le respondió. Pensó en unos niños que no tuvieron la oportunidad de conocer a sus padres. Que no llegaron a saber cómo eran realmente. Entraron en la vida de sus padres cuando estos ya eran maduros, no sabían nada de ellos. Los conocían como padre y madre, como autoridad y como protectores, pero nunca llegaron a saber qué secreto ocultaban, juntos o por separado, ni por qué resultaban tan desconocidos a sus hijos como cualesquiera otras personas con las que se encontraban en la vida. Pensó en cómo unos padres podían mantener alejados a sus hijos hasta tal punto que lo que quedaba entre ellos era la familiaridad fruto del trato y la experiencia, más que el auténtico amor.

—¿Qué pensaste?

Las preguntas de Eva Lind abrían una llaga en la que metía el dedo una y otra vez.

—No lo sé —dijo Erlendur, manteniéndose distante, como siempre.

A lo mejor se comportaba de aquel modo, precisamente, para notarlo. Para hallar una nueva confirmación. Para sentir lo lejos que estaba de ella y lo difícil que le resultaría comprenderle.

—Ella lo notó. Tuvo que ser algo.

¿Cómo iba a comprenderle ella, si a veces ni él mismo era capaz de comprenderse a sí mismo?

—Nos conocimos en una discoteca —repitió—. Pero no creo, que eso fuera el anuncio de un futuro feliz.

—Así que te fuiste, sin más.

—No me fui sin más —dijo Erlendur—. No fue así. Me fui al final, y ya está. No lo hicimos... No lo sé. Probablemente no existe ninguna forma correcta de hacerlo. Si existe, nosotros no la encontramos.

—Pero no se acabó nada —dijo Eva Lind.

—No —dijo Erlendur.

Se oía a Crosby en la radio. Eva Lind miraba por la ventana; gruesos copos de nieve caían suavemente sobre el suelo. Erlendur miró a su hija. Los aros de las cejas. La bolita metálica de la nariz. Las botas militares que descansaban sobre la mesa del salón. Las uñas sucias. La tripa le sobresalía por debajo de la camiseta negra: ya le empezaba a crecer.

—Nunca se acaba —dijo él.

Höskuldur Thórarinsson vivía en casa de su hija en los bajos de un precioso chalet del barrio de Árbaer, y disfrutaba de la vida. Era de corta estatura y movimientos ágiles,

con cabellos grises y una barba plateada que enmarcaba una boca pequeña, iba vestido con una camisa gruesa de cuadros y pantalones de pana de color marrón claro. Elinborg lo había encontrado. No había tantos Höskuldur en el censo que estuvieran jubilados. Llamó por teléfono a unos cuantos, independientemente de la región del país donde vivieran, y aquel Höskuldur de Árbaer respondió que sí, que él le había alquilado una casa a Benjamín Knudsen, el tipo aquel, un buen hombre. Lo recordaba bien, aunque no se había quedado mucho tiempo en su casa.

Erlendur y Elinborg estaban sentados en el salón de Höskuldur, que acababa de servirles café; habían hablado de lo divino y lo humano, que él era de Reikiavik, que allí nació y se crio, y de aquellos malditos reaccionarios que ensombrecen la vida de los jubilados como la de todos los demás pobres desgraciados que son incapaces de ocuparse de sí mismos. Erlendur decidió detener el mitin del anciano.

—¿Por qué te fuiste a la colina? ¿No estaba muy lejos de Reikiavik?

—Vaya si lo estaba —dijo Höskuldur llenando de café las tazas—. Pero no se podía hacer otra cosa. En mi caso, desde luego. En esos años no había forma de conseguir vivienda en Reikiavik. Durante la guerra, hasta el último cuartucho se llenó de gente. De pronto, la gente del campo se ganaba su buen dinerito y ya no se les pagaba con queso y aguardiente. La gente dormía en tiendas cuando no había nada mejor. El precio de la vivienda superó cualquier límite razonable y yo me mudé a la colina. ¿Qué huesos son esos que habéis encontrado?

—¿Cuándo te mudaste a la colina? —preguntó Elinborg.

—Fue en el año cuarenta y tres, creo recordar, o en el cuarenta y cuatro. Creo que en otoño. En plena guerra.

—¿Y cuánto tiempo viviste allí?

—Estuve allí un año. Hasta el otoño siguiente.

—¿Y vivías allí solo?

—Con mi mujer, Ellý, que en paz descansa. Falleció.

—¿Cuándo falleció?

—Hace tres años. ¿Piensas que la enterré en la colina? ¿Crees que tengo pinta de algo así, amiga?

—No encontramos residentes empadronados en ese domicilio —dijo Elinborg, sin responder a su pregunta—. Ni tú ni nadie. No te empadronaste en aquel lugar.

—No recuerdo qué pasó. Desde luego que no nos empadronamos. Estábamos en plena crisis de vivienda. Siempre había alguien que pagaba más que nosotros y entonces me enteré de lo de la casa de Benjamín y hablé con él. Por entonces, sus inquilinos acababan de dejarla, y se apiadó de mí.

—¿Sabes quiénes eran esos inquilinos? Los que vivieron antes que tú.

—No, pero recuerdo que estaba todo perfecto. —Höskuldur bebió el café que quedaba en su taza, volvió a llenarla y tomó un sorbo—. Todo estaba limpio y en perfecto estado.

—¿Cómo de limpio y perfecto?

—Bueno, recuerdo que Ellý se hizo lenguas de ello. Estaba encantada. Todo fregado y pulido, no había una mota de polvo por ningún sitio. Era como entrar en un hotel. No es que nosotros fuéramos unos guarros. En absoluto. Pero aquel lugar estaba especialmente bien cuidado. Era evidente que el ama de casa sabía hacer su oficio, según Ellý.

—¿De forma que no viste en ningún sitio señales de pelea ni nada por el estilo? —preguntó Erlendur, que hasta entonces había guardado silencio—. Como manchas de sangre en las paredes.

Elinborg lo miró. ¿Estaba tomándole el pelo al viejo?

—¿Sangre? ¿En las paredes? No, nada de sangre.

—¿Y todo en perfecto orden?

—Todo en perfecto orden. De verdad.

—¿Había unos arbustos cerca de la casa cuando estabas tú allí?

—Sí, había unos groselleros. Lo recuerdo bien porque ese otoño dieron muchos frutos e hicimos mermelada de grosellas.

—¿No los plantaste tú? ¿O Ellý, tu mujer?

—No, nosotros no los plantamos. Estaban allí cuando llegamos.

—¿Tienes alguna idea de a quién pueden pertenecer los huesos que encontramos allí mismo? —preguntó Erlendur.

—¿Es por lo que habéis venido? ¿Para saber si he matado a alguien?

—Pensamos que el cuerpo lo enterraron allí en los años de la guerra, más o menos —explicó Erlendur—. Tú no eres sospechoso de ningún crimen. En absoluto. ¿Hablaste alguna vez con Benjamín sobre las personas que vivieron antes que vosotros allí?

—Claro —dijo Höskuldur—. Le mencioné, al pagar la renta, lo bien que estaba la casa, y alabé a la gente que estuvo antes que nosotros. Él no se mostró muy interesado. Un hombre de lo más misterioso. Perdió a su mujer. Se tiró al mar, eso es lo que oí decir.

—Su novia. No estaban casados. ¿Recuerdas a los ingleses que había en la colina? —preguntó Erlendur—. ¿O a los yanquis más bien, a finales de la guerra?

—Estaba todo atestado de ingleses desde que llegaron aquí en 1940. Construyeron barracones al otro lado de la colina y dispusieron un cañón para defender Reikiavik de cualquier incursión. A mí siempre me pareció una broma, pero Ellý dijo que no había que reírse de esas cosas. Luego los ingleses se fueron y los relevaron los yanquis. Eran ellos los que estaban allí cuando me instalé yo. Los ingleses se habían ido hacía tiempo.

—¿Tuviste trato con ellos?

—Marcaban unos límites muy claros. Ellos iban a lo suyo. No apestaban como los ingleses, según decía mi Ellý. Mucho más limpios y educados. Más simpáticos. Mucho más simpáticos. Como en las películas. Clark Gable. O Cary Grant.

Grant era inglés, pensó Erlendur, pero no se atrevió a corregir a aquel sabelotodo.

Observó que Elinborg se contenía también.

—Y construyeron unos barracones mucho mejores —continuó Höskuldur tan tranquilo— que los que tenían los ingleses. Los yanquis echaban cemento en el suelo, en vez de usar maderas podridas como los *tommies*. Las vituallas eran mucho mejores. Tal como saben hacerlo los yanquis: mucho mejor y más limpio.

—¿Sabes quiénes ocuparon la casa cuando Ellý y tú os marchasteis? —preguntó Erlendur.

—Sí, les enseñamos el lugar. Un trabajador de la granja de Gufunes con su esposa, dos hijos y un perro. Gente muy agradable aunque, por mucho que insistáis, no recuerdo sus nombres.

—¿Sabes algo de las personas que estuvieron en la casa antes que tú, y que la dejaron en tan buen estado?

—Sólo lo que me contó Benjamín cuando fui a hablar con él de lo bien que estaba su casa, y que Ellý y yo no íbamos a ser menos.

Erlendur aguzó el oído y Elinborg se irguió en su silla. Höskuldur callaba.

—¿Y? —dijo Erlendur.

—¿Que qué me contó? Algo sobre la mujer.

Höskuldur calló de nuevo y tomó un sorbo de café. Erlendur esperó impaciente a que continuara su relato. La agitación de Erlendur no le había pasado inadvertida a Höskuldur, y sabía que tenía al policía a su merced. Era como si le hubiera puesto galletas en el hocico y él estuviera moviendo la cola, esperando la señal.

—Fue de lo más curioso, te lo aseguro —dijo Höskuldur.

Aquellos policías no se irían de su casa con las manos vacías. Nunca, de casa de Höskuldur. Volvió a sorber un poco de café y se tomó tiempo de sobra para hacerlo.

«Dios mío —pensó Elinborg—. ¿Este maldito viejo no piensa soltarlo de una vez?». Estaba ya harta de vejestorios que se le morían delante de los ojos o se hacían los importantes, con su vejez y su soledad.

—Pensaba que el marido la zurraba.

—¿Que la zurraba? —repitió Erlendur.

—¿Cómo se llama eso ahora? ¿Violencia doméstica?

—¿Pegaba a su mujer? —dijo Erlendur.

—Eso decía Benjamín. Uno de esos malos bichos que zurren a su mujer, y hasta a los hijos. Yo jamás levanté un dedo contra mi buena Ellý.

—¿Dijo cómo se llamaban?

—No, o si lo dijo, hace mucho lo olvidé. Pero me contó otra cosa en la que he pensado muchas veces desde entonces. Dijo que ella, la mujer de ese hombre, había sido engendrada donde el viejo gasómetro de Raudarárstígur. Ahí, en Hlemmur. O, por lo menos, eso era lo que decía la gente. Igual que decían que Benjamín había matado a su mujer. Bueno, a su novia.

—¿Benjamín? ¿El gasómetro? ¿De qué estás hablando? —Erlendur no sabía de qué iba todo aquello—. ¿La gente decía que Benjamín había matado a su novia?

—Eso pensaban algunos en esa época. Él mismo me lo dijo.

—¿Que la había matado?

—Se pensaba que le había hecho daño. No que la hubiera matado. Eso nunca me lo dijo. Yo no le conocía. Pero él estaba seguro de que la gente sospechaba de él, e incluso hablaban de celos.

—¿Chismorreos?

—Todo chismorreos, claro. Vivíamos de ellos. Vivíamos de hablar mal del prójimo.

—Oye, por cierto, ¿qué es eso del gasómetro?

—Es el mejor chismorreos de todos. ¿No lo habéis oído nunca? La gente creía que iba a llegar el fin del mundo y se pasaron la noche haciendo guarradas donde el gasómetro, y dicen que de allí salieron varios niños, y que entre ellos estaba esa mujer, según el propio Benjamín. Los llamaron «los niños del fin del mundo».

Erlendur miró a Elinborg y luego otra vez a Höskuldur.

—¿Me estás tomando el pelo? —preguntó.

Höskuldur sacudió la cabeza.

—Fue por el cometa. La gente creía que iba a chocar con la Tierra.

—¿Qué cometa?

—¡El Halley, hombre! —gritó el sabelotodo, indignado por la ignorancia de Erlendur—. ¡El cometa Halley! ¡La gente creía que caería sobre la Tierra y que la convertiría en cenizas!

Llegado el momento de la verdad, resultó que Höskuldur Thórarinsson no sabía mucho del asunto. Sólo lo que le habían contado pero, como suele suceder con los sabelotodos, aparentaba saber más, y dio vueltas y revueltas hasta que Erlendur se cansó de oírle y se despidió, de forma un tanto brusca.

Elinborg había localizado a la hermana de la novia de Benjamín y cuando salieron de casa de Höskuldur le dijo a Erlendur que iba a hablar con ella. Erlendur asintió y dijo que él iría a la Biblioteca Nacional e intentaría encontrar noticias de prensa sobre el cometa Halley.

—¿Qué piensas de lo que nos contó Höskuldur? —preguntó Erlendur cuando estuvieron de nuevo sentados en el coche.

—Eso del gasómetro no tiene pies ni cabeza —respondió Elinborg—. Será interesante ver lo que encuentras al respecto. Lo que dijo sobre los chismorreos es totalmente cierto, en cambio. Tenemos una gran afición a hablar mal del prójimo. Pero no nos confirman si Benjamín fue o no un asesino.

—Sí, bueno, pero ¿cómo dice el refrán? Cuando el río suena, agua lleva.

—Un refrán —refunfuñó Elinborg—. Le preguntaré a la hermana. Dime otra cosa. ¿Cómo sigue Eva Lind?

—Está en la cama y parece plácidamente dormida. El médico dice que tengo que hablarle.

—¿Hablarle?

—Cree que puede oír mi voz aunque esté en coma, y que es bueno para ella.

—¿Y de qué le hablas?

—Todavía de nada —dijo Erlendur—. No tengo ni idea de qué decirle.

La hermana reconoció las habladurías pero rechazó con énfasis que cualquiera de ellas tuviese una pizca de verdad. Se llamaba Bára y era bastante más joven que la hermana desaparecida, vivía en una gran casa unifamiliar del elegante barrio de Grafarvogur, estaba casada con un comerciante al por mayor muy bien situado, y parecía muy rica, como dejaban ver los imponentes interiores, las espléndidas joyas y la arrogancia que mostraba hacia una desconocida como aquella inspectora de policía que había entrado hasta su salón. Elinborg, que le había contado por teléfono a grandes rasgos qué era lo que deseaba, pensó que aquella mujer nunca en su vida había tenido preocupaciones por culpa del dinero, que siempre habría podido permitirse lo que le apeteciera y que nunca había tenido que tratar con nadie que no perteneciera a su misma clase social. Probablemente hacía mucho tiempo que no tenía que preocuparse por nada. Se le ocurrió pensar que aquella también habría sido la existencia que se le presentaba a su hermana cuando desapareció.

—Mi hermana estaba tremendamente enamorada de Benjamín, lo que en realidad

jamás logré comprender. Para mí, era de una sosez terrible. De buena familia, eso ni se discute. Los Knudsen son una de las familias más antiguas de Reikiavik. Pero él no era nada interesante.

Elinborg sonrió. No sabía a qué se refería. Bára se dio cuenta.

—Un soñador. Rara vez tenía los pies en la tierra, con sus grandes ideas sobre una revolución del comercio, que realmente acabó por producirse, y hace ya mucho tiempo, aunque a él no le resultara de ninguna utilidad. Y se llevaba bien con la gente vulgar. Sus sirvientas no tenían ni que tratarle de usted. Aunque ahora hace mucho que nadie se trata de usted en este país. Ya no quedan buenas maneras. Ni tampoco sirvientas.

Bára quitó con la mano el imaginario polvo de la mesa del salón. Elinborg observó los enormes cuadros colgados en un extremo del elegante salón, que representaban a los esposos en dos pinturas separadas. El hombre parecía un tanto abatido y cansado, incluso distraído. En cambio Bára aparecía con una sonrisita aduladora marcada en sus fuertes rasgos, y Elinborg no pudo menos que pensar que la triunfadora en aquel matrimonio era ella. Sintió lástima por él.

—Pero si piensas que fue él quien mató a mi hermana, estás completamente equivocada —dijo Bára—. Esos huesos de los que hablas no son de ella.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque lo sé. Benjamín jamás le habría hecho daño a una mosca. Era así. Un autentico gallina. Un soñador, como he dicho. Se pudo comprobar también cuando desapareció ella. Se convirtió en nada, el pobre hombre. Dejo de atender a sus negocios. Dejo de asistir a fiestas. Dejo de hacerlo todo. Nunca se recuperó. Mamá le devolvió las cartas de amor que le había enviado a mi hermana. Había leído algunas, dijo que eran muy hermosas.

—¿Estabas muy unida a tu hermana?

—No, no puedo decir que lo estuviera. Que va. Yo era mucho más pequeña. Según recuerdo, ella era bastante más adulta. Mi madre decía siempre que era como nuestro padre. Excéntrica y muy difícil. Melancólica. Hizo lo mismo que él.

Fue como si a Bára se le hubiera escapado la última frase sin querer.

—¿Lo mismo? —dijo Elinborg.

—Sí —dijo Bára disgustada—. Lo mismo. Se suicidó —añadió como si fuera con ella—. Pero él no se limitó a desaparecer como ella. Que va. Se colgó en el comedor del gancho de la gran araña de cristal. A la vista de todos. No se preocupó ni lo más mínimo por la familia.

—Debió de ser difícil para vosotras —dijo Elinborg, por decir algo.

La señora Bára la miró con gesto de reproche, sentada como estaba enfrente de ella, como recriminándola por haber revivido aquel recuerdo.

—Sobre todo para ella. Se tenían mucho cariño. Eso marca, claro. Pobre chica. Su voz pareció delatar compasión, pero tan sólo duró un instante.

—¿Cuándo sucedió...?

—Unos años antes de que ella desapareciera —dijo Bára.

Y de pronto Elinborg tuvo la sensación de que estaba intentando ocultar algo. Que aquella frase estaba muy estudiada. Desprovista de cualquier sentimiento. Pero tal vez aquella mujer fuera así, y ya está. Presuntuosa, insensible y cargante.

—Hay que reconocer que Benjamín se portó bien con ella —continuó Bára—. Le escribía cartas de amor y cosas de esas. En esa época, los novios acostumbraban a dar largos paseos a pie por Reikiavik. Lo suyo fue un cortejo habitual. Se conocieron en el hotel Borg, que por entonces era el lugar para las citas, y se visitaban en sus casas respectivas, daban paseos y hacían excursiones, y las cosas fueron sucediendo poco a poco, como sucede en todas partes con los jóvenes. Él pidió su mano y creo que faltaban algo más de dos semanas para la boda cuando ella desapareció.

—Tengo entendido que la gente decía que se había tirado al mar —dijo Elinborg.

—Sí, la gente insistía en eso. La buscaron por todo Reikiavik. Un montón de personas participaron en la búsqueda pero no encontraron ni rastro de ella, ni el menor rastro. Mi madre me lo contó. Mi hermana salió de nuestra casa por la mañana. Iba de compras y fue a varias tiendas, claro que no había tantas como ahora, pero no compró nada. Fue a ver a Benjamín a la tienda, salió y no se la volvió a ver. Él dijo que habían tenido una discusión. Por eso se culpaba a sí mismo de lo que pasó, y se lo tomó todo de una forma terrible.

—¿Por qué en el mar?

—Algunos dijeron que habían visto a una mujer dirigirse a la playa, donde ahora termina la calle Tryggvagata. Llevaba un abrigo parecido al de mi hermana. Eran de estatura parecida. Y eso era todo.

—¿Cuál fue el motivo de la discusión?

—Cualquier tontería. Algo relativo a los preparativos de la boda, según dijo Benjamín.

—Pero tú piensas que hubo algo más.

—No tengo ni idea.

—Y excluyes por completo que sean suyos los huesos de la colina.

—Lo excluyo. Sí. No tengo argumentos. No puedo demostrarlo. Pero me parece total y absolutamente absurdo. No puedo ni imaginarlo.

—¿Sabes algo de la gente que alquiló la residencia de veraneo de Benjamín en Grafarholt? ¿De las personas que pudieron vivir allí durante los años de la guerra? Quizá se trate de una familia de cinco personas, un matrimonio con tres hijos. ¿Tienes alguna idea?

—No, pero sé que durante todos los años de la guerra hubo gente en la casa, a consecuencia del problema de la vivienda que había por entonces.

—¿Conservas algo de tu hermana, como un mechón de pelo, por ejemplo? ¿Tal vez en un guardapelos?

—No, pero Benjamín sí que tenía un mechón. Yo estaba delante cuando ella se lo cortó. Le había pedido un recuerdo antes de ir a pasar dos semanas de veraneo en el

norte, en Fljót, donde tenemos parientes.

Elinborg telefoneó a Sigurdur Óli en cuanto entró en su coche. Este acababa de salir del sótano de Benjamín tras un día largo y pesado, y ella le pidió que tuviera los ojos bien abiertos por si encontraba un mechón de pelo de la novia de Benjamín. Podría estar metido en un guardapelos bonito, añadió. Oyó suspirar a Sigurdur Óli.

—No seas así —dijo Elinborg—. Podemos aclarar el caso si encontramos el mechón de pelo. Así de simple.

Apagó el teléfono y se dispuso a marcharse, cuando una idea atravesó su cabeza y apagó el motor. Reflexionó un instante y se mordió el labio inferior, insegura. Y tomó la decisión.

Bára se extrañó al verla de nuevo cuando abrió la puerta.

—¿Te has dejado algo? —preguntó.

—No, sólo una pregunta —dijo Elinborg vacilante—. Me marcho enseguida.

—Bueno, ¿de qué se trata? —preguntó Bára con impaciencia.

—Dijiste que tu hermana llevaba un abrigo el día que desapareció.

—Sí, ¿y qué?

—¿Cómo era ese abrigo?

—¿Cómo era? Un abrigo normal y corriente que le compró mi madre.

—Lo que quiero decir —aclaró Elinborg— es ¿de qué color era? ¿Lo sabes?

—¿El abrigo?

—Sí.

—¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, simple curiosidad —dijo Elinborg, que no quería entrar en más explicaciones.

—No lo recuerdo —dijo Bára.

—No, claro —dijo Elinborg—. Lo entiendo. Gracias y disculpa las molestias.

—Pero mi madre dijo que era verde.

Cambiaron muchas cosas en esos extraños tiempos.

Tómas había dejado de mojar las sábanas por la noche. Había dejado de enfurecer a su padre y por algún motivo que a Símon se le escapaba por completo, Grímur había comenzado a mostrar más atención que antes a su hermano pequeño. Quizá Grímur había cambiado desde que llegaron los soldados. O quizás era Tómas el que estaba cambiando.

Su madre nunca hablaba del gasómetro con el que Grímur la fastidiaba constantemente, hasta el punto de que ya casi se había aburrido de usarlo. Pobre bastarda, le decía, la llamaba «gaseira», y hablaba del gran depósito donde se dedicaron a hacer toda clase de aberraciones la noche en que iba a ser destruida la

Tierra, porque cuando el cometa chocara la haría pedazos. Símon no comprendía nada de todo aquello pero notaba que su madre se tomaba el asunto como algo muy personal. Aquellas palabras le dolían tanto como los golpes que le asestaba.

Una vez, al ir con Grímur a la ciudad, pasaron delante del gasómetro y Grímur señaló el gran depósito, río y dijo que allí era donde habían engendrado a su madre. Y entonces rio todavía más. El gasómetro era uno de las mayores construcciones de Reikiavik y Símon se quedó extasiado. Decidió preguntarle a su madre sobre su relación con aquel gran depósito, que le despertaba una curiosidad incontrolable.

—No escuches las tonterías que dice —respondió ella—. Deberías saber cómo es. No hay que hacer caso de nada de lo que dice. No le hagas ni caso.

—Pero ¿qué sucedió en el gasómetro?

—Nada, que yo sepa. Es todo una invención suya. No sé dónde puede haber oído esas tonterías.

—Pero ¿dónde están tu madre y tu padre?

Ella calló y miró a su hijo. Durante toda su vida había luchado con aquella pregunta y ahora su hijo, en su inocencia, acababa de plantearla directamente y ella no tenía la menor idea de qué contestarle. No sabía quiénes eran sus padres, nunca lo había sabido. Cuando era más joven había hecho algunas indagaciones pero sin llegar a nada. Cuando intentaba recordar sus primeros años, se veía en una inclusa de Reikiavik, y cuando creció supo que no era hija ni hermana de nadie, y que estaba a cargo del municipio. Pensó muchas veces en aquellas palabras, pero hasta mucho más tarde no comprendió lo que significaban. Un día se la llevaron de la inclusa y fue a parar a casa de un matrimonio de edad, como una especie de asistenta domiciliaria, y cuando tuvo edad se colocó de sirvienta en casa del comerciante. Aquella había sido toda su vida hasta que conoció a Grímur. Por eso siempre había echado de menos tener padres, un refugio, una familia, tíos y tías, y abuelos y abuelas, y hermanos y hermanas, y cuando paso de adolescente a mujer se preguntaba a menudo quienes serían sus padres. No sabía dónde buscar la respuesta.

Imaginó que habían perecido en un accidente. Aquello le servía de consuelo, porque no podía ni imaginar que hubieran abandonado a su hija. Se dijo que le habían salvado la vida pero ellos habían muerto. Incluso que habían sacrificado sus vidas por ella. Siempre pensó en ellos así. Como héroes que lucharon por sus propias vidas y por la de su hija. No podía ni imaginar que sus padres siguieran con vida. Era impensable.

Cuando conoció al marinero, el padre de Mikkelína, le convenció de que la ayudara a buscar la respuesta, y fueron de oficina en oficina pero en ningún sitio podía encontrarse dato alguno sobre ella excepto que era huérfana; su primera inscripción en el registro no mencionaba a los padres. La habían inscrito como huérfana. No hubo forma de encontrar su certificado de nacimiento. Fue con el marinero a ver a la familia de acogida y preguntaron a su madre adoptiva si recordaba algo, pero no fue capaz de darles una respuesta «Pagaron para que te acogiéramos —

les dijo—. Un dinero que no nos venía nada mal». Nunca había preguntado por el origen de la muchacha.

Hacia ya muchos años que había dejado de hacerse preguntas sobre sus padres, cuando Grímur apareció un día asegurando que había descubierto quienes eran sus padres y como la habían engendrado, y ella le miró a los ojos cuando habló de la orgía del gasómetro.

Miro a Símon y todos aquellos pensamientos del pasado volvieron a su mente, estuvo a punto de decir algo importante pero se contuvo y le dijo que no estuviera siempre preguntando esas cosas.

La guerra rugía por el mundo y había llegado incluso a lo alto de la colina, al lado opuesto, donde los soldados ingleses habían empezado a construir casas con forma de pan que se llamaban barracones. Símon no comprendía la palabra. Se dedicaban a la «intendencia».

A veces iba con Tómas al otro lado de la colina a ver lo que hacían los soldados. Estos llevaron allí maderas, grandes cabrios para los tejados, chapas de cinc y material para vallas, rollos de alambre de espino y sacos de cemento, y una hormigonera y un buldózer para socavar la tierra donde iban a levantar los barracones. Y construyeron un búnker de hormigón abierto hacia el oeste, hacia Grafarvogur, y un día los hermanos vieron a los ingleses subiendo un gran cañón colina arriba. El tubo del cañón se elevaba muchos metros en el aire; metieron el cañón en el búnker, y asomaba inmenso por una abertura, dispuesto a bombardear al enemigo, los alemanes, que habían empezado la guerra y mataban a todo el que pillaban, incluso a niños pequeños como ellos.

Los soldados levantaron una valla alrededor de los barracones, que eran ocho y se construyeron en un abrir y cerrar de ojos, y colocaron un portón y un cartel que decía, en islandés, que quedaba terminantemente prohibida la entrada a toda persona no autorizada. Al lado había una caseta en donde mañana y noche había un soldado con un fusil. Los soldados no prestaban ninguna atención a los chicos, que tenían la precaución de mantenerse a una distancia prudente. Cuando hacía buen tiempo y lucía el sol, Símon y Tómas llevaban a su hermana al otro lado de la colina y la tumbaban sobre el musgo para que viera lo que estaban construyendo los soldados y para enseñarle el cañón que sobresalía del búnker. Mikkelína miraba todo lo que se ofrecía a sus ojos en silencio y pensativa, y Símon tuvo la sensación de que lo que veía le daba miedo. Los soldados y el gran cañón.

Los soldados vestían uniformes de color verde musgo con correaes, y fuertes botas negras que se ataban hasta las pantorrillas, y a veces un casco en la cabeza, y fusiles y pistolas en fundas sujetas al cinturón. Cuando hacía calor, se quitaban las guerreras y las camisas y trabajan al sol, desnudos de cintura para arriba. A veces había maniobras en la colina, y entonces los soldados se escondían, salían corriendo y se tiraban al suelo disparando sus armas. Por las noches llegaban desde el campamento ruidos y música. A veces, la música salía de un aparato que chirriaba, y

la canción tenía un sonido metálico. Otras veces eran ellos quienes entonaban en plena noche canciones de su patria, Inglaterra, y Grímur decía que era una gran potencia.

Le contaron a su madre todo lo que pasaba al otro lado de la colina, y no mostró demasiado interés en ello. Pero una vez la llevaron hasta lo alto de la colina, donde se pasó un buen rato mirando el campamento de los ingleses, y cuando volvió a casa habló de complicaciones y peligros y prohibió a los chicos que rondaran por donde estaban los soldados, porque nunca se sabía lo que podía pasar con gente armada, y no quería que les sucediera nada.

Al cabo de un tiempo, llegaron al campamento de intendencia los americanos, y casi todos los ingleses se fueron. Grímur dijo que los habían enviado a todos a la muerte, y que los yanquis se lo pasarían muy bien en Islandia y que no tenían de qué preocuparse.

Grímur dejó el transporte de carbón y empezó a trabajar para los yanquis de la colina, porque allí había dinero y trabajo de sobra. Un día iba caminando por la colina, preguntó si necesitaban a alguien en el campamento de intendencia y sin ningún problema le dieron un puesto en el almacén y la cantina. A partir de entonces cambió considerablemente la disponibilidad de alimentos en su casa. Grímur llevó un día una lata roja con una llavecita. Levantó el metal de la tapa con la llave y volcó cuidadosamente el contenido hasta que un pedazo de carne color rosa cayó sobre el plato, rodeado de una gelatina transparente que temblaba y estaba deliciosamente salada.

—Jamón —dijo Grímur—. Llegado directamente de los Estados Unidos.

Símon no había comido nada tan bueno en toda su vida.

Al principio no se paró a pensar cómo llegaba hasta su mesa aquella comida nueva, pero se dio cuenta del gesto de preocupación de su madre cuando Grímur llegó una vez con una caja entera de latas y la escondió por la casa. Después las llevaba a Reikiavik en un saco, y cuando volvía contaba las coronas y los céntimos en la mesa de la cocina, y se le veía inusualmente alegre. No estaba tan enfadado con su madre. Dejó de hablar del gasómetro. Le acariciaba la cabeza a Tómas.

Las mercancías inundaban la casa: había cigarrillos americanos y exquisitos alimentos enlatados, e incluso medias de nailon que según su madre era el máximo deseo de las mujeres de Reikiavik.

Todo permanecía tan sólo un tiempo breve en la casa. En una ocasión, Grímur apareció con un paquetito que olía maravillosamente; Símon jamás había olido nada que se le pareciera. Grímur abrió el paquete y dejó que lo probaran, y dijo que era goma de mascar que los yanquis se pasaban el rato masticando a horas y a deshoras, como las vacas. No había que tragárselo, sino que al cabo de un rato tenías que escupirlo y coger una laminita nueva. Símon y Tómas, y hasta Mikkelína, que también recibió su porción de aromático chicle, rumiaban como si les fuera la vida en ello, y luego lo escupían y cogían otro.

—Se llama *gum* —dijo Grímur.

Grímur aprendió enseguida a arreglárselas en inglés, se hizo amigo de los militares y, en ocasiones, cuando los soldados estaban de permiso, los invitaba a su casa, y entonces tenían que llevar a Mikkelína al trastero, y los chicos se tenían que peinar bien y su madre se ponía el mejor vestido que tenía, y se arreglaba lo mejor posible. Llegaban entonces los soldados, que eran amables y se presentaban saludando con un apretón de manos y regalando caramelos a los chicos. Se sentaban a charlar y bebían a morro de las botellas. Se despedían y se iban en un jeep militar y todo volvía a quedar tranquilo en casa, donde jamás recibían visitas.

Lo más habitual era que los soldados fueran directamente a Reikiavik y volvieran por la noche cantando felices y contentos, y entonces se oían gritos y llamadas por la colina, y en una o dos ocasiones creyeron oír el disparo de un arma, aunque no del gran cañón, porque si se disparaba era que los malditos nazis habían llegado a Reikiavik dispuestos a matar a todo el mundo en un abrir y cerrar de ojos, según Grímur. Muchas veces iba a la ciudad con los soldados y se divertía con ellos y volvía a la casa de la colina cantando alguna de las canciones más populares de América. Símon nunca había oído a Grímur cantar hasta ese verano.

Y una vez, Símon fue testigo de algo asombroso.

Uno de los soldados americanos fue cierto día al otro lado de la colina con una caña de pescar y se detuvo en el lago Reynisvatn y se puso a pescar truchas. Y luego fue colina abajo con la caña nada menos que hasta el Hafravatn, donde pasó la mayor parte del día. Esto sucedía un bonito día de verano, y él iba tranquila y pausadamente por la orilla lanzando el sedal cuando le parecía bien. No parecía estar pescando por codicia, más bien parecía disfrutar de la vida junto al lago con aquel tiempo tan bueno. Se sentaba, fumaba y tomaba el sol.

Hacia las tres pareció cansarse y recogió la caña y un pequeño morral de pesca, metió dentro las tres truchas que había pescado y se alejó del lago con su tranquilidad acostumbrada y subió la colina, pero en vez de pasar delante de la casa se detuvo y le dijo algo incomprensible a Símon, que había seguido sus caminatas y ya estaba ante la casa.

—*Are your parents in?* —preguntó el soldado, sonriente y dirigiéndose hacia la entrada.

La puerta estaba abierta como siempre que hacía buen tiempo.

Tómas había llevado a Mikkelína al sol, detrás de la casa, y permanecía tumbado a su lado. Su madre estaba dentro, dedicada a las tareas domésticas.

Símon no comprendió al soldado.

—*You don't understand me?* —dijo el soldado—. *My name is Dave. I'm an American.*

Comprendió que se llamaba Dave y asintió con la cabeza. Dave le acercó su zurrón, lo abrió, sacó las tres truchas y las puso en el suelo.

—*I want you to have this. You understand? Keep them. They should be great.*

Símon miró a Dave sin comprender. Dave sonrió mostrando sus dientes blancos. Era delgado y de baja estatura, el rostro huesudo, pelo oscuro y espeso, peinado a un lado.

—*Your mother, is she in?* —preguntó—. *Or your father?*

Símon no dio señal alguna de comprenderle. Dave se desabrochó el botón del bolsillo delantero de la guerrera y sacó un librito negro, y pasó las páginas hasta encontrar el lugar adecuado. Se acercó a Símon y señaló con un dedo un pasaje del libro.

—*Can you read?* —preguntó.

Símon leyó la frase que le señalaba. Estaba en islandés y era comprensible, y después estaba en extranjero, el idioma en el que no entendía nada. Dave leyó la frase islandesa en voz alta, esforzándose por hacerlo bien.

—Me llamo Dave —dijo—. *My name is Dave* —repitió en inglés.

Luego le dio la vuelta al libro y lo acercó a Símon, que leyó en voz alta.

—Me llamo... Símon —dijo con una sonrisa.

Dave también sonrió, y su sonrisa fue aún más amplia. Buscó otra frase del libro y se la enseñó a Símon.

—«¿Cómo está usted, señorita?» —leyó Símon.

—*Yes, but not miss, just you* —dijo Dave riendo.

Pero Símon no le entendió. Dave encontró en el libro una palabra y se la enseñó.

—«Madre» —leyó Símon en voz alta.

Y Dave le señaló con el dedo y asintió con la cabeza.

—¿Dónde está? —preguntó en islandés.

Y Símon comprendió que estaba preguntando por su madre. Le hizo señas de que le siguiera y entró con él en la casa y llegó hasta la cocina, donde estaba su madre sentada a la mesa grande, remendando calcetines. Vio entrar a Símon y le sonrió, pero cuando vio a Dave detrás de él, la sonrisa se congeló en sus labios, los calcetines se le cayeron de las manos y se puso en pie de un salto tan brusco que volcó el taburete.

—*Sorry* —dijo el americano—. *Please, I'm so sorry. I didn't want to scare you. Please.*

La madre de Símon había retrocedido hasta la pila del fregadero y tenía la mirada clavada en el suelo, como si no se atreviera a levantar los ojos.

—Llévatelo, Símon —dijo.

—*Please, I will go* —dijo Dave—. *It's okay. I'm sorry. I'm going. Please, I...*

—Llévatelo, Símon —repitió su madre.

Al principio, Símon no alcanzó a comprender su reacción y se quedó mirando a uno y otro alternativamente, y vio a Dave retroceder y desaparecer de la cocina y salir al patio.

—¿Por qué me has hecho esto? —le dijo a Símon—. Traer un hombre a casa. ¿Qué significa esto?

—Perdóname —dijo Símon—. Creía que no era nada malo. Se llama Dave.

—¿Y qué quería ese hombre?

—Quería regalarnos su pescado —dijo Símon—. Lo pescó en el lago. Pensé que no era nada malo. Sólo quería darnos el pescado.

—Dios mío, qué susto. Cielo santo, qué susto me he llevado. No lo vuelvas a hacer nunca más. ¡Nunca! ¿Dónde están Mikkelína y Tomás?

—En la parte de atrás.

—¿Están bien?

—¿Que si están bien? Sí. Mikkelína quería salir al sol.

—No vuelvas a hacerlo nunca más —repitió, y salió a ocuparse de Mikkelína—. ¡Escúchame bien! Nunca más.

Dio la vuelta a la esquina y se dirigió al lado sur de la casa, y vio al militar al lado de Tomás y Mikkelína, mirando a la chica con cara de asombro. Mikkelína estaba retorcida, alargando la cabeza hacia el sol para ver quién era aquel que los miraba desde arriba. Vislumbró la cara del soldado entre los rayos de sol. El soldado miró a la madre y luego a Mikkelína, acurrucada en la hierba con Tomás.

—*I...* —dijo Dave, y se interrumpió—. *I didn't know* —dijo—. *I'm sorry. Really I am. This is none of my business. I'm sorry.*

Y luego dio media vuelta y se marchó a paso rápido y ellos se quedaron mirándole hasta que desapareció detrás de la colina.

—¿Va todo bien? —preguntó la madre, poniéndose en cuclillas al lado de los pequeños.

Se quedó más tranquila en cuanto el soldado se hubo ido, aunque no parecía tener intención de hacerles ningún daño. Levantó a Mikkelína, la metió en casa y la acostó en su cama de la cocina. Los mayores la siguieron.

—Dave no es malo —dijo Símon—. Es distinto.

—Se llama Dave —dijo su madre con la mente en otro sitio—. Dave —repitió—. ¿No es lo mismo que David, si fuera islandés? —se dijo a sí misma, más que hablando con sus hijos.

Y entonces sucedió lo que a Símon le pareció tan asombroso.

Sonrió.

Tómas siempre había sido silencioso y solitario, de carácter frágil, tímido y callado. El invierno anterior y ese mismo verano, fue como si Grímur hubiera visto en él, aunque no en Símon, algo que despertara su interés. Lo trataba como a una persona importante y se sentaba a hablar con él en la habitación, y cuando Símon preguntaba a su hermano de qué habían estado hablando, Tomás no decía nada pero Símon no se rendía y le sacaba que habían estado hablando de Mikkelína.

—¿Y de qué hablaba contigo sobre Mikkelína? —preguntó Símon.

—De nada —dijo Tomás.

—De algo hablaríais, ¿de qué? —dijo Símon.

—De nada, de verdad —dijo Tómas, pero su cara delataba que estaba intentando ocultarle algo a su hermano.

—Dímelo.

—No quiero. No quiero que hable conmigo. No quiero.

—¿No quieres que tu padre hable contigo? ¿Quieres decir que no quieres que te diga lo que te dice? ¿Eso es lo que quieres decir?

—No quiero nada —dijo Tómas—. Y deja de hablar conmigo.

Así transcurrieron semanas y meses, y Grímur demostraba de distintas formas lo contento que estaba con su hijo menor.

Símon nunca oía sus conversaciones, pero consiguió enterarse de lo que estaban tramando una tarde, ya muy avanzado el verano. Grímur se estaba preparando para ir a Reikiavik con mercancías del almacén de intendencia. Estaba esperando a un soldado llamado Mike, que le iba a ayudar. A Mike le habían prestado un jeep, que llenarían de mercancías para vender en la ciudad. La madre estaba preparando la comida, también procedente de la intendencia. Mikkelína estaba acostada en su cama.

Símon se dio cuenta de que Grímur empujaba a Tómas en dirección a Mikkelína, y que le susurraba algo al oído y sonreía, como cuando se dedicaba a fastidiar a los niños con comentarios hirientes. Su madre parecía no percatarse de lo que estaba sucediendo, hasta que Tómas se acercó a Mikkelína, se detuvo delante de ella, empujado por Grímur, y le dijo:

—Marrana.

Luego, Tómas volvió con Grímur, y Grímur rio y le dio una palmadita en el cuello.

Símon miró a su madre, que estaba en el fregadero. Tenía que haberlo oído, pero no se movió y al principio su única reacción fue aparentar que aquello no tenía demasiada importancia. Pero vio que tenía en una mano un cuchillito de pelar patatas, y que los nudillos se le ponían blancos por la fuerza con que agarraba el mango. Finalmente se dio la vuelta despacio, con el cuchillo en la mano, y miró fijamente a Grímur.

—No hagas eso —dijo con voz temblorosa.

Grímur la miró y dibujó una sonrisa de burla.

—¿Yo? —dijo Grímur—. ¿Que no haga qué? ¿Qué estás diciendo? Yo no hago nada. Ha sido el chico. Mi Tómas.

La madre dio un paso en dirección a Grímur, aún con el cuchillo levantado.

—Deja a Tómas en paz.

Grímur se puso en pie.

—¿Piensas hacer algo con ese cuchillo?

—No le hagas eso —dijo la madre.

Pero Símon notó que ella empezaba a retroceder. Oyó el jeep detenerse delante de la casa.

—Ya está aquí —exclamó Símon—. Ya está aquí Mike.

Grímur miró por la ventana de la cocina y luego de nuevo a su esposa, y aquello alivió por un instante la tensión. La madre soltó el cuchillo. Mike apareció en la puerta. Grímur sonrió.

Cuando regresó por la noche, se abalanzó violentamente contra su esposa. Por la mañana esta tenía un ojo amoratado y cojeaba. Los niños oyeron sordos gemidos cuando Grímur arremetía contra ella. Tómas fue a gatas hasta la cama de Símon y miró a su hermano en medio de la noche, completamente destrozado, cubriéndose la boca con la mano como queriendo borrar aquello.

—... perdona, yo no quería, perdona, perdona, perdona...

Sigurdur Óli se había peleado con Bergthóra por la mañana antes de irse a trabajar. Él no había accedido a sus incitaciones sexuales y cometió la estupidez de explicarle lo que le inquietaba, hasta que Bergthóra se irritó de verdad.

—Oye, espera —le dijo ella—. ¿Es que no nos vamos a casar nunca? ¿Eso es lo que estás diciéndome? ¿Que seguiremos viviendo así, sin más, a trancas y barrancas, sin nada firme entre nosotros, y que nuestros hijos serán unos bastardos? ¿Así para siempre?

—¿Unos bastardos?

—Sí.

—¿Estás pensando en una boda por todo lo alto?

—¿Por todo lo alto?

—¿Con cortejo por la nave de la iglesia? Con vestido de novia, ramo y...

—¿Te estás burlando de mí?

—¿Qué hijos? —preguntó Sigurdur Óli, y enseguida se arrepintió, al ver que el rostro de Bergthóra se ensombrecía aún más.

—¿Cómo que qué hijos? ¿Es que no quieres tener hijos?

—Claro que sí, no, bueno, sí, quiero decir que aún no hemos hablado de eso —dijo Sigurdur Óli—. Creo que tenemos que discutir el asunto. No puedes ser tú la única que decida si tenemos hijos o no. Eso no es justo, no es lo que yo quiero. Ahora no. No así, enseguida.

—Tendrá que llegar un momento —dijo Bergthóra—. Eso espero. Los dos tenemos treinta y cinco años. No faltan muchos para que sea demasiado tarde. Siempre que intento hablar de eso contigo te escabulles. No quieres hablar del asunto. No quieres hijos, ni quieres boda, ni quieres nada. No quieres nada de nada. Te vas a convertir en un viejo inútil, igual que Erlendur.

—¿Qué? —Sigurdur Óli se quedó confundido—. ¿Qué quieres decir?

Pero Bergthóra se había ido al trabajo dejándole una imagen espeluznante de su futuro.

Elsa lo recibió y le invitó a tomar el té. Al principio permaneció sentado en la cocina con la mirada clavada en la taza.

—¿Quieres más té? —preguntó ella.

—No —dijo Sigurdur Óli—. Gracias. Elinborg, la colega que trabaja conmigo en el caso, me pidió que te preguntara si sabes si tu tío Benjamín guardaba un mechón de pelo de su novia, a lo mejor en un pequeño guardapelo o en un frasquito o algo parecido.

Elsa reflexionó un momento.

—No —dijo—, no recuerdo ningún mechón de pelo, aunque en realidad no sé lo

que guardaba mi tío ahí abajo.

—Elinborg dice que tiene que estar en algún lado; se lo contó Bára. Estuvo hablando ayer con ella. Benjamín tenía un mechón de pelo que ella le dio una vez que se marchó de viaje, creo.

—No tengo idea de que exista ningún mechón de pelo, ni ningún guardapelo. Mi familia no es demasiado romántica ni lo ha sido nunca.

—¿Hay algo que fuera propiedad de su novia en el sótano?

—¿Para qué queréis un mechón de pelo suyo? —preguntó Elsa en lugar de responder, mirándolo con ojos interrogantes.

Sigurdur Óli titubeó. No sabía lo que le había podido decir Erlendur. Ella misma le solucionó el problema.

—Así podréis comprobar si es ella la que está enterrada en la colina —dijo—. Necesitáis algo suyo. Así podríais hacer pruebas de ADN y comprobar si es ella la que está allí enterrada y, si es ella, entonces pensaréis que fue mi tío quien la metió allí, y que él fue su asesino. ¿No es eso?

—Estamos comprobando todas las posibilidades —dijo Sigurdur Óli, que bajo ninguna circunstancia quería hacer enfadar a Elsa, como había hecho con Bergthóra apenas media hora antes. Aquel día no empezaba bien. Nada bien.

—El otro día vino por aquí el otro policía, ese tan triste, y dio a entender que Benjamín podía ser culpable de la muerte de su novia. Y ahora queréis comprobarlo con un mechón de pelo. No entiendo que se os ocurra pensar que Benjamín pudiera matar a esa mujer. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Qué motivos tenía para una cosa así? Ninguno. Ninguno en absoluto.

—No, claro que no —dijo Sigurdur Óli para calmarla—. Pero tenemos que averiguar de quién son los huesos y por qué están allí enterrados, y hasta el momento disponemos de muy pocas pistas, aparte de que Benjamín tenía una casa allí y de que su novia desapareció. Tú misma debes de sentir curiosidad. Tú misma tienes que desear saber de quién son los huesos.

—Yo no estoy tan segura —dijo Elsa, que parecía haberse tranquilizado.

—Pero tengo que seguir buscando en el sótano —dijo Sigurdur Óli.

—Sí, sí, naturalmente. No tengo ninguna intención de impedirlo.

Sigurdur Óli terminó su té y descendió al sótano pensando en Bergthóra. Él no tenía guardado ningún mechón de pelo suyo en un guardapelo, porque estaba convencido de que no necesitaba nada para recordarla. Ni siquiera llevaba una foto suya en la cartera, como otros hombres que conocía, que iban siempre con fotos de la esposa y los hijos. No se sentía bien. Tenía que hablar calmadamente con Bergthóra. Aclarar las cosas.

No quería acabar como Erlendur.

Sigurdur Óli estuvo buscando entre las pertenencias de Benjamín Knudsen hasta

avanzado el día, y luego se pasó un momento por un local de comida rápida, compró una hamburguesa y se la comió mientras leía los periódicos y se tomaba un café. Regresó al sótano hacia las dos y maldijo la obcecación de Erlendur. No había encontrado ni la más mínima cosa que pudiera explicar la desaparición de la novia de Benjamín, ni quiénes más habían alquilado su casa durante los años de la guerra. No había encontrado el mechón de pelo de cuya existencia estaba Elinborg tan segura, merced a su lectura de novelas rosas. Era el segundo día que Sigurdur Óli se pasaba en el sótano, y estaba decidido a negarse a continuar con aquella estupidez.

Elsa le esperaba y le invitó a sentarse. Él buscó rápidamente alguna excusa, pero no fue suficientemente hábil para rechazar la invitación sin mostrarse desconsiderado, así que la acompañó al salón.

—¿Encontraste algo ahí abajo? —preguntó ella.

Sigurdur Óli sabía que en realidad no era simple amabilidad, como intentaba aparentar la mujer, sino que pretendía sonsacarle información. Pensó por un instante que podía sentirse sola, según la sensación que había tenido a los pocos minutos de poner el pie en aquella tétrica casa.

—No he encontrado el mechón —dijo Sigurdur Óli dando un sorbo de té, que estaba ya frío.

Le había estado esperando. La miró e intentó imaginar qué estaba pasando.

—¿Estás casado? Perdona, naturalmente eso no es asunto mío.

—No, o sea, sí, no, casado no, pero vivo con una persona —dijo Sigurdur Óli con cierta inseguridad.

—¿Y tienes hijos?

—No, no tengo hijos —dijo Sigurdur Óli—. Todavía no.

—¿Por qué no?

—¿Cómo?

—¿Por qué no habéis tenido hijos todavía?

«¿Qué está pasando aquí?», pensó Sigurdur Óli, y dio un sorbo de té frío para ganar tiempo.

—El estrés, supongo. Siempre con montones de cosas que hacer. Los dos tenemos trabajos muy exigentes, no tenemos tiempo.

—¿No tenéis tiempo para tener hijos? ¿Tenéis algo mejor que hacer? ¿A qué se dedica tu compañera?

—Es copropietaria de una empresa de informática —dijo Sigurdur Óli, con intención de darle las gracias por el té y decir que tenía que ponerse a trabajar.

No estaba dispuesto a seguir allí sentado por más tiempo para ser sometido a un interrogatorio sobre su vida privada por una solterona de Vesturbaer a la que seguramente la soledad debía de haber vuelto un poco rara, como a todas, que acababan metiendo las narices en la vida de cualquiera que se les pusiera a tiro.

—¿Es una buena mujer? —preguntó ella.

—Se llama Bergthóra —dijo Sigurdur Óli, esforzándose por comportarse con

cortesía—. Es una mujer estupenda —sonrió—. ¿Por qué me...?

—Yo nunca he tenido familia —dijo Elsa—. Nunca he tenido hijos. Ni tampoco un esposo. Eso no me importa mucho, pero sí que me habría gustado tener hijos. Ahora quizá tendrían treinta años. Se irían acercando a los cuarenta. A veces lo pienso. Adultos. Con sus propios hijos. En realidad, no sé lo que pasó. De pronto, una se encuentra en la mediana edad. Soy médico. Cuando empecé la carrera no había tantas mujeres estudiando medicina. Yo era igual que tú, no tenía tiempo. No tenía tiempo para mi propia vida. Lo que haces tú ahora no es tu vida. Tu propia vida. No es más que tu trabajo.

—Sí, bueno, creo que debería ponerme a...

—Benjamín tampoco tuvo su propia familia —continuó Elsa—. Una familia era lo único que quería. Con esa mujer.

Elsa se levantó, y Sigurdur Óli la imitó. Pensó que iban a despedirse, pero ella se dirigió a un gran armario de madera de roble con preciosas puertas de cristal y cajones tallados, abrió uno de ellos, sacó una cajita china y la abrió, y de ella extrajo un guardapelo de plata sujeto a una fina cadenita.

—Él tenía guardado esto de su novia —dijo—. En el guardapelo también hay una foto suya. Se llamaba Sólveig —Elsa dibujó una débil sonrisa—. La flor de Benjamín. No creo que ella sea la persona enterrada en la colina. La simple idea me resulta insoportable. Eso querría decir que Benjamín le hizo daño. Él no fue. No podría haber hecho una cosa así. Estoy convencida. Este mechón lo demostrará.

Entregó el guardapelo a Sigurdur Óli. Él volvió a sentarse, lo abrió con cuidado y vio un pequeño mechón de pelo negro encima de una fotografía de su dueña. Sin tocar el mechón, lo dejó caer sobre la tapa para ver la foto. Era de un rostro pequeño, una muchacha de unos veinte años de edad, de cabello oscuro con lindas cejas arqueadas sobre unos grandes ojos que miraban directamente a la cámara. El gesto de la boca, decidido, el cuello, descubierto, delgado y hermoso. La novia de Benjamín. Sólveig.

—Perdona mis dudas —dijo Elsa—. He reflexionado sobre el asunto y le he dado muchas vueltas, y no me sentí capaz de destruir ese mechón. Sea cual sea el resultado de la investigación.

—¿Por qué lo ocultaste?

—Tenía que reflexionar.

—Sí, pero...

—Casi me dio un ataque cuando tu colega..., se llama Erlendur, ¿no?, empezó a insinuar que ella pudiera estar enterrada allí arriba; pero cuando pensé mejor las cosas... —Elsa se encogió de hombros para mostrar su rendición.

—Aunque el análisis de ADN fuera positivo —dijo Sigurdur Óli—, eso no tendría por qué significar que el asesino fuera Benjamín. El análisis no puede determinar eso. Si es la novia de Benjamín la que está enterrada en la colina, puede haber otros motivos que lo expliquen, no sólo que Benjamín...

Elsa le interrumpió.

—Ella, ¿cómo lo decís ahora?, acabó su relación con él. Rompió el compromiso, según decíamos antes, cuando existían los compromisos de boda. El mismo día de su desaparición. Benjamín no habló de ello hasta mucho más tarde, en una conversación con mi madre, cuando él estaba en su lecho de muerte. Ella me lo contó. Nunca se lo he dicho a nadie. Y me lo habría llevado a la tumba si no hubierais encontrado esos huesos. ¿Sabéis si son de hombre o de mujer?

—No, todavía no —dijo Sigurdur Óli—. ¿Dijo por qué rompió el compromiso? ¿Por qué lo dejó?

Notó una vacilación en Elsa. Se miraron a los ojos, y supo que ella había dicho ya demasiado para echarse atrás. Presintió que quería decir lo que sabía. Como si llevase auestas una pesada cruz y hubiera llegado el momento de librarse de ella. Por fin, después de tantos años.

—El hijo no era de él —dijo.

—¿El hijo no era de Benjamín?

—No.

—¿No había quedado embarazada de él?

—No.

—¿De quién, entonces?

—Tienes que entender que eran otros tiempos —dijo Elsa—. En la actualidad, las mujeres se someten a abortos como quien bebe agua. El matrimonio ya no tiene hoy en día un significado especial para quienes desean tener un hijo. Existe la convivencia. Divorciarse, unirse a otra persona. Tener más hijos. Volver a divorciarse. Entonces no era así. En aquellos tiempos, un hijo fuera del matrimonio era algo total y absolutamente impensable para las mujeres. Era una vergüenza y un estigma. Las consideraban ligeras de cascos. No había la más mínima compasión hacia ellas.

—Puedo hacerme una idea —dijo Sigurdur Óli, que había empezado a pensar en Bergthóra y que poco a poco iba comprendiendo por qué Elsa había estado curioseando en su vida privada.

—Benjamín estaba dispuesto a casarse con ella —continuó Elsa— según le dijo a mi madre. Sólveig no lo deseaba. Quería romper el compromiso de boda y se lo dijo con toda frialdad. De pronto. Sin aviso alguno.

—¿Quién era el padre?

—Cuando dejó a Benjamín le pidió que la perdonara. Le dijo que tenía que dejarle. Él no la perdonó. Necesitaba más tiempo.

—¿Y desapareció?

—No se la volvió a ver nunca más después de despedirse de él. Al ver que no volvía a casa esa noche, empezaron a buscarla, y Benjamín participó con todas sus fuerzas en la búsqueda, pero nunca la encontraron.

—¿Y qué hay del padre de su hijo? —volvió a preguntar Sigurdur Óli—. ¿Quién era?

—No se lo dijo a Benjamín. Lo abandonó sin que él supiera quién había sido, según le contó a mi madre. Si lo sabía, a ella no se lo dijo.

—¿Quién pudo haber sido?

—¿Quién pudo haber sido? —repitió Elsa—. Da exactamente igual quién pudo haber sido. Lo único que importa es quién fue.

—¿Quieres decir que ese hombre tuvo algo que ver con la desaparición de ella?

—¿Tú qué crees? —preguntó Elsa.

—Tu madre o tú, ¿sospechasteis de alguien?

—No, de nadie. Y Benjamín tampoco, que yo sepa.

—¿Pudo tratarse de una mentira de Benjamín?

—No puedo decir ni que sí ni que no. Pero creo que Benjamín no dijo una mentira en toda su vida.

—Quiero decir que quizá mintió para no atraer las sospechas sobre él.

—No lo sé, pero nunca se sospechó de él, y pasó mucho tiempo hasta que se lo contó a mi madre. Fue justo cuando estaba a punto de morir.

—Nunca dejó de pensar en ella.

—Eso era lo que decía mi madre.

Sigurdur Óli reflexionó un instante.

—¿Quizá la vergüenza la empujaría al suicidio?

—Sí, seguramente. No sólo había engañado a su novio, que la adoraba e iba a casarse con ella, sino que estaba embarazada de un niño de cuyo padre se negaba a revelar la identidad.

—Elinborg, la mujer que trabaja conmigo, habló con la hermana de ella. Le dijo que su padre se había suicidado. Ahorcándose. Que había sido muy difícil para Sólveig porque los dos se tenían mucho cariño.

—¿Difícil para Sólveig?

—Sí.

—¡Qué raro!

—¿Y eso por qué?

—Él se ahorcó, pero Sólveig difícilmente habría podido sentir pena por ello.

—¿Qué quieres decir?

—Fue precisamente la pena de él lo que le llevó a tomar esa decisión.

—¿La pena?

—Sí.

—¿Qué...?

—Eso es lo que siempre he creído.

—¿Qué pena?

—La que le causó la desaparición de su hija —dijo Elsa—. Él se ahorcó después de que ella desapareciera.

Erlendur tenía por fin algo de lo que hablarle a su hija. Había estado husmeando un buen rato en la Biblioteca Nacional y buscando noticias de los periódicos y revistas que se publicaban en Reikiavik en 1910, cuando el cometa Halley pasó cerca de la Tierra con su cola a cuestras, llena de letal ácido cianhídrico. Le habían concedido un permiso especial para hojear los periódicos directamente en vez de examinarlos en microfilm. Le encantaba mirar viejas publicaciones, oír el crujido de sus páginas y sentir el olor del papel amarillento, y percibir el tiempo que atesoraban entre sus quebradizas páginas, entonces, ahora y para la eternidad.

Ya había atardecido cuando se sentó junto a la cama de Eva Lind y empezó a hablarle de los huesos encontrados en Grafarholt. Le habló de los arqueólogos que habían creado pequeñas cuadrículas en la parte superior del lugar donde estaban los huesos, y de Skarphédinn, que tenía unos caninos tan enormes que no podía cerrar la boca del todo. Le habló de los groselleros y de lo que les había contado Róbert sobre una mujer verde y torcida. Le habló de Benjamín Knudsen y de su novia, que desapareció un día, y del efecto que tuvo la desaparición de la muchacha en el joven Benjamín, y le habló de Höskuldur, que había alquilado la casa durante la guerra, y de lo que había dicho Benjamín sobre una mujer que vivía en la colina y que había sido engendrada en el gasómetro durante la noche en que la gente creía que el mundo se iba a acabar.

—Fue el año de la muerte de Mark Twain —dijo Erlendur.

El cometa Halley se dirigía hacia la Tierra a una velocidad tremenda, y su cola estaba repleta de gases tóxicos. Si el cometa no chocaba contra la Tierra y la hacía pedazos, nuestro planeta sería atravesado por la cola, que aniquilaría toda forma de vida; los que temían lo peor se veían percer entre el fuego y el ácido. El miedo al cometa se extendió entre el pueblo llano, no en Islandia sólo sino en el mundo entero. En Austria, en las regiones de Trieste y Dalmacia, la gente malvendió sus propiedades para conseguir dinero con el que vivir en lujo y desenfreno el breve tiempo que creían que les quedaba. En Suiza, las principales escuelas de señoritas se quedaron prácticamente vacías porque las familias pensaron que lo más conveniente era estar todos juntos cuando el cometa arrasara la Tierra. Se ordenó a los sacerdotes que dieran conferencias públicas sobre astronomía a fin de quitar el miedo a la gente.

En Reikiavik se dijo que muchas mujeres ni siquiera se levantaron de la cama por miedo al fin del mundo, y muchas estaban convencidas, con total seriedad, como contaba uno de los periódicos, de que el frío clima de aquella primavera se debía al cometa. Los ancianos recordaron que la última vez que pasó el cometa también había hecho un tiempo horrible durante todo el año.

En Reikiavik se pensaba en esos años que el futuro radicaba en el gas. Había lámparas de gas por toda la ciudad, aunque no servían para proporcionar una iluminación callejera decente, y la gente indicaba la dirección de sus casas haciendo

referencia a las lámparas. Ahora se había decidido hacer mejor las cosas y construir una estación de gas moderna en las afueras de la ciudad, que serviría a las necesidades de los habitantes por un futuro indeterminado. La municipalidad decidió firmar un contrato con una empresa alemana de gas, el ingeniero Carl Francke, de Bremen, y fue al país acompañado de unos técnicos, para construir el gasómetro, que fue puesto en servicio en el otoño de 1910.

El depósito de gas tenía una enorme capacidad, 1.500 metros cúbicos, y lo llamaban «reloj de gas» porque flotaba en agua, y subía o bajaba según la cantidad de fluido que contuviera. Reikiavik nunca había visto una maravilla semejante y la gente iba hasta aquella parte de la ciudad para ver cómo lo construían.

Estaba casi completamente terminado cuando algunos habitantes de la ciudad se reunieron allí la víspera del 18 de mayo. Pensaban que el depósito era el único lugar del país, que se supiera, capaz de proporcionar protección ante los gases tóxicos del cometa. Cuando se corrió la voz de que la alegría y la diversión reinaban en las proximidades del depósito esa noche, la gente acudió en gran número a gozar de la fiesta del fin del mundo.

Las noticias de lo sucedido en el gasómetro esa noche se extendieron como un reguero de pólvora por toda la ciudad en los días sucesivos. Decían que la gente se había emborrachado por completo y que habían estado practicando toda clase de actos sexuales hasta la mañana siguiente, o hasta que quedó claro que el mundo no se acababa, ni como consecuencia del cometa Halley ni por las infernales llamaradas de su cola.

Muchos estaban convencidos de que algunos niños fueron engendrados en el gasómetro aquella noche, y Erlendur pensó que a lo mejor era uno de ellos el que había podido llegar al fin de sus días en Grafarholt muchos años después, y estaba enterrado allí.

—La casa del director del gasómetro sigue en pie —le dijo a Eva Lind, sin saber si le oía o no—. Pero todos los demás recuerdos del gasómetro han desaparecido. A la hora de la verdad, el futuro no estaba en el gas, sino en la electricidad. El gasómetro estaba en Raudarárstígur, donde ahora se encuentra la estación de autobuses de Hlemmur, y cumplió más o menos su función aunque estuviera condenado por los tiempos; cuando había fuertes heladas o tormentas, la gente sin techo buscaba la protección del gas encendido, sobre todo en las noches largas de invierno, y muchas veces, cuando llegaba el día más corto del año, la zona estaba de lo más animada.

Eva Lind no se movió mientras Erlendur contaba su relato.

Tampoco es que él creyera que fuera a suceder otra cosa. No esperaba milagros.

—El depósito se construyó en un lugar que se llamaba Elsumýrarblettur —continuó, sonriendo por los caprichos del destino—. Elsumýrarblettur quedó convertido en un solar vacío durante muchos años, una vez que se derribó la construcción y se retiró el depósito. Luego construyeron en el solar un gran edificio, que es el que ahora alberga a la policía de Reikiavik. Allí está mi despacho.

Exactamente donde en otros tiempos se encontraba el depósito.

Erlendur calló.

—Siempre estamos esperando el fin del mundo —apostilló entonces—. Adopte la forma de cometa o de cualquier otra cosa. Todos tenemos nuestro fin del mundo. Algunos lo conjuran, lo ansían. Otros lo rehúyen. La mayor parte de la gente lo teme. Le muestra respeto. Tú no. Tú no podrías mostrar respeto a nada. Y tú no temes a tu propio pequeño fin del mundo.

Erlendur estaba en silencio mirando a su hija y pensando si tenía algún sentido hablarle de aquel modo cuando ella no parecía oír nada de lo que le decía. Su mente le devolvió las palabras del médico, y se sintió un poco más aliviado al hablar con su hija de aquella forma. Casi nunca había mantenido una conversación con ella en paz y tranquilidad. Las discusiones habían teñido toda su relación, y no habían tenido muchas ocasiones de sentarse a charlar tranquilamente.

Pero lo que estaban haciendo ahora no era charlar. Erlendur sonrió débilmente. Él hablaba y ella no oía.

En ese sentido, nada había cambiado entre ellos.

Quizá no era eso lo que ella quería oír. Huesos y gasómetro, cometa y orgías. Quizá quería oírle hablar de algo completamente diferente. De ella misma. De ellos.

Se puso en pie, se inclinó sobre Eva Lind, la besó en la frente y salió de la habitación. Estaba sumido en negros pensamientos y en lugar de torcer a la derecha y salir al pasillo para abandonar la planta, fue en dirección contraria sin darse cuenta de por dónde iba, y entró en otra ala de cuidados intensivos, pasó por delante de habitaciones en penumbra, en las que había otros enfermos al borde de la muerte, conectados a los aparatos más modernos. No se percató de lo que hacía hasta que llegó al final del corredor. Iba a dar media vuelta cuando una mujer de pequeña estatura salió de la habitación del fondo del pasillo y avanzó directamente hacia él.

—Perdona —dijo con una voz un poco chillona.

—No, disculpa tú —dijo él confuso, mientras miraba a su alrededor—. No quería venir aquí. Mi intención era salir de la planta.

—A mí me han llamado aquí —dijo la mujer bajita.

Tenía el cabello exageradamente fino y era un tanto gruesa, con un pecho muy grande que destacaba bajo una camiseta sin mangas, de color azul claro, y un rostro redondeado y amistoso. Erlendur percibió el vello fino y oscuro de un bigote. Miró de reojo la habitación de la que había salido, y vio en la cama del enfermo a un hombre de edad avanzada cubierto por las sábanas, con rostro delgado y una palidez extrema. A su lado había una mujer sentada en una silla; llevaba puesto un carísimo abrigo de piel, y con una mano enguantada se sostenía un pañuelo sobre la boca.

—Aún hay personas que creen en los médiums —dijo la mujer en voz baja, como hablando consigo misma.

—Perdón, no he oído...

—Me pidieron que viniera —dijo ella, alejando a Erlendur prudentemente de la

habitación—. Se está muriendo. No pueden hacer nada. Es su mujer la que está sentada a su lado. Ella me pidió que le dijera cómo establecer contacto con él. Su marido está en coma y dicen que no se puede hacer nada, pero él se niega a morir. Como si no quisiera despedirse. Ella me pidió que le buscara, pero no le encuentro por ningún sitio.

—¿Que no le encuentras? —dijo Erlendur.

—En la otra vida.

—La otra... ¿Eres médium?

—Ella no comprende que su marido esté muriendo. Salió de casa hace un par de días y de repente recibió una llamada de la policía informándole de un accidente de tráfico en la carretera de Vesturland. Se dirigía a Borgarfjörður. Un camión le cortó el paso. Dicen que no hay esperanzas de salvarlo. Muerte cerebral.

Miró a Erlendur, que tenía los ojos fijos en ella, sin entender nada.

—Es amiga mía.

Erlendur no sabía de qué le estaba hablando, o por qué estaba contándole aquello en aquel corredor medio a oscuras, susurrando como si fueran dos conspiradores. Nunca había visto a aquella mujer, así que se despidió de forma un tanto brusca e iba a marcharse cuando ella le cogió la mano.

—Espera —dijo.

—¿Cómo?

—Espera.

—Perdona, pero yo no tengo nada que ver con...

—Hay un niño en medio de la ventisca —dijo la mujer bajita.

Erlendur no oyó bien lo que decía.

—Hay un niño pequeño en la ventisca —repitió ella.

Erlendur la miró completamente confundido y apartó la mano, como si le hubiera dado un pinchazo.

—¿De qué estás hablando? —dijo él.

—¿Sabes quién es? —preguntó la mujer mirando a Erlendur.

—No tengo ni idea de lo que pretendes —dijo Erlendur con brusquedad, se dio la vuelta para alejarse de ella y echó a andar por el corredor en dirección a la luz que surgía de la puerta de salida.

—No debes tener miedo —objetó la mujer—. Está conforme. Está conforme con lo sucedido. Lo que sucedió no fue culpa de nadie.

Erlendur se quedó clavado en el lugar donde estaba, se dio la vuelta lentamente y la miró fijamente desde el fondo del pasillo. No comprendía su obstinación.

—¿Quién es ese niño? —preguntó la mujer—. ¿Por qué va contigo?

—No hay ningún niño —respondió Erlendur con ira—. No te conozco y no sé de qué niño estás hablando. ¡Déjame en paz! —gritó.

Y se dio media vuelta para salir a toda prisa de cuidados intensivos.

—Déjame en paz —farfulló de nuevo con los dientes apretados.

No pudo conciliar el sueño durante la noche; durmió superficialmente y tuvo pesadillas. No podía quitarse de la cabeza lo que le había dicho aquella mujer bajita y de pelo ralo la noche anterior en la UCI. Él no tenía fe alguna en que los médiums pudieran actuar de mensajeros de la otra vida, y no creía que fueran capaces de ver nada que los demás no vieran. En cambio, estaba convencido de que eran todos unos farsantes, muy hábiles en sacar información a la gente y deducir de su forma de comportarse, e incluso de su forma de vestir, algo que a base de mucho sentido común les permitía llegar a unas conclusiones que en la mitad de los casos podían ser verdaderas y en la otra mitad falsas; simple cuestión de cálculo de probabilidades. Erlendur arremetió contra todas esas cosas como pura superchería en cierta ocasión en que salió el tema en la comisaría, para frustración de Elinborg. Ella creía en los médiums y en la vida después de la muerte, y por algún motivo había expuesto sus ideas directa y abiertamente. A lo mejor porque él era del campo. Resultó un pésimo cálculo. Él no estaba abierto en absoluto a lo sobrenatural. Pero había algo en la forma de comportarse de aquella mujer del hospital, y en lo que dijo, que no se le iba de la cabeza y que le había alterado el sueño.

Recibió una llamada telefónica de Jim, el secretario de la embajada, a primera hora de la mañana.

—Hablé con los de la embajada americana y me remitieron a Hunter. Quise ahorrarte trámites y hablé personalmente con él. Espero no haber hecho algo indebido.

—Te lo agradezco —dijo Erlendur con voz adormilada.

—Hunter vive en Kópavogur.

—¿Desde la guerra?

—Eso no lo sé, por desgracia.

—Pero el bueno de Hunter sigue aquí —dijo Erlendur, frotándose los ojos.

—Sí, ha vivido aquí todo este tiempo —dijo Jim, pidiendo disculpas por si le había despertado: no era esa su intención, en absoluto, creía que todos los islandeses se levantaban muy temprano en primavera, él también lo hacía, aquella claridad permanente de la primavera no daba tregua.

Edward Hunter había sido coronel del ejército norteamericano en Islandia durante la guerra, y fue uno de los pocos de aquellos militares que no se marcharon al concluir la contienda. Jim pudo localizarlo sin demasiada dificultad buscando a los militares del ejército de ocupación, británicos o norteamericanos, que aún seguían con vida, pero no eran muchos, según los datos del Ministerio del Interior británico. La mayor parte de los soldados ingleses que estuvieron en Islandia perdieron la vida durante la guerra, en África e Italia, o en el frente occidental, en la invasión de Normandía de 1944. Sólo un número muy reducido de los militares norteamericanos fueron a primera línea, y la mayoría completaron su servicio militar en el país hasta el

final de la guerra. Algunos se quedaron allí, se casaron y con el tiempo se convirtieron en ciudadanos islandeses. Entre ellos estaba Edward Hunter.

—Y, oye, ¿está casado con una islandesa? —quiso saber Erlendur.

—Acabo de hablar con él —dijo Jim con su acento inglés, como si no hubiera oído la pregunta—. Te está esperando. El coronel Hunter sirvió durante un tiempo en la policía militar, aquí en Reikiavik, y recuerda algunas, cómo lo llamáis, mermas, de las que estará encantado de hablar contigo. En el cuartel de intendencia de la colina. ¿Lo expresé bien? Mermas.

—Estupenda palabra —dijo Erlendur, intentando mostrar interés—. ¿Qué clase de mermas?

—Él mismo te lo dirá. Deberías pedirle más detalles al respecto. Yo voy a seguir buscando a militares que murieran o desaparecieran aquí.

Se despidieron y Erlendur fue a la cocina, descalzo, a preparar café. Continuaba aún sumido en sombríos pensamientos. ¿Era una médium capaz de decir en qué lugar entre la vida y la muerte se hallaba alguien? No tenía la más mínima fe en ello, pero pensó que si aquello podía conceder, de alguna forma, algún alivio a quienes experimentaban la pérdida de un ser querido, él no iba a criticarlo. Daba igual de dónde procediera el consuelo.

El café estaba hirviendo y se quemó la lengua al beber el primer sorbo. Hizo lo posible por no pensar en lo que le había mantenido ocupada la cabeza durante la noche y aquella mañana y consiguió calmarse.

Más o menos.

De camino a casa de Hunter, Elinborg le contó la información que había obtenido de Bára sobre la novia de Benjamín, incluyendo que cuando desapareció llevaba puesto un abrigo verde. A Elinborg le había parecido interesante, pero Erlendur no gastó más palabras sobre el asunto y dijo de modo un tanto brusco que no creía en fantasmas. Elinborg tuvo la clara sensación de que no quería seguir hablando de esas cosas.

Edward Hunter, antiguo coronel del ejército estadounidense, parecía más un islandés que un norteamericano cuando recibió a Erlendur y Elinborg en su casa unifamiliar de Kópavogur, vestido con una chaqueta islandesa de lana, y con barba blanca y algo rala. Iba despeinado y sus facciones eran duras, aunque cuando los saludó con un apretón de manos pareció amable y educado; les pidió que le llamaran Ed. A Erlendur le recordó a Jim. Les dijo que su esposa estaba en Estados Unidos, donde vivía su hija. Él iba cada vez menos.

Les indicó que pasaran a una amplia sala y, al mirar alrededor, Erlendur pensó que no quedaba mucho de la vida militar; en la estancia destacaban dos grandes cuadros de paisajes islandeses, tallas islandesas y fotos familiares enmarcadas. Nada que recordara a Erlendur la vida militar o la guerra mundial.

Ed les estaba esperando, pues tenía ya listo café y té y un plato con pastas, y tras

una charla intrascendente, de cortesía, que aburrió a los tres, el viejo militar cobró ánimos y preguntó en qué podía ayudarles. Hablaba un islandés prácticamente impecable, y era lacónico y conciso, como si la disciplina militar le hubiera despojado de todo lo superfluo hacía muchísimo tiempo.

—Jim, de la embajada británica, nos dijo que habías servido en el país durante la guerra, también en la policía militar, y que interviniste en algunos asuntos del campamento de intendencia que estaba donde se encuentra ahora el campo de golf de Grafarholt.

—Sí, ahora suelo ir a jugar allí al golf —dijo Hunter—. Vi las noticias de los huesos de la colina y Jim me dijo que pensabais que podía tratarse de uno de nuestros soldados, de los que estuvieron aquí durante la guerra, un inglés o un americano.

—¿Sucedió algo en ese campamento de intendencia? —preguntó Erlendur.

—Robaron —dijo Hunter—. Sucedió en casi todos los almacenes de intendencia. A lo mejor vosotros lo llamáis merma. Un grupo de militares robaba provisiones y las vendía en Reikiavik. Empezó a muy pequeña escala pero fue creciendo sin parar en cuanto los ladrones ganaron confianza, y al final acabó convirtiéndose en un auténtico negocio. El jefe del almacén participaba en el asunto. A todos los juzgaron. Se los llevaron de aquí. Lo recuerdo con precisión. Escribía un diario que repasé cuando Jim habló conmigo. El recuerdo de todo aquel asunto de los robos me volvió a la cabeza al momento. Además llamé a un amigo de esos años, Phil, que era mi superior. Estuvimos recordando el caso.

—¿Cómo se descubrió el robo? —preguntó Elinborg.

—La avaricia los traicionó. Las mermas se habían hecho enormes y era difícil mantenerlas en secreto, y salieron a la superficie algunas cosas que delataban que allí estaba pasando algo muy raro.

—¿Y qué clase de hombres eran los que participaban?

Erlendur sacó unos cigarrillos y Hunter asintió para indicarle que no le molestaba que fumara. Elinborg lo miró con gesto de reproche.

—Soldados rasos. La mayoría. El de mayor graduación era el jefe del almacén. Y había por lo menos un islandés. Un hombre que vivía en la colina, allí mismo. Al otro lado del almacén.

—¿Recuerdas cómo se llamaba?

—No. Vivía con su familia en una casucha sin pintar. Allí encontramos mucha mercancía procedente del almacén de intendencia. Según el diario tenía tres hijos, entre ellos una inválida, una niña. Los otros eran dos niños. Su madre...

Hunter calló.

—¿Qué pasaba con la madre? —dijo Elinborg—. Ibas a decir algo sobre la madre.

—Creo que no tuvo ni una semana buena en su vida.

Hunter calló de nuevo y se quedó pensativo como si estuviera intentando despertar recuerdos de aquella época tan lejana, cuando estaba investigando unos

robos y llegó a una casa islandesa en la colina y apareció una mujer que parecía ya harta de tanta violencia. Saltaba a la vista que estaba sometida a una violencia permanente y sistemática, una violencia tanto psicológica como física.

Apenas se dio cuenta de su presencia cuando entró en la casa con otros cuatro miembros de la policía militar. Enseguida vio a la niña inválida acostada en un catre miserable en la cocina, y a los dos niños de pie junto al catre, pegados uno al otro, sin moverse, mirando llenos de miedo a los militares que entraban en tromba allí. Vio al marido levantarse de un salto de la mesa de la cocina. No habían anunciado su visita y era evidente que no les esperaba. Pero se dieron cuenta de que no era un tipo duro. Aquel hombre no les causaría mayor problema.

Luego vio a la mujer. Aquello era muy a principios de la primavera y el interior de la casa estaba a oscuras, y necesitó un momento para acostumbrarse a la penumbra. La mujer estaba oculta en el pequeño zaguán de una habitación. Al principio creyó que se trataba de uno de los ladrones que intentaba escapar. Se dirigió velozmente al pasillo mientras sacaba su pistola de la funda que llevaba al costado. Gritó y apuntó con la pistola hacia la oscuridad. La niña inválida empezó a chillar. Los dos chicos corrieron hacia él gritando algo que no comprendió. Y de la oscuridad surgió aquella mujer, a la que no podría olvidar durante el resto de su vida.

Comprendió enseguida por qué estaba oculta. Tenía la cara tumefacta, el labio superior hinchado y uno de los ojos tan inflamado que no podía abrirlo del todo; le miraba muerta de miedo con el otro y se inclinaba sin querer. Como si pensara que iba a golpearla. Llevaba un vestido andrajoso encima de otro vestido, las piernas desnudas y los calcetines y los zapatos rotos. El pelo sucio le caía sobre los hombros en espesos mechones. Le pareció que cojeaba. Era el ser humano más desdichado que había visto en su vida.

La miró mientras ella intentaba calmar a los niños, y comprendió que intentaba ocultar su aspecto físico.

Estaba ocultando su vergüenza.

Los niños guardaban silencio. El mayor de los chicos se acurrucó junto a su madre. Él dirigió la mirada al marido, se dirigió hacia él y le asestó una estruendosa bofetada.

—Eso es lo que ocurrió —dijo Hunter cuando concluyó el relato—. No pude contenerme. No sé lo que pasó. No sé lo que me pasó. En realidad era algo incomprensible. Uno estaba entrenado, entendéis, para enfrentarse a cualquier cosa. Entrenado para conservar la calma, sucediera lo que sucediera. Era muy importante, en todo momento, no perder nunca el dominio de uno mismo, os lo podéis imaginar, con la guerra y todo eso. Pero cuando vi a aquella mujer..., cuando vi lo que había tenido que sufrir, me imaginé su vida en manos de ese hombre y algo se me rompió por dentro. Sucedió algo ante lo que fui incapaz de controlarme.

Hunter calló.

—Pasé dos años en la policía de Baltimore antes del comienzo de la guerra. Por

entonces no se le llamaba violencia doméstica, pero era exactamente lo mismo. Allí lo conocí y siempre me ha parecido algo repugnante. Así que enseguida me di cuenta de lo que pasaba en aquella casa, y además él nos había estado robando... y, bueno, el hombre fue condenado de acuerdo con vuestras leyes —dijo como queriendo sacudirse de encima el recuerdo de la mujer de la colina—. Creo que la sentencia no fue dura. Al cabo de unos meses volvió a su casa para seguir pegándole a la pobre mujer.

—Así que consideras que se trataba de un caso muy grave de violencia doméstica —dijo Erlendur.

—De lo peor. Daba horror ver a aquella mujer —dijo Hunter—. Auténtico horror. Es como te lo cuento. Enseguida vi lo que pasaba allí. Intenté hablar con ella, pero no comprendía ni una palabra de inglés. Le hablé de ella a la policía islandesa, pero dijeron que no podían hacer mucho. Y no han cambiado demasiado las cosas al respecto, creo yo.

—No recordarás los nombres de esa gente, ¿verdad? —preguntó Elinborg—. ¿Los apuntaste en el diario?

—No, pero tendrían que estar en vuestros informes policiales. Y además, él trabajaba en el almacén. Naturalmente, tiene que haber listas de los empleados islandeses que trabajaron en la colina. Aunque a lo mejor hace ya demasiado tiempo.

—¿Y qué pasó con los militares —preguntó Erlendur— que fueron juzgados por tus jueces?

—Tuvieron que pasar un tiempo en una prisión militar. El robo en intendencia era un delito común pero muy serio. Más tarde los enviaron a primera línea. Eso era una especie de condena a muerte.

—Y acabasteis con todos.

—De eso no tengo ni idea. Las mermas terminaron. El cuartel de intendencia volvió a marchar como tenía que marchar. El caso estaba solucionado.

—¿Así que no crees que nada de esto guarde relación con los huesos?

—Sobre eso no puedo decir nada.

—¿No recuerdas que hubiera desaparecido alguno de vuestros soldados, o de los ingleses?

—¿Te refieres a desertiones?

—No. Desapariciones no resueltas. Por lo de los huesos. Por saber quién puede ser. Si tal vez sea un soldado americano del almacén de intendencia.

—Pues no tengo ni la menor idea. Ni idea.

Siguieron charlando con Hunter un buen rato más. Él parecía disfrutar de su conversación con ellos. Parecía pasarlo bien rememorando aquellos tiempos lejanos, armado siempre de su valioso diario, y enseguida se pusieron a hablar de los años de la guerra en Islandia y de la influencia que tuvo la presencia del ejército, hasta que Erlendur volvió a la realidad. No podían seguir perdiendo el tiempo de aquella forma. Se puso en pie y Elinborg lo imitó, y dio sus más encarecidas gracias en nombre de

los dos.

Hunter se levantó también y los acompañó a la puerta.

—¿Cómo descubristeis el robo? —preguntó Erlendur en la puerta.

—¿Que cómo lo descubrimos? —repitió Hunter.

—¿Qué os puso sobre la pista?

—Sí, te comprendo. Una llamada telefónica. Llamaron al cuartel general de la policía e informaron de un considerable robo de bienes del almacén.

—¿Quién os dio el soplo?

—Nunca llegamos a saberlo, me temo. Nunca supimos quién había sido.

Símon estaba al lado de su madre mirando pasmado al militar, que se dio la vuelta con un extraño gesto de furia y asombro, atravesó la cocina y sin previo aviso le arreó a Grímur tal bofetada que lo hizo caer al suelo.

Los tres que había en la puerta no se movieron. Símon no podía creer a sus propios ojos. Miró a Tómas, que estaba atónito ante lo que sucedía, y luego a Mikkelína, muerta de miedo y con los ojos fijos en Grímur, que yacía en el suelo. Miró entonces a su madre y vio lágrimas en sus ojos.

Habían pillado a Grímur desprevenido. Habían oído dos jeeps acercándose a la casa, y la madre huyó al pasillo para que nadie la viera. Para que nadie viera su aspecto, su ojo hinchado y su labio roto. Grímur ni siquiera se levantó de la mesa, como si no tuviera la más mínima preocupación de que pudiera descubrirse su participación en los robos. Esperaba a sus amigos con un cargamento que pensaban esconder en la casa. Por la tarde irían a la ciudad a venderlo. Grímur acumulaba dinero y había empezado a hablar de irse de la colina, de comprar una casa, incluso un coche, cuando estaba de especial buen humor.

Los militares se lo llevaron. Lo metieron en uno de los jeeps y se lo llevaron de la colina. El que estaba al mando, el hombre que le había pegado a Grímur, se despidió de su madre con un apretón de manos, y se fue en el otro jeep.

Pronto volvió el silencio a la casa. La madre seguía en la puerta del pasillo como si aún no hubiera comprendido del todo la agresión. Se pasaba la mano lentamente por los ojos y miraba con fijeza algo que tan sólo ella veía. Nunca habían visto a Grímur en el suelo, derribado por un golpe, ni a nadie gritarle a Grímur. Nunca le habían visto tan impotente. No comprendían lo que había sucedido. Cómo había sucedido. Por qué Grímur no se lanzó contra el militar para darle una paliza. Los chicos se miraban uno al otro. El silencio en la casa era asfixiante. Miraron a su madre y de repente se oyó un sonido extraño que hacía Mikkelína. Estaba medio sentada en su cama y había empezado a soltar risitas, que crecían y se convertían en auténtica risa que al principio intentó reprimir hasta que rio con todas sus fuerzas. Símon sonrió y también se echó a reír, y Tómas los imitó y al poco estaban los tres riendo con una risa incontrolable y convulsiva, cuyo eco se repetía por toda la casa y

salía a la colina, bañada en el sol de primavera.

Unas dos horas más tarde llegó un camión del ejército y vació la casa de las mercancías robadas por Grímur y sus compinches. Los chicos miraron el camión cuando se iba y corrieron por la colina y lo vieron entrar en el campamento, donde lo descargaron.

Símon no sabía exactamente lo que había sucedido, y no estaba seguro de que su madre lo supiera tampoco; pero a Grímur le cayó una pena de prisión y no volvió a casa. Al principio, nada cambió en la colina. Era como si no se dieran cuenta cabal de que Grímur no estaba ni estaría por un tiempo. Su madre seguía con sus labores como siempre había hecho y no dudaba en utilizar el dinero ilícitamente ganado para su manutención. Luego buscó trabajo en la granja de Gufunes, que estaba a media hora a pie de la casa.

Los niños sacaban a Mikkelína al sol siempre que había ocasión. A veces se la llevaban con ellos hasta Reynisvatn a pescar truchas. Si pescaban algo, su madre freía las truchas en la sartén convirtiéndolas en un manjar exquisito. Así transcurrieron varias semanas. Poco a poco se fueron soltando las ataduras que Grímur mantenía sobre ellos incluso en los ratos que no estaba en casa. Era más fácil despertar por la mañana, el día pasaba veloz sin problemas y las noches transcurrían en paz y tranquilidad, algo que les resultaba desconocido pero tan agradable que se quedaban despiertos hasta muy tarde, charlando y jugando hasta caerse de sueño.

Pero la ausencia de Grímur dejaba su huella, sobre todo en la madre. Un día, cuando ya se había dado cuenta plenamente de que Grímur no volvería de inmediato, lavó la cama de matrimonio por arriba y por abajo. Siguió con el desván, lo aireó y le quitó el polvo y la suciedad. También sacó al aire libre las camas y las sacudió, les puso sábanas nuevas, lavó a sus chicos uno tras otro con jabón verde y agua caliente de una gran tinaja que puso en el suelo de la cocina, y finalmente se lavó ella misma el pelo y la cara, en la que aún se veían las señales de las palizas de Grímur, y todo el cuerpo, de modo minucioso y cuidadoso. Titubeante, cogió el espejo y se miró en él. Se pasó la mano por el ojo y el labio. Había adelgazado y su gesto era áspero, los dientes algo inclinados hacia delante, los ojos hundidos y la nariz, que se había roto una vez, tenía una curva invisible.

Cuando se acercaba la medianoche metía a los niños en su cama hasta que los cuatro se quedaban dormidos. Los niños dormían muy pegaditos a su madre, Mikkelína al lado derecho y los dos niños al izquierdo, felices y contentos.

No fue a ver a Grímur a la prisión. Ni mencionaron su nombre durante todo el tiempo que estuvo fuera.

Una mañana, poco después de que se llevaran a Grímur, apareció en la colina Dave, el soldado, con su caña de pescar, pasó por delante de la casa, saludó a Símon y continuó hasta el Hafravatn. Símon le siguió disimuladamente y se tumbó a una distancia prudencial para observarle. Dave pasó todo el día en el lago con la misma tranquilidad que la otra vez, sin que pareciera importarle lo más mínimo cobrar una

pieza o no. Tres truchas picaron su anzuelo.

Más tarde regresó por la colina, al atardecer, y se detuvo al lado de la casa con sus tres truchas. Estaba como titubeante, pensó Símon observándolo desde la ventana de la cocina, procurando que no le viera. Finalmente el soldado pareció decidirse y llamó.

Su madre se miró en el espejo y se arregló el pelo. Era como si supiera que les visitaría de nuevo. Estaba dispuesta a recibirle cuando lo hiciera.

Abrió la puerta y Dave sonrió, dijo algo incomprensible y le ofreció el pescado. Ella lo cogió y le pidió que entrara. Él avanzó con vacilación y al encontrarse en la cocina pareció un poco perdido. Saludó con un movimiento de la cabeza a los niños y a Mikkelína, que se estiró y echó atrás la cabeza para observar a aquel soldado que había llegado nada menos que hasta el interior de su casa, vestido con su uniforme y una extraña gorra en la cabeza que parecía más bien una barca boca abajo; el soldado recordó de pronto que no se había quitado la gorra y se la arrancó rápidamente de la cabeza, nervioso. No era especialmente alto pero tampoco bajo, probablemente ya había cumplido los treinta, era delgado, con manos bonitas que daban vueltas a la barca volcada como si la estuviera retorciendo después de lavarla.

Ella le indicó que tomara asiento y él se sentó, con los chicos a su lado, mientras la madre servía café, café de verdad, del almacén de intendencia, café robado que los militares no habían encontrado. Dave ya conocía a Símon y supo que el segundo se llamaba Tomás; eran nombres que no le costaba ningún esfuerzo pronunciar. Mikkelína le pareció un nombre curioso y lo repitió una vez tras otra de una forma tan extraña que les hizo reír. Dijo que se llamaba David Welch y que era de Estados Unidos, de la ciudad de Brooklyn. Era soldado raso. Los otros no lo entendieron.

—*A private* —dijo él, y ellos se limitaron a mirarle.

Bebió un sorbito de café y pareció gustarle mucho. La madre se sentó a un extremo de la mesa, enfrente de él.

—*I understand your husband is in jail* —dijo él—. *For stealing.*

No obtuvo reacción alguna.

Miró a los chicos y sacó un papelito del bolsillo del pecho y lo movió entre los dedos como si no estuviera seguro de lo que tenía que hacer. Luego pasó la nota a la madre por encima de la mesa de la cocina. Ella cogió la nota, la abrió y leyó lo que ponía. Miró al hombre con gesto de asombro y luego otra vez la nota, como si no supiera del todo lo que tenía que hacer con ella. Luego la plegó y se la metió en el bolsillo del delantal.

Tómas le pidió a David que volviera a pronunciar el nombre de Mikkelína, y cuando lo hizo rompieron a reír todos de nuevo, y las carcajadas de Mikkelína superaban las de los demás en su fresca alegría.

David Welch convirtió en costumbre sus visitas a la casa de la colina durante todo

aquel verano, y se hizo amigo de los niños y de su madre. Pescaba en los dos lagos y les regalaba lo que pescaba, y les llevaba igualmente algunas cosillas del almacén, que les resultaban de mucha utilidad. Jugaba con los niños, que le tenían especial aprecio, y siempre llevaba consigo el librito de bolsillo para hacerse comprender en islandés. Les resultaba de lo más divertido oírle pronunciar las palabras islandesas de una manera incorrecta. Su seriedad no guardaba relación con lo que decía ni con la forma en que lo hacía; su islandés era como el de un niño de tres años.

Pero aprendía con rapidez y cada vez le resultaba más fácil comprenderle, y cada vez le era más fácil a él entender lo que le decían. Los chicos le enseñaron dónde estaban los mejores sitios para pescar, y le acompañaban a pasear por la colina y a dar la vuelta al lago, orgullosos, y aprendían de él palabras inglesas y letras de canciones populares norteamericanas que conocían de haberlas oído cuando sonaban en el campamento.

Desarrolló una relación muy especial con Mikkelína. No tardó mucho en ganársela por completo, y empezó a sacarla cuando hacía buen tiempo y a intentar que adquiriese más fuerza. Repetía lo que le hacía su madre: la ponía a hacer ejercicios de brazos y piernas, la sostenía para que caminara y la ayudaba a realizar toda clase de ejercicios físicos. Un día apareció acompañado de un médico del ejército para ver a Mikkelína. El médico la examinó detenidamente y le hizo realizar varios ejercicios. Le iluminó los ojos y la garganta con una linterna, le giró la cabeza y le tocó el cuello y fue bajando por la columna. Luego extendió unos bloques de formas diversas, y le mandó que los metiera en los agujeros correspondientes. Le llevó sólo un instante. Le informaron de que había enfermado cuando tenía tres años de edad y que oía todo lo que le decían, aunque apenas hablaba. Le contaron que sabía leer y que su madre le estaba enseñando a escribir. El médico movió la cabeza para indicar que comprendía. Habló largo rato con Dave después del examen, y cuando se hubo marchado Dave les explicó que Mikkelína no tenía ningún retraso mental. Para ellos no se trataba de ninguna novedad. Añadió que con tiempo, los ejercicios adecuados y mucho esfuerzo, Mikkelína podría llegar a caminar sin ayuda.

—¡Caminar! —La madre se dejó caer lentamente sobre la silla de la cocina.

—E incluso a hablar perfectamente —añadió Dave—. ¿Nunca la ha visto un médico?

—No lo comprendo —suspiró ella.

—*She is okay* —dijo Dave—. *Just give her time.*

Ella no le escuchaba.

—Es un hombre horrible —dijo de repente, y sus hijos prestaron toda su atención, pues nunca la habían oído hablar de Grímur como en ese momento—. Un hombre horrible —prosiguió—. Un alma mezquina y maldita que no merece vivir. No sé por qué se les deja vivir a los hombres como él. No sé por qué existen hombres como él. No lo comprendo. ¿Por qué se les deja que hagan su voluntad? ¿Cómo puede haber hombres así? ¿Qué es lo que los convierte en monstruos? ¿Por qué se les permite

comportarse como bestias año tras año y agredir a sus hijos y humillarlos y agredirme a mí y golpearme hasta que llego a desear la muerte y pienso en la forma de...?

Dejó escapar un profundo suspiro y se sentó al lado de Mikkelína.

—Una se avergüenza de ser la víctima de un hombre así y se abandona a una total soledad e impide a todos que se acerquen, incluso a sus propios hijos, porque una no quiere que nadie mueva un dedo, y menos que nadie ellos. Y allí se queda esperando el próximo ataque, que llegará sin aviso alguno, y está llena de odio hacia algo que no comprende, y la vida entera se convierte en la espera del siguiente ataque, ¿cuándo llegará, cuánto daño le hará, cuál será el motivo, cómo evitarlo? Porque cuanto más satisfago sus caprichos, tanto más asco siente él por mí. Cuanta más sumisión y temor le muestro, tanto más odio descarga él sobre mí. Y si me muestro indócil, entonces ya tiene un motivo para matarme a golpes. No hay forma de hacerlo bien. No hay forma. Hasta que lo único en que piensa una es en que todo acabe, da igual cómo. Sólo en que acabe.

Un silencio sepulcral reinaba en la casa. Mikkelína estaba tumbada inmóvil en su cama, y los chicos pegados a su madre. Escuchaban cada una de sus palabras conteniendo la respiración. Ella jamás había abierto la más mínima puertecita que permitiera ver la tortura en que se había estado debatiendo durante más tiempo del que podía recordar.

—Todo irá bien —repitió Dave.

—Yo te ayudaré —dijo Símon con solemnidad.

Ella le miró.

—Lo sé, Símon —dijo—. Siempre lo he sabido, mi pobrecito Símon.

Transcurrieron días y Dave pasaba todas sus horas libres en la colina con la familia, y ratos cada vez más largos con la madre, en la casa o paseando por el Reynisvatn y el Hafravatn. Los chicos querían estar más rato con él, pero había dejado de llevárselos a pescar y tenía menos tiempo para Mikkelína. A los niños no les importaba, pues se daban cuenta del cambio que se había producido en su madre y lo relacionaban con Dave, y se alegraban por ella.

Seis meses después de la detención de Grímur por la policía militar, un bonito día de otoño, Símon vio a Dave y a su madre a lo lejos, que volvían paseando hacia la casa. Caminaban muy juntos y le pareció que iban cogidos de la mano. Cuando se acercaron se soltaron las manos y aumentaron la distancia entre ellos, y Símon comprendió que no querían que nadie los viese así.

—¿Qué pensáis hacer Dave y tú? —preguntó Símon a su madre una tarde de otoño, cuando la oscuridad había caído ya sobre la colina.

Estaban sentados en la cocina. Tomás y Mikkelína estaban jugando. Dave había pasado el día con ellos pero ya había regresado al almacén. La pregunta había estado en el aire todo el verano. Los niños habían hablado del asunto entre ellos y habían

imaginado una multitud de posibilidades, que siempre acababan otorgando a Dave el papel de padre y echando a Grímur, a quien no querían volver a ver nunca más.

—¿Qué quieres decir con eso de qué pensamos hacer? —preguntó la madre.

—Cuando él vuelva —dijo Símon.

Mikkelína y Tómas dejaron de jugar y se quedaron mirándole.

—Hay tiempo de sobra para pensar en eso —dijo su madre—. De momento no va a regresar.

—Pero ¿qué piensas hacer tú?

Mikkelína y Símon miraron a su madre.

Ella miró a Símon y luego a Mikkelína y Tómas.

—Él nos ayudará —respondió ella.

—¿Quién? —dijo Símon.

—Dave. Él piensa ayudarnos.

Símon miró a su madre intentando comprender lo que pasaba por su cabeza.

—¿Qué piensa hacer?

Ella le miró directamente a los ojos.

—Dave conoce a los hombres como él. Sabe cómo librarse de ellos.

—¿Qué piensa hacer? —repitió Símon.

—No os preocupéis de eso —respondió su madre.

—¿Va a librarnos de él?

—Sí.

—¿Cómo?

—No lo sé. Dice que lo mejor es que sepamos lo menos posible, y yo ni siquiera debería deciros lo que os estoy diciendo. No sé lo que piensa hacer. A lo mejor hablar con él. Asustarle para que nos deje en paz. Tiene amigos en el ejército que le ayudarán si es necesario.

—¿Y qué pasará si Dave se marcha? —preguntó Símon.

—¿Si se marcha?

—Si se va de aquí —dijo Símon—. No estará siempre aquí. Es un soldado. Siempre se llevan a los soldados y traen a otros nuevos a los barracones. ¿Qué pasa si se marcha? ¿Qué haremos entonces?

Ella miró a su hijo.

—Ya encontraremos una solución —dijo en voz baja—. Ya la encontraremos.

Sigurður Óli llamó a Erlendur y le habló de su hallazgo y de que Elsa pensaba que era otro hombre quien había dejado embarazada a Sólveig, la novia de Benjamín, aunque no se sabía quién. Discutieron el asunto durante un rato y Erlendur le contó a Sigurður Óli lo que había averiguado por el viejo militar, Edward Hunter, sobre el robo del almacén de intendencia en el que estaba involucrado un padre de familia de la casa de la colina. Según Edward, la esposa de aquel hombre era víctima de violencia doméstica; aquello confirmaba lo que les había contado Höskuldur, quien lo había sabido de labios del comerciante, Benjamín.

—Esa gente ha muerto y están enterrados desde hace mucho tiempo —dijo Sigurður Óli con voz cansina—. No sé para qué estamos destapando todo esto. Es como despertar a los fantasmas. Nunca llegaremos a ver a ninguno ni podremos hablar con ellos. No son más que fantasmas de historias de fantasmas.

—¿Está hablando de la mujer verde de la colina? —preguntó Erlendur.

—Elinborg dice que el viejo Róbert vio el fantasma de Sólveig con un abrigo verde, y eso indica que hemos empezado a tratar directamente con fantasmas.

—Pero ¿no tienes curiosidad por saber quién es la persona que está enterrada en la colina, y si la enterraron viva?

—Llevo dos días rebuscando en un sótano asqueroso y ya me da todo igual —dijo Sigurður Óli—. No me importan en absoluto todos esos malditos chismorreos —dijo para dar mayor énfasis a sus palabras, y colgó el teléfono.

Elinborg se despidió de Erlendur al salir de casa de Hunter.

Junto con otros agentes, la habían llamado para escoltar al Tribunal de Distrito de Reikiavik a un delincuente imputado, un conocido hombre de negocios que estaba involucrado en el Gran Caso del tráfico de drogas. Los medios de comunicación mostraban un interés inagotable, y en los juzgados esperaba un buen número de periodistas: ese día iban a ser trasladados al Tribunal de Distrito un número considerable de imputados para oír la lectura de las acusaciones. Elinborg intentó arreglarse lo mejor que pudo en el escaso tiempo disponible. Quizás apareciese en televisión cuando mostraran imágenes del tribunal en los telediarios de las distintas cadenas, y en ese caso era mejor tener buen aspecto y, por lo menos, llevar los labios bien pintados.

—¡Ay, qué pelos! —suspiró intentando arreglarse el cabello con los dedos.

Erlendur tenía la mente puesta en Eva Lind, igual que el día anterior, acostada en la UCI, entre la vida y la muerte. Se había quedado deshecho tras su última trifulca en su apartamento dos meses atrás. Entonces era aún invierno, había nieve, oscuridad y frío. No tenía ninguna intención de pelearse con ella. Pero ella no cedió un milímetro. Como siempre.

—No puedes hacerle eso a tu hijo —le había dicho, intentando, una vez más, convencerla.

Calculaba que su hija estaría ya en el quinto mes. Ella había intentado controlarse cuando supo que estaba embarazada, y después de dos intentos parecía capaz de empezar a dejar la droga. Él la apoyaba como podía, pero los dos sabían que su apoyo servía de poco y que sus relaciones habían llegado a un punto en que cuanto menos se inmiscuyera él en las cosas de su hija, mayor sería la probabilidad de éxito. La postura de Eva Lind para con su padre era ambivalente. Buscaba su camaradería pero, al mismo tiempo, no dejaba de criticarla. Pasaba de un extremo al otro sin poder encontrar un punto medio.

—¿Qué sabes tú? —respondió su hija—. ¿Qué sabes tú de hijos? Yo puedo tener a mi hijo sola. Y pienso tenerlo en paz.

Él no sabía qué era lo que consumía, si estupefacientes o alcohol o una mezcla de ambos, pero su hija estaba claramente intoxicada cuando le abrió la puerta y la hizo pasar. Ella cayó sobre el sofá, más que sentarse en él. Su vientre se hinchaba bajo la chaqueta de cuero sin abotonar, la barriga había empezado a ser claramente visible. No llevaba más que una fina camiseta por debajo. En el exterior la temperatura alcanzaba los diez grados bajo cero.

—Yo creía que habíamos...

—No hay nada —le interrumpió ella—, ningún nosotros. No hay nada. Nada.

—Yo creía que habías decidido preocuparte por tu hijo. Tener cuidado de que no le pasara nada, que la droga no le afectara. Ibas a tener cuidado, pero probablemente eres demasiado buena para eso. Probablemente eres demasiado buena para pensar de una forma decente en tu hijo.

—Cállate.

—¿A qué has venido?

—No lo sé.

—Es tu conciencia. ¿No es eso? Es tu conciencia que te agujonea y piensas que yo me mostraré comprensivo con tu miseria. Por eso vienes a verme. Para que te compadezca y acalle los gritos de tu conciencia.

—Sí, justo, este es el lugar adecuado si uno quiere tener conciencia, santurrón.

—Ya habías decidido el nombre. ¿No lo recuerdas? Si era una niña.

—Tú eres quien lo había decidido. Yo no. Tú. Como siempre. Tú lo decides todo. Si te quieres ir, te vas y ya está, a la mierda conmigo y con todos.

—Iba a llamarse Audur. Te gustaba ese nombre.

—¿Te crees que no sé lo que intentas? ¿Crees que no veo tus intenciones? Eres repugnante... Sé perfectamente lo que llevo en la barriga. Sé que es un ser humano. Una persona. Lo sé. No necesitas recordármelo. No tienes ninguna necesidad de recordármelo.

—Bien —dijo Erlendur—. Me parece que a veces lo olvidas. Olvidas que ya no tienes que pensar sólo en ti. Que no eres tú sola la que se droga. Al drogarte tú drogas

también al niño, y el daño que la droga le ocasiona al niño es mucho, pero que mucho mayor que el que te causa a ti.

Calló.

—A lo mejor fue un error —continuó— no abortar.

Ella le miró.

—¡Cabrón!

—Eva...

—Mamá me lo dijo. Sé perfectamente lo que querías.

—¿De qué estás hablando?

—Y puedes llamarla mentirosa y decir que no es nadie, pero yo sé que es verdad.

—¿El qué? ¿De qué estás hablando?

—Dijo que lo negarías.

—¡¿Que negaría el qué?!

—Tú no me querías.

—¿Cómo?

—No me querías. Cuando la dejaste embarazada.

—¿Qué te dijo tu madre?

—No me querías.

—Es mentira.

—Querías que abortase...

—Eso es mentira...

—... y ahora me criticas a mí, que hago todo lo mejor que puedo. Siempre criticándome.

—Eso no es verdad. Nunca pensamos tal cosa. No sé por qué te dijo eso, pero no es verdad. Nunca pensamos tal cosa. Nunca hablamos de eso.

—Ella sabía que te retractarías. Me lo advirtió.

—¿Que te lo advirtió? ¿Cuándo te dijo eso?

—Cuando supo que yo estaba embarazada. Según ella, tú le pediste que abortara, aunque a mí me lo negarías y me dirías todo lo que acabas de decirme.

Eva Lind se puso en pie y fue hacia la puerta.

—Está mintiendo, Eva. Créeme. No sé por qué te dice semejante cosa. Sé que me odia, pero no creía que tanto. Te está volviendo contra mí. Date cuenta. Decir algo así es... es... es una abominación. Puedes decírselo.

—Díselo tú mismo —exclamó Eva Lind—. ¡Si te atreves!

—Es una abominación decirte algo así. Inventar algo así para destruir nuestra relación.

—Yo prefiero creerle a ella.

—Eva...

—Cállate.

—Te diré por qué no puede ser verdad. Porque yo jamás podría...

—¡No te creo!

—Eva... Yo tenía...

—Cierra el pico. No creo nada de lo que dices.

—Entonces es mejor que te marches —dijo él.

—Sí, justo —repuso ella desafiante—. Líbrate de mí.

—¡Lárgate!

—¡Eres repugnante! —gritó ella, saliendo de la casa como una exhalación.

—¡Eva! —la llamó, pero ya se había ido.

No volvió a verla ni oír de ella hasta que su teléfono móvil sonó mientras estaba mirando los huesos, dos meses más tarde.

Erlendur estaba sentado en su coche fumando y pensando en que habría tenido que reaccionar de otra forma, que habría tenido que tragarse el orgullo y seguir a Eva Lind cuando se calmó su furia. Decirle que su madre estaba mintiendo, que él nunca había propuesto el aborto. Que no habría podido. Ni dejar que la muchacha le tuviera que enviar un mensaje pidiendo socorro. Ella no tenía madurez suficiente para aguantar todo aquello, no acababa de darse cuenta cabal de la situación en que se encontraba y no comprendía sus propias responsabilidades. Estaba extrañamente ciega ante sí misma.

Erlendur sufría ante la idea de tener que contarle lo sucedido cuando volviera en sí. Si volvía en sí. Para hacer algo, cogió el teléfono y llamó a Skarphédinn.

—Ten un poco de paciencia —dijo el arqueólogo— y deja de llamar constantemente. Te informaremos en cuanto lleguemos al esqueleto.

Todo parecía indicar que Skarphédinn era quien se había hecho cargo del caso, pues se volvía más engreído con el tiempo.

—¿Y eso cuándo será?

—No es fácil decirlo —respondió.

Erlendur vio ante él los dientes amarillentos debajo del bigote.

—Ya se verá. Déjanos trabajar en paz.

—Hay algo que sí podrás decirme. ¿Es un varón? ¿Una mujer?

—Con paciencia todo llega...

Erlendur cortó la comunicación. Se estaba encendiendo otro cigarrillo cuando sonó el teléfono. Era Jim, de la embajada británica. Edward Hunter y el embajador norteamericano habían encontrado una lista con nombres de trabajadores islandeses del almacén, y acababa de llegarle por fax. Él personalmente no había encontrado nada sobre islandeses que trabajaran allí mientras los ingleses ocupaban los almacenes. La lista tenía nueve nombres, y Jim se los leyó a Erlendur por el teléfono. A Erlendur ninguno le decía nada y le dio a Jim el número de fax de la comisaría para poder echarle un vistazo a la lista más tarde.

Fue al barrio de Vogar y volvió a aparcar, como la otra vez, a cierta distancia del apartamento del sótano en el que había entrado sin ser invitado unos días antes, en

busca de Eva Lind. Esperó, reflexionando sobre qué podía haber en los hombres que les empujara a comportarse como aquel hombre con la mujer y el niño, pero no llegó a ninguna conclusión, excepto a la habitual de que estaban completamente trastornados. No sabía por qué quería ver a aquel hombre, ni si haría algo aparte de espiarle desde su coche. No podía quitarse de la cabeza las quemaduras en la espalda de la niña. Él había negado haberle hecho absolutamente nada a la criatura y la madre apoyó su declaración, de modo que era poco lo que podían hacer las autoridades, aparte de quitarles a la niña. El caso estaba en manos del fiscal. A lo mejor le imputaban. A lo mejor no.

Erlendur pensó en las opciones que tenía. Eran pocas, y todas malas. Si aquel hombre hubiera entrado en el apartamento la noche que estaba buscando a Eva Lind, cuando la niña estaba en el suelo con la espalda llena de quemaduras, se habría arrojado al instante sobre el muy sádico. Desde entonces habían pasado varios días y ahora, en frío, sería incapaz de tocarle, aunque no hubiera nada que deseara más en el mundo. Y no serviría de nada hablar con él. Esos tipos se reían de las amenazas. Se le reiría en plena cara.

Erlendur no vio a nadie entrar o salir de la casa en las dos horas que estuvo en el coche, fumando.

Por fin renunció y fue al hospital a ver a su hija. Intentó olvidar aquello como tantas otras cosas que había tenido que ir olvidando en el transcurso del tiempo.

Sigurdur Óli le comentó a Elinborg, al salir del Tribunal de Distrito, que probablemente Benjamín no era el padre del niño que llevaba en su seno su novia Sólveig, y que aquella habría sido la causa de que se rompiera el compromiso. Igualmente, le contó que el padre de Sólveig se había ahorcado después de la desaparición de su hija, y no antes, como había dicho su hermana Bára.

Elinborg acudió al registro y estudió viejos certificados de defunción antes de volver a Grafarvogur. No le gustaba nada que le mintieran, especialmente en el caso de unas ancianas de lo más honorable que consideraban estar en posesión de todos los privilegios y despreciaban a los demás.

Bára le oyó contar la historia de Elsa acerca del padre desconocido y no cambió el gesto más de lo que lo había hecho el día anterior.

—¿Nunca lo habías oído? —preguntó Elinborg.

—¿Que mi hermana fuera una pelandusca? No, jamás había oído tal cosa, y no acabo de entender por qué sigues importunándome con esto. Después de todos estos años. No lo comprendo. Deberías dejar en paz a mi hermana. No hizo nada para que la hicieran objeto de chismorreos. ¿De dónde ha sacado eso la tal... la tal Elsa?

—Se lo contó su madre —dijo Elinborg.

—¿A quien se lo había contado Benjamín?

—Sí. Él no habló de eso con nadie hasta que estuvo en el lecho de muerte.

—¿Encontrasteis un mechón de pelo en su casa?

—Sí, ciertamente.

—¿Y pensáis analizarlo junto con los huesos?

—Supongo que sí.

—De modo que pensáis que él la mató. Que Benjamín, el muy gallina, asesinó a su novia. Me resulta absurdo. Totalmente absurdo. No comprendo que podáis mantener una idea así.

Bára calló y se quedó pensativa.

—¿Saldrá el caso en los periódicos? —preguntó.

—De eso no tengo ni idea —dijo Elinborg—. Los huesos han despertado mucho revuelo.

—¿El asesinato de mi hermana?

—Si es ese el caso. ¿Sabes tú quién habría podido ser el padre del niño?

—El único que se me ocurre es Benjamín.

—¿Nunca se mencionó a ningún otro? ¿Ella no te comentó algo?

Bára sacudió la cabeza.

—Mi hermana no era ninguna pelandusca.

Elinborg carraspeó.

—Me dijiste que vuestro padre se había suicidado unos años antes que tu hermana.

Se miraron un instante a los ojos.

—Será mejor que te vayas.

—No fui yo quien empezó a hablar de tu padre. He comprobado los certificados de defunción del registro. El registro no suele mentir, a diferencia de muchas personas.

—No tengo nada más que decirte —repuso Bára, pero ya no tenía la misma cara de póquer.

—No creo que lo mencionaras a no ser que quisieras hablar de él. En el fondo.

—¡Menuda estupidez! —exclamó Bára sin poder contenerse—. ¿Ahora te has vuelto psicóloga?

—Murió seis meses después de la desaparición de tu hermana. En el certificado no consta que fuera suicidio, ni siquiera la causa de la muerte. Probablemente erais una familia demasiado fina para mencionar la palabra «suicidio». «Muerte repentina en su hogar», dice.

Bára le dio la espalda.

—¿Existe alguna posibilidad de que empieces a decirme la verdad? —dijo Elinborg, que también se había puesto en pie—. ¿Qué papel tiene tu padre en todo esto? ¿Por qué lo mencionaste? ¿Quién era el padre del hijo de Sólveig? ¿Era él?

No obtuvo reacción alguna. Estaban las dos de pie en el salón y el silencio entre ambas se podía cortar. Elinborg paseó la vista a su alrededor: todos aquellos objetos preciosos, los cuadros de ambos esposos, los costosos muebles, el negro piano de cola, una foto de Bára con el presidente del Partido del Progreso en un lugar destacado. «La muerte está en todos esos objetos», pensó.

—¿No tienen su secreto todas las familias? —dijo Bára por fin, aún de espaldas a Elinborg.

—Supongo que sí —contestó ella.

—No fue mi padre —dijo Bára a regañadientes—. No sé por qué te mentí sobre su muerte. Se me escapó. Si quieres hacer de psicóloga, dirás que en lo más profundo estaba deseando poder soltártelo todo. Que he callado siempre pero que cuando empezaste a hablar de Sólveig, se rompió el dique que contenía mis deseos. No sé.

—¿Y quién fue entonces?

—Su primo, el hijo de su tío paterno —dijo Bára—. En Fljót. Sucedió en una de las visitas veraniegas.

—¿Cómo os enterasteis?

—Ella estaba completamente transformada cuando volvió. Mamá... nuestra madre se dio cuenta enseguida, y claro, no se podía seguir ocultando en cuanto pasara algo de tiempo.

—¿Os contó vuestra madre lo sucedido?

—Sí. Nuestro padre se fue al norte, no sé para qué. Cuando volvió, al muchacho le hicieron marcharse al extranjero. Debió de haber sido un buen tema de conversación en la comarca. El abuelo tenía una finca muy grande. Eran sólo dos

hermanos. Mi padre se fue a la capital y fundó una empresa y se hizo rico. Ayudó a su hermano Jónas, que siguió viviendo en la granja de Hrifla. Le adoraba.

—¿Y qué pasó con su sobrino?

—Nada. Sólveig dijo que se había acostado con ella contra su voluntad. Que la había violado... Mis padres no sabían qué hacer, no querían denunciarle, con todas las habladurías y chismorreos que eso traería consigo. El muchacho volvió varios años después y vivió aquí, en Reikiavik. Formó una familia. Murió hace veinte años.

—¿Y Sólveig y el niño?

—Querían obligar a Sólveig a abortar, pero ella se negó. Se negó a destruir a la criatura. Y un día desapareció. —Bára se volvió de nuevo hacia Elinborg—. Puede decirse que ese veraneo en Fljót nos destruyó. Nos destruyó a todos como familia. En verdad, ha marcado toda mi vida. Guardar el secreto. El buen nombre de la familia. No se podía decir nada. No se podía hablar nunca del tema. Mi madre se encargaba de ello. Sé que habló con Benjamín más tarde, le explicó el asunto. De modo que la muerte de Sólveig fue solamente cosa suya, decisión propia, un trastorno temporal. Nosotros siempre estuvimos perfectamente. Éramos puros y finos. Ella enloqueció y se arrojó al mar.

Elinborg la miró y de pronto sintió algo así como compasión por ella, y pensó en la mentira que había sido su vida.

—Ella estaba sola —continuó Bára—. A nosotros no nos afectaba. Era asunto suyo.

Elinborg asintió.

—Ella no está enterrada en la colina —añadió Bára—. Está en el fondo del mar y lleva allí más de sesenta horribles años.

Erlendur se sentó al lado de Eva Lind después de hablar con el médico, pensando qué decirle, pero no se decidió.

Pasó el tiempo. La UCI estaba en silencio. Algunos médicos pasaban por delante de la puerta, o alguna enfermera con suaves zapatos blancos que producían leves crujidos en el linóleo del suelo.

Aquel crujido...

Erlendur miró a su hija y empezó, como sin querer, a hablar con ella en voz baja y a contarle una desaparición en la que había pensado mucho y en la que aún tendría que pensar mucho más, pese a los años transcurridos, para llegar a comprenderla.

Empezó a hablarle de un muchacho que se había trasladado con sus padres a Reikiavik, desde el campo, y que seguía echando de menos los prados de su terruño. Era demasiado joven para comprender por qué se habían ido a vivir a la ciudad, que entonces no era tal ciudad, sino una población grande junto al mar. Más tarde comprendió que fueron muchos los motivos de aquella decisión.

El nuevo entorno le resultó extraño desde el primer momento. Se había criado en

la sencilla vida del campo, junto a los animales y la soledad, en la belleza del verano y el frío helador del invierno, y entre las historias de su gente, de las comarcas de alrededor, pegujaleros la mayoría, pobres como ratas desde generaciones atrás.

Aquellas personas eran los héroes de las historias que oía en su infancia sobre la vida de la comarca, tal como la conocía él mismo. Historias de la vida cotidiana de hacía décadas que explicaban azares y catástrofes, o tan terriblemente divertidas que cuando se contaban se retorcían de risa, encogiéndose como un ovillo, y tosían y temblaban de alegría. Tanto de los que vivían como de los que se habían ido, abuelos y bisabuelos e incluso de hacía más tiempo. De quienes habían muerto y estaban enterrados en el pequeño cementerio junto a la vieja iglesia de la comarca, mientras esta era utilizada; comadronas que vadeaban gélidos ríos glaciales para ayudar en los partos difíciles; campesinos que habían conseguido salvar el ganado en tormentas irrefrenables; braceros que se perdían y morían mientras se dirigían al ovil; curas borrachos; fantasmas y monstruos; historias, en fin, que eran parte de su propia vida.

Se llevó consigo todas aquellas historias a la ciudad cuando se trasladó con sus padres allí. De una caseta de baños de los soldados ingleses —de cuando la guerra, que había a la entrada de la ciudad— hicieron su vivienda, pues no tenían medios para otra cosa. La vida de la ciudad no le sentó nada bien a su padre, que estaba enfermo del corazón y murió al poco de llegar a la capital. Su madre vendió la casa de baños, consiguió un cuartito en un sótano cerca del puerto y trabajó en el mundo del pescado. Él mismo no sabía a qué dedicarse al acabar la escuela. No había dinero para ir a la universidad. Quizá tampoco demasiado interés. Trabajó de obrero. En la construcción. Trabajó de marinero. Vio un anuncio que pedía gente para trabajar en la policía.

Ya no oía las historias, y se perdieron. Toda su gente había desaparecido, enterrada y olvidada en una comarca desierta. Él mismo iba a la deriva en una ciudad en la que no se sentía a gusto. Aunque quisiera volver, no tenía ningún sitio adónde ir. No era un hombre de ciudad. No sabía lo que era. Pero nunca abandonó la añoranza de otra vida, y notaba en su interior el desarraigo y la pérdida, y con la muerte de su madre perdió sus últimos lazos con el pasado.

Visitaba los locales de diversión. Conoció a una mujer en Glaumbaer. Había conocido a otras mujeres pero en encuentros fugaces. Aquella vez fue distinto, más rotundo, y tuvo la sensación de que era ella quien mandaba. Todo sucedió tan deprisa que no se dio ni cuenta, en realidad. Ella siempre planteó exigencias que él satisfizo sin demasiado entusiasmo, y antes de que se diera cuenta se habían casado y tenían una hija. Alquilaron un pequeño apartamento. Ella continuaba hablando de sus planes de futuro y de tener hijos y de comprar una casa, impaciente y nerviosa, con la alegría de la anticipación en la voz; en su mente tenía ya decidido un rumbo fijo y seguro, y nada, nada, podría arrojar sombra alguna sobre él jamás. Él la miraba y tenía la sensación de que no conocía a aquella mujer en absoluto.

Tuvieron otro hijo, pero ella percibía cada vez con más claridad lo lejos que

estaba su marido. Él se alegró del nacimiento del nuevo hijo sólo por cortesía, y empezó a indicar con leves indirectas que quería acabar con aquello, que quería irse. Cuando ella se dio cuenta, le preguntó si había otra mujer, pero él se limitó a mirarla sin comprender la pregunta. Ni se le había ocurrido. Tenía que haber otra, dijo ella. No es eso, dijo él, y empezó a explicarle cómo se sentía y lo que pensaba, pero ella no quería oírlo. Ambos tenían dos hijos y él no podía estar hablando en serio de abandonarla, de abandonarlos a todos.

Sus hijos. Eva Lind y Sindri Snaer. Sus nombres favoritos, elegidos por ella. No percibía qué había de él mismo en ellos. No acababa de comprender su papel de padre, aunque asumía la responsabilidad que llevaba sobre los hombros. Pero la obligación que tenía con ellos no tenía que ver con su madre. Quería que se separasen de mutuo acuerdo y ocuparse de los niños. Ella dijo que no había acuerdo posible y cogió en brazos a Eva Lind y la estrechó contra sí. Que utilizara a los niños para retenerle aumentó su convencimiento de que no podía vivir con aquella mujer. Todo había sido un inmenso error desde el principio, y habría tenido que coger las riendas mucho tiempo atrás. No sabía en qué había estado pensando todo aquel tiempo, pero tenía que acabar.

Quiso tener a los niños unos días a la semana, o al mes, pero ella se negó en redondo: si la abandonaba no volvería a verlos. Ella se encargaría de impedirlo.

De modo que se marchó. Desapareció de la vida de la chiquilla que aún usaba pañales, a los dos años de edad, y que se quedó mirándole cuando salía por la puerta, con el chupete en las manos. Un chupete pequeño, blanco, que crujía levemente cuando lo mordía.

—Lo hicimos muy mal —dijo Erlendur.

Aquel crujido...

Dejó caer la cabeza. Pensó que la enfermera debía de haber pasado otra vez por delante de la puerta.

—No sé lo que fue de ese hombre —dijo Erlendur en voz casi inaudible, y miró a su hija y contempló su rostro, más apacible de lo que lo había visto nunca. Las líneas eran más claras.

Miró los aparatos que la mantenían con vida. Luego volvió a mirar al suelo.

Así transcurrió un largo rato hasta que finalmente se levantó y se inclinó sobre Eva Lind y la besó en la frente.

—Desapareció, creo que aún está perdido y lleva así mucho tiempo y no estoy seguro de que se le pueda encontrar ya. No es culpa tuya. Sucedió antes de que tú empezaras a existir. Creo que anda buscándose a sí mismo pero no sabe por qué, ni a quién está buscando exactamente, y nunca podrá encontrarse.

Erlendur miró a Eva Lind.

—A menos que tú le ayudes.

El rostro de ella era como una máscara fría a la luz de la lamparita de la mesilla de noche.

—Sé que tú también estás buscándole, y si hay alguien que pueda encontrarle, esa persona eres tú.

Se dio la vuelta para irse, cuando vio a su exmujer en la puerta. No sabía cuánto tiempo llevaba allí ni lo que habría oído. Vestía el mismo abrigo marrón encima de un chándal, y zapatos de tacón, en un ridículo conjunto. Erlendur no se había encontrado con su mirada desde hacía más de veinte años, y vio cuánto había envejecido en aquel tiempo, cómo los trazos de su rostro habían perdido su definición, le habían engordado las mejillas y se le había formado papada.

—Lo que le dijiste a Eva Lind sobre el aborto es una mentira repugnante —dijo inflamado de furia.

—Déjame en paz —le espetó Halldóra.

Su voz también había envejecido. Era ronca. Demasiados cigarrillos. Demasiado tiempo.

—¿Qué otras mentiras les contaste a los niños?

—Lárgate —dijo ella, y se apartó de la puerta para que se marchase.

—Halldóra...

—Lárgate —repitió—. Lárgate y déjame en paz.

—Los dos queríamos tener a los niños.

—¿No lo lamentas? —dijo ella.

Erlendur no sabía a qué se refería.

—¿Crees que ellos tienen algo que hacer en este mundo?

—¿Qué sucedió? —preguntó Erlendur—. ¿Cómo te volviste así?

—Lárgate —exclamó Halldóra—. Eso sabes hacerlo muy bien. ¡Lárgate! Déjame estar tranquila con ella.

Erlendur la miró fijamente.

—Halldóra...

—¡Lárgate! —le gritó—. Vete de aquí. ¡No quiero volver a verte!

Erlendur la evitó, salió de la habitación y la puerta se cerró detrás de él.

Sigurður Óli terminó por fin su búsqueda en el sótano esa tarde sin averiguar nada más sobre otros posibles inquilinos de la casa de verano de Benjamín. Le daba igual. Estaba contento de poder escapar de aquel trabajo en el sótano. Cuando llegó a casa, Bergthóra le estaba esperando. Había comprado vino tinto y estaba en la cocina probándolo. Sacó otro vaso y se lo dio a él.

—Yo no soy como Erlendur —dijo Sigurður Óli—. No me digas nunca algo tan horrible.

—Pero te gustaría ser como él —replicó Bergthóra.

Estaba preparando un plato de pasta y había encendido velas en la mesa del comedor. «Bonito ambiente para una ejecución», pensó Sigurður Óli.

—Todos los hombres desean ser como él —repitió Bergthóra.

—Pero bueno, ¿por qué dices eso?

—Solos e independientes.

—Eso no es cierto. No te puedes imaginar la vida tan asquerosa que lleva Erlendur.

—Por lo menos tengo que llegar al fondo de nuestra relación —empezó Bergthóra, echando vino tinto en el vaso de Sigurður Óli.

—Pues muy bien, vayamos al fondo de nuestra relación.

Sigurður Óli no conocía a una mujer más pragmática que Bergthóra. Aquella no sería una charla sobre el papel del amor en sus vidas.

—Llevamos juntos ¿cuántos?: tres, cuatro años, y no pasa nada nuevo. Nada en absoluto. Pones cara de tonto en cuanto empiezo a hablar de cualquier cosa que pueda sonar a compromiso. Incluso seguimos teniendo cuentas separadas en el banco. Una boda religiosa parece estar descartada; no sé si pensar en otro tipo de boda. Ni siquiera estamos inscritos como pareja de hecho. Para ti, los hijos están tan lejos como otro sistema solar. Y una se pregunta, ¿qué queda?

No había la menor huella de ira en las palabras de Bergthóra. Sólo estaba buscando sentido a su relación e intentando comprender hacia dónde se dirigía. Sigurður Óli decidió aprovechar la situación antes de llegar a una situación incómoda. Había tenido tiempo de sobra para reflexionar sobre el tema mientras se dedicaba a rebuscar en el sótano.

—Quedamos nosotros —dijo Sigurður Óli—. Nosotros dos.

Había cogido un CD que metió en el aparato de música y puso una canción que no se le había ido de la cabeza desde que Bergthóra empezó a acosarle con nuevos compromisos. Marianne Faithfull acometió la canción de Lucy Jordan, un ama de casa que, a los treinta y siete años, soñaba con irse a París en un deportivo descapotable, el viento cálido en sus cabellos.

—Hemos hablado suficiente de eso —dijo Sigurður Óli.

—¿De qué? —preguntó Bergthóra.

—De nuestro viaje.

—¿A Francia?

—Sí.

—Sigurdur...

—Iremos a París y alquilaremos un deportivo —dijo Sigurdur Óli.

Erlendur estaba en medio de una espantosa tormenta de nieve y no podía ver más allá de sus ojos. La nieve le golpeaba hiriéndole la cara, y el frío y la oscuridad le rodeaban. Intentaba luchar contra la tormenta pero no conseguía avanzar, se dio la vuelta a favor del viento y se quedó quieto aguantando mientras la tormenta descargaba sobre su espalda. Sabía que moriría y no podía hacer nada para evitarlo.

El teléfono empezó a sonar, y sonó sin interrupción penetrando en la tormenta de nieve hasta que de pronto aclaró, el rugido cesó y él despertó en la butaca del salón de su casa. El teléfono del escritorio sonaba con un estrépito creciente sin concederle tregua.

Se levantó con los miembros agarrotados, e iba a responder cuando el teléfono dejó de sonar. Se quedó al lado del aparato esperando que volviera a empezar pero no sucedió nada. El teléfono era viejo y no indicaba los números, de modo que no tenía ni la menor idea de quién intentaba localizarle. Pensó que se trataría de algún vendedor a distancia intentando colocarle una aspiradora, con una tostadora de regalo. Pero dio gracias en silencio por haberle sacado de la ventisca.

Fue a la cocina. Eran las ocho de la tarde. Intentaba alejar de la casa la luz de la primavera corriendo las cortinas, pero la luz conseguía escurrirse y penetrar en forma de rayos cargados de motas de polvo, que iluminaban la penumbra del apartamento. La primavera y el verano no eran las estaciones favoritas de Erlendur. Demasiada claridad. Todo demasiado fácil. Prefería el invierno duro y oscuro. No encontró nada comestible y se sentó a la mesa de la cocina con la barbilla sobre las manos.

Estaba aún aturdido por el sueño. Había vuelto de su visita a Eva Lind al hospital hacia las seis, se sentó en su sillón y se quedó dormido; recordaba la horrible tormenta y cómo se había puesto de espaldas a la ventisca a esperar la muerte. Había soñado muchas veces aquello en diferentes versiones. Pero era siempre la misma nieve helada y sin tregua que penetraba hasta la médula de los huesos. Sabía cómo habría continuado el sueño si el teléfono no le hubiera sacado del sopor.

El teléfono empezó a sonar otra vez, y Erlendur pensó si debía o no responder. Pero se levantó de la silla, fue a la sala y levantó el auricular.

—¿Erlendur?

—Sí —respondió Erlendur, y carraspeó.

Enseguida reconoció la voz.

—Aquí Jim, de la embajada. Perdona que te llame a tu casa.

—¿Eras tú quien llamaba antes?

—¿Antes? No. Esta es la primera vez. La cuestión es que estuve hablando con Edward Hunter y pensé que tenía que ponerme en contacto contigo enseguida.

—Bien, ¿hay algo nuevo?

—Es él quien trabaja en este caso para ti, y sólo me apetecía saber cómo iban las cosas. Acaba de llamar a Estados Unidos, de revisar su diario y de hablar con algunas personas, y cree saber quién dio el soplo del robo del almacén.

—¿Quién fue?

—No me lo dijo. Me pidió que te avisara y dijo que te esperaba.

—¿Esta noche?

—Sí, no, bueno... o mañana por la mañana. Quizá mejor mañana. Ya se iba a dormir. Se acuesta temprano.

—¿Era un islandés el que dio el soplo?

—Él te lo dirá. Buenas noches y disculpa la molestia.

Jim colgó y él hizo lo mismo.

Estaba aún al lado del teléfono cuando empezó a sonar de nuevo. Era Skarphédinn, desde la colina.

—Llegaremos al esqueleto mañana —le dijo sin rodeos.

—Ya era hora —apuntó Erlendur—. ¿Me llamaste tú antes?

—Sí, ¿acabas de llegar?

—Sí —mintió Erlendur—. ¿Habéis encontrado algo de interés?

—No, nada, pero quería decirte que..., buenas noches, hasta luego, eehh, permíteme que te ayude, bueno... que, esto, ¿dónde estábamos?

—Estabas diciéndome que mañana llegaréis al esqueleto.

—Sí, a lo largo de la tarde, espero. No hemos encontrado nada que indique cómo llegó el cadáver ahí dentro. A lo mejor encontramos algo debajo de los huesos.

—Nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

Erlendur colgó. No estaba aún completamente despierto. Pensó en Eva Lind y en si percibiría algo de lo que le decía. Y pensó en Halldóra y en el odio que alimentaba después de todos aquellos años. Y pensó por millonésima vez cómo habría sido su propia vida, y la de todos, si no se hubiera marchado. Nunca llegaba a conclusión alguna.

Se quedó mirando al infinito sin ver nada en especial. Algunos rayos del sol vespertino penetraban por las cortinas de las ventanas hasta la sala, abrían heridas luminosas en la oscuridad y llegaban hasta él. Miró las cortinas. Eran gruesas y de terciopelo y llegaban hasta el suelo. Unas cortinas verdes y tupidas para mantener alejada la luz de primavera.

Buenas noches.

Hasta luego.

Permíteme que te ayude...

Erlendur miró el verde oscuro de las cortinas.

Torcida.

Verde.

¿Qué quería decir Skarphédinn...?

Erlendur se puso en pie de un salto y cogió el teléfono. No recordaba el número del móvil de Skarphédinn y en su desesperación llamó a Información y se lo dieron. Entonces llamó al arqueólogo.

—Skarphédinn. ¿Skarphédinn? —gritó al teléfono.

—¿Sí? ¿Eres tú otra vez?

—¿A quién estabas dando las buenas noches antes? ¿A quién ibas a ayudar?

—¿Cómo?

—¿Con quién estabas hablando?

—¿Con quién? ¿Por qué estás tan excitado?

—Vale. ¿Quién está ahí arriba contigo?

—Te refieres a quién estaba saludando.

—Esto no es un videoteléfono. No puedo verte. Oí que le deseabas buenas noches a alguien. ¿Quién está ahí contigo?

—No está conmigo. La mujer pasaba por... espera, está allí, donde los arbustos.

—¿Los arbustos? ¿Te refieres a los groselleros? ¿La mujer está donde los groselleros?

—Sí.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es... ¿La conoces? ¿Quién es esa mujer? ¿Por qué te has puesto tan nervioso?

—¿Qué aspecto tiene? —repitió Erlendur, intentando tranquilizarse.

—Tranquilo, hombre.

—¿Qué edad tiene?

—¿Su edad?

—¿Cuántos años calculas que tiene?

—Pues como setenta. No, quizá se acerque a los ochenta. Es difícil decirlo.

—¿Cómo va vestida?

—¿Cómo va vestida? Lleva un abrigo largo, verde, hasta los pies. Tiene más o menos mi misma estatura. Y es coja.

—¿Coja?

—Cojea. Pero es algo más que eso. De alguna forma está, no sé...

—¿Qué? ¡Qué! ¿Qué estás intentando decirme?

—No sé cómo describirlo..., esto..., es como si estuviera torcida.

Erlendur dejó el teléfono y echó a correr hacia la noche primaveral y olvidó decirle a Skarphédinn que retuviera a la mujer en la colina, costara lo que costase.

Grímur volvió al cabo de algunos días de que hubieran visto a Dave por última vez.

Había llegado el otoño con un gélido viento del norte y una capa de nieve sobre la

tierra. La colina estaba a considerable altura sobre el nivel del mar y el invierno llegaba allí antes que al llano donde Reikiavik empezaba a adoptar cierto aspecto de ciudad. Símon y Tómas iban a Reikiavik en el autobús del colegio por las mañanas y regresaban por la tarde. Su madre iba todos los días a su trabajo en Gufunes. Allí se ocupaba de las vacas lecheras y realizaba tareas domésticas diversas. Se iba antes que los chicos y volvía antes de que regresaran del colegio.

Mikkelína se quedaba en casa todo el día y se aburría tremendamente en soledad. Cuando su madre volvía del trabajo, no podía refrenar su alegría, que aumentaba aún más cuando Símon y Tómas aparecían a la carrera y echaban los libros escolares a un rincón.

Dave era un huésped habitual del hogar. La madre y Dave iban entendiéndose cada vez mejor y pasaban largos ratos sentados a la mesa de la cocina, y pedían a los chicos y a Mikkelína que les dejaran en paz. En ocasiones, cuando querían estar del todo solos, entraban en el dormitorio y cerraban la puerta.

Símon veía a veces a Dave acariciar a su madre en la mejilla o cogerle un mechón de pelo que se le había caído sobre el rostro y volver a ponérselo en su sitio. O le acariciaba la mano. También salían a dar largos paseos por la orilla del Reynisvatn y por las colinas, y algunos días fueron incluso hasta el valle de Mosfell y la cascada de Helgufoss. En esas ocasiones llevaban provisiones, pues una excursión así podía llevar el día entero. A veces iban también los niños, y Dave se cargaba a Mikkelína a la espalda como si fuera una pluma. Él decía que iban de «picnic», y a Símon y Tómas les parecía una palabra muy divertida y la repetían imitándole y cacareaban «picnic, picnic, picnic», jugando a las gallinas.

Algunas veces, Dave y la madre mantenían conversaciones muy serias durante un picnic, o en la cocina, y también en la habitación, una vez que Símon abrió la puerta. Estaban sentados en el borde de la cama y Dave le cogía la mano, y miraron a la puerta y sonrieron. Símon no sabía de qué estaban hablando, pero no podía ser nada divertido porque conocía el gesto de su madre cuando no se encontraba bien.

Y todo terminó un frío día de otoño.

Grímur llegó a casa una mañana temprano, cuando la madre ya se había marchado a Gufunes y Símon y Tómas iban de camino al autobús del colegio. Hacía un frío helador en la colina, y distinguieron a Grímur cuando subía hacia la casa a grandes zancadas, bien envuelto en su andrajosa chaqueta para protegerse del viento del norte. No les prestó atención alguna. No se le veía la cara en la penumbra otoñal, pero Símon imaginó su gesto duro y frío cuando avanzaba hacia ellos. Los chicos llevaban varios días esperando su vuelta. Su madre les había dicho que le iban a soltar y que volvería a casa y que podían irse haciendo a la idea de que se quedaría allí.

Símon y Tómas, viendo a Grímur dirigirse hacia la casa, se miraron. Los dos pensaron lo mismo. Mikkelína estaba sola... Se despertaba cuando su madre y sus hermanos se levantaban, pero volvía a dormirse. Estaría sola cuando apareciera

Grímur. ¿Cómo reaccionaría su padre al darse cuenta de que sólo estaba allí Mikkelína, a quien siempre había odiado?

El autobús del colegio ya había llegado y tocó dos veces la bocina para avisarles. El conductor vio a los niños en la colina pero al cabo se marchó y desapareció carretera abajo. Los chicos no se movían del sitio y no decían ni una palabra, pero se pusieron en marcha lentamente hacia la casa.

No querían dejar a Mikkelína sola.

Símon pensó en ir corriendo a buscar a su madre, o en enviar a Tomás, pero recapacitó, porque no había ninguna prisa; su madre podía pasar en paz un último día. Vieron a Grímur entrar en la casa y cerrar la puerta, y echaron a correr hacia allí. No sabían lo que se encontrarían al entrar. Lo único en que pensaban era en Mikkelína durmiendo en la cama de matrimonio, donde no debía estar bajo ninguna circunstancia.

Abrieron la puerta con mucho cuidado y entraron, Símon delante y Tomás detrás, muy pegado a él y cogido de la mano. Entraron en la cocina y lo vieron de pie al lado del fregadero. Les daba la espalda. Sorbió por la nariz y escupió en la pila. Había encendido la lámpara que había sobre la mesa y sólo se distinguía su silueta.

—¿Dónde está vuestra madre? —preguntó sin volverse.

Símon concluyó que se había dado cuenta de su presencia desde el camino de la colina y les había oído entrar.

—Está trabajando —dijo Símon.

—¿Trabajando? ¿Dónde? ¿Dónde está trabajando? —preguntó de nuevo Grímur.

—En la vaquería de Gufunes —dijo Símon.

—¿No sabía que yo volvía hoy?

Grímur se volvió hacia ellos y entró en el cono de luz. Los hermanos le miraron fijamente al salir de la penumbra después de todo aquel largo tiempo, desde la primavera pasada, y abrieron los ojos como platos al ver su rostro a la pálida luz. Algo le había pasado. Tenía una mejilla totalmente cubierta por una quemadura que le llegaba hasta el ojo, que estaba medio cerrado porque el párpado se había pegado a la piel.

Grímur sonrió.

—¿No está guapo vuestro padre?

Los hermanos miraron fijamente aquel rostro deformado.

—Preparan café y luego te lo echan encima.

Fue hacia ellos.

—No porque quieran que hables. Lo saben todo, porque alguien se lo ha contado. No es por eso por lo que te echan encima el café hirviendo. No es por eso por lo que te destruyen el rostro.

Los muchachos no comprendían lo que pasaba.

—Vete a buscar a tu madre —ordenó Grímur mirando a Tomás, que se protegía detrás de su hermano—. Ve a la maldita granja y tráete a la vaca esa.

Símon notó un movimiento en la entrada del dormitorio pero no se atrevió a mirar directamente. Mikkelína se había levantado. Ya había empezado a apoyarse en una pierna y a avanzar, pero no se atrevía a entrar a la cocina.

—¡Fuera! —gritó Grímur—. ¡Ya!

Tómas se hizo un ovillo. Símon no sabía a ciencia cierta si su hermano conocía el camino. Tómas había acompañado a su madre a la vaquería una o dos veces a lo largo del verano, pero ahora no había buena luz y hacía frío, y aún era muy pequeño.

—Iré yo —dijo Símon.

—Tú no te mueves de aquí —bramó Grímur furioso—. ¡Lárgate ya! —le gritó a Tómas.

El pequeño se apartó de Símon y abrió la puerta y salió al frío, cerrando con mucho cuidado.

—Ven, mi querido Símon, siéntate aquí a mi lado —dijo Grímur; su furia parecía haberse esfumado.

Símon entró temeroso en la cocina y se sentó en una silla. Volvió a notar movimiento en el pasillo del dormitorio. Confiaba en que Mikkelína no asomase por allí. Había un cuartito en el pasillo, y pensó que podría llegar hasta allí sin que Grímur se percatara de su presencia.

—¿No has echado de menos a tu papaíto? —dijo Grímur, sentándose delante de Símon.

Símon no apartaba los ojos de la quemadura. Dijo que sí con la cabeza.

—¿A qué os habéis dedicado este verano? —preguntó Grímur.

Símon le miró fijamente sin decir una sola palabra. No sabía cuándo tenía que empezar a mentir. No podía hablar de Dave; sus visitas y sus misteriosos encuentros con su madre, los paseos, los picnics. No podía contar que todos dormían juntos en la cama grande, ni los grandes cambios que había experimentado su madre desde la marcha de Grímur, y todo gracias a Dave. Le había insuflado nuevas ganas de vivir. No podía decirle que su madre se acicalaba por las mañanas. Ni de cómo había cambiado su aspecto. Cómo su gesto se había ido volviendo más bello con cada día que pasaba con Dave.

—Bueno, ¿nada? —dijo Grímur—. ¿No ha pasado nada en todo el verano?

—El, el... el tiempo ha sido estupendo —dijo Símon desconcertado, sin apartar los ojos de la quemadura.

—Así que buen tiempo, Símon. Hizo buen tiempo —dijo Grímur—. Y tú estuviste jugando en la colina y donde los barracones. ¿Conociste a alguien de los barracones?

—No —respondió Símon a toda prisa—. A nadie.

Grímur sonrió.

—Este verano has aprendido a mentir. Hay que ver lo deprisa que se aprende a mentir. ¿Aprendiste a mentir este verano, Símon?

El labio inferior de Símon se había puesto a temblar. Un movimiento involuntario

que era incapaz de dominar.

—Sólo a uno —dijo—. Pero no le conozco bien.

—Así que conoces sólo a uno. Vaya, hombre. No se debe mentir nunca, Símon. Si uno miente como tú, se encontrará en dificultades y hasta puede acarrear problemas a los demás.

—Sí —dijo Símon confiando que aquello acabara ya, confiando en que Mikkelína asomase por allí y les interrumpiera.

Pensó en decirle a Grímur que Mikkelína estaba en el pasillo y que había dormido en su cama.

—¿A quién conociste en los barracones? —preguntó Grímur.

Símon notó que las cosas se iban poniendo cada vez peor.

—Sólo a uno —respondió.

—Sólo a uno —repitió Grímur pasándose la mano por la mejilla y rascándose suavemente la herida con el dedo índice—. ¿Y quién es? Me alegro de que no sea más que uno.

—No lo sé. A veces va a pescar al lago. A veces nos da las truchas.

—¿Y es bueno contigo y con tu hermano?

—No lo sé —dijo Símon, aunque Dave era el mejor hombre que había conocido nunca.

En comparación con Grímur, Dave era un ángel enviado por el cielo para salvar a su madre. ¿Dónde estaría Dave? Ojalá Dave estuviera allí. Pensó en Tómas, pasando frío camino de Gufunes, y en su madre que ni siquiera sabía que Grímur había regresado a la colina. Y pensó en Mikkelína, en el pasillo.

—¿Venía mucho por aquí?

—No, sólo de vez en cuando.

—¿Venía por aquí antes de que me metieran en chirona? Chirona, Símon, significa «cárcel». Y que te metan en la cárcel no quiere decir que seas culpable de nada feo, es sencillamente que te meten en la cárcel. En chirona. Y no se lo pensaron dos veces. Hablaron muchísimo de dar un escarmiento. Los islandeses no deben robar al ejército. Qué cosa tan terrible. Así que tenían que condenarme a algo gordo, y a toda prisa. Para que a los otros no se les ocurriera imitarme y ponerse a robar ellos también. ¿Comprendes? Todos tenían que aprender de mis errores. Pero todos roban. No sólo yo. Todos hacen lo mismo y todos están sacándose sus buenos dineros. ¿Venía ese por aquí antes de que me metieran en chirona?

—¿Quién?

—El militar ese. ¿Venía por aquí antes de que me metieran en chirona? Ese que es el único que conoces.

—A veces pescaba en el lago antes de que te fueras.

—¿Y le regalaba a vuestra madre las truchas que pescaba?

—Sí.

—¿Pescaba muchas truchas?

—A veces. Pero no era un buen pescador. Se quedaba fumando en la orilla del lago. Tú pescas mucho más. También con red. Tú pescas muchísimo con red.

—Y cuando le regalaba las truchas a tu madre, ¿se quedaba un rato por aquí? ¿Entraba a tomar café? ¿Se sentaba aquí, a la mesa?

—No —dijo Símon, pensando si la mentira que estaba contando era una mentira demasiado evidente, pero no lo sabía.

Estaba asustado y nervioso y el labio le temblaba aunque se había puesto un dedo encima e intentaba contestar como creía que Grímur querría que contestara, pero al mismo tiempo procurando no perjudicar a su madre diciendo algo que a lo mejor Grímur prefiriera no saber. Símon estaba conociendo una nueva faceta de Grímur. Nunca había hablado con él tanto tiempo hasta entonces, y aquello le había cogido completamente desprevenido. Símon estaba en dificultades. No sabía exactamente qué era lo que Grímur quería saber, pero él haría todo lo posible por proteger a su madre.

—¿Nunca entró en casa? —preguntó Grímur; su voz había cambiado, ya no era suave y melosa, sino dura y decidida.

—Sólo dos veces, o así.

—¿Y qué hizo entonces?

—Pues nada.

—Ya, vaya. ¿Estás mintiendo otra vez? ¿Es eso? ¿Me estás mintiendo otra vez? Llego a casa después de aguantar muchos meses de humillaciones, y lo único que me encuentro son mentiras. ¿Vas a volver a mentirme?

Las preguntas herían a Símon como latigazos.

—¿Qué hacías en la cárcel? —preguntó Símon vacilante, con la débil esperanza de poder hablar de otra cosa que no fuera de Dave y su madre.

¿Por qué no venía Dave? ¿No sabía que Grímur ya había salido de la cárcel? ¿No habían hablado de eso en sus encuentros ocultos, cuando Dave le acariciaba la mano y le arreglaba el pelo?

—¿En la cárcel? —dijo Grímur, y su voz volvió a cambiar, volvió a ser suave y melosa—. En la cárcel escuchaba historias. Toda clase de historias. Se oyen tantas cosas y se desea oír tantas cosas, porque no va a verte nadie y uno nunca tiene noticias de su casa, pero llegan a la cárcel, porque en la cárcel siempre están entrando hombres y porque uno conoce bien a los guardias, que también le cuentan a uno algunas cosillas. Y uno tiene un montonazo de tiempo para darle vueltas y más vueltas a una historia.

En el pasillo se oyó un débil crujido de las maderas del suelo y Grímur calló, pero continuó como si no hubiera pasado nada.

—Claro que todavía eres muy pequeño; espera, ¿qué edad tienes exactamente, Símon?

—Tengo catorce años, y pronto cumpliré quince.

—De modo que ya estás haciéndote un adulto, así que quizá comprendas de lo

que estoy hablando. Uno oye hablar de todas esas chicas islandesas que se dejan montar por los soldados. Es como si fueran incapaces de contenerse en cuanto ven a un hombre de uniforme, y además oye uno lo caballerosos que son, que les abren la puerta para que pasen ellas delante, que son de lo más amables, que les gusta bailar con ellas, que nunca se emborrachan, que tienen cigarrillos y café y quizá más cosas, y que vienen de ciudades a las que a ellas les encantaría ir. Y nosotros, Símon, nosotros no somos más que unos palurdos. Simples labriegos, Símon, que no interesan a las chicas. Por eso me apetece saber algo más de ese militar que pesca en el lago; porque tú, Símon, me has decepcionado.

Símon miró a Grímur y fue como si de pronto perdiera todas las fuerzas del cuerpo.

—He oído tantas cosas sobre ese militar de la colina, y tú dices que ni siquiera le conoces. A menos, naturalmente, que me estés mintiendo, y eso no me gusta ni un pelo; mentirle a tu padre cuando hay un soldado que viene por aquí todos los días y da paseos con mi mujer durante todo el verano. ¿No sabes nada de eso?

Símon calló.

—¿No sabes nada de eso? —repitió Grímur.

—A veces se iban a dar un paseo —dijo Símon, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Vaya —dijo Grímur—. Sabía que seguíamos siendo amigos. ¿Y tú les acompañabas?

Aquello no acababa nunca. Grímur le miraba con su rostro quemado y con un ojo medio cerrado. Símon tuvo la sensación de que no podría seguir resistiendo mucho tiempo.

—A veces íbamos al lago y él llevaba comida. Como la que tenías tú a veces en las latas esas que se abren con una llavecita.

—¿Y besaba a tu madre a la orilla del lago?

—No —dijo Símon, feliz por no tener que responder con una mentira: nunca había visto a Dave y a su madre besarse.

—¿Y qué hacían, entonces? ¿Se cogían de la mano? ¿Y tú qué hacías? ¿Por qué le permitías a ese hombre que fuera a pasear con tu madre a la orilla del lago? ¿No se te pasó por la cabeza siquiera que a mí podría no gustarme? ¿Nunca se te pasó eso por la cabeza?

—No —respondió Símon.

—Nadie pensaba en mí en esos paseos. ¿No es eso?

—No —dijo Símon.

Grímur se inclinó hacia delante en el cono de luz y la roja quemadura se advirtió mucho mejor.

—¿Y cómo se llama ese hombre que roba las familias a otros y a todos les parece tan bien y nadie hace nada?

Símon volvió a callar.

—El que me echó encima el café, Símon, el que me hizo esto en la cara, ¿sabes cómo se llama?

—No —dijo Símon tan bajo que casi no se le oyó.

—Él no fue a la cárcel aunque me quemó. ¿Qué te parece? Como si esos militares fueran intocables, todos. ¿Tú crees que son intocables?

—No —dijo Símon.

—¿Ha engordado tu madre este verano? —preguntó Grímur como si se le hubiera venido alguna idea nueva a la cabeza—. No porque sea una vaca de la vaquería, Símon, sino por haber ido de excursión con el soldado de los barracones. ¿Tú crees que ha engordado algo este verano?

—No —respondió.

—Pues a mí me parece probable que sí. Pero ya lo veremos. Ese hombre que me tiró el café encima, ¿sabes cómo se llama?

—No —respondió Símon.

—Estaba equivocado, no sé de dónde habría sacado la idea, de que yo no era bueno con tu madre. Que le hacía cosas feas. Tú sabes que algunas veces no he tenido más remedio que escarmentarla. Ese hombre lo sabía, pero no lo comprendía. No comprendía que las tías como tu madre necesitan saber quién manda, con quién están casadas y cómo tienen que comportarse. Él era incapaz de comprender que a veces uno tiene que darles una buena torta. Me dijo cosas horribles. Gracias al trato con mis amigos de los barracones, comprendí lo que decía, y resulta que él estaba furioso conmigo por culpa de tu madre.

Símon no apartaba los ojos de la quemadura.

—Ese hombre, Símon, se llama Dave. Ahora no me mientas más; ese militar que es tan bueno con tu madre que lleva siéndolo durante la primavera y el verano entero y hasta bien entrado el otoño, ¿a lo mejor se llama Dave?

Símon se quedó pensativo sin apartar sus ojos de la cicatriz.

—Ellos se encargarán de él —dijo Grímur.

—¿Ellos se encargarán de él? —Símon no sabía a qué se refería Grímur, pero no podía ser nada bueno.

—¿Está la rata en el pasillo? —preguntó Grímur señalando con la cabeza en dirección a la puerta del pasillo.

—¿Qué? —Símon no acababa de entender a qué se refería.

—La tonta. ¿Crees que nos está escuchando?

—No sé dónde está Mikkeliña —dijo Símon; era una verdad a medias.

—¿Se llama Dave, Símon?

—Puede que sí —dijo Símon con prudencia.

—¿Puede que sí? No estás seguro. ¿Cómo le llamas, Símon? Cuando hablas con él o quizá cuando te acaricia y te mima, ¿cómo le llamas entonces?

—Pero no me acaricia...

—¿Cómo se llama?

—Dave —dijo Símon.

—¡Dave! Muchas gracias, Símon.

Grímur se echó hacia atrás y desapareció de la luz. Su voz volvió a enronquecerse.

—Porque he oído decir que se tiraba a tu madre.

En ese momento se abrió la puerta y la madre entró con Tómas a rastras, y la fría corriente de aire que entró con ellos le provocó a Símon un escalofrío por la sudorosa espalda.

Erlendur llegó a la colina quince minutos después de hablar con Skarphédinn.

No llevaba su móvil. Si lo hubiera cogido habría llamado durante el camino a Skarphédinn para pedirle que retuviera a la mujer hasta que él llegara. Tenía que tratarse de la mujer que había visto el viejo Róbert en los groselleros: una mujer torcida y vestida de verde.

Había poco tráfico en Miklubraut y subió la ladera de Ártúnsbrekka tan rápido como podía correr su coche, y fue luego al este por la carretera de Vesturland y giró a la derecha por el desvío de la colina. Dejó el coche en el solar, a poca distancia de la excavación. Skarphédinn se estaba marchando del solar en su coche, pero se detuvo. Erlendur descendió del suyo y el arqueólogo abrió la ventanilla del vehículo.

—¡Vaya, qué bien! ¿Por qué me colgaste de esa forma? ¿Pasa algo? ¡Qué cara traes!

—¿Sigue la mujer aquí? —preguntó Erlendur.

—¿La mujer?

Erlendur echó un vistazo hacia los arbustos y creyó ver un movimiento.

—¿Es ella, esa que está allí? —preguntó entornando los ojos. No veía bien a tanta distancia—. La mujer vestida de verde. ¿Sigue allí?

—Sí, allí está —dijo Skarphédinn—. ¿A qué viene todo esto?

—Luego te lo diré —dijo Erlendur, marchándose.

La imagen de los groselleros se iba haciendo más nítida según se iba acercando a ellos, y la mancha verde tomó forma. Apresuró el paso como si temiera que la mujer se le escapara. Estaba al lado de los desnudos arbustos, asía una de las ramas y miraba hacia el norte, dirección al Esja; parecía sumergida en profundas cavilaciones.

—Buenas noches —dijo Erlendur cuando llegó a una distancia que le permitía hablarle.

La mujer se volvió hacia él. No se había percatado de su presencia hasta ese momento.

—Buenas noches —dijo.

—Bonita noche —dijo Erlendur por decir algo.

—La primavera era siempre la mejor estación del año aquí en la colina —dijo la mujer, esforzándose al hablar.

La cabeza se le movía y Erlendur tuvo la sensación de que tenía que concentrarse especialmente para pronunciar cada palabra. Las palabras no salían por sí solas.

Guardaba una mano en la manga del abrigo y no se le veía. Tenía un pie zambo que asomaba por debajo del largo abrigo verde, y se inclinaba a la izquierda como si tuviera torcida la columna. Probablemente andaría ya cerca de los ochenta, aunque su aspecto era robusto, y el cabello gris, espeso y abundante le llegaba hasta los hombros. El rostro era amigable y triste. Erlendur se percató de que no sólo movía la cabeza al hablar. Sus movimientos eran finos e involuntarios, como si tuviera un

fuerte tic a intervalos regulares. Nunca parecía estar del todo quieta.

—¿Eres de aquí, de la colina? —preguntó Erlendur.

—Y ahora, la ciudad ha llegado hasta aquí arriba —dijo ella sin responder a su pregunta—. Una nunca lo habría podido imaginar.

—Sí, la ciudad se está extendiendo por todas partes —dijo Erlendur.

—¿Tú estás investigando los huesos? —preguntó la mujer de forma repentina.

—Sí —dijo Erlendur.

—Te vi en las noticias. A veces subo hasta aquí, sobre todo en primavera, como ahora. Por las tardes, cuando todo está en silencio y aún tenemos esta preciosa luz vespertina de primavera.

—El paisaje es muy bonito aquí arriba —dijo Erlendur—. ¿Eres de aquí, de la colina, o de los alrededores?

—En realidad pensaba ir a verte —dijo la mujer, que seguía sin responderle—. Pensaba ponerme en contacto contigo por la mañana. Pero es estupendo que seas tú quien me haya encontrado. Ya ha llegado el momento.

—¿El momento de qué?

—De que sucediera todo esto.

—¿El qué?

—Nosotros vivíamos aquí, junto a estos arbustos. La casa desapareció hace mucho tiempo. No sé lo que fue de ella. Se fue viniendo abajo con los años. Mi madre plantó los groselleros y hacía mermelada en otoño, pero no los quería sólo por la mermelada. Quería crear un lugar protegido y cultivar hierbas aromáticas y bonitas flores que se volvieran hacia el sur, siguiendo el sol; quería utilizar la casa de protección contra el viento del norte. Él no se lo permitió. Como hacía con todo.

Miró a Erlendur y su cabeza tembló al hablar.

—Me sacaban aquí a cuestras cuando hacía sol —dijo con una sonrisa—. Mis hermanos. A mí no había nada que me gustara más que sentarme fuera cuando brillaba el sol, y hasta chillaba de alegría cuando me traían al jardín. Y jugábamos. Ellos siempre estaban inventando nuevas formas de jugar conmigo, porque yo no me podía mover mucho. Por mi invalidez, que era mucho peor en aquella época. Intentaban hacerme participar en todo lo que hacían. Lo habían heredado de nuestra madre. Al principio los dos.

—¿El qué?

—La bondad.

—Un anciano nos informó de que había visto a una mujer vestida de verde que venía de vez en cuando a la colina y se pasaba un rato donde los groselleros. Su descripción encaja contigo. Pensábamos que podía ser alguien de los que vivían en las casas de veraneo de por aquí.

—Así que ya sabéis de la casa.

—Sí, y sabemos de algunos inquilinos, pero no de todos. Creemos que aquí vivió una familia de cinco miembros durante los años de la guerra, que incluso podían estar

sometidos a actos de violencia por parte del cabeza de familia. Tú has mencionado a tu madre y a tus dos hermanos, y tú eres la tercera criatura de la familia, lo que concuerda con la información que tenemos.

—¿Habló de una mujer vestida de verde? —preguntó con una sonrisa.

—Sí. De la mujer verde.

—El verde es mi color. Lo ha sido siempre. No me recuerdo a mí misma con ningún otro color.

—¿No se dice que la gente que es fiel al verde está muy unida a la tierra?

—Puede ser. —La mujer sonrió—. Yo estoy totalmente ligada a la tierra.

—¿Conoces a esa familia?

—Nosotros vivíamos en la casa que había aquí.

—¿Violencia doméstica?

La mujer miró a Erlendur.

—Sí, violencia doméstica.

—Eso fue...

—¿Cómo te llamas? —interrumpió la mujer a Erlendur.

—Me llamo Erlendur —respondió él.

—¿Tienes familia, Erlendur?

—No... bueno, sí, una especie de familia, creo.

—No estás seguro. ¿Te llevas bien con esa familia?

—Creo que...

Erlendur vaciló. No estaba preparado para esas preguntas y no sabía qué decir. ¿Había sido bueno con su familia? No mucho, pensó.

—Tal vez estés divorciado —dijo la mujer, pasando la vista por las raídas ropas de Erlendur.

—Así es —dijo él—. Iba a preguntarte... Creo que te he hecho una pregunta sobre violencia doméstica.

—Una palabra muy neutra para el asesinato de almas. Una palabra suave para quienes no saben lo que se esconde detrás de ella. ¿Sabes cómo es vivir con miedo constante durante toda la vida?

Erlendur calló.

—Vivir con el odio un día tras otro, nunca se acaba, da lo mismo lo que hagas, y nunca puedes hacer nada que cambie las cosas hasta que has perdido todo asomo de voluntad propia; no haces sino aguardar, con la esperanza de que la próxima paliza no sea tan terrible como las anteriores.

Erlendur no sabía qué decir.

—Poco a poco, las palizas se van convirtiendo en sadismo porque el único poder que tiene el violento en este mundo es el poder sobre aquella mujer, y sólo sobre ella, porque es su mujer, y es un poder absoluto porque ella está a su merced, porque no sólo la amenaza, sino que también la atormenta con el odio a sus hijos y le hace ver con toda claridad que les hará daño si intenta librarse de su poder. Pero la violencia

física, el dolor y los golpes, los huesos rotos, las heridas, los moretones, los ojos hinchados, los labios rotos, todo eso no es nada comparado con la tortura del alma. Un miedo constante, permanente, que nunca se calma. Los primeros años, cuando en ella aún queda vida, intenta buscar ayuda y escapar, pero él la caza y le dice en un susurro que matará a su hija y la enterrará en la montaña. Y ella sabe que lo hará, y se rinde. Se rinde y se pone en sus manos.

La mujer miró hacia el Esja y hacia el oeste, donde podía reconocerse el Snæfellsjökull a lo lejos.

—Y la vida de ella se convierte en una simple sombra de la de él —continuó—. Desaparece toda resistencia, y con la resistencia desaparece el deseo de vivir y deja de ser un ser vivo, es sólo una muerta, un ser de las tinieblas en constante búsqueda de alguna escapatoria. De alguna escapatoria de las palizas y las torturas psicológicas y de la vida de él, porque ella ya no vive su propia vida, y no existe más que en el odio de él.

»Al final ha triunfado él.

»Porque ella está muerta. Muerta en vida.

La mujer calló y pasó la mano por las desnudas ramas del arbusto.

—Hasta esa primavera. Durante la guerra.

Erlendur calló.

—¿Quién condena a un hombre por asesinar un alma? —continuó—. ¿Puedes decírmelo tú? ¿Cómo se puede acusar a un hombre de matar almas, y llevarlo ante los tribunales y hacer que le condenen?

—No lo sé —dijo Erlendur, que no comprendía cabalmente de lo que estaba hablando la mujer.

—¿Habéis llegado a los huesos? —preguntó ella, cambiando de tema.

—Mañana —respondió Erlendur—. ¿Tienes idea de quién fue enterrado ahí?

—Resultó al final que ella era como estos arbustos —dijo la mujer suavemente.

—¿Quién?

—Como los groselleros. No necesitan que los cuiden. Son especialmente recios, aguantan toda clase de inclemencias, incluso los inviernos más duros, pero se renuevan de verde al verano siguiente, y las grosellas que nos dan son siempre igual de rojas y llenas de zumo, como si no hubiera pasado nada. Como si nunca hubiera sido invierno.

—Perdona, pero ¿cómo te llamas? —preguntó Erlendur.

—El soldado la despertó de nuevo a la vida.

La mujer calló y miró fijamente los arbustos, como si hubiera volado en un instante a otro lugar y otro tiempo.

—¿Quién eres? —preguntó Erlendur.

—A mamá le encantaba el color verde. Decía que el verde era el color de la esperanza. —Volvió en sí—. Me llamo Mikkellína —dijo. Entonces pareció vacilar—. Él era un monstruo —añadió—. Una bestia de odio y furia.

Iban a dar las diez y había empezado a refrescar en la colina, y Erlendur preguntó a Mikkelína si no deberían sentarse en su coche, o si prefería charlar por la mañana. Ya se había hecho tarde y...

—Vamos a sentarnos en el coche —dijo ella, y echó a andar.

Caminaba despacio y se inclinaba a la izquierda cada vez que pisaba sobre el pie deforme. Erlendur iba delante y la sostuvo para que llegara, abrió la puerta y la ayudó a sentarse. Luego se sentó él también, dando la vuelta por delante. No comprendía cómo había llegado Mikkelína a la colina. No parecía que tuviera coche.

—¿Has venido en taxi? —le preguntó cuando estuvo sentado al volante.

Puso el motor en marcha. Este estaba aún caliente y enseguida entraron en calor.

—Me trajo Símon —dijo ella—. Dentro de un ratito volverá a buscarme.

—Hemos intentado obtener información sobre las personas que vivieron aquí en la colina. Calculo que se trata de tu familia, y hemos oído de labios de ancianos unos relatos extraños, como aquel del gasómetro.

—Él se burlaba de ella por ese motivo —dijo Mikkelína—, pero yo no creo que la engendraran en la orgía del fin del mundo, tal y como él aseguraba. También podría haber sido engendrado allí él mismo. Creo que hubo un tiempo en que se lo restregaban por la nariz, y que se burlaban de él por eso, quizá cuando era más joven, o más tarde, y acabó endilgándose a ella.

—¿De modo que crees que tu padre fue engendrado en el gasómetro?

—Él no era mi padre —dijo Mikkelína—. Mi padre falleció. Trabajaba de marinero en una barca de pesca y mi madre le quería. Aquel era mi único consuelo en la vida cuando era pequeña. Que él no fuera mi padre. Me odiaba de forma muy especial. La inválida. Por lo que me había pasado. Enfermé a los tres años de edad, me quedé inválida y perdí el habla. Él pensaba que era retrasada mental. Me llamaba idiota. Pero yo no era una retrasada. Nunca lo fui. No me proporcionaron la terapia conveniente. Y yo nunca dije nada porque vivía en permanente terror ante aquel hombre. No es ninguna novedad que los niños que se encuentran con experiencias muy negativas se vuelvan callados e incluso pierdan el habla. Supongo que es lo que me pasó a mí. Sólo mucho más tarde aprendí a caminar y empecé a hablar y a aprender. Tengo un título universitario. En Psicología.

Calló.

—Nunca pude averiguar quiénes eran los padres de él —continuó luego—. He procurado comprender lo que sucedió y por qué. Intenté escarbar algo en su infancia. Fue bracero en granjas de la comarca, aquí y allá, y finalmente en Kjós, al norte de aquí, cuando se conocieron mamá y él. Pero en un principio vivió en el distrito de Mýrar, en un pequeño pegujal llamado Melur. Ya no existe. El matrimonio que vivía allí tenía tres hijos y acogieron a otros niños, y recibían ayuda de las autoridades. Los trataban con mucha dureza. La gente de las granjas vecinas se hacía lenguas de ello.

Uno de los niños murió a su cargo por desnutrición y malos tratos. Tenía ocho años. Se hizo la autopsia allí mismo, en la granja, en circunstancias primitivas, incluso para esos años. Sacaron una puerta de sus goznes e hicieron la autopsia en ella. Lavaron las vísceras en el arroyo. Se comprobó que le habían sometido a un trato innecesariamente duro, como se decía entonces, pero no se podía asegurar que esa fuera la causa de la muerte. Él lo vio todo. A lo mejor eran amigos. Estaba acogido en Melur en esa misma época. Se le menciona en las actas del juicio, desnutrido y con heridas en la espalda y en las piernas.

Calló.

—No estoy buscando una justificación de lo que hizo ni del modo en que se comportó con nosotros —dijo luego—. Eso carece de toda posible justificación. Pero quería saber quién era.

Volvió a callar.

—¿Y tu madre? —preguntó Erlendur.

Tenía la sensación de que Mikkellína estaba dispuesta a decirle todo lo que a ella le parecía importante, y además a su modo. Por ello no quería presionarla. Necesitaba su tiempo para hablar.

—Era muy desdichada —continuó Mikkellína bruscamente, como si fuera una conclusión razonable a la que se pudiera llegar con facilidad—. Tuvo la desgracia de caer en manos de ese hombre. Así de sencillo. No tenía a nadie, pero en Reikiavik había recibido una educación relativamente buena y trabajaba de sirvienta en una casa cuando sus caminos se encontraron. Nunca he podido saber tampoco quiénes eran sus padres. Si se anotó en algún registro, el papel ha desaparecido.

Mikkellína miró a Erlendur.

—Pero ciertamente conoció el amor antes de que fuera demasiado tarde. Él entró en su vida en el momento preciso.

—¿Quién? ¿Quién entró en su vida?

—Y en la de Símon. Mi hermano. No sabíamos qué le pasaba por dentro, la cruz que había tenido que soportar todos esos años. Yo sentía en mí misma los golpes que mi padrastro le daba a mi madre y sufría por ella, pero yo era más fuerte que Símon. El pobre, el pobrecito Símon. Y luego Tómas. Se parecía a su padre. Tenía demasiado odio.

—Ya he perdido el hilo. ¿Quién entró en su vida, en la vida de tu madre?

—Era de Nueva York. Un estadounidense. De Brooklyn.

Erlendur asintió.

—Mamá ansiaba amor, reconocimiento de que existía, de que era un ser humano. Dave le devolvió la autoestima. Volvió a convertirla en una persona. Transcurrió mucho tiempo hasta que supimos por qué pasaba tanto tiempo con mamá. Qué era lo que veía en ella si nadie la miraba, a no ser mi padrastro, y sólo para golpearla. Pero un día le explicó por qué quería ayudarla. Dijo que lo había notado el momento mismo en que la vio por primera vez. Ya conocía las huellas de la violencia

doméstica y las veía en mamá, reflejadas en sus ojos. En el rostro, en los movimientos. En un instante reconoció la historia de mi madre.

Mikkelína calló y paseó la mirada por la colina hasta el lugar donde se alzaban los groselleros.

—Dave había crecido en las mismas condiciones que Símon, Tómas y yo. Su padre nunca fue acusado ni condenado, y no le castigaron por pegar a su mujer hasta su muerte. Dave la vio morir. Eran pobres como ratas, y ella enfermó de tuberculosis y murió. Su padre le dio una paliza antes de que se muriera. Dave estaba ya en la adolescencia pero no podía enfrentarse a su padre. Se fue de casa el día en que murió su madre y nunca regresó. Entró en el ejército unos años después, antes de que estallara la guerra. Le enviaron aquí, a Reikiavik, durante la guerra, y a la colina, donde entró en una casucha y volvió a ver el rostro de su madre.

Estaban sentados en silencio.

—Entonces ya era suficientemente mayor para hacer algo —dijo Mikkelína.

Un coche pasó lentamente a su lado y se detuvo junto al solar. Un hombre salió de él y miró en dirección a los groselleros.

—Ahí está Símon, que viene a recogerme —dijo Mikkelína—. Ya se ha hecho tarde. ¿No te importa que sigamos mañana? Ven a mi casa si quieres.

Abrió la portezuela del coche y llamó al hombre, que se dio la vuelta.

—¿Sabes quién fue enterrado ahí? —preguntó Erlendur.

—Mañana —dijo Mikkelína—. Hablaremos mañana otra vez. No corre ninguna prisa —dijo luego—. Nada corre prisa.

Símon se había acercado al coche y la ayudó a salir.

—Muchas gracias, mi querido Símon —dijo ella finalmente, enderezándose.

Erlendur se estiró en el asiento para ver mejor al hombre. Luego abrió la puerta de su lado y salió.

—Pero este no puede ser Símon —le dijo a Mikkelína mirando al hombre sobre el que se apoyaba; no tenía más de treinta y cinco años.

—¿Cómo? —dijo Mikkelína.

—¿Símon no era hermano tuyo? —preguntó Erlendur mirando al hombre.

—Sí —dijo Mikkelína, y luego pareció entender la extrañeza de Erlendur—. Este no es aquel Símon —dijo con una débil sonrisa—. Este es mi hijo, lo bauticé con su nombre.

A la mañana siguiente, Erlendur mantuvo una reunión con Elinborg y Sigurdur Óli en su despacho y les comunicó lo que le había contado Mikkellína, y que pensaba ir a visitarla algo más tarde. Estaba seguro de que le diría quién estaba enterrado en aquel lugar, quién le había colocado allí y por qué. Y el esqueleto lo sacarían por la tarde.

—¿Por qué no se lo sacaste todo allí mismo? —preguntó Sigurdur Óli, que había despertado como nuevo después de una tranquila velada con Bergthóra. Habían hablado del futuro, también de tener hijos, y se habían puesto de acuerdo en cuál era la mejor manera de organizarlo todo; también del viaje a París y del coche deportivo que pensaban alquilar—. Así podríamos acabar con toda esta mierda —añadió—. Estoy ya harto de los huesos. Harto del sótano de Benjamín. Harto de vosotros dos.

—Te acompañaré a verla —dijo Elinborg—. ¿Crees que será ella la chica inválida que vio Hunter en la casa cuando detuvo a aquel hombre?

—Todo parece indicar que sí. Tenía dos hermanastros que mencionó por sus nombres. Símon y Tomás. Eso encaja con los dos muchachos a quienes vio también. Y había un militar estadounidense que acudió en su auxilio que se llamaba Dave. Se lo comentaré a Hunter, por si conoce su apellido. Me pareció conveniente andar con tacto con esa mujer. Nos dirá lo que necesitamos saber. No hace ninguna falta correr demasiado en este caso.

Miró a Sigurdur Óli.

—¿Has acabado ya en el sótano de Benjamín?

—Sí, acabé ayer. No encontré nada.

—¿Está excluido que sea su novia la que fue enterrada allí?

—Sí, o al menos eso creo; se tiró al mar.

—¿Es posible confirmar la violación? —pensó Elinborg en voz alta.

—Creo que la confirmación está en el fondo del mar —dijo Sigurdur Óli.

—¿Cómo lo expresó ella? ¿Veraneo en Fljót? —dijo Erlendur.

—El amor está en el campo —dijo Sigurdur Óli con una sonrisa.

—¡Gilipollas! —exclamó Erlendur.

Hunter recibió a Erlendur y a Elinborg en la puerta de su casa y les indicó que pasaran al salón. La mesa del comedor estaba cubierta de documentos relacionados con el almacén de intendencia; había faxes y fotocopias esparcidos por el suelo, y por toda la sala se veían diarios y cuadernos, todos abiertos. Erlendur tuvo la sensación de estar metido en una investigación de mucha mayor enjundia. Hunter rebuscó en el montón de papeles de la mesa.

—Tengo por aquí en algún sitio una lista con la gente que trabajaba en el campamento, los islandeses —dijo—. Me la facilitó la embajada.

—Hemos encontrado a la gente de la casa en donde entraste —dijo Erlendur—.

Creo que se trata de la niña inválida que viste.

—Estupendo —dijo Hunter pensando en otra cosa—. Estupendo. Aquí está.

Le pasó a Erlendur una lista manuscrita con los nombres de los nueve islandeses que trabajaban en el almacén. Erlendur la conocía. Jim se la había leído por teléfono e iba a enviarle una copia. Recordó de pronto que había olvidado preguntarle a Mikkelína el nombre de su padrastro.

—He descubierto quién dio el chivatazo, quien delató a los ladrones. Un compañero mío de la policía militar de Reikiavik vive ahora en Minneapolis. Hemos mantenido el contacto y le llamé por teléfono. Recordaba bien el caso y lo descubrió indagando.

—¿Y quién era? —preguntó Erlendur.

—Se llamaba Dave, y era de Brooklyn. David Welch. Un soldado raso.

El mismo nombre que había mencionado Mikkelína, pensó Erlendur.

—¿Sigue con vida? —preguntó.

—Lo ignoramos. Mi amigo está intentando averiguar algo más a través del Ministerio de Defensa. A lo mejor le enviaron al frente.

Elinborg se puso a trabajar con Sigurdur Óli en la lista para saber quiénes eran los que habían trabajado en el almacén y dónde se encontraban ellos y sus descendientes, pero Erlendur le pidió que se reuniera más tarde con él para ir a ver a Mikkelína. Primero pensaba ir al hospital a visitar a Eva Lind.

Entró al pasillo de la UCI y miró a su hija, que yacía inmóvil como hasta entonces, con los ojos cerrados. Con gran alivio comprobó que no se veía a Halldóra por ningún sitio. Miró hacia el pasillo de la UCI donde había entrado por error y donde había tenido aquella extraña conversación con la mujer bajita sobre el muchacho en medio de la tormenta de nieve. Caminó lentamente por el pasillo hasta la última habitación, y al llegar allí comprobó que estaba vacía. La mujer del abrigo de pieles se había ido, y la cama en la que yacía aquel hombre en algún lugar entre la vida y la muerte estaba vacía. La mujer que aseguró ser médium también se había ido, y Erlendur estuvo pensando si todo aquello realmente había sucedido alguna vez o si habría sido un sueño. Se detuvo unos instantes en la puerta, luego se dio media vuelta y entró en la habitación de su hija cerrando la puerta con cuidado. Habría querido cerrarla con cerrojo, pero no tenía. Se sentó al lado de Eva Lind y se quedó en silencio junto a su cama pensando en el niño de la tormenta.

Pasó un buen rato hasta que salió de su ensimismamiento y exhaló un profundo suspiro.

—Tenía ocho años —le dijo a Eva Lind—. Dos años menos que yo.

Pensó en las palabras de la médium: no había sido culpa de nadie. Aquellas palabras tan simples venidas de la nada no le decían mucho. Había pasado toda su vida en aquella tormenta y el tiempo no había hecho sino volverla aún peor.

—Se me escapó de la mano —le dijo a Eva Lind.

Oyó el grito en la tormenta.

—No podíamos vernos —dijo—. Íbamos cogidos de la mano sin dejar espacio entre los dos pero no le podía ver por culpa de la nieve. Y luego se me escapó de la mano.

Calló.

—No te vayas. Tienes que sobrevivir y regresar, y volver a estar sana. Sé que tu vida no es un camino de rosas, y que la estás echando a perder como si no valiera nada. Como si tú no valieras nada. Pero no tienes razón al pensar eso. Y no puedes seguir pensando así.

Erlendur miró a su hija a la pálida luz de la lamparita de la mesilla de noche.

—Tenía ocho años. ¿Ya te lo he dicho? Un chico como cualquier otro, divertido y sonriente, y éramos amigos. Eso no es tan normal. En general siempre hay peleas. Discusiones, rivalidades, riñas. Pero no entre nosotros. Quizá por ser tan diferentes. La gente estaba encantada con él. Espontáneamente. Algunos son así. Yo no. Hay algo en ellos que rompe todas las defensas porque se presentan exactamente como son, no tienen nada que ocultar, no se esconden, son sólo ellos mismos, puros y directos. Esos chicos...

Erlendur calló.

—A veces tú me recuerdas a él. Tardé en verlo. Fue cuando viniste a verme después de tantos años. Hay algo en ti que me recuerda a él. Algo que estás destruyendo y por eso me duele ver cómo malgastas tu vida sin que yo pueda tener ningún tipo de influencia sobre ello. Estoy tan indefenso contigo como aquel día en medio de la tormenta de nieve, cuando me di cuenta de que se me escapaba. Íbamos cogidos de la mano y yo perdí la suya y me di cuenta cuando estaba ocurriendo y entonces supe que todo había terminado. Moriríamos los dos. Nuestras manos congeladas ya no podían ni agarrar. No sentí su mano excepto en el breve instante en que se me escapó.

Erlendur calló y miró al suelo.

—No sé si aquello fue la causa de todo. Yo tenía diez años y desde entonces siempre me he culpado a mí mismo. No consigo quitármelo de encima. No quiero quitármelo de encima. El sufrimiento es como un búnker para esa pena que no quiero perder. Quizá habría tenido que hacerlo mucho tiempo atrás, y aceptar la vida que se salvó y darle algún sentido. Pero no fue así, y difícilmente será así en el futuro. Todos llevamos nuestra cruz a cuestas. La mía no es quizá mayor que la de otros que han perdido a una persona amada, pero yo no puedo librarme de ella de ninguna forma.

»Algo se había apagado dentro de mí. Nunca volví a encontrarle, y sueño con él una y otra vez y sé que está allí todavía, en alguna parte, vagando bajo la nieve, solo y perdido y muerto de frío, hasta que cae al suelo en un sitio donde nadie le encuentra y nunca nadie le encontrará, y la tormenta se desploma sobre su espalda y en un momento la nieve lo cubre por completo y da lo mismo que le busque y le llame: no

le encuentro y él no me oye y se me ha perdido para siempre en la tormenta de nieve.

Erlendur miró a Eva Lind.

—Fue como si se hubiera ido directamente al cielo. A mí me encontraron. A mí me encontraron y yo seguí viviendo y le perdí. No pude decirles nada. No pude decirles dónde estaba cuando le perdí. No podía ver ni delante de mis ojos por culpa de aquella maldita tormenta del demonio. Yo tenía diez años y estaba casi completamente congelado y no pude decir nada. Enviaron un equipo de búsqueda y recorrieron el páramo de la mañana a la noche, día tras día, con linternas, y le llamaron a gritos y metieron largos palos en la nieve e hicieron turnos y llevaron perros pero no se consiguió nada. Nunca.

»Nunca le encontraron.

»Y luego me encontré aquí al lado, en el pasillo, a una mujer que me reveló un mensaje del chico de la ventisca. Dijo que no pasó por mi culpa y no hay nada que temer. ¿Qué significará eso? Yo no creo en esas cosas, pero ¿qué debo pensar? Durante toda mi vida he sentido que era culpa mía, aunque sé perfectamente, y lo sé desde hace tiempo, que era demasiado pequeño para tener culpa alguna. Sin embargo, los remordimientos me torturan como un cáncer que acaba por llevarle a uno a la muerte.

»Porque el chico cuya mano se me escapó no era un chico normal y corriente.

»Porque el chico de la tormenta...

»... era mi hermano.

La madre cerró de un portazo el acceso al frío viento de otoño y en la penumbra de la cocina vio a Grímur sentado enfrente de Símon, junto a la mesa. No lo distinguía bien. No le había visto desde que se lo habían llevado, pero en el momento mismo en que sintió su presencia en la casa y volvió a verle en la oscuridad, el miedo se desplomó sobre ella como una losa. Llevaba esperando su regreso todo el otoño, pero no sabía exactamente cuándo le liberarían. Cuando vio a Tómas llegar corriendo a buscarla comprendió al instante lo que sucedía.

Símon no se atrevió a moverse pero, tieso como un palo, giró la cabeza hacia atrás y vio a su madre mirándole fijamente. Le había soltado la mano a Tómas, que fue corriendo hasta el pasillo, donde estaba Mikkelína. Vio el horror en los ojos de Símon.

Grímur estaba sentado en la silla de la cocina y no se movió un milímetro. Así transcurrieron unos instantes sin que se oyera nada más que el silbido del viento de otoño y la respiración de la madre, jadeante tras la carrera colina arriba. Su miedo a Grímur se había apaciguado desde la primavera, pero ahora brotaba de nuevo con toda su fuerza, y en un solo instante volvió a ser la misma que había sido siempre. Como si no hubiera sucedido nada mientras él no había estado. Sintió que se le iba la fuerza de las piernas, que el dolor del vientre crecía sin pausa, su gesto volvió a

perder su gracia, levantó los hombros, se hizo tan pequeña como podía. Sumisa. Oculta. Preparada para lo peor.

Los niños vieron la transformación que se producía en ella en el umbral de la cocina.

—Símon y yo estábamos charlando —dijo Grímur, y volvió a poner el rostro bajo la luz, de modo que se viera la quemadura.

Los ojos de la madre aumentaron bruscamente de tamaño al ver su cara con aquella cicatriz roja como el fuego. Abrió la boca como si fuera a decir algo o a soltar un grito, pero no se oyó nada, y se quedó mirándole fijamente con gesto de incredulidad.

—¿No te parece bonito? —dijo él.

Había algo extraño en Grímur. Algo que Símon no sabía del todo lo que era. Más seguridad en sí mismo. Más vanidad. Él era quien ostentaba el poder, aquello trascendía su presencia frente a la familia; siempre lo había ostentado, pero ahora era algo más, algo más peligroso, y Símon se puso a pensar en qué podía ser, cuando Grímur se levantó despacio de la mesa.

Fue hacia la madre.

—Símon me habló del soldado que venía por aquí a traer truchas y que se llamaba Dave.

La madre calló.

—Y fue un soldado llamado Dave el mismo que me hizo esto —dijo, señalando la cicatriz—. No puedo abrir el ojo del todo porque tuvo la sana ocurrencia de echarme encima el café. Primero lo calentó en una jarra hasta que estuvo tan caliente que necesitó un paño para cogerla, y pensando en que nos iba a servir café, me lo tiró directamente a la cara.

La madre apartó los ojos de Grímur y clavó la mirada en el suelo, sin moverse.

—Le hicieron pasar al cuarto donde yo estaba esposado con las manos a la espalda. Y todos sabían ya lo que pensaba hacerme.

Se dirigió amenazante hacia Mikkellína y Tómas, que estaban en el pasillo. Símon seguía clavado en su silla junto a la mesa de la cocina. Grímur se volvió de nuevo hacia la madre y avanzó hacia ella.

—Era como si estuvieran recompensando a aquel hombre —dijo—. ¿Tú sabes por qué?

—No —dijo la madre en voz baja.

—No —repitió Grímur—. Estabas demasiado ocupada follando con él.

Sonrió.

—No me extrañaría que le encontraran un día flotando en el lago. Como si se hubiera caído mientras pescaba sus truchas.

Grímur se pegó a ella y le puso una mano en el vientre.

—¿Crees que se habrá dejado algo por aquí? —preguntó con voz baja y amenazante—. ¿Algo de sus excursiones por el lago? ¿No crees? ¿Crees que se habrá

dejado algo? Quiero que sepas que si se ha dejado algo, lo mataré. A lo mejor le quemó, igual que él me quemó la cara a mí.

—No digas esas cosas —dijo la madre.

Grímur la miró.

—¿Cómo se enteró del robo ese bestia? —preguntó—. ¿Quién le contó lo que hacíamos? ¿Sabes tú algo de eso? A lo mejor no fuimos suficientemente cuidadosos. A lo mejor nos vio. Pero a lo mejor le regaló unas truchas a alguien y vio los trastos aquí y se preguntó de dónde habría salido todo aquello y le preguntó a la putilla que vive aquí si es que ella lo sabía.

Grímur apretó la mano sobre el vientre de la madre.

—No podéis ver un uniforme sin abriros de piernas.

Símon se levantó en silencio y se puso detrás de su padre.

—¿Qué te parece si nos preparamos un café? —dijo Grímur a la madre—. ¿Qué te parece si nos preparamos un exquisito café bien caliente? Si Dave nos lo permite. ¿Crees que nos lo permitirá? —rio—. A lo mejor se toma una tacita con nosotros. ¿Le esperas? ¿Esperas que venga a salvarte?

—No hagas eso —dijo Símon a su espalda.

Grímur soltó a la madre y se volvió hacia Símon.

—No hagas eso —repitió Símon.

—¡Símon! —exclamó la madre con aspereza—. ¡Basta ya!

—Deja a mamá —dijo Símon con voz temblorosa.

Grímur se volvió de nuevo hacia la madre. Mikkelína y Tómas les observaban desde el pasillo. Él se inclinó sobre ella y le murmuró al oído:

—¡A lo mejor desapareces tú un día, igual que la chica de Benjamín!

La madre miró a Grímur, preparada para un ataque que sabía inevitable.

—¿Qué sabes tú de eso?

—La gente desaparece. Toda clase de gente. También los finos. Así que una desgraciada como tú también puede desaparecer. ¿Quién iba a preguntar por ti? A lo mejor tu mamá, la del gasómetro, que anda buscándote. ¿No crees?

—Déjala —dijo Símon, que seguía al lado de la mesa de la cocina.

—¿Símon? —dijo Grímur—. Pensaba que éramos amigos. Tómas, tú y yo.

—Déjala —repitió Símon—. Tienes que dejar de hacerle daño. Tienes que dejar de hacerle daño y marcharte. Márchate y no vuelvas más.

Grímur se había ido acercando a él y se quedó mirándole como si fuera alguien completamente desconocido.

—Ya me he ido. He estado fuera seis meses y así es como se me recibe: la vieja en estado, y ahora resulta que el pequeño Símon pretende echar a su padre. ¿Eres ya lo bastante grande para darle órdenes a tu papá, Símon? ¿Eso crees? ¿Crees que alguna vez llegarás a ser lo bastante grande para darme órdenes a mí?

—¡Símon! —exclamó la madre—. Déjalo estar. Vete a Gufunes con Tómas y Mikkelína y esperadme allí. ¿Me oyes, Símon? Haz lo que te digo.

Grímur sonrió burlón a Símon.

—Y ahora la vieja se pone a dar órdenes. ¿Quién se cree que es? Vaya, sí que habéis cambiado todos en tan poco tiempo.

Grímur miró hacia el pasillo.

—¿Y qué pasa con el bicho raro? ¿A lo mejor hasta la coja parlotea? La coja del de-de-de-de-demonio, tendría que haberla estrangulado hace muchos años. ¿Así me lo agradecéis? ¡¿Así me lo agradecéis?! —bramó hacia el pasillo.

Mikkelína desapareció del umbral y se ocultó en la oscuridad del pasillo. Tómas se quedó solo mirando a Grímur, que le sonrió.

—Pero Tómas y yo somos amigos —dijo Grímur—. Tómas nunca engañaría a su papá. Ven aquí, chiquillo. Ven con tu papá.

Tómas fue hacia él.

—Mamá llamó por teléfono —dijo.

—No creo que la intención de Tómas fuera ayudarlo a él, sino a mamá, asustarle a él de alguna forma y así ayudar a mamá. Aunque creo que no sabía muy bien lo que estaba haciendo. Era tan pequeño, el buen niño.

Mikkelína calló y miró a Erlendur. Elinborg y él habían ido a su casa y escuchaban el relato de su madre y de Grímur, cómo se conocieron y cómo la golpeó la primera vez y cómo la violencia fue creciendo con el tiempo y cómo intentó ella por dos veces la huida, cómo la había amenazado con matar a los niños. Les habló de la vida en la colina, de los soldados y del campamento de intendencia y del robo, y de Dave que pescaba en el lago y del verano que su padre pasó en chirona y su madre se enamoró, de cómo sus hermanos la sacaban a tomar el sol y de la fría mañana de otoño en que regresó su padrastro.

Mikkelína se tomó todo el tiempo necesario para contarle aquellas cosas, sin pasar por alto nada que le pareciera importante en la historia de la familia. Erlendur y Elinborg estaban sentados escuchando y tomando el café y las galletas que Mikkelína les había preparado, pensando que Erlendur acudiría. Saludó a Elinborg con cariño y le preguntó si había muchas mujeres investigadoras en la policía.

—Casi ninguna —dijo Elinborg con una sonrisa.

—Pues qué pena —dijo Mikkelína, y les invitó a que se sentaran—. Las mujeres tendrían que estar en todas partes y en primera línea.

Elinborg miró a Erlendur, que sonrió débilmente. Había ido al despacho después del almuerzo, había estado en el hospital, y le pareció encontrarlo más abatido que de costumbre. Le preguntó por el estado de Eva Lind, pues pensó que debía de haber empeorado, pero no había cambios, y cuando le preguntó qué tal estaba él y si podía hacer algo, sacudió la cabeza y le dijo que lo único que se podía hacer era esperar. Elinborg pensó que la espera estaría resultando una prueba muy dura, pero no siguió insistiendo. Erlendur no solía hablar de sí mismo con los demás.

Mikkelína vivía en la planta baja de un pequeño bloque de pisos en Breidholt, un barrio del sur de la capital. Su hogar era pequeño pero acogedor y, mientras ella preparaba el café en la cocina, Erlendur paseó por el salón mirando fotos de su familia, o de personas que supuso podrían ser su familia. No eran muchas, y pensó que ninguna de las fotos podía estar hecha en la colina.

Empezó a hablarles un poco sobre sí misma mientras trasteaba en la cocina; su voz llegaba sin problemas al salón. Empezó tarde a ir al colegio, casi a los veinte años, e igualmente comenzó tarde la fisioterapia para su invalidez, pero enseguida empezó a hacer grandes progresos. Erlendur tuvo la sensación de que pasaba relativamente deprisa por la historia al hablar de sí misma, pero no hizo ningún comentario al respecto. Mikkelína consiguió terminar el bachillerato en los cursos para adultos, entró en la universidad y se licenció en Psicología. Por entonces tenía ya más de cuarenta años. Ahora, ya había dejado de trabajar.

Había adoptado al niño, al que dio el nombre de Símon, antes de empezar sus estudios universitarios. Formar una familia natural habría sido muy difícil, por circunstancias que quizá no necesitaba explicarles con mayor detalle. En sus labios se dibujó una sonrisa irónica.

Dijo que visitaba regularmente la colina en primavera y en verano, echaba un vistazo a los groselleros y en otoño recogía las bayas, y hacía mermelada. Aún le quedaba un poquito del otoño pasado, y les dio para que la probaran. Elinborg, que entendía de cocina, la alabó. Mikkelína se la regaló excusándose por la poca cantidad que quedaba.

Había visto crecer la ciudad a lo largo de los años, extendiéndose primero hacia Breidholt y luego por Grafarvogur a la velocidad del rayo, y luego a Mosfellsdalur y finalmente por la colina de Grafarholt, donde ella había vivido en tiempos y de donde procedían algunos de sus recuerdos más dolorosos.

—En realidad, de ese lugar sólo tengo recuerdos dolorosos —dijo—. Excepto por ese breve verano.

—¿Naciste con esta discapacidad? —preguntó Elinborg.

Había intentado formular la pregunta con la máxima delicadeza, pero llegó a la conclusión de que en un tema de aquella índole no había delicadeza posible.

—No —dijo Mikkelína—. Enfermé a los tres años de edad. Me llevaron a un hospital. Entonces se prohibía a las madres permanecer con sus hijos en las salas de hospitalización. Mamá nunca consiguió comprender aquella norma odiosa y despiadada que le impedía estar junto a su hija, que se encontraba muy enferma y habría podido morir en el hospital. Más tarde pensó que yo podría llegar a recuperar lo que había perdido, pero mi padrastro no le permitió ocuparse de mí, ni llevarme al médico, ni que me trataran. Tengo algunos recuerdos anteriores a la enfermedad, aunque no sé si son sueño o realidad, pero brilla el sol y estoy en el patio de la casa, probablemente donde mi madre trabajaba de sirvienta, corriendo y chillando como si ella anduviera detrás de mí. Y no recuerdo nada más. Sólo que era capaz de correr.

Mikkelína sonrió.

—He tenido muchas veces sueños como ese. En los que estoy sana y me muevo libremente y no meneo la cabeza al hablar y soy capaz de controlar los músculos del cuello, sin que se mueva de acá para allá todo el tiempo.

Erlendur dejó la taza en la mesa.

—Ayer me dijiste que le habías puesto a tu hijo el nombre de tu hermano, Símon.

—Símon era un chico estupendo. Era medio hermano mío. No se parecía nada a su padre. O yo no lo descubrí nunca. Era igual que mamá. Alegre y comprensivo y siempre dispuesto a ayudar. No aguantaba que otros lo pasaran mal, el pobre niño. Odiaba a su padre, y ese odio tuvo malas consecuencias para él. No debería haber tenido que odiar a nadie. Pero le pasaba lo que a todos nosotros: pasamos la niñez muertos de miedo. Se quedaba destrozado cuando a su padre le entraba la furia. Le veía golpear a su madre hasta dejarla medio muerta. Yo me tapaba la cabeza con la

manta pero él veía todo lo que pasaba, era como si se estuviera armando para el futuro, para cuando fuera suficientemente grande y fuerte para oponerse a su padre, para pelear con él.

»A veces intentaba interceder. Se ponía de parte de nuestra madre y le llevaba la contraria a él. Mamá le tenía más miedo a aquello que a las palizas. No podía ni imaginarse que les pasara nada a sus hijos.

»Un chico tan extraordinario, mi querido Símon.

—Hablas de él como si siguiera siendo un niño —dijo Elinborg—. ¿Ha muerto?

Mikkelína calló y sonrió.

—¿Y Tomás? —dijo Erlendur—. Eras tres hermanos.

—Sí, Tomás —dijo Mikkelína—. Era distinto a Símon. Su padre lo sabía.

Mikkelína calló.

—¿A quién llamó tu madre? —preguntó Erlendur.

Mikkelína no le respondió, sino que se levantó y entró en su dormitorio. Elinborg y Erlendur se miraron. Poco después volvió Mikkelína con un papel doblado en la mano. Desplegó el papel, leyó lo que estaba escrito en él y se lo pasó a Erlendur.

—Mamá me dio esta nota —dijo—. Recuerdo el momento en que Dave se la pasó por encima de la mesa, pero no supimos lo que ponía. Mamá no me la enseñó hasta mucho después. Muchos años después.

Erlendur leyó el mensaje.

—La nota estaba escrita en islandés; seguramente alguien que supiera el idioma ayudara a Dave. Mamá la tuvo escondida todo el tiempo y naturalmente yo me la llevaré conmigo a la tumba.

Erlendur miró la nota. Las palabras estaban escritas en letras de imprenta bastante torpes pero muy claras.

SÉ QUE TE MALTRATA.

—Mamá y Dave pensaban ponerse en contacto en cuanto soltaran a mi padrastro. No sé exactamente qué pensaban hacer.

—¿No pudo buscar ayuda en Gufunes? —preguntó Elinborg—. Allí tenía que trabajar un montón de gente.

Mikkelína la miró.

—Mi madre había tenido que soportar la violencia de su marido durante quince años. La violencia era física, le golpeaba, a menudo con tanta saña que tenía que pasarse muchos días en cama. Y era también psicológica, y esa violencia era aún más terrible porque, como le dije ayer a Erlendur, mi madre se convertía en nada. Había empezado a despreciarse a sí misma tanto como la despreciaba su marido; durante mucho tiempo pensó en el suicidio, pero sobre todo por nosotros, sus hijos, no llevó a cabo la idea. Dave cambió el panorama durante el tiempo que estuvo con ella, y ella jamás habría pedido ayuda a nadie que no fuera él. No le había contado nunca a nadie

lo que había tenido que padecer durante todos esos años, y estaba convencida de que las palizas seguirían, en cualquier caso, y que todo volvería a ser como antes.

Mikkelína miró a Erlendur.

—Dave no volvió.

Miró a Elinborg.

—Y nada fue como antes.

—¿Llamó?

Grímur pasó el brazo sobre los hombros de Tómas.

—¿A quién llamó, Tómas? No debemos tener secretos entre nosotros. Tu mamá piensa que ella sí que puede tener secretos, pero eso es un gran error. Tener secretos puede resultar peligroso.

—No utilices al niño —dijo la madre.

—Ahora se pone a darme órdenes a mí —dijo Grímur dando un masaje en los hombros a Tómas—. Cómo han cambiado las cosas. ¿Qué será lo siguiente?

Símon se colocó al lado de su madre. Mikkelína se arrastró hasta ellos. Tómas se echó a llorar. Una mancha oscura se extendió por los alrededores de la bragueta de su pantalón.

—¿Y quién respondió? —preguntó Grímur; la sonrisa había desaparecido de sus labios, así como el tono de burla: el gesto era serio.

Los demás no despegaban los ojos de la cicatriz.

—No respondió nadie —dijo la madre.

—¿No estaba Dave dispuesto a venir para salvar la situación?

—No —dijo la madre.

—¿Dónde estará el soplón? —dijo Grímur—. Esta mañana salía un barco. Cargado de soldaditos hasta los topes. En Europa nunca hay soldados de sobra. No los pueden dejar a todos en Islandia, sin nada que hacer que no sea follar con nuestras mujeres. O a lo mejor la han tomado con él. Y es que este asunto era más grande de lo que yo me imaginaba y empezaron a caer cabezas. Cabezas mucho más importantes que la mía. Cabezas de oficiales. No estaban nada contentos.

Apartó a Tómas de un empujón.

—No estaban nada contentos.

Símon se apretó contra su madre.

—Pero hay algo que no comprendo —dijo Grímur, que se había aproximado a la madre, y todos sintieron el hedor de su aliento—. Es que no acabo de entenderlo. No lo pillo. Puedo comprender perfectamente que te entregaras al primer hombre que te mirara en mi ausencia. No eres más que una puta. Pero ¿en qué estaba pensando él?

Casi se tocaban.

—¿Qué pudo ver en ti?

Puso las manos sobre la cabeza de su mujer.

—Fea como el pecado, putona de mierda.

—Pensábamos que se iba a lanzar sobre ella y que aquella vez la mataría. Yo temblaba de terror y Símon no se sentía mucho mejor. Yo estaba pensando si podría llegar hasta los cuchillos de la cocina. Pero no pasó nada. Sencillamente se miraron a los ojos y, en vez de atacarla, dio unos pasos atrás, alejándose de ella.

Mikkelína calló.

—Nunca había sentido tanto miedo en toda mi vida. Y Símon nunca fue el mismo después de aquello. Empezó a alejarse de nosotros cada vez más. Pobre Símon.

Bajó los ojos.

—Dave desapareció de nuestra vida tan deprisa como había entrado en ella —continuó—. Mamá nunca volvió a saber de él.

—Su apellido era Welch —dijo Erlendur—. Y estamos intentando averiguar qué fue de él. ¿Cómo se llamaba tu padrastro?

—Se llamaba Thorgrímur —dijo Mikkelína—. Siempre lo llamamos Grímur.

—Thorgrímur —repitió Erlendur.

Recordaba aquel nombre de la lista de islandeses que trabajaban en el campamento.

Empezó a sonar el teléfono en el bolsillo de su abrigo. Era Sigurdur Óli, desde la excavación de la colina.

—Tienes que venir aquí —dijo Sigurdur Óli.

—¿Aquí? ¿Adónde? —preguntó Erlendur—. ¿Dónde estás?

—Bueno, en la colina —dijo Sigurdur Óli—. Han llegado al esqueleto y creo que ya sabemos quién fue enterrado aquí.

—¿Quién fue enterrado ahí?

—Sí, en la tumba.

—¿Quién?

—La novia de Benjamín.

—¿Por qué? ¿Por qué piensas que se trata de ella?

Erlendur se había puesto en pie y había entrado en la cocina para que no le molestaran.

—Sube para acá y míralo tú mismo —dijo Sigurdur Óli—. No puede tratarse de nadie más. Ven y míralo tú mismo.

Y apagó el teléfono.

Erlendur y Elinborg llegaron a Grafarholt quince minutos después. Se habían despedido a toda prisa de Mikkellína, que se quedó mirándoles con ojos de asombro desde la puerta. Erlendur no comentó la llamada, se limitó a decir que tenían que ir a la colina, que había aparecido el esqueleto y tenía que pedirle que esperase hasta más tarde para continuar su historia. Era necesario que siguieran hablando.

—¿Queréis que os acompañe? —preguntó Mikkellína desde el umbral mirándoles mientras salían—. Yo...

—Ahora no —le interrumpió Erlendur—. Hablaremos con más tranquilidad. Ha aparecido algo nuevo en el caso.

Sigurdur Óli les esperaba en la colina y les acompañó a donde estaba Skarphédinn, al lado del hoyo.

—Erlendur —dijo el arqueólogo a guisa de saludo—. Ya está aquí. A fin de cuentas no hemos tardado tanto tiempo.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó Erlendur.

—Es una mujer —dijo Sigurdur Óli dándose importancia—. De eso no cabe duda.

—¿Por qué? —preguntó Elinborg—. ¿De repente te has convertido en médico?

—No hace falta ser médico —dijo Sigurdur Óli—. Es evidente.

—En la tumba hay dos esqueletos —dijo Skarphédinn—. Uno es de una persona adulta, probablemente una mujer, el otro de un niño, un niño muy pequeño, quizás un feto aún. Ahí está el esqueleto.

Erlendur le miró confuso.

—¿Dos esqueletos?

Miró a Sigurdur Óli, dio dos pasos en dirección a la tumba y enseguida vio a lo que se refería Skarphédinn. Habían puesto al descubierto la mayor parte del esqueleto grande, que se presentaba con la mano levantada en el aire, la mandíbula abierta, llena de tierra, y las costillas rotas. Había tierra en las cuencas vacías de los ojos, algunas hebras de pelo estaban aún pegadas a la frente y en el rostro la carne no se había podrido por completo.

Encima de él había otro esqueleto extrañamente pequeño, encogido, como en posición fetal. Los arqueólogos habían quitado la tierra que lo cubría con mucho cuidado, usando cepillos. Los huesos de brazos y piernas eran del tamaño de lápices y la cabeza como una pelotita. Estaba debajo de las costillas del esqueleto grande, con la cabeza hacia abajo.

—¿Puede ser alguien más? —preguntó Sigurdur Óli—. ¿Acaso no se trata de la novia? Estaba embarazada. ¿Cómo se llamaba, por cierto?

—Sólveig —dijo Elinborg—. ¿Tan avanzada estaba ya? —se preguntó como para sí, los ojos fijos en los esqueletos.

—¿En esta fase se habla de niño o de feto? —quiso saber Erlendur.

—No tengo ni idea —respondió Sigurdur Óli.

—Ni yo —dijo Erlendur—. Necesitamos un especialista. ¿Podemos llevarnos los esqueletos tal y como están ahora al tanatorio de Barónsstígur? —preguntó a Skarphédinn.

—¿Qué quiere decir «tal y como están ahora»?

—Uno encima del otro.

—Aún tenemos que limpiar parte del esqueleto grande. Si le quitamos algo más de tierra con escobillas y pinceles, llegaremos debajo de los huesos y entonces, con mucho cuidado, podremos levantar los dos juntos. Creo que se puede hacer. ¿No prefieres que el médico los examine aquí mismo, en la tumba, tal como están enterrados?

—No, prefiero llevarlos a un sitio cerrado —dijo Erlendur—. Tenemos que examinarlos a fondo en las mejores condiciones posibles.

Los esqueletos fueron separados de la tierra, hacia el atardecer. Erlendur estuvo presente en el traslado de los huesos, junto con Elinborg y Sigurdur Óli. Erlendur tuvo la impresión de que los arqueólogos trabajaban de forma muy profesional. No se arrepentía de haberles encargado la tarea. Skarphédinn dirigió el proceso con la misma energía que había mostrado durante la excavación. Le comentó a Erlendur que le habían tomado cariño al esqueleto, al que llamaban Hombre del Milenario en su honor, y que lo echarían de menos. Pero su trabajo no había concluido todavía. Skarphédinn, que de pronto estaba muy interesado por la criminología, tenía intención de continuar con su gente en busca de huellas en el talud, para intentar explicar lo sucedido en la colina tantos años atrás. Había mandado grabar la excavación por todos lados, en vídeo y fotografía, y hablaba de dar una conferencia en la universidad, sobre todo si Erlendur conseguía averiguar cómo habían ido a dar allí los huesos, añadió con una sonrisa que dejó ver sus colmillos.

Los esqueletos se trasladaron al tanatorio de Barónsstígur, donde se les haría un examen exhaustivo. El forense estaba de vacaciones en España con su familia y no volvería al país hasta por lo menos una semana después, según le dijo por teléfono a Erlendur aquella misma tarde, ya bien moreno y camino de degustar un rico cochinillo; Erlendur tuvo la sensación de que estaba un poco achispado. El médico de distrito de Reikiavik observó cómo se sacaban los huesos de la tierra y se introducían en un furgón de la policía, y se ocupó de que los colocaran en un sitio adecuado en el tanatorio.

Tal como había pedido Erlendur, los dos esqueletos se habían transportado de una pieza. Para mantenerlos en el mejor estado posible, los arqueólogos habían dejado tierra en las zonas de contacto. Por eso lo que había sobre la mesa de autopsias delante de Erlendur y el médico de distrito, que observaban uno al lado del otro, era una masa un tanto informe, bañada en la luz de los fluorescentes de la sala de disección. Los esqueletos estaban envueltos en una gran sábana blanca que el médico retiró para observar los huesos.

—Es primordial determinar la edad de ambos esqueletos —indicó Erlendur mirando al médico.

—Ya, una determinación de edad —dijo el médico pensativo—. En realidad hay una diferencia muy escasa entre los esqueletos de hombre y mujer, aparte de que las pelvis son distintas, y apenas puede apreciarse a causa del esqueleto pequeño y de la tierra que hay inserta. Me parece que en el grande se conservan los doscientos seis huesos. Las costillas están rotas, lo que ya sabíamos. Es un esqueleto bastante grande, una mujer de considerable estatura. Es lo que se me ocurre a primera vista, pero por lo demás prefiero no tener que pronunciarme con más detalle. ¿Corre mucha prisa? ¿No puedes esperar una semana? No tengo conocimientos especializados en autopsias ni en determinación de edad. Se me pueden pasar por alto toda clase de cosas que un forense especializado sabría observar y explicar. Si quieres que esto se haga bien tendrás que esperar. ¿Corre mucha prisa? ¿No se puede esperar? —repitió.

Erlendur vio al médico con la frente perlada de sudor y recordó que una vez alguien le había dicho que no era excesivamente aficionado al trabajo.

—Desde luego —dijo Erlendur—. No hay ninguna prisa. O no creo que la haya. A menos que estos huesos estén relacionados con algo que aún no conocemos y que pueda tener consecuencias catastróficas.

—¿Quieres decir que alguien que haya seguido el hallazgo de estos huesos sabe lo que está en juego y que quizás tenga consecuencias?

—Esperemos a ver —dijo Erlendur—. Esperemos al forense. No es cuestión de vida o muerte. Pero mira a ver qué puedes hacer tú. Estúdialo con tranquilidad. A lo mejor puedes separar un poco los esqueletos sin destruir ninguna prueba.

El médico de distrito asintió como si no estuviera del todo seguro.

—Veré lo que puedo hacer —dijo al fin.

Erlendur decidió hablar enseguida con Elsa, la sobrina de Benjamín Knudsen, sin dejarlo para el día siguiente, y fue aquella misma tarde acompañado de Sigurdur Óli. Elsa les recibió en la puerta y les pidió que entraran al salón. Se sentaron. A Erlendur le pareció más cansada y temió su reacción cuando supiera que habían encontrado dos esqueletos; imaginó que tenía que ser muy duro para ella que aquel viejo asunto se hubiera descubierto después de tantos años y que su tío pudiera estar implicado en un crimen.

Finalmente se lo dijo; lo más probable era que se tratase de la novia de Benjamín. Elsa miraba a uno y al otro mientras Erlendur terminaba de hablar, y no pudo ocultar un gesto de incredulidad.

—No os puedo creer —exclamó—. ¿Estáis diciendo que Benjamín asesinó a su novia?

—Es probable que...

—¿Y que la enterró en la colina al lado de su casa de verano? No lo creo. No

acabo de entender por qué pensáis eso. Tiene que haber otra explicación. Tiene que haberla. Benjamín no era un asesino, tenéis que daros cuenta. Os he dejado venir una y otra vez a esta casa y rebuscar en el sótano a vuestro antojo, pero esto ya es ir demasiado lejos. ¿Pensáis que os habría permitido entrar allí si yo, si la familia hubiera tenido algo que ocultar? No, esto es ir demasiado lejos. Lo mejor es que os vayáis —dijo, poniéndose en pie—. ¡Ahora mismo!

—No es que tú tengas nada que ver en este caso —repuso Sigurdur Óli. Él y Erlendur no se movían de sus asientos—. No es que tú supieras algo y nos lo hayas querido ocultar. ¿O acaso...?

—¿Qué estás insinuando? —dijo Elsa—. ¿Qué yo sabía algo? ¿Estás diciendo que soy cómplice? ¿Vas a detenerme? ¡Me quieres meter en la cárcel! Pero ¿esto qué es? —Miró fijamente a Erlendur.

—Tranquilízate —dijo Erlendur—. Hemos encontrado el esqueleto de un niño junto a un esqueleto grande. Resulta que la novia de Benjamín estaba embarazada. No es tan ilógico pensar que se pueda tratar de ella, ¿no te parece? No estamos insinuando nada. Simplemente estamos intentando llegar al fondo del asunto. Tú nos has prestado una ayuda especialmente valiosa y te la agradecemos sinceramente. No todos han sido tan amables como tú. Pero eso no cambia el hecho de que las sospechas se dirijan especialmente a tu tío Benjamín ahora que hemos llegado hasta los esqueletos.

Elsa clavó los ojos en Erlendur como si fuera un objeto extraño en su casa. Luego pareció relajarse un poco. Miró a Sigurdur Óli y después a Erlendur, y finalmente volvió a sentarse.

—Esto es un error —dijo—. Y lo sabrías si hubierais conocido a Benjamín como yo. No le habría podido hacer daño a una mosca. Jamás.

—Resulta que su novia estaba embarazada —dijo Sigurdur Óli—. Pensaban casarse. Es evidente que él estaba muy enamorado. Su futuro estaba basado en su amor por ella, en la familia que pensaban formar, en la revolución del comercio, en su posición en la alta sociedad de Reikiavik. Fue un golpe terrible. A lo mejor llegó demasiado lejos. El cuerpo de su novia no fue encontrado nunca. Dijeron que se había tirado al mar. Desapareció. A lo mejor, nosotros la hemos encontrado.

—Tú le dijiste a Sigurdur Óli que Benjamín no sabía quién había dejado embarazada a su novia —dijo Erlendur con mucho tacto.

Pensaba que a lo mejor se habían precipitado y maldijo las vacaciones españolas del forense. A lo mejor habrían debido esperar antes de hacer aquella visita. Esperar hasta tener una confirmación.

—Es cierto —dijo Elsa—. No lo sabía.

—Nos hemos enterado de que la madre de Sólveig le visitó más tarde y se lo contó todo. Cuando todo había pasado. Después de la desaparición de Sólveig.

Elsa puso gesto de extrañeza.

—No lo sabía —dijo—. ¿Cuándo fue eso?

—Más tarde —dijo Erlendur—. No lo sé exactamente. El caso es que Sólveig no dijo de quién era el niño. Por algún motivo, calló. No le contó a Benjamín lo que pasaba. Rompió el compromiso de matrimonio y no habló del padre de la criatura. A lo mejor para proteger a su familia. La reputación de su padre.

—¿A qué te refieres con la reputación de su padre?

—Un sobrino suyo violó a Sólveig estando ella de visita con su familia en Fljót.

Elsa se dejó caer en el asiento y se llevó las manos a los labios, como involuntariamente, en completa incredulidad.

—No te puedo creer —exclamó.

En el otro extremo de la ciudad, Elinborg estaba contándole a Bára lo que habían encontrado en la tumba, y que la hipótesis más probable era que se tratara de Sólveig, la novia de Benjamín. Que probablemente Benjamín se había deshecho allí del cuerpo. Elinborg recalcó que si le explicaba aquello era con la salvedad de que lo único con que contaba la policía en aquellos momentos era el hecho de que él había sido la última persona, de quienes la conocían, que la había visto con vida, y que había aparecido un niño junto con el esqueleto de la colina. Aún tenía que procederse a una investigación exhaustiva de los huesos.

Bára escuchó su relato sin parpadear. Estaba sola como la vez anterior, en su gran casa, rodeada de tesoros, y no dejó traslucir reacción alguna.

—Nuestro padre quería que abortase —dijo—. Nuestra madre quería irse con ella al campo, que tuviera allí el niño y lo diera en adopción y regresara después como si no hubiera pasado nada, y entonces se casara con Benjamín. Lo discutieron una y otra vez entre ellos y luego llamaron a Sólveig.

Bára se puso en pie.

—Mamá me lo contó mucho después.

Fue hasta un gran armario de roble, abrió un cajón, sacó un pequeño pañuelo blanco y se lo acercó a la nariz.

—Le presentaron las dos posibilidades. De la tercera posibilidad nunca se habló. Que tuviera el niño y que pasara a formar parte de nuestra familia. Sólveig intentó convencerles, pero ni papá ni mamá quisieron oír ni una palabra al respecto. Ellos no querían a aquel niño en nuestra casa. No querían saber nada de él. Querían matarlo o entregarlo a alguien. No había más opciones.

—¿Y Sólveig?

—No lo sé —dijo Bára—. Pobre chica, no lo sé. Ella quería tener el niño, no podía pensar en ninguna otra cosa. Ella misma no era más que una niña. No era más que una niña.

Erlendur miró a Elsa.

—¿Pudo ser que Benjamín lo considerara un engaño? —preguntó—. Ya que Sólveig se negó a decirle quién era el padre.

—Nadie sabe lo que hablaron en su último encuentro —dijo Elsa—. Benjamín le contó a mi madre lo más importante, pero es imposible saber sí le dijo todo lo que atañía al asunto. ¿De verdad fue una violación? ¡Dios mío!

Elsa miró fijamente a Erlendur y luego a Sigurdur Óli.

—Sí que es posible que Benjamín lo tomara como un engaño —dijo luego en voz muy baja.

—Perdona, ¿qué has dicho? —preguntó Erlendur.

—Que es posible que Benjamín pensara que le había engañado —repitió Elsa—. Eso no quiere decir que la asesinara y la ocultara en la colina.

—Porque ella no dijo nada —dijo Erlendur.

—Sí, porque no dijo nada —convino Elsa—. Se negó a decir quién era el padre. Él no sabía nada de la violación. Creo que eso está claro.

—¿Podría haber utilizado a alguien para ayudarlo? —preguntó Erlendur—. Alguien que hiciera el trabajo por él.

—No te comprendo.

—Alquiló su casa de Grafarholt a un ladrón que además era un hombre muy violento. Eso no quiere decir nada de por sí, pero es un dato.

—No sé de qué me hablas. ¿Un hombre violento?

—Bueno, no, de momento parece que no podemos ir más allá. A lo mejor nos hemos apresurado en exceso, Elsa. Seguramente, lo mejor será esperar el informe del forense. Perdona si hemos...

—No, faltaría más, qué va, gracias por informarme de cómo marchan las cosas. Lo aprecio de verdad.

—Te comunicaremos cómo sigue el caso —dijo Sigurdur Óli.

—Y el mechón de pelo —dijo Elsa— lo confirma.

—Sí —repitió Erlendur—. El mechón de pelo.

Elinborg se levantó. Había sido un día muy largo y quería llegar a casa. Dio las gracias a Bára y le pidió que la perdonara por las molestias que le había ocasionado con su visita a esas horas de la tarde. Bára le dijo que no se preocupara. Acompañó a Elinborg a la puerta y cerró tras de sí. Un instante después sonó el timbre y Bára abrió de nuevo.

—¿Era alta? —preguntó Elinborg.

—¿Quién? —dijo Bára.

—Tu hermana —respondió Elinborg—. ¿Era especialmente alta, de estatura media, o baja? ¿Qué estatura tenía?

—No, no era alta —dijo Bára con una débil sonrisa—. Todo lo contrario. Siempre comentaban lo bajita que era. Se la consideraba una mujer pequeña y frágil. Casi

como Pulgarcita, decía mi madre. Y era de lo más divertido verla con Benjamín de la mano, porque él era muy alto y destacaba a su lado como una torre.

A medianoche, el médico de distrito llamó a Erlendur, que estaba junto a la cama de su hija en el hospital.

—Estoy en el tanatorio —dijo el médico—, he separado los esqueletos y confío en no haber estropeado nada. No estoy especializado en medicina forense. La mesa y el suelo están llenos de tierra, todo está hecho una pena.

—¿Y? —preguntó Erlendur.

—Ya, perdona, bueno, tenemos los huesos del feto, que en realidad tenía seis u ocho o los nueve meses, por lo menos.

—Sí —dijo Erlendur impaciente.

—Pero en eso no hay nada raro. Aunque...

—Sí.

—Podría haber nacido ya cuando murió, o a lo mejor nació muerto. Es imposible decirlo. Pero quien está debajo no es su madre.

—Espera, ¿cómo...? ¿Por qué dices eso?

—La persona que está debajo, o la que enterraron debajo, como quieras decirlo, no puede ser la madre del niño.

—¿Que no es la madre? ¿Qué quieres decir? ¿Quién es, entonces?

—No es la madre del niño. Totalmente excluido.

—¿Por qué?

—No cabe la menor duda —dijo el médico de distrito—. Nos lo dice la pelvis.

—¿La pelvis?

—El esqueleto grande es de un hombre. Lo que hay debajo del niño es un varón.

El invierno fue largo y difícil en la colina.

La madre siguió trabajando en la granja de Gufunes y los chicos cogían el autobús del colegio todas las mañanas. Grímur empezó a trabajar de nuevo en el transporte de carbón. El ejército no quiso volver a contratarle después del robo. El campamento de intendencia se había cerrado y transportaron los barracones enteros al campamento de Hálogaland, más cerca de Reikiavik. Sólo quedaron las vallas y los postes, y una pequeña explanada asfaltada que había delante de los barracones. El gran cañón había sido retirado de la casamata. La gente decía que se acercaba el fin de la guerra. Los alemanes se batían en retirada en Rusia, y se decía que pronto habría una gran ofensiva en el frente occidental.

Ella hacía todo lo posible por mejorar un poco su situación. Grímur la amenazaba frecuentemente. Decía que no la dejaría conservar al niño, que lo mataría nada más nacer. Sería un idiota igual que Mikkelína y lo mejor era matarlo enseguida. Maldita puta de yanquis, la llamaba. Pero aquel invierno no la agredió. Estaba tranquilo, aunque daba vueltas alrededor de ella en silencio, como un depredador preparando el ataque a su presa.

La mujer intentó hablar de divorcio, pero Grímur se rio.

Ella ocultó el embarazo en Gufunes. Quizá pensaba que en el último momento Grímur se contendría, que sus amenazas eran palabras vacías, que cuando llegara el momento no mantendría sus atrocidades y que aceptaría al niño.

Finalmente, ella tomó una decisión desesperada. No para vengarse de Grímur, aunque tenía motivos de sobra para ello, sino para defenderse a sí misma y al hijo que llevaba en el vientre.

Mikkelína percibía una tensión creciente entre su madre y Grímur aquel difícil invierno, y también notó un cambio en Símon, lo que le produjo una angustia igual de grande. El muchacho siempre había estado muy unido a su madre y ahora apenas se separaba de ella cuando él volvía del colegio y ella de su trabajo. Estaba más nervioso que nunca desde que Grímur había vuelto de la prisión aquella fría mañana de otoño. Evitaba a su padre cuanto podía, y la preocupación por su madre iba haciéndose mayor y más acuciante con cada día que pasaba. Mikkelína le oía hablar consigo mismo y a veces le parecía oírle hablar con alguien a quien no podía ver y que no estaba presente: con alguien que no existía. Símon comentaba en alto lo que tenía que hacer para salvar a su madre y al niño que llevaba en su seno, que era de su amigo Dave. Era el responsable de proteger a su madre frente a Grímur, era su obligación garantizar que el niño pudiera vivir, pues no había nadie más a quien recurrir. Su amigo Dave no volvería. Símon se tomaba muy en serio las amenazas de Grímur. Estaba firmemente convencido de que no dejaría que el niño viviera. Grímur se lo llevaría y no volverían a verle. Se lo llevaría a la montaña y volvería sin él.

Tómas seguía siendo taciturno como antes, pero Mikkelína notó también un

cambio en él a medida que transcurría el invierno. Grímur se lo llevaba a su cuarto por la noche, después de haberle prohibido a la madre la entrada al cuarto matrimonial y de obligarla a dormir en la cama de Tomás, demasiado pequeña e incómoda para ella. A partir de entonces Mikkelína no supo qué le pasaba a Tomás, pero empezó a mostrar una actitud muy distinta. No quería tener trato alguno con ella y se alejó también de Símon, aunque la relación entre los dos hermanos siempre había sido muy buena. La madre intentaba hablar con él pero Tomás le daba la espalda, huraño, silencioso y solitario.

—Símon se está volviendo un tanto raro —oyó que le decía una vez Grímur a Tomás—. Se está volviendo raro igual que tu mamá. Ten cuidado con él. Ten cuidado de no ser como él. Porque entonces tú también serás raro.

Mikkelína oyó una vez a su madre hablando con Grímur sobre el bebé; fue la única vez que le permitió dar su opinión. Ella había engordado ya bastante y él le prohibió que siguiera trabajando en la granja de Gufunes. Le decía:

—Lo dejas y dices que tienes que ocuparte de tu familia.

—Podrías decir que es tuyo —repuso su madre.

Grímur se rio de ella.

—Podrías hacerlo.

—Cállate.

Símon también estaba escondido, espiándoles.

—Podrías decir que el niño es tuyo —insistió la madre, conciliadora.

—Ni lo intentes —dijo Grímur.

—Nadie tiene por qué saber nada. Nadie tiene por qué enterarse de nada.

—Es demasiado tarde para tratar de arreglarlo. Deberías haber pensado en ello cuando te estabas revolcando en el brezal con aquel cabrón de yanqui.

—También puedo dar al niño en adopción —dijo ella con cautela—. No soy la única en esta situación.

—Qué va —dijo Grímur—, ¡la mitad de esta mierda de ciudad se ha dejado follar por esos individuos! Pero ni se te pase por la cabeza que eso te hace mejor a ti.

—No tendrías ni que verlo. Lo entregaré en cuanto nazca, y no tendrías que verlo.

—Todo el mundo sabe que mi mujer es una puta de los yanquis —dijo Grímur—. Todo el mundo sabe que estás en estado.

—Eso no lo sabe nadie —dijo ella—. Nadie. Nadie sabe nada de Dave y de mí.

—¿Y cómo crees que me enteré yo, idiota? ¿Porque tú me lo contaste? ¿Crees que esas cosas no se comentan?

—Sí, pero nadie sabe que el niño es suyo. Eso no lo sabe nadie.

—Cállate —dijo Grímur—. Cállate o...

Así esperaban todos durante aquel largo invierno que pasara lo que tuviera que pasar, y que presentían como inevitable.

Fue entonces cuando Grímur cayó enfermo.

Mikkelína miró fijamente a Erlendur.

—Ese invierno empezó a envenenarle.

—¿A envenenarle? —dijo Erlendur.

—Ella no sabía en absoluto lo que estaba haciendo.

—¿Cómo lo envenenó?

—¿Recuerdas el caso de Dúkskot, en Reikiavik?

—Una mujer joven mató a su hermano envenenándole con matarratas. Fue a principios del siglo pasado.

—Mamá no pretendía matarle. Su intención era debilitarle. Así podría tener al niño y ponerlo a salvo antes de que Grímur pudiera apoderarse de él. La mujer de Dúkskot había intoxicado a su hermano con matarratas. Le ponía grandes cantidades en la cuajada, incluso estando él presente, porque no sabía qué era y no llegó a enterarse porque murió al cabo de pocos días. Ella añadía aguardiente en la cuajada para disfrazar el sabor. Cuando le hicieron la autopsia se descubrió el envenenamiento por fósforo, que actúa despacio. Nuestra madre conocía esa historia. No sé cómo pero, naturalmente, aquel era un crimen muy famoso en Reikiavik. Consiguió el matarratas en Gufunes. Se hacía con pequeñas cantidades y se lo echaba en la comida. Utilizaba muy poca cantidad de una vez, para que no notase ningún sabor extraño ni hubiera nada que despertara sus sospechas. No lo guardaba en casa, llevaba allí sólo lo que necesitaba; cuando dejó de trabajar, llevó una cantidad considerable y la escondió en la cocina. No sabía qué efecto producía, o si tendría efecto alguno en dosis tan pequeñas, pero después de un tiempo pareció que empezaba a hacer efecto. Él se puso más débil, enfermaba con frecuencia, se cansaba, vomitaba. Imposible trabajar. Se quedaba en la cama con dolores.

—¿Nunca sospechó nada? —preguntó Erlendur.

—No hasta que fue ya demasiado tarde —respondió Mikkelína—. No tenía confianza alguna en los médicos. Y naturalmente, ella no le animó a ir a que le examinaran.

—¿Y aquello que había dicho, que ellos se encargarían de Dave? ¿Dijo algo más al respecto?

—No, nunca —respondió Mikkelína—. Seguramente lo dijo sin pensar. Para asustar a mamá. Sabía que amaba a Dave.

Cuando le dijeron que el esqueleto que había debajo del niño en Grafarholt era de un hombre, Mikkelína agitó la cabeza: eso se lo habría podido decir ella misma si ellos no hubieran echado a correr sin explicar por qué.

Se interesó por el esqueleto pequeño, y cuando Erlendur preguntó si quería verlo, le dio las gracias, pero dijo que prefería no hacerlo.

—Pero me gustaría que me lo dierais cuando ya no lo necesitéis. Ya es hora de que la pobre descanse en tierra consagrada.

—¿La pobre? —repitió Elinborg.

—Sí. La pobre; era una niña —dijo Mikkelína.

Sigurður Óli informó a Elsa de lo que había descubierto el médico de distrito. El cuerpo de la tumba no podía ser de Sólveig, la novia de Benjamín. Elinborg telefoneó a Bára, la hermana de Sólveig, con la misma noticia.

Cuando Erlendur y Elinborg se dirigían a casa de Mikkellína, Hunter llamó al móvil de Erlendur para informarle de que todavía no había conseguido averiguar qué había sido de David Welch; no sabía si le habían enviado fuera del país, ni, en caso de que así fuera, cuándo había sido. Seguiría con las averiguaciones.

Por la mañana temprano, Erlendur volvió a la UCI a visitar a su hija. Su estado no había cambiado y se sentó a su lado un buen rato y siguió hablándole de su hermano, perdido en los páramos cerca del Eskifjörður, en el extremo oriental de la isla, cuando él tenía diez años de edad. Habían ido a acompañar a su padre a recoger las ovejas cuando se desató la tormenta. Los dos hermanos se separaron de su padre y al poco el uno del otro. Su padre corrió desesperado a las zonas pobladas. Enviaron equipos de búsqueda.

—A mí me encontraron por un azar del destino —dijo Erlendur—. No sé por qué. Me enterré en la nieve; era lo mejor que se podía hacer en esos casos. Estaba más muerto que vivo cuando metieron un palo y me dieron en el hombro. Nos fuimos de allí. No podíamos seguir viviendo allí, sabiendo que él estaba muerto en algún sitio del páramo. Intentamos construir una nueva vida en Reikiavik. Sin éxito.

En ese momento entró un médico en la habitación y se dirigió a Erlendur. Se saludaron y hablaron del estado de Eva Lind. Ningún cambio, dijo el médico. Ninguna señal de mejoría, ni de que fuera a volver en sí. Callaron. Se despidieron. El médico se volvió hacia la puerta.

—No esperes ningún milagro —dijo, y se extrañó de verle sonreír con ironía.

Erlendur estaba sentado enfrente de Mikkellína pensando en su hija, acostada en la cama del hospital, y en su hermano muerto en la nieve, y las palabras de Mikkellína se filtraban hasta su inconsciente.

—Mi madre no era una asesina —dijo ella.

Erlendur la miró.

—No era ninguna asesina —repitió Mikkellína—. Creía que así podría salvar al niño. Temía por su hijo.

Dirigió la mirada hacia Elinborg.

—Y a fin de cuentas, no le mató ella —añadió—. No murió por el veneno.

—Pero dijiste que él no había sospechado nada hasta que fue demasiado tarde —repuso Elinborg.

—Sí —respondió Mikkellína—. Ya era demasiado tarde.

La tarde en que sucedió, parecía que Grímur se encontraba algo mejor; se había pasado la mañana en la cama con un gran malestar.

La madre sintió dolores en el vientre y a lo largo de la tarde empezó a tener contracciones muy seguidas. Pero era demasiado pronto. El niño iba a nacer antes de tiempo. Mandó a buscar a los niños los colchones de su habitación y el de Mikkelína y en el suelo de la cocina preparó una cama donde se tumbó poco antes de la hora de cenar.

Mandó a Símon y a Mikkelína que trajeran sábanas limpias y agua caliente para lavar al niño. Había parido tres hijos en casa y sabía lo que tenía que hacer.

Aún era oscuro invierno, pero la temperatura era insólitamente templada y había llovido durante el día; pronto llegaría la primavera. La madre se había acercado hasta los groselleros para limpiarlos y cortar las ramas muertas. Dijo que darían buenas grosellas en otoño, y con ellas haría mermelada. Símon no se separaba de ella y la acompañó a ver los arbustos, pero ella intentó tranquilizarle y le dijo que todo iría bien.

—No irá nada bien —dijo Símon, y lo repitió—. No irá nada bien. No puedes tener el niño. No puedes. Lo está diciendo todo el rato, dice que matará al niño. Lo dice. ¿Cuándo vendrá?

—No te preocupes tanto —dijo su madre—. Cuando nazca el niño lo llevaré a la ciudad y él no lo verá nunca. Está débil y no puede hacer nada. Se pasa los días en la cama y no puede hacer nada.

—Pero ¿cuándo vendrá el niño?

—Puede ser en cualquier momento —dijo su madre, tranquilizándole—. Esperemos que cuanto antes mejor, así habrá pasado ya todo enseguida. No tengas miedo, Símon. Tienes que ser fuerte. Hazlo por mí, Símon.

—¿Por qué no vas al hospital? ¿Por qué no te marchas y tienes allí el niño?

—No me lo permitiría —dijo ella—. Vendría a buscarme otra vez y me obligaría a tener al niño en casa. No quiere que nadie sepa nada. Diremos que nos lo hemos encontrado. Lo pondremos en manos de buenas personas. Eso es lo que él quiere. Todo irá bien.

—Pero dice que lo piensa matar.

—No lo hará.

—Tengo mucho miedo —dijo Símon—. ¿Por qué tiene que ser todo así? No sé lo que tengo que hacer. No sé lo que tengo que hacer —repitió.

Ella notó que estaba destrozado por la preocupación.

Y ahora observaba a su madre en la cocina, tumbada sobre los colchones, porque era la única estancia suficientemente grande, aparte del dormitorio de matrimonio; ella empezó a empujar sin hacer el más mínimo ruido. Tomás estaba con Grímur. Símon había ido hasta allí sin que le vieran y había cerrado la puerta.

Mikkelína estaba tumbada al lado de su madre, que procuraba hacer el mínimo ruido posible. La puerta del dormitorio de matrimonio se abrió de pronto y en el

pasillo apareció Tómas, que entró en la cocina. Grímur estaba sentado en el borde de la cama, gimiendo. Había mandado a Tómas que le llevara un plato de gachas de avena que había en la cocina, y que él también comiera.

Tómas pasó por delante de su madre, de Símon y Mikkelína; miró hacia el suelo y vio que la cabeza del bebé ya había salido, y que la madre tiraba de él con todas sus fuerzas hasta que aparecieron los hombros.

Tómas cogió el cuenco de gachas y una cuchara, y se la llevó a la boca.

Su madre se dio cuenta.

—¡Tómas! ¡Por el amor de Dios, no toques esas gachas! —le gritó desesperada.

Un silencio mortal se adueñó de la casa, y los niños clavaron los ojos en su madre, que se incorporó con el niño recién nacido en las manos, mirando fijamente a Tómas, que se había asustado de tal manera que se le cayó al suelo el cuenco de gachas y se hizo pedazos.

Se oyó un crujido en la cama.

Grímur salió al pasillo y entró en la cocina. Miró a la madre, que tenía el niño recién nacido en las manos, y una expresión de repulsión se dibujó en su rostro. Miró a Tómas y las gachas esparcidas por el suelo.

—¿Es posible? —dijo en voz baja, asombrado, como si por fin hubiera hallado la respuesta al enigma en el que llevaba debatiéndose tanto tiempo. Volvió a mirar a la madre, en el suelo—. ¿Me estás envenenando? —bramó.

La madre le miró. Mikkelína y Símon no se atrevían a alzar la vista. Tómas estaba inmóvil junto a las gachas del suelo.

—¡Maldita sea si no había sospechado ya algo así! Esta debilidad. Estos dolores. La flojera...

Recorrió con los ojos la cocina de un lado a otro. Fue hasta los armarios y sacó los cajones. Estaba invadido por la furia. Arrojó al suelo el contenido de los armarios. Sacó una vieja bolsa de harina y la arrojó contra la pared, donde se rompió, y entonces se oyó caer al suelo un frasco de cristal.

—¿Es esto? —gritó levantando el frasco.

Se inclinó de nuevo hacia la madre.

—¿Desde cuándo me haces esto? —bramó, babeante de furia.

La madre le miró fijamente a los ojos. Una vela ardía en el suelo a su lado, y a toda prisa cogió unas tijeras grandes, las calentó a la llama de la vela, cortó el cordón umbilical y lo ató con manos temblorosas, mientras él buscaba el veneno.

—¡Respóndeme! —gritó Grímur.

Ella no necesitaba responder. Él vio la respuesta en sus ojos. En su gesto. En su orgullo. De qué manera siempre, en lo más profundo, le había desafiado, indoblegable; daban igual las palizas, lo fuertes que fueran los golpes; lo vio en su callada protesta, en la mirada de desafío que le lanzaba sin apartar los ojos con el bastardo del soldado en los brazos.

Lo vio en el niño que tenía en sus brazos.

—Deja a mamá en paz —dijo Símon en voz baja.

—¡Dámelo! —gritó Grímur—. ¡Dame ese niño, maldita víbora!

La madre sacudió la cabeza.

—No te lo daré —respondió en voz baja.

—Deja a mamá —dijo Símon en voz más alta.

—¡Dámelo —gritó Grímur— u os mato a los dos! ¡Os mataré a todos! ¡Os mataré! ¡A todos! —Babeaba de rabia—. ¡Putas de mierda! ¡Querías matarme! ¡Te crees que podrías matarme a mí!

—¡Basta ya! —gritó Símon.

La madre apretaba al niño contra su pecho con una mano, y con la otra buscaba las tijeras grandes, pero no las encontraba. Apartó los ojos de Grímur y miró a su alrededor, despavorida, ampliando su búsqueda, pero ya no estaban.

Erlendur miró a Mikkellína.

—¿Quién cogió las tijeras?

Mikkellína se había puesto en pie y estaba delante de la ventana del salón. Erlendur y Elinborg intercambiaron miradas. Los dos pensaban lo mismo.

—¿Eres tú la única que puede contar lo que sucedió? —preguntó Erlendur.

—Sí —dijo Mikkellína—. No hay nadie más.

—¿Quién cogió las tijeras? —preguntó Elinborg.

—¿No os apetece conocer a SÍmon? —preguntó Mikkelína. Sus ojos estaban empañados de lágrimas.

—¿A SÍmon? —dijo Erlendur, que no sabía de qué les estaba hablando. Entonces se acordó. Recordó al hombre que había ido a recogerla a la colina—. ¿Te refieres a tu hijo?

—No, a mi hijo no, a mi hermano —precisó Mikkelína—. A mi hermano SÍmon.

—¿Vive?

—Sí. Vive.

—Entonces tendremos que hablar con él —dijo Erlendur.

—No servirá de mucho —dijo Mikkelína con una sonrisa—. Pero iremos a verle. Le gustan las visitas.

—Pero ¿no piensas seguir con lo que nos estabas contando? —preguntó Elinborg—. ¿Qué clase de bestia era ese hombre? No puedo creer que alguien sea capaz de comportarse así.

Erlendur la miró.

Mikkelína se levantó.

—Os lo contaré por el camino. Vamos a ver a SÍmon.

—¡SÍmon! —gritó la madre.

—Deja a mamá en paz —chilló SÍmon con voz temblorosa, y antes de que pudieran darse cuenta le había clavado la tijera hasta el fondo a Grímur en el pecho.

SÍmon retiró la mano. El mango de las tijeras sobresalía del pecho. Grímur miró a su hijo con ojos de asombro, como si no acabara de entender lo que había sucedido. Se fijó en las tijeras y pareció incapaz de moverse. Miró de nuevo a SÍmon.

—¿Me matas tú? —gimió, cayendo de rodillas.

La sangre empezó a salir por la herida y alcanzó el suelo, y él fue cayendo poco a poco hacia atrás hasta quedar tendido.

La madre apretaba al niño contra su pecho llena de silencioso espanto. Mikkelína estaba inmóvil a su lado. Tómas seguía quieto en el mismo sitio en que se le había caído el plato. SÍmon empezó a temblar, en pie al lado de su madre. Grímur no se movía.

Un silencio sepulcral se adueñó de la casa.

Hasta que la madre dejó escapar un lacerante grito de agonía.

Mikkelína calló.

—No sé si el niño nació muerto o si mamá lo había apretado con tanta fuerza que se asfixió en sus brazos. Lo parió mucho antes de que hubiera llegado a término. Lo

esperaba para la primavera pero era todavía invierno. No le oímos hacer ruido alguno. Mamá no llegó a limpiarle la boca y la nariz y le enterró el rostro en su ropa manteniéndole abrazado, por miedo a que se lo quitara.

Erlendur torció hacia la entrada de una casa unifamiliar normal y corriente, siguiendo las indicaciones de Mikkelína.

—¿No habría sobrevivido al invierno? —preguntó Erlendur—. Me refiero a su marido. ¿Esos eran los planes que se había hecho ella?

—Quizá —dijo Mikkelína—. Llevaba tres meses envenenándole. No era suficiente.

Erlendur se detuvo en la entrada de la casa y apagó el motor.

—¿Habéis oído hablar de la hebefrenia? —preguntó abriendo la puerta.

La madre miraba fijamente al niño muerto en sus brazos, meciéndose adelante y atrás con fuertes gemidos.

Símon no parecía darse cuenta de su presencia y tenía clavados los ojos en el cuerpo de su padre, incapaz de creer lo que estaba viendo. Un gran charco de sangre había empezado a formarse debajo de él. Símon temblaba como una hoja.

Mikkelína intentaba consolar a su madre, pero era de todo punto imposible. Tómas pasó por delante de ellos y entró en el dormitorio y cerró la puerta, todo sin decir una sola palabra. Sin mostrar reacción alguna.

Así pasó un buen rato.

Mikkelína consiguió calmar a su madre. Esta volvió en sí, calló y miró a su alrededor. Vio a Grímur tumbado en medio de su sangre, junto a ella, a Símon, temblando como una hoja, y el gesto de angustia de Mikkelína. Entonces se puso a lavar al niño con el agua caliente a fondo, con mucho cuidado, con movimientos lentos y delicados, como si supiese lo que había que hacer sin necesidad de pensar en los detalles. Dejó al niño en el colchón, se puso en pie y abrazó a Símon, que seguía sin moverse del sitio, y el niño cesó de temblar y se echó a llorar con profundos sollozos. Lo llevó hasta una silla y le hizo sentarse de espaldas al cadáver. Fue hacia Grímur y sacó las tijeras de la herida y las echó al fregadero.

Luego se sentó en una silla, exhausta tras el parto.

Les explicó lo que tenían que hacer. Dieron la vuelta a Grímur, lo colocaron sobre una manta y arrastraron el cuerpo hacia la entrada. Se alejaron un buen trecho de la casa y Símon se aprestó a excavar un hoyo. Durante el día había aclarado el tiempo, pero ahora volvía a llover, una fría y espesa lluvia de invierno. La tierra no estaba demasiado helada. Símon utilizó un hacha para romper el hielo y a las dos horas de cavar arrastraron el cadáver hasta allí y lo dejaron al borde del agujero. Pasaron la manta por encima de la fosa, dejaron caer el cuerpo y tiraron de la manta. El cuerpo cayó en el agujero de tal forma que el brazo izquierdo se quedó levantado, pero ni Símon ni su madre tuvieron valor para tocarlo.

La madre regresó a la casa arrastrando los pies y cogió al niño, lo sacó a la fría lluvia y lo puso encima del cadáver.

Estaba a punto de hacer la señal de la cruz sobre la tumba, pero se detuvo.

—No existe —dijo.

Luego empezó a echar paletadas de tierra al agujero. Símon estaba al lado de la tumba viendo caer la húmeda tierra negra sobre los cuerpos, que desaparecían poco a poco. Mikkelína se había puesto a ordenar la cocina. A Tómas no se le veía por ningún sitio.

Había ya una gruesa capa de tierra en la tumba cuando Símon creyó ver, de pronto, que Grímur se movía. Se sobresaltó y miró a su madre, que no se había percatado de nada, y luego miró fijamente la tumba y vio con insoportable espanto que él, con el rostro medio cubierto de tierra, se movía.

Abrió los ojos.

Símon era incapaz de moverse.

Grímur le miraba fijamente desde la tumba.

Símon gritó tan fuerte que su madre dejó de echar tierra. Miró a Símon y luego a la tumba, y vio que Grímur seguía con vida. Estaba en el borde mismo de la fosa. La lluvia caía sobre ellos con violencia y le limpiaba a Grímur la tierra del rostro. Las miradas de ambos se cruzaron por un instante, hasta que Grímur movió los labios.

—¡Hazlo!

Y volvió a cerrar los ojos.

La madre miró a Símon, luego a la tumba. Cogió la pala y siguió echando tierra como si nada hubiera pasado.

—Mamá —gimió Símon.

—Vete a casa, Símon —dijo la madre—. Ya se acabó. Vete a casa a ayudar a Mikkelína. Por favor, Símon. Vete a casa.

Símon miró a su madre doblada sobre la pala, empapada de la fría lluvia, acabando de llenar la fosa. Y se dirigió a la casa en silencio.

—Es posible que Tómas pensara que todo era culpa suya —dijo Mikkelína—. Nunca habló de ello, no quiso hablar con nosotros. Se encerró en sí mismo por completo. En el momento en que mamá le gritó y él dejó caer el cuenco al suelo, se puso en marcha una serie de acontecimientos que transformó nuestra vida y causó la muerte de su padre.

Estaban sentados en una limpia salita aguardando a Símon. Les habían dicho que estaba dando un paseo por el barrio pero le esperaban de un momento a otro.

—Una gente de lo más amable —dijo Mikkelína—. No podría estar en un sitio mejor.

—¿Nadie echó de menos a Grímur, o...? —dijo Elinborg.

—Mamá limpió la casa de arriba abajo y cuatro días después denunció que su

marido se había ido a pie a Selfoss, por el páramo de Hellisheidi, y no había vuelto a saber nada de él desde entonces. Nadie sabía de su embarazo, o al menos nunca le preguntaron. Enviaron equipos de búsqueda al páramo pero, naturalmente, no le encontraron.

—¿Qué iba a hacer él en Selfoss?

—Mamá nunca tuvo que dar más explicaciones —dijo Mikkelína—. Nadie pidió que explicara el motivo de los viajes de su marido. Era un expresidiario. Un ladrón. ¿Qué les importaba lo que fuera a hacer en Selfoss? A nadie le importaba lo más mínimo. Ni lo más mínimo. Había muchas otras cosas en las que pensar. El mismo día que mamá denunció la desaparición, los soldados americanos mataron a un islandés a tiros.

Mikkelína sonrió débilmente.

—Pasaron varios días. Luego, semanas. Nunca apareció. Se le declaró muerto. Perdido. Una desaparición de lo más habitual en Islandia.

Suspiró.

—Fue por Símon por quien más lloró mamá.

Cuando todo hubo terminado, en la casa reinaba un silencio extraño.

La madre estaba sentada a la mesa de la cocina, aún empapada por aquel diluvio, con los ojos perdidos en el infinito, las manos llenas de tierra sobre la mesa, sin prestar atención alguna a los niños. Mikkelína estaba sentada junto a ella y le acariciaba los brazos. Tómas seguía en el dormitorio y no apareció. Símon estaba en mitad de la cocina mirando hacia la lluvia, y las lágrimas le corrían por las mejillas. Miró luego a su madre y a Mikkelína y de nuevo por la ventana, desde donde se veían los groselleros. Luego salió.

Estaba mojado y helado y temblando en medio de la lluvia cuando llegó hasta el arbusto, se detuvo a su lado y acarició sus ramas desnudas. Después miró hacia el cielo, enfrentándose a la lluvia. El firmamento estaba negro y en la distancia se oían truenos.

—Lo sé —dijo Símon—. No se podía hacer otra cosa.

Calló y bajó la cabeza y la lluvia chorreó sobre él.

—Ha sido tan difícil. Ha sido tan difícil y tan horrible, tanto tiempo. No sé por qué era así. No sé por qué tuve que matarle.

—¿Con quién hablas, Símon? —preguntó su madre, que había salido y había llegado hasta él y le abrazaba.

—Soy un asesino —dijo Símon—. Yo le maté.

—No a mis ojos, Símon. Tú nunca podrás ser un asesino a mis ojos. No más que yo. A lo mejor se trata del destino que se labró él mismo. Lo peor que puede suceder es que te echas la culpa a ti en su lugar, una vez que está muerto.

—Pero yo le maté, mamá.

—Porque no podías hacer ninguna otra cosa. Tienes que entenderlo, Símon.

—Pero me siento tan mal.

—Lo sé, Símon. Lo sé.

—Me siento tan mal.

Ella miró los arbustos.

—En otoño, estos arbustos volverán a dar grosellas, y todo irá bien. Créeme, Símon. Todo irá bien.

Miraron hacia la entrada cuando se abrió la puerta, y entró un hombre de unos setenta años, de hombros caídos, ralos cabellos blancos y rostro afable y sonriente, vestido con un bonito jersey grueso y pantalones grises. Le acompañaba un empleado al que habían informado de que el paciente tenía visita. Le condujeron a la salita.

Erlendur y Elinborg se pusieron en pie. Mikkelína fue hacia él y le abrazó, y el hombre le sonrió, su rostro se puso radiante como el de un niño.

—Mikkelína —dijo el hombre con una voz extrañamente juvenil.

—Hola, Símon —dijo Mikkelína—. He venido de visita con unas personas que querían conocerte. Esta es Elinborg y este señor se llama Erlendur.

—Me llamo Símon —dijo el hombre, dándoles la mano—. Mikkelína es mi hermana.

Erlendur y Elinborg asintieron con la cabeza.

—Símon es de lo más feliz —dijo Mikkelína—. Aunque nosotros no lo seamos ni lo hayamos sido nunca, Símon es feliz, y eso es muy importante.

Símon se sentó junto a ellos, tomó de la mano a Mikkelína y le sonrió, le acarició la cara y sonrió a Erlendur y Elinborg.

—¿Quién es esta gente? —preguntó.

—Amigos míos —dijo Mikkelína.

—¿Te encuentras bien aquí? —preguntó Erlendur.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Símon.

—Me llamo Erlendur.

Símon reflexionó un momento.

—¿Eres extranjero? —preguntó.

—No, soy islandés —respondió Erlendur.

Símon sonrió.

—Soy el hermano de Mikkelína.

Mikkelína le acarició la mano.

—Son policías, Símon.

Símon miró a Erlendur y luego a Elinborg.

—Saben todo lo que pasó —dijo Mikkelína.

—Mamá está muerta —dijo Símon.

—Sí, mamá está muerta —dijo Mikkelína.

—Habla tú —dijo Símon con gesto de súplica—. Habla tú con ellos.

Miró a su hermana y evitó mirarles a ellos.

—Todo está bien, Símon —dijo Mikkelína—. Vendré a verte otro rato.

Símon sonrió y se puso en pie, fue hacia la puerta y desapareció con pasitos cortos por el pasillo al que se abrían las habitaciones.

—Hebefrenia —dijo Mikkelína.

—¿Hebefrenia? —preguntó Erlendur con extrañeza.

—No sabíamos lo que era —respondió Mikkelína—. De alguna forma, dejó de madurar. Siguió siendo el mismo chico alegre y bueno, pero la maduración psicológica no iba al mismo ritmo que la física. La hebefrenia es un tipo de esquizofrenia. Símon es una especie de Peter Pan. A veces tiene que ver con la adolescencia. A lo mejor estaba ya predestinado a la enfermedad. Siempre había sido muy sensible, y cuando tuvieron lugar estos espantosos sucesos, fue como si perdiera totalmente el control. Siempre había vivido con miedo y sintiéndose responsable. Pensaba que le tocaba a él defender a nuestra madre, sencillamente porque no había nadie más que pudiera hacerlo. Era el mayor y el más fuerte, aunque quizá fuera en realidad el más pequeño y más débil.

—¿Y ha vivido en una institución desde joven? —preguntó Elinborg.

—No, vivió con mamá y conmigo hasta que murió mamá. Hace veintiséis años. Los enfermos como Símon son muy dóciles, normalmente afables y de trato agradable, pero necesitan atención constante y mamá se la dio hasta que murió. Él trabajaba en el equipo de limpieza del Ayuntamiento, cuando había trabajo. Recogía basura con un palo de agujón. Iba arriba y abajo por Reikiavik recogiendo desperdicios.

Siguieron sentados en silencio.

—¿Nunca volvisteis a tener contacto con David Welch? —preguntó Elinborg. Mikkelína la miró.

—Mamá le estuvo esperando hasta que murió —respondió—. Nunca regresó. Calló entonces.

—Mamá le llamó desde Gufunes la mañana en que volvió mi padrastro —dijo al fin—. Y habló con él.

—Pero —dijo Erlendur— ¿por qué no fue entonces a la colina?

Mikkelína sonrió.

—Se habían estado despidiendo —dijo ella—. Él iba camino de Europa. Su barco zarpaba aquella misma mañana y ella no le llamó para hablarle del peligro que corría, sino para despedirse. Él dijo que volvería. Probablemente murió en la guerra. Ella no volvió a tener noticias suyas, pero al ver que no regresaba después de la guerra...

—Pero ¿por qué...?

—Pensaba que Grímur le mataría. Por eso volvió sola a la colina. No quería que él la ayudara. Era sólo asunto suyo.

—Pero él debía de saber que tu padrastro había salido de la cárcel y que se había enterado de todo —dijo Erlendur—. Tu padre lo sabía, algo había oído.

—En realidad no podía saberlo. Su relación amorosa se mantuvo en secreto. No tenemos ni idea de cómo se enteró mi padrastro.

—¿Y el niño...?

—Dave tampoco sabía que estaba embarazada.

Erlendur y Elinborg callaron un buen rato mientras reflexionaban sobre las palabras de Mikkelína.

—¿Y Tomás? —preguntó Erlendur—. ¿Qué fue de él?

—Murió. No llegó más que a los cincuenta y dos años de edad. Se divorció dos veces. Tuvo tres hijos, varones. No tengo trato alguno con ellos.

—¿Por qué no? —preguntó Erlendur.

—Era igual que su padre.

—¿Qué quieres decir?

—Tuvo una vida miserable.

—¿Y?

—Era como su padre.

—¿Quieres decir que...? —Elinborg se interrumpió mirando confusa a Mikkelína.

—Maltratador. Golpeaba a sus mujeres. Golpeaba a sus hijos. Bebía.

—Su relación con tu padrastro, ¿era...?

—No lo sabemos —dijo Mikkelína—. No creo. Espero que no. Intento no pensar en ello.

—¿Qué quiso decir tu padrastro con esa palabra que pronunció en la fosa? «¡Hazlo!». ¿Le estaba pidiendo a tu madre que le ayudara? ¿Le estaba pidiendo clemencia?

—Mamá y yo hablamos mucho de ello, pero ella se lo explicaba a sí misma a su manera.

—¿Y cuál era?

—Él sabía quién era.

—No te comprendo —dijo Erlendur.

—Él sabía quién era y creo que en el fondo sabía también por qué era así, aunque no lo admitiera. Sabíamos que había tenido una infancia muy difícil. Pero hubo un tiempo en que era un simple niño, y tuvo que haber conservado alguna relación con aquel niño, algo que le advirtiera su alma, incluso cuando estaba en los momentos más terribles y no perdonaba a nadie; aquel niño le tenía que gritar que se detuviera.

—Tu madre debió de ser una mujer muy valiente —dijo Elinborg.

—¿Puedo hablar con él? —preguntó Erlendur tras un silencio.

—¿Con Símon, dices? —preguntó Mikkelína.

—¿Hay algún problema si voy a su cuarto, solo?

—Nunca ha hablado de lo que pasó. En todo este tiempo, nunca. Mamá pensaba que lo mejor sería que hiciéramos como si nunca hubiera sucedido. Después de su muerte, yo intenté que Símon se abriera, pero enseguida me percaté de que era inútil. Es como si solamente tuviese recuerdos a partir de entonces y lo que vivió con anterioridad hubiera desaparecido. Aunque a veces, si le presiono mucho, pronuncia alguna frase aislada. En general está completamente cerrado. Vive inmerso en otro mundo distinto y más pacífico que él mismo se ha construido.

—¿No te importa? —dijo Erlendur.

—Por mí no hay inconveniente —dijo Mikkelína.

Erlendur se puso en pie, ganó la puerta y salió al pasillo. La mayoría de las habitaciones estaban abiertas. Encontró a Símon sentado en el borde de la cama, en su habitación, mirando por la ventana. Erlendur llamó a la puerta y Símon volvió la cabeza.

—¿Puedo sentarme un momento contigo? —preguntó Erlendur, esperando su permiso.

Símon le miró, asintió con la cabeza, volvió a dirigir la vista hacia la ventana y siguió mirando fuera.

Había una silla al lado del pequeño escritorio de la habitación, pero Erlendur se sentó al lado de Símon, en la cama. Sobre el escritorio había algunas fotos. Erlendur reconoció a Mikkelína y supuso que la mujer mayor que había en una foto debía de ser la madre. Alargó el brazo para coger la foto. La mujer estaba sentada en una silla al lado de una mesa de cocina, vestida con lo que Erlendur recordó que en tiempos se llamaba «bata de Hagkaup», una fina bata de nailon con un estampado multicolor, y sonreía a la cámara con una débil sonrisa indecisa. Símon estaba sentado a su lado, riendo a carcajadas. Erlendur pensó en la cocina de casa de Mikkelína.

—¿Es esta tu madre? —le preguntó a Símon.

Símon miró la foto.

—Sí, es mamá. Está muerta.

—Lo sé.

Símon se puso a mirar otra vez por la ventana y Erlendur puso la foto sobre la mesa. Estuvieron un buen rato sentados en silencio.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Erlendur.

—Mamá me dijo que todo iría bien —dijo Símon mirando por la ventana.

—Todo va bien —dijo Erlendur.

—¿No me vas a llevar?

—No, no pienso llevarte a ningún sitio. Sólo quería conocerte.

—A lo mejor podríamos ser amigos.

—Naturalmente —dijo Erlendur.

Estuvieron sentados en silencio, mirando los dos por la ventana.

—¿Tu padre era bueno? —preguntó Símon de repente.

—Sí —dijo Erlendur—. Era un buen hombre.

Callaron.

—¿Quieres hablarme de él? —dijo Símon finalmente.

—Sí, un día te hablaré de él —dijo Erlendur—. Perdió...

Erlendur calló.

—¿Qué?

—Perdió a un hijo.

Miraron por la ventana.

—Sólo hay una cosa que quiero saber —dijo Erlendur.

—¿Qué? —preguntó Símon.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Quién?

—Tu madre.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Mikkelína me ha hablado de ella pero no me ha dicho cómo se llamaba.

—Se llamaba Margrét.

—Margrét.

En aquel momento apareció Mikkelína en la puerta de la habitación, y cuando Símon la vio se puso en pie y se dirigió hacia ella.

—¿Me traerás grosellas? —preguntó—. ¿Me traerás grosellas?

—Te las traeré en otoño —respondió Mikkelína—. En otoño. Entonces te traeré las grosellas.

En aquel mismo instante se formó una pequeña lágrima en los ojos de Eva Lind, acostada inmóvil en la penumbra de la UCI. Creció y se convirtió en una gran gota que se fue deslizando lentamente por la comisura y descendiendo por el rostro hasta llegar a la mascarilla de oxígeno y los labios.

Unos minutos más tarde, abrió los ojos.



ARNALDUR INDRIDASON (Reikiavik, Islandia, 28-01-1961). Escritor islandés, hijo del también escritor Indriði G. Þorsteinsson.

Licenciado en historia, es periodista, crítico de cine y autor de novela negra. Ha trabajado, durante veinte años, principalmente para Morgunbladid, el diario más importante de Islandia. Vive con su mujer y sus tres hijos en Reikiavik. Sus novelas policíacas han sido publicadas en doce idiomas y más de veinte países.

Se hizo famoso al crear en 1997 al inspector islandés Erlendur Sveinsson, un hombre obsesionado por el pasado y la sombra de su hermano, un niño que desapareció. Solitario y deprimido, tiene una hija drogadicta a la que sólo habla cuando no puede escucharle. La investigación criminal en sus novelas suele ser un pretexto para resolver un enigma del pasado, y en ellas el lirismo cumple un papel importante. Los autores que le han influido más son dos escritores suecos de los años sesenta, Maj Sjöwall y Per Wahlöö, que escribieron las aventuras del inspector Martin Beck.

Logró The Gold Dagger Award, el premio más importante de novela negra en el mundo anglosajón por *La mujer de verde* (*Silencio Sepulcral*), así como el Glasnyckeln (Glass Key o Llave de cristal) a la mejor novela negra nórdica con *La mujer de verde*, y por *Las marismas*. Además ha recibido el Premio de la Crítica Francesa a la mejor novela negra por *Las marismas*.

NOTA DEL TRADUCTOR SOBRE LOS NOMBRES PROPIOS.

Los nombres islandeses son, en su gran mayoría, significativos, y los autores juegan a menudo con sus significados, fácilmente reconocibles por cualquier lector. En esta novela vale la pena tener presentes tres de ellos: *Grafarholt* significa «colina de la tumba»; el título original islandés es *Grafarþögn*, «silencio sepulcral» o «silencio de la tumba». Para el lector islandés, *Grímur*, nombre de orígenes mitológicos, remite a dos palabras: una significa «máscaras», otra es el adjetivo *grimmur*, «cruel, feroz».

Finalmente, *Erlendur* es «forastero».